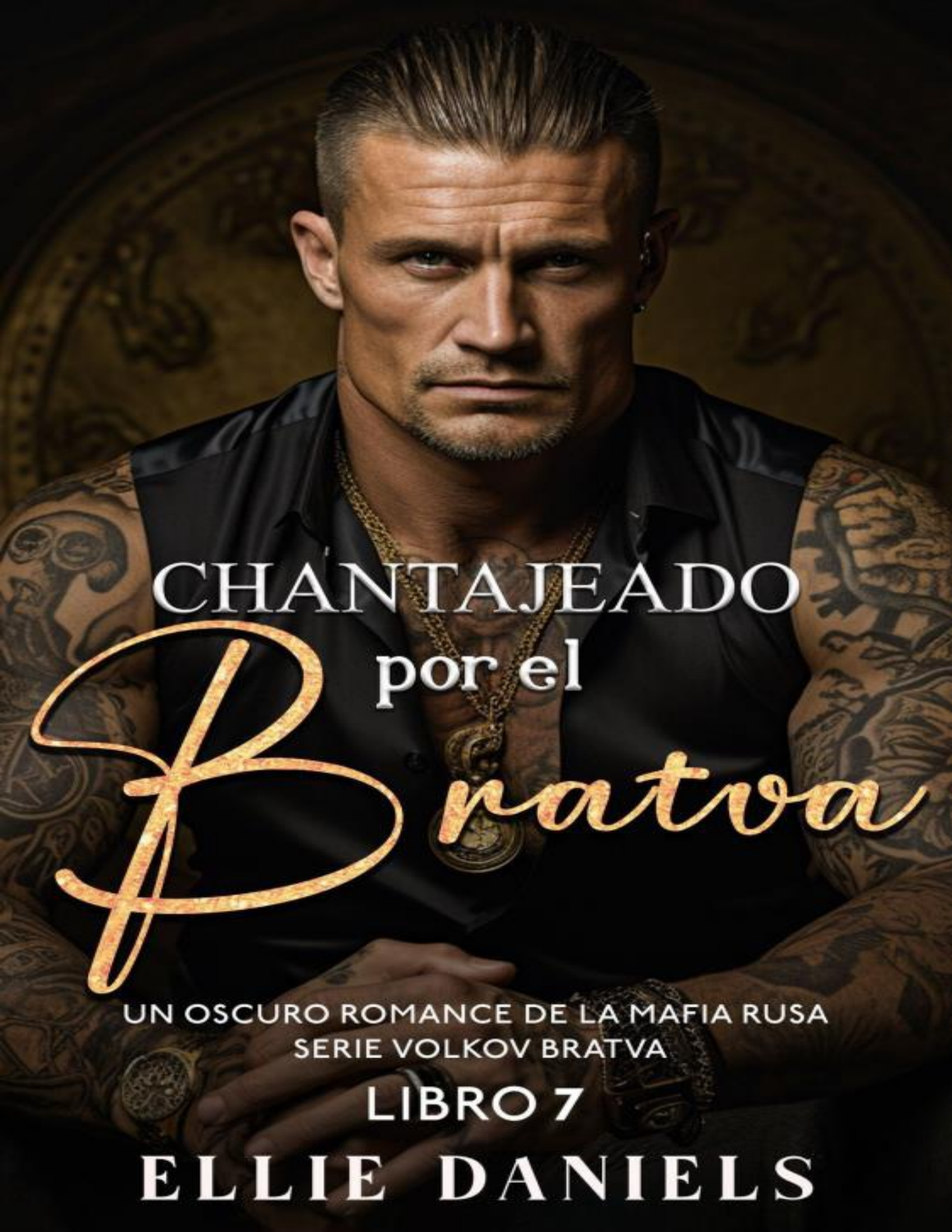
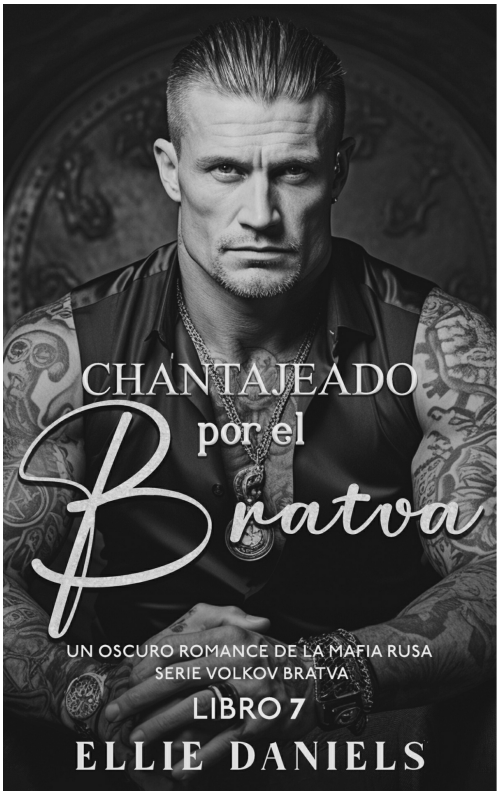

CHANTAJEADO
por el
Bratva
UN OSCURO ROMANCE DE LA MAFIA RUSA
SERIE VOLKOV BRATVA
LIBRO 7
ELLIE DANIELS


CHANTAJEADO
por el
Bratva
UN OSCURO ROMANCE DE LA MAFIA RUSA
SERIE VOLKOV BRATVA
LIBRO 7
ELLIE DANIELS

**Chantajeado por el Bratva**

Derechos de autor © 2025 Ellie Daniels y Street Cat Publishing

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Otros títulos de

# Ellie Daniels:

Serie Volkov Bratva:
Reclamado por el Rey Bratva
Prometido a la Bratva
Preñada por el Bratva Enforcer
En deuda con la Bratva
Deseado por el teniente Bratva
Enredado con la Guardia Bratva
Chantajeado por la Bratva

¿Por qué elegir? Una serie de harén inverso:
Compañeros de cuarto con beneficios
Mis tres vaqueros
Derribado por el equipo de hockey
mis tres san valentin

Historias breves y apasionantes:
Relaciones tabú
El secreto de mi profesor
Deseos iluminados por la luna

Atado por la traición

# Tabla de contenido

Capítulo 1 - Nina
Capítulo 2 - Gregory
Capítulo 3 - Nina
Capítulo 4 - Nina
Capítulo 5 - Gregory
Capítulo 6 - Nina
Capítulo 7 - Nina
Capítulo 8 - Nina
Capítulo 9 - Nina
Capítulo 10 - Nina
Capítulo 11 - Gregory
Capítulo 12 - Nina
Capítulo 13 - Nina
Capítulo 14 - Nina
Capítulo 15 - Nina
Capítulo 16 - Gregory
Capítulo 17 - Nina
Capítulo 18 - Nina
Capítulo 19 - Gregory
Capítulo 20 - Nina
Capítulo 21 - Nina
Capítulo 22 - Nina

# Capítulo 1

# Nina

El olor a lienzo envejecido y madera pulida llenó el aire, mezclándose con los débiles rastros de barniz mientras Nina DeWitt examinaba cuidadosamente la pintura al óleo que tenía ante ella. La tenue luz de la tarde que se filtra a través de los grandes ventanales de la casa de subastas DeWitt & Sons arroja un brillo dorado sobre la pieza: una pintura al óleo holandesa del siglo XVII, con pigmentos ricos y cambiantes, pinceladas precisas pero llenas de movimiento. Se inclinó ligeramente y estudió el fino craquelado que se extendía por la superficie, delicadas fracturas en la pintura que hablaban del implacable contacto del tiempo.

Con mano experta, levantó una lupa para inspeccionar los detalles: el juego de luces en el cuello de encaje del sujeto, la expresión sombría pero majestuosa capturada con un realismo casi antinatural. Quien haya pintado esto había sido un maestro, uno de los contemporáneos menos conocidos de Rembrandt, pero la obra tenía una presencia innegable. Tomó nota en su diario encuadernado en cuero, registrando los detalles de procedencia que había investigado esa mañana.

“Atribuido a Willem Drost, alrededor de 1655. Estado: excelente para su edad. Envejecimiento visible en el barniz pero no se detectan trabajos de restauración significativos. Procedencia: Colección privada, adquirida a través de linaje aristocrático holandés; documentos verificados”.

Satisfecha, dio un paso atrás y exhaló suavemente. Siempre fue ese momento (la tranquila comunión con el pasado) lo que la hizo amar su trabajo. No se limitaba a catalogar pinturas; ella estaba preservando la historia, asegurándose de que estas obras maestras encontraran hogares donde serían apreciadas en lugar de olvidadas.

Nina se apartó un mechón de cabello rubio oscuro de la cara y se lo metió detrás de la oreja mientras miraba alrededor de la gran casa de subastas. Sus ojos azul pálido, agudos y observadores, recorrieron los altísimos estantes y las vitrinas cerradas con llave que contenían obras de arte de valor incalculable. Siempre le había encantado este espacio: el aire cargado con el aroma de la madera pulida y la lona envejecida, el suave zumbido de la historia entretejido en cada rincón. Los techos altos, adornados con intrincadas molduras de techo, habían sido testigos del cambio de manos de arte durante un siglo. Este lugar no era sólo un negocio: era su legado, el peso de cien años sobre sus hombros.

Tenía veinticuatro años y era joven, pero llevaba toda la vida preparándose para este

papel. Sus rasgos delicados, enmarcados por ondas de cabello rubio iluminado por el sol, a menudo hacían que la gente la subestimara, asumiendo que era demasiado suave, demasiado refinada para dirigir un negocio de esta magnitud. Pero ella había pasado años demostrándoles que estaban equivocados. Recién salida de la universidad, donde se había especializado en historia del arte con especialización en negocios, había pasado el último año sumergiéndose en el oficio familiar. Su figura ágil y su postura elegante hablaban de una confianza tranquila, una mujer educada con elegancia pero decidida a labrarse su propio lugar en un mundo dominado por hombres que le doblaban la edad. El nombre DeWitt era respetado en el mundo del arte, sinónimo de experiencia, discreción y refinamiento tradicional. Tenía toda la intención de honrar esa reputación.

Sin embargo, a pesar de su enfoque meticuloso, había una presión subyacente: la necesidad de demostrar su valía, de ganarse el lugar que le habían prometido desde la infancia. Su padre seguía siendo la cara visible del negocio y, aunque confiaba en ella, ella sabía que había rumores entre clientes y distribuidores. ¿Podría ella, una mujer joven, manejar una institución de este calibre? La idea hizo que sus dedos se apretaran alrededor del borde de su cuaderno.

Por supuesto que podría.

Sólo tenía que mostrárselos.

Nina dejó escapar un suspiro lento, dejó el diario a un lado y miró hacia el rincón más alejado de la casa de subastas, donde había un lienzo en blanco apoyado sobre un caballete. Cerca había una pequeña paleta de madera y una colección de pinceles usados, restos del intento de pintar de la noche anterior.

Ella dudó antes de acercarse, observando la pieza a medio terminar con una mirada evaluadora. Los colores eran atrevidos, demasiado atrevidos. Los golpes fueron vacilantes cuando deberían haber sido confiados. No fue terrible, pero no fue... excepcional.

Y excepcional era lo único que importaba en el mundo del arte.

Suspiró, mojando su pincel en los restos secos de pintura ocre, arrastrándolo distraídamente por el borde del lienzo antes de volver a dejarlo. Le encantaba pintar. Pero en el fondo sabía que nunca sería artista. Carecía de la brillantez instintiva, ese don raro e intangible que separaba a los maestros de los aficionados.

Y eso estuvo bien.

De todos modos, ella nunca había querido ser el centro de atención. Ella prefirió ser quien descubriera la grandeza, quien comisariara las obras de quienes realmente la merecían.

Aún así, a veces se preguntaba cómo sería crear algo que hiciera que la gente se detuviera y mirara, verter su alma en un lienzo y hacer que significara algo.

Dejando a un lado ese pensamiento, se volvió hacia el piso de la casa de subastas, donde había cajas de piezas recién llegadas esperando a ser desempaquetadas. Trabaja primero. Sueños despiertos más tarde.

Nina dejó su cuaderno una hora más tarde y dejó escapar un lento suspiro, estirando los dedos después de garabatear su última nota. El silencioso zumbido de la actividad en la casa de subastas le resultaba familiar y reconfortante. En algún lugar atrás, podía escuchar la conversación apagada del personal catalogando artículos más pequeños para la próxima venta. Su padre estaría en su oficina, probablemente revisando las últimas adquisiciones, un ritual que nunca confió a nadie más, ni siquiera a ella.

Se volvió hacia la gran escalera que conducía a su oficina privada, debatiendo si debía hablar con él. Su padre, Hugo DeWitt, era un hombre de hábitos meticulosos, un elemento fijo en el mundo del arte europeo, respetado por su buen ojo y sus estándares intransigentes. Había pasado décadas asegurándose de que la Casa de Subastas DeWitt & Sons siguiera siendo sinónimo de integridad y prestigio, seleccionando cuidadosamente colecciones para la élite mundial.

Él también era la única familia que le quedaba.

Su madre había muerto cuando ella era joven, demasiado joven para recordar algo más que imágenes fugaces de manos suaves y el aroma del perfume. Siempre habían sido solo ella y su padre, y aunque él podía ser severo, incluso distante a veces, ella nunca había dudado de su amor por ella. Lo había idolatrado desde que tenía uso de razón, siguiéndolo por los pasillos de la casa de subastas cuando era niño, observando con asombro cómo atraía la atención de coleccionistas y conocedores de arte.

Todo lo que sabía sobre este negocio lo había aprendido de él.

Y ahora era su turno de hacer honor al nombre DeWitt.

Pero por mucho que se demostrara a sí misma, a veces sentía que su padre todavía la veía como la niña que solía colarse en su estudio para hojear viejos catálogos de subastas, rastreando las firmas descoloridas de los compradores anteriores con sus deditos. Él no era de los que hacían elogios vacíos y, aunque ella entendía su forma tranquila de mostrar afecto, deseaba que, al menos por una vez, él le dijera que estaba orgulloso de ella.

Apartándose de ese pensamiento, volvió a mirar la pintura que acababa de terminar de catalogar, pero la inquietud en su interior no hizo más que crecer. El peso de la semana pasada (largas noches pasadas verificando documentos de procedencia, cotejando solicitudes de clientes y preparando la próxima subasta de invierno) estaba empezando a asentarse en sus huesos.

Necesitaba un descanso.

Su mirada se desvió hacia los grandes ventanales que daban a los canales, donde el cielo gris colgaba cargado con la promesa de lluvia. El frío otoñal de Ámsterdam se había instalado, pero eso no la detendría.

Tenía el lugar perfecto en mente.

Nina se quitó los guantes blancos y los colocó cuidadosamente junto al cuadro, alejándose del piso de la subasta y dirigiéndose a su abrigo. El Rijksmuseum estaba a poca distancia y si había algún lugar que pudiera aclararle la mente, era allí.

Siempre le habían encantado los museos.

Había algo en caminar por sus vastos pasillos, rodeada de historia y genio, que la hacía sentir insignificante e infinita al mismo tiempo. El olor a pergamino envejecido, el silencio de las conversaciones susurradas, la forma en que la luz se filtraba a través de grandes ventanales para bailar sobre lienzos de valor incalculable... era embriagador.

Ya de niña le rogaba a su padre que la llevara a visitar museos, cautivada por los maestros del pasado. A medida que crecía, esas visitas se habían convertido en un ritual, una manera de centrarse cuando el peso de la expectativa presionaba

demasiado contra su pecho.

El Rijksmuseum era su favorito.

Un lugar donde podría perderse en las sombras de las pinceladas de Rembrandt, rastrear los delicados detalles de los luminosos retratos de Vermeer y fingir, aunque sea por un momento, que no era Nina DeWitt, heredera de un imperio centenario, sino simplemente una mujer parada ante la grandeza, sumergida en la belleza de algo eterno.

Y hoy necesitaba ese escape más que nunca.

Nina atravesó la imponente entrada del Rijksmuseum y el peso de las pesadas puertas de roble dio paso al vasto espacio parecido a una catedral que había más allá. El familiar olor a pergamino envejecido, pintura al óleo y madera pulida llenó sus sentidos, conectándola como pocos otros lugares podían hacerlo.

Hizo una pausa, dejando que la quietud se apoderara de ella. Las voces susurradas de los visitantes resonaban suavemente contra los suelos de mármol, y el clic ocasional de una cámara rompía el silencio reverente. El museo siempre estaba ocupado, pero nunca parecía caótico. Había cierto orden en el espacio, una especie de sacralidad que exigía respeto. No era sólo una colección de arte; era la historia misma, entretejida con pinceladas y tallada en mármol.

A medida que se adentraba en el museo, sus pasos se suavizaban contra la piedra lisa y su mirada recorría los altos techos abovedados adornados con intrincadas molduras. Los grandes candelabros que cuelgan desde arriba proyectan un cálido resplandor dorado, iluminando siglos de arte que cubrían las paredes.

Nina no necesitaba consultar un mapa. Sabía exactamente adónde se dirigía.

La Galería de Honor.

Su lugar favorito.

Pasó por las habitaciones más pequeñas que albergaban delicada cerámica de Delft, intrincadas tallas de madera y relojes de oro, pero apenas los miró. Hoy necesitaba

algo más grande. Algo profundo.

Y entonces ella lo vio.

El cuadro que siempre la llamó.

Una obra maestra oscura y de mal humor: La novia judía de Rembrandt van Rijn. La escena era rica en color y profunda de emoción. Un hombre, vestido con cálidos dorados y marrones, puso su mano protectoramente sobre el pecho de una mujer. Ella, vestida de escarlata, le devolvió la mirada con una mirada casi ilegible: ¿era amor? ¿Devoción? ¿Envío? ¿Miedo?

Nina siempre se lo había preguntado.

Se acercó y su respiración se hizo más lenta mientras observaba los detalles: la textura espesa y pesada de la pintura, la delicada interacción de sombras y luces. Lo que la fascinaba era el dominio del claroscuro de Rembrandt, la forma en que sus figuras emergían de la oscuridad como fantasmas de otra época.

Se imaginó al artista, encorvado sobre su lienzo a la tenue luz de las velas, aplicando capas de pigmento sobre pigmento, dando vida a estas figuras siglos atrás.

¿Qué había estado pensando mientras los pintaba? ¿Tenía la intención de que la mujer pareciera tan vulnerable? ¿O el mundo simplemente lo había interpretado así?

Perdida en sus pensamientos, apenas registró la presencia a su lado hasta que escuchó una voz.

Bajo. Liso. Rico con un marcado acento ruso.

"Ves el amor", murmuró el hombre, parándose lo suficientemente cerca como para que ella sintiera su presencia. “Veo posesión”.

La columna de Nina se puso rígida.

Ella giró ligeramente la cabeza y miró hacia arriba. Era alto, fácilmente más de un

metro ochenta, y su ancha figura proyectaba una sombra que parecía extenderse sobre ella. Su traje, negro carbón e impecablemente confeccionado, insinuaba riqueza, poder y una confianza inquebrantable.

Pero no fue su ropa lo que llamó su atención.

Fue él.

Mediados de los cuarenta. Rasgos afilados y cincelados. Una mandíbula fuerte y definida, pómulos altos y una boca que parecía tan capaz de ser cruel como encantadora.

Pero fueron sus ojos los que más la inquietaron: un azul penetrante y glacial, frío y agudo como el hielo que reflejaba el pálido resplandor de la luz de la luna. No estaban concentrados en la pintura, en realidad no. Estaban concentrados en ella, inquebrantables y deliberados, como si estuvieran quitándose capas que ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba puestas. Había algo desconcertante en la forma en que la miraba: evaluando, calculando, como si ya hubiera decidido algo sobre ella antes de que ella hubiera pronunciado una palabra.

Un escalofrío recorrió su espalda, aunque no podía decir si era por inquietud o por algo más. Volvió a mirar la pintura y exhaló suavemente. "Esa es una interpretación cínica".

Hizo un sonido suave, algo parecido a una risa, pero más oscuro. “No es cínico. Honesto."

Nina volvió a mirarlo e inclinó ligeramente la cabeza. “¿Crees que el amor es posesión?”

Él no respondió de inmediato. En lugar de eso, dio un paso lento hacia él y su presencia consumió el espacio entre ellos.

“Creo que el amor”, dijo finalmente, “es control. Y el control es poder”.

La forma en que lo dijo envió una onda a través de ella. No porque ella estuviera de acuerdo, sino porque lo dijo con absoluta convicción. Y, sin embargo, no le era del todo ajeno.

¿No había pasado su vida intentando controlar su propio futuro? ¿Para ganarse su lugar en un mundo dominado por hombres como él?

Pero ella no estaba dispuesta a decirle eso.

Ella se cruzó de brazos y entrecerró ligeramente los ojos. "Esa es una visión bastante sombría".

La comisura de su boca se alzó en una sonrisa apenas visible. "Eso es porque ves el mundo como deseas que sea, no como es".

Ella se burló. “¿Y crees que ves el mundo tal como es?”

“Lo sé”.

No había arrogancia en su tono, sólo certeza inquebrantable, como si no estuviera simplemente expresando una opinión sino una verdad innegable. Debería haberla molestado, debería haberle dado ganas de discutir, pero en lugar de eso, la atrajo, despertando algo profundo e inesperado: la curiosidad.

Ella lo estudió de nuevo, notando el color plateado en sus sienes, la aspereza de la barba de un día a lo largo de su mandíbula. No era sólo un hombre acostumbrado al poder. Exudaba poder, no del tipo que exigía atención, sino del tipo que hacía que la gente cediera instintivamente, reconociendo la autoridad sin necesidad de pronunciar una palabra. Fue en la forma en que se comportaba, en la tranquila confianza de su voz, en la forma en que su mirada penetrante se posó en ella como si ya conociera cada pensamiento que pasaba por su mente.

Debería haberse alejado, debería haber sonreído cortésmente y puesto distancia entre ellos. Pero ella no lo hizo. Algo en él hizo que se le acelerara el pulso, una advertencia que debería haber prestado atención, pero se encontró clavada en el lugar. Había peligro en él, una oscuridad que ella no podía nombrar y, sin embargo, no era miedo lo que se le revolvía en el estómago. Fue algo mucho más imprudente. Algo peligrosamente irresistible.

"Aún no has respondido a mi pregunta", dijo.

Él arqueó una ceja.

“¿Qué ves en este cuadro?” ella aclaró.

Se volvió hacia el lienzo, inclinando ligeramente la cabeza.

“Veo a un hombre que entiende su lugar. Y una mujer que aún no ha aceptado el suyo”.

Su respiración se entrecortó, el peso de sus palabras se posó sobre ella con una intensidad que insinuaba algo más profundo, algo no dicho. Debería haberse sentido ofendida, debería haberse enfadado ante las implicaciones, pero en lugar de eso, un sentimiento diferente se apoderó de él: una curiosidad, aguda e innegable, que la atraía a pesar de todos los motivos para resistirse.

Por primera vez, él la enfrentó completamente, su mirada fija en la de ella. “¿Tiene buen ojo para el arte, señorita…?”

Era una pregunta. Pero uno que ya suponía que ella respondería.

"Nina", dijo, dudando sólo por un momento. "Nina DeWitt".

Un destello de reconocimiento cruzó por su rostro, tan fugaz que podría no haberlo notado si no lo hubiera estado observando tan de cerca. Conocía el nombre (todos en el mundo del arte europeo lo sabían), pero a diferencia de la mayoría, no respondió con halagos ni fingió admiración. No hubo ningún reconocimiento cortés ni deferencia hacia el legado de su familia. En cambio, simplemente asintió lenta y mesurada, como si guardara la información para más tarde, como si el nombre DeWitt significara para él algo más allá de lo que ella entendía.

"DeWitt." Probó la palabra, como si significara algo más que un simple apellido. "Interesante."

Ella frunció el ceño. “¿Puedo llegar a conocer el tuyo?”

Otra pausa. Entonces-

"Grigorio".

Sin apellido. Sin título. Solo Grigori.

El nombre se instaló entre ellos, cargado de algo tácito, como si tuviera un peso más allá de su simplicidad. Nina sostuvo su mirada, buscando algo en esos ojos pálidos y evaluadores, pero él no reveló nada, sólo la miraba con la misma intensidad tranquila e inquebrantable.

Debería haber terminado la conversación allí, asentir cortésmente y volver a la pintura. Pero el momento se alargó, espesándose a su alrededor como las capas de óleo sobre un lienzo de Rembrandt, y en lugar de alejarse, ella permaneció quieta, atrapada en algo de lo que no estaba segura de querer escapar.

Grigory dio un paso pequeño y deliberado hacia él. Apenas se notaba, sólo un cambio en el espacio, pero fue suficiente para que ella sintiera la sutil carga de su presencia, para tomar conciencia de lo alto que era y de lo anchos que eran sus hombros bajo la fina tela de su traje. El museo estaba lleno de gente (visitantes murmurando en voz baja, pasos resonando por la galería) pero de alguna manera, parecía como si hubieran sido sellados en su propio mundo privado, separados del movimiento que los rodeaba.

Él la miró, estudiándola como si fuera un rompecabezas que intentara resolver. “Dime, Nina”, murmuró con voz rica y deliberada, “¿eres artista?”

La pregunta la tomó por sorpresa.

Sus dedos se curvaron a sus costados, una leve punzada de vergüenza subió por su columna. No era una pregunta inusual (la gente a menudo asumía que cualquiera que trabajara en el mundo del arte también debía crearla), pero algo en la forma en que él preguntaba, en la forma en que la estudiaba con esa desconcertante concentración, la hacía sentir como si ya supiera la respuesta.

Ella dudó antes de responder. "No. No precisamente."

Su cabeza se inclinó ligeramente, el movimiento era lento, calculador. "¿No precisamente?"

Nina exhaló, cambiando su peso. “Pinto”, admitió, “pero sólo para mí”.

Grigory la consideró por un momento, luego su mirada se dirigió hacia abajo, observando la delicada línea de sus manos. “Interesante”, murmuró, como si acabara de confirmar algo que ya sospechaba.

Su atención volvió a su rostro y, cuando volvió a hablar, había algo casi de complicidad en su voz. “Para el arte se necesita mano firme”, dijo, extendiendo la mano y sus dedos apenas rozaron el interior de su muñeca.

El toque fue ligero, casi imperceptible, pero envió una onda a través de ella, como si él hubiera metido la mano dentro de su pecho y hubiera arrancado una cuerda que ella no sabía que existía. Las yemas de sus dedos se posaron contra el frágil punto del pulso debajo de su piel, una caricia ligera como una pluma que no debería haberla afectado tan profundamente.

Y, sin embargo, se quedó sin aliento.

Conocía a hombres como él: hombres poderosos, seguros de sí mismos, acostumbrados a conseguir lo que querían sin preguntar. . Pero Grigory era otra cosa. No sólo tenía confianza; era deliberado, un hombre que no desperdiciaba movimientos ni palabras, que sabía exactamente cómo dominar una habitación sin alzar la voz. Había algo hipnótico en él, algo peligroso, algo que debería haberle advertido que debía dar un paso atrás.

Pero ella no lo hizo.

En cambio, permaneció perfectamente quieta, consciente del calor de sus dedos contra su piel, de la forma en que su pulgar apenas se movía en un movimiento lento, casi distraído. Él estaba probando algo y ella tuvo la clara sensación de que no tenía nada que ver con su respuesta.

"Una mano firme", repitió, su voz tranquila pero directa. Su pulgar presionó ligeramente, lo suficiente para que ella sintiera la forma en que su pulso se aceleraba bajo su toque. Su boca se curvó, con un leve atisbo de diversión. "Y, sin embargo, tu pulso se acelera".

Nina tragó, obligándose a mantener la compostura.

“Los lugares llenos de gente me ponen ansiosa”, mintió.

Sus ojos parpadearon con algo ilegible y, por un breve momento, se preguntó si él la denunciaría. En cambio, dejó que el silencio se extendiera entre ellos, su peso presionando contra su piel.

Luego, lentamente, levantó la mano de su muñeca, y la ausencia de su contacto fue casi tan notable como lo había sido el contacto.

“No creo que esa sea la razón”, dijo, con la voz tranquila y la mirada sin vacilar.

Nina levantó la barbilla y se encontró con su mirada con silencioso desafío. "Ni siquiera me conoces".

Algo en su expresión cambió, algo sutil pero distinto.

"Todavía no", murmuró.

Y luego, tan deliberadamente como había acortado la distancia entre ellos, dio un pequeño paso atrás, dándole espacio que no sabía que necesitaba.

El silencio entre ellos se prolongó, cargado de algo no dicho. Nina todavía podía sentir el fantasma de su toque contra su muñeca, la huella de sus dedos como si la hubieran marcado de alguna manera, como si su pulso todavía se acelerara sólo con el recuerdo. Se dijo a sí misma que no era nada, que era sólo la sorpresa de eso (de él), pero en el fondo, lo sabía mejor.

Grigory inclinó ligeramente la cabeza y su mirada volvió a la pintura. “¿Esto es lo que te inspira?” Su voz era más tranquila ahora, pero todavía había esa ventaja, esa autoridad innegable entretejida en cada palabra.

Nina parpadeó, tratando de recomponerse, tratando de recordar que estaba parada en medio del Rijksmuseum, no en algún espacio privado y escondido donde el aire entre ellos se sentía demasiado espeso para respirar. “Rembrandt es un maestro de la luz y

la sombra”, dijo, aliviada al escuchar que su voz se mantuvo firme. "Su trabajo tiene una profundidad que la mayoría de los artistas sólo sueñan con alcanzar".

“Es cierto”, reflexionó Grigory, deslizando los dedos en los bolsillos de la chaqueta del traje. “Pero esta pieza está confinada. Atrapado dentro de su propio lienzo. Hermosa, pero intocable”.

Nina frunció el ceño y se volvió para mirarlo de nuevo. "Esa es la naturaleza del arte", dijo. "Está destinado a ser preservado".

Su mirada volvió a la de ella, algo agudo y evaluador persistía en su expresión. "Preservado", repitió, su voz mezclada con diversión. “¿O poseído?”

Allí estaba otra vez: esa sugerencia subyacente, ese desafío silencioso oculto debajo de cada palabra que pronunció.

Ella abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera, él volvió a hablar. "Tengo una extensa colección privada", dijo, su voz engañosamente casual, como si simplemente estuviera conversando. “Piezas que no encontrarías en ningún museo”.

Las palabras se asentaron entre ellos, cargadas de implicaciones.

La respiración de Nina se entrecortó y su pulso vaciló por un momento, pero fue suficiente. No era ingenua: entendía exactamente de qué se trataba. No es simplemente una invitación a ver una colección privada, ni una conversación casual entre dos admiradores del arte. Esto era algo completamente distinto.

Debería haberse negado, debería haber negado con la cabeza y haberse marchado. Ella apenas lo conocía. Era mayor, mucho más poderoso y peligroso de una manera que ella no podía definir. Había un aire en él, algo que le advertía que no era el tipo de hombre que se ocupaba de interacciones casuales. No habría ninguna pequeña charla, ni una salida educada de lo que fuera que esto fuera. Si ella daba un paso hacia él, si lo seguía, no podría alejarse sin cambios.

Y, sin embargo, ¿no era exactamente por eso que dudaba?

Porque no estaba segura de querer marcharse.

Su vida siempre había seguido un camino cuidadoso y estructurado: seguro, predecible, moldeado por la responsabilidad y las expectativas. Cada decisión que había tomado había sido mesurada y deliberada, conduciéndola hacia el futuro que siempre había imaginado. Pero ahora, de pie allí, con él, sintió que algo dentro de ella se movía, una grieta atravesando la superficie del mundo cuidadosamente diseñado que había construido.

Grigory era poder puro, una fuerza de la naturaleza envuelta en una elegancia hecha a medida, y estaba presionando contra los límites de su control, esperando que ella se rompiera. No era sólo el peligro lo que la inquietaba: era la forma en que su cuerpo respondía a él con un hambre imprudente y sin aliento. La forma en que su voz, baja y aterciopelada, acariciaba su piel como un toque físico, provocando escalofríos recorriendo su columna. La forma en que su pulso se aceleraba cada vez que él se acercaba, su cuerpo la traicionaba, anhelaba más, más de su toque, más de esa presencia dominante que hacía que el aire se sintiera denso y cargado entre ellos.

Debería haberlo ignorado, debería haber silenciado el anhelo que se retorcía en su vientre. Pero ¿cuándo tendría la oportunidad de volver a sentir esto? ¿Experimentar algo que no fue medido y cuidadoso, sino salvaje y consumidor?

Grigory la miró, esperando, pero no con impaciencia. Él ya sabía la respuesta. Podía verlo en la forma en que ella se demoraba, en la forma en que su respiración había cambiado, en la forma en que su cuerpo ya se había vuelto hacia él antes de que su mente se hubiera dado cuenta por completo.

“Ven conmigo”, dijo, y no fue una petición.

Fue una orden.

Una declaración de inevitabilidad.

"Te mostraré algo raro".

Sus dedos se curvaron en su palma, sus uñas presionaron ligeramente contra su piel. Esto era peligroso. Esto fue irresponsable.

Y sin embargo—

"Sí", se escuchó a sí misma decir, la palabra se le escapó de los labios antes de que pudiera detenerla.

Ella no apartó la mirada, no se permitió dudar.

Grigory asintió una vez, como si esperaran su respuesta. No le ofreció la mano. No era necesario.

Ella lo siguió sin hacer preguntas.

Mientras caminaban, el murmullo del museo pareció desvanecerse y la gente que los rodeaba se convirtió en nada más que ruido de fondo. Era como si hubiera entrado en un espacio completamente diferente, uno donde sólo él existía, donde sólo importaba esta decisión, este momento.

En el momento en que salieron, una ráfaga de aire fresco del atardecer la envolvió y la realidad se instaló.

Ella había tomado una decisión.

Y sabía, sin lugar a dudas, que era algo que nunca podría recuperar.

# Capítulo 2

# Grigori

Grigory salió al aire fresco de la tarde, sintiendo la frescura mordiendo su piel después del calor del museo. El olor a lluvia persistía en el aire, los adoquines húmedos brillaban bajo el resplandor de las farolas, proyectando largos y distorsionados reflejos en el pavimento. Ámsterdam de noche era una pintura en movimiento, las fachadas históricas de las casas del canal se alzaban con tranquila elegancia contra el cielo oscuro, sus ventanas parpadeaban con el brillo dorado de la vida en el interior. Era una ciudad de arte, de antigua riqueza y secretos más profundos.

Y esa noche era una ciudad donde reclamaría algo raro.

Nina caminaba a su lado, sus tacones golpeaban suavemente la piedra, su paso era rápido pero no apresurado. Ella no se encogió a su lado, no se apresuró a seguirle el ritmo. Eso lo intrigó. La mayoría de las mujeres en su posición (jóvenes, impresionables, al lado de un hombre como él) mostrarían su nerviosismo en la forma sutil en que se comportaban. Pero Nina se comportaba con tranquila confianza, como si estuviera acostumbrada a moverse en círculos elegantes, como si perteneciera a un mundo de riqueza y refinamiento.

Y, sin embargo, había algo intacto en ella. Algo fresco, intacto.

Debería haber anticipado su atracción, la forma en que el deseo se agudizaba dentro de él, pero lo había tomado por sorpresa desde el momento en que ella lo miró en el museo con esos penetrantes ojos azules, desafiándolo sin siquiera darse cuenta.

Su conductor ya estaba esperando, de pie junto al elegante sedán de lujo negro parado junto a la acera. El automóvil era una presencia en sí mismo: imponente, impecable, los vidrios polarizados reflejaban el brillo de la gran entrada del museo. Anton, su conductor, asintió con la cabeza cuando se acercaba y dio un paso adelante para abrir la puerta.

Grigory no le saludó. Su atención estaba en Nina.

Sin dudarlo, él mismo alcanzó la manija de la puerta, la abrió y le hizo un gesto para que entrara. Era un hombre que hacía que otros hicieran cosas por él cuando le convenía, pero esta noche quería ser él quien la guiara hacia adelante.

Ella dudó sólo por un momento, apenas perceptible, pero él lo vio: la ligera pausa en su paso, la forma en que sus dedos se flexionaron a los costados, como si se estuviera preparando para algo desconocido. Y luego, se deslizó dentro, su cuerpo moviéndose con la gracia natural de una mujer criada en refinamiento, pero con un atisbo de algo más: una delicada vacilación, una sutil incertidumbre.

A él le gustó eso.

Le gustaba que ella no estuviera del todo segura de lo que estaba haciendo.

Porque pronto aprendería.

La observó mientras ella se acomodaba en el lujoso cuero, sus delgados dedos acariciaban la tela de su falda. Su aroma permanecía en el espacio cerrado: un sutil indicio de algo suave y femenino, un contraste con los bordes afilados del mundo en el que vivía.

Grigory se tomó su tiempo antes de seguirla, dejando que el momento se prolongara, saboreando verla en su dominio, en su espacio.

La puerta se cerró con un ruido sordo, sellándolos dentro del lujo silencioso del interior del auto. El ruido de la ciudad, el zumbido lejano de las voces y los tranvías, se desvanecieron en la nada, dejando sólo el suave ronroneo del motor cuando el vehículo se alejó de la acera.

Grigory se recostó sobre el frío cuero, estirando sus largas piernas, exudando la tranquila confianza de un hombre dueño de cada espacio que ocupaba. El aire en el interior era cálido, envuelto en el suave aroma del rico cuero y el leve rastro de su colonia: ahumado, oscuro, con un susurro de especias. Pero debajo de eso, captó algo más.

Su.

El delicado aroma de su piel, sutilmente floral pero limpio, no contaminado por nada artificial. Era femenino e intacto, un aroma que no pertenecía a su mundo de sangre y poder. Se permitió inhalar lentamente, bebiéndolo como si memorizara la forma en que lo envolvía.

Al principio no dijo nada, con una postura serena y las manos ligeramente apoyadas en el regazo, pero su mirada estaba fija en la ciudad que pasaba más allá de los cristales tintados. Las luces cambiantes de los canales de Ámsterdam dibujaban patrones fugaces en su piel, iluminando los ángulos agudos de sus pómulos y la suave curva de sus labios.

Se encontró mirándola, su atención se redujo, su hambre se agudizó hasta convertirse en algo más profundo.

Nina DeWitt era hermosa, una belleza que no era ruidosa ni exigente, sino discreta, de esas que permanecían en la mente mucho después de que ella se hubiera ido. Tenía la elegancia del dinero antiguo, la confianza de una mujer criada entre la riqueza, pero había algo más allí, algo mucho más embriagador.

Ella era joven. No sólo en años, sino en experiencia.

Tal vez no esté intacta, pero sí lo suficientemente cerca. No había hastío en su expresión, ni el pulido forzado que las mujeres de su mundo solían llevar como una armadura. Estaba serena, pero no endurecida. Refinado, pero aún no moldeado por la crueldad.

Y eso lo intrigó.

Porque era una mujer que conocía el arte, que se comportaba con gracia, que podía defenderse en una conversación con hombres que le doblaban la edad, pero también era una mujer a la que se le podía enseñar.

La mirada de Grigory descendió más abajo, sin prisas, mientras seguía la sutil línea de sus piernas bajo el dobladillo de su falda. Piel lechosa, suave y acogedora, del tipo que luciría aún más exquisita contra sus sábanas. Una mujer como ésta, tan refinada, tan controlada, era exactamente del tipo que se haría añicos maravillosamente debajo de él.

El pensamiento envió una lenta pulsación de calor a través de él, pero mantuvo su rostro ilegible, sin revelar nada de los pensamientos que oscurecían su mente.

Ella giró la cabeza lo suficiente para verlo mirándola, sus ojos azules se encontraron

con los de él en el tenue resplandor de las farolas que pasaban. No hubo ningún parpadeo nervioso, ninguna mirada apresurada hacia otro lado, solo una mirada firme y evaluadora, como si ella estuviera tratando de descifrarlo tanto como él la estaba desentrañando. Ella no se sonrojó, no rehuyó. En cambio, ella sostuvo su mirada, la curiosidad silenciosa hirviendo entre ellos.

Bien.

Tenía curiosidad, incluso si no entendía del todo el tipo de hombre junto al que estaba sentada.

Dejó que el silencio se extendiera entre ellos, saboreándolo, dejando que ella se preguntara qué estaba pensando.

Lo descubriría muy pronto.

Grigory no era un hombre que dudara cuando quería algo. Nunca cuestionó sus instintos, nunca permitió que la incertidumbre nublara sus decisiones. Cuando deseaba algo, lo tomaba. Lo poseyó, lo hizo suyo, lo sometió a su voluntad. Y mientras estaba sentado en el silencio de su auto, mirando a Nina DeWitt bajo el suave resplandor de las luces de la ciudad, supo sin lugar a dudas: la deseaba.

No sólo por esta noche. No sólo por un fugaz momento de placer. Quería poseerla, reclamarla de una manera que ningún hombre jamás lo había hecho.

Era un hallazgo poco común: elegante, equilibrada e inteligente. Conocía el arte, la historia, sabía comportarse con la gracia natural de una mujer criada en privilegios. Pero debajo de todo ese refinamiento, había algo intacto, algo esperando ser moldeado. Podía verlo en la forma en que ella se comportaba, en la forma en que encontró su mirada con curiosidad en lugar de miedo. Todavía no entendía lo que significaba pertenecer a un hombre como él.

Pero ella lo haría.

Sus pensamientos se oscurecieron cuando se permitió imaginarla de esa manera: extendida debajo de él, su cuerpo temblando, sus labios entreabiertos mientras jadeaba su nombre. Podía imaginarlo con demasiada claridad, la forma en que ella se haría añicos cuando él la empujara más allá del punto de control, cuando se diera cuenta de

cuánto anhelaba lo que sólo él podía darle. Había tenido muchas amantes a lo largo de los años: mujeres ansiosas, mujeres que conocían su reputación, que querían el dominio que él ejercía como un arma. Pero Nina se sintió diferente.

Y eso lo inquietó de una manera que no le gustaba.

Apretó la mandíbula, forzando que el calor que recorría su columna se convirtiera en algo más frío, más agudo. Era un hombre de paciencia. Había dominado el control hacía mucho tiempo. Pero la anticipación nunca antes había ardido así, y cuando el auto comenzó a reducir la velocidad, deteniéndose frente a su casa, supo que era solo cuestión de tiempo antes de que cediera a la necesidad que arañaba los bordes de su control.

La casa adosada se alzaba ante ellos, un monumento a la riqueza y el poder escondido en el elegante corazón del distrito más exclusivo de Ámsterdam. Como él, era discreto pero imponente: histórico, inmaculadamente conservado, un pedazo de la vieja Europa intacto por el tiempo. La puerta de hierro forjado, la majestuosa fachada, las pulidas linternas de latón que parpadeaban cálidamente contra el cielo del atardecer, todo le pertenecía.

Y pronto ella también lo haría.

Él giró la cabeza y le lanzó una última mirada antes de abrir la puerta. Ella todavía estaba mirando por la ventana, sin darse cuenta de cuán profundamente ya estaba bajo su piel. Había algo casi sereno en la forma en que contemplaba la ciudad, como si estuviera memorizando cada detalle. ¿Sintió el cambio en el aire entre ellos? ¿Sabía que una vez que cruzara esa puerta, no habría vuelta atrás?

Él salió primero, el aire fresco de la noche rozó su piel mientras se movía con la misma confianza pausada que siempre le había servido. Luego, se giró y le tendió la mano. No porque necesitara ayuda, sino porque él quería sentirla.

Establecer ese primer punto de contacto.

Para empezar lo que ya sabía sería una noche inolvidable.

Su vacilación fue casi imperceptible, sólo un breve destello de incertidumbre antes de que ella colocara su mano en la de él. Su piel era cálida, suave, más suave de lo que

esperaba. Él enroscó sus dedos alrededor de los de ella, guiándola fuera del auto con el mismo control cuidadoso que hacía con todo lo demás.

Mientras la conducía hacia la entrada, la anticipación se hizo más fuerte en su interior. Se dijo a sí mismo que debía tomarse su tiempo, saborear esto, saborearla.

Pero en el fondo, sabía que la paciencia duraría un tiempo.

Porque esta noche la tendría.

# Capítulo 3

# Nina

La puerta se cerró detrás de ella, sellando la fresca noche de Ámsterdam y envolviéndola en un mundo desconocido de riqueza y poder tranquilo. El aroma a rica caoba, cuero envejecido y colonia cara flotaba en el aire, envolviéndola, embriagador y embriagador. Era sutil, pero innegablemente masculino, como el hombre mismo.

A Nina se le cortó el aliento mientras contemplaba el espacio que tenía delante. Opulencia discreta. Esa era la única manera de describirlo. La gran casa estaba impecablemente cuidada, cada elemento deliberado, cada detalle refinado. Los pisos de madera oscura brillaban bajo el tenue resplandor de las luces empotradas, extendiéndose hasta un espacio lleno de altísimas estanterías. Pesados volúmenes encuadernados en cuero estaban en perfecto orden, con sus lomos con letras doradas que susurraban historia y conocimiento. Las paredes, de color carbón intenso y de textura sutil, estaban adornadas con pinturas raras que ella solo había visto en catálogos. No estampados decorativos. Originales.

Van Dyck. Courbet. Una pieza que podría haber sido un Degas.

Tragó con dificultad, el peso de todo eso la oprimía. Esto no era sólo riqueza. Era poder. Dinero viejo. Dinero despiadado y cuidadoso. Y era todo suyo.

Nina vaciló en la entrada, flexionando los dedos a los costados. El silencio se prolongó y la quietud se apoderó de ella como una trampa forrada de terciopelo. Ella sabía lo que era esto. Sabía exactamente por qué estaba aquí.

Y, sin embargo, por primera vez desde que se subió a ese auto, sintió todo el peso de su decisión.

Su pulso revoloteó en su garganta. Este no fue un encuentro fugaz con un extraño encantador en un museo. Esto era otra cosa.

Se giró ligeramente, atraída por la presencia detrás de ella.

Grigory estaba justo al otro lado de la puerta, con la mirada oscura e ilegible mientras se quitaba el abrigo hecho a medida. Sus movimientos eran lentos, deliberados, controlados, del mismo modo que le había tocado la muñeca en el museo, del mismo

modo que la había observado en el coche, estudiándola como si le estuviera quitando las capas una por una.

Al principio no dijo nada. Simplemente se aflojó la corbata y sus dedos liberaron el nudo con perezosa eficiencia. El aire entre ellos se espesó, cargado de algo invisible pero innegable.

Estaba esperando. No para que ella hablara, no para que se moviera, sino para algo mucho más profundo: para que se rindiera a la verdad tácita que se establecía entre ellos. Que ella ya era suya, lo entendiera completamente todavía o no.

El peso de su mirada presionó contra su piel, una atadura invisible que la mantenía en su lugar, enroscándose a su alrededor como seda y acero. El aire entre ellos estaba cargado de algo no dicho, algo oscuro e inevitable, y por un breve momento, una voz en el fondo de su mente susurró que debería irse. Que debería dar un paso atrás, encontrar la puerta, recuperar el control que siempre la había anclado en el pasado.

Pero el pensamiento apenas tuvo tiempo de formarse antes de que se disolviera, deslizándose como humo entre sus dedos.

Ella no se iba.

Esa elección ya había sido tomada en el momento en que lo siguió fuera del museo, en el momento en que entró en su auto, en el momento en que se dejó llevar por su mundo, su espacio, su gravedad. Y ahora, parada allí, rodeada por su pura presencia, se dio cuenta de que en realidad nunca había habido elección.

Dio un paso adelante, cerrando el espacio entre ellos sin decir una palabra. El calor de él la envolvió, una fuerza tan tangible como la presión de su mirada contra su piel. Ella sintió su presencia como una sombra, como algo inevitable, y cuando él se inclinó, con los labios cerca de su oído, su voz no era más que un murmullo de oscura promesa.

"Permanecer."

Una palabra. Suave. Engañosamente gentil.

Pero no fue una petición.

Quedaba en el aire una elección: alejarse o adentrarse en lo desconocido.

Su cuerpo ya sabía la respuesta.

Grigory la observó con silenciosa diversión, una mirada lenta y cómplice que envió otra oleada de inquietud (¿o era anticipación?) por la columna de Nina. Él no la había tocado todavía, ni siquiera se había acercado y, aun así, ella sentía su presencia como una fuerza tangible en el aire entre ellos.

Sin decir una palabra, pasó junto a ella y desapareció en el interior poco iluminado de la casa, dejándola allí de pie en la gran entrada. Por un momento, ella vaciló y apretó los dedos a los costados. Luego, como tirada por un hilo invisible, ella lo siguió.

El espacio se abría a una sala de estar tan refinada como el resto de la casa: madera oscura, asientos de cuero y una impresionante chimenea de mármol que crepitaba con llamas bajas y doradas. Una bandeja con vasos de cristal y una botella de líquido de color ámbar oscuro descansaban sobre un elegante aparador, esperando, como si ese momento ya hubiera sido anticipado.

Grigory sirvió una medida de licor en un vaso y el rico aroma del whisky añejo onduló en el aire cuando se volvió hacia ella.

"Bebe", dijo simplemente, extendiéndolo, el profundo timbre de su acento ruso envolviendo la palabra como seda. Luego, después de una lenta pausa, con la mirada todavía fija en la de ella, añadió: “Sencillo de malta. Edad treinta años. Suave, pero tiene un toque”. Su boca se inclinó en el más leve atisbo de sonrisa. "Como tú, creo."

Nina vaciló sólo por un segundo antes de dar un paso adelante y quitárselo de las manos, sus dedos rozaron el calor de su piel mientras lo hacía. El breve contacto envió una chispa por su brazo, pero ella lo ignoró y se llevó el vaso a los labios. El líquido ardió, suave pero potente, deslizándose por su garganta de una manera que hizo que su respiración se entrecortara ligeramente.

Su mirada nunca la abandonó.

Él la estaba estudiando, evaluando la forma en que ella reaccionaba, no sólo ante el whisky, sino ante él.

Ella se movió, repentinamente hiperconsciente de cómo la habitación parecía ahora más pequeña, más íntima. El brillo del fuego proyectaba sombras parpadeantes sobre los pisos de madera oscura, profundizando las ricas texturas que los rodeaban. Pero el verdadero calor no procedía de las llamas, sino del hombre que estaba a sólo unos metros de distancia, observándola como un depredador que tenía todo el tiempo del mundo para disfrutar de su caza.

La tensión aumentó.

Y luego, la tocó.

No bruscamente, no de repente. Pero con precisión.

Una mano en su cadera, sus dedos rozando la tela de su falda antes de deslizarse hacia abajo, presionando ligeramente contra su muslo. Un roce lento y deliberado de sus nudillos a lo largo de la curva de su mandíbula, su toque apenas allí, pero de alguna manera dejando una marca detrás.

Dominio sin esfuerzo.

No necesitaba forzar la sumisión; Sucedió de forma natural, como si su cuerpo ya hubiera aprendido a responder al de él.

Su pulgar rozó su labio inferior, el áspero roce del mismo la hizo quedarse sin aliento.

"Suave", murmuró, su voz aterciopelada y humeante. "Me imaginé que lo estarías".

Ella tembló, apenas se notó, pero él lo notó.

Ella debería haberse alejado. Debería haber dicho algo agudo y cortante para romper cualquier hechizo que estuviera tejiendo sobre ella. Pero su cuerpo la traicionó, permaneciendo arraigado en su lugar, su pulso se aceleró mientras sus dedos trazaban la columna de su garganta antes de deslizarse, dejando atrás un camino de fuego.

Se movió de repente, guiándola hacia atrás sin fuerza pero sin preguntas, hasta que el frío mármol de la encimera presionó contra su espalda baja.

La respiración de Nina se entrecortó.

Grigory colocó sus manos a cada lado de ella, enjaulándola, su cuerpo a sólo unos centímetros del de ella, el calor irradiando de él en oleadas. Podía sentir la dureza de sus músculos incluso sin tocarlo, el poder puro que llevaba con un control tan refinado.

Sus labios estaban tan cerca, apenas separados de los de ella, el fantasma de su cálido aliento contra su boca.

Pero él no la besó.

Esperó.

Dejar que el momento se alargue, dejarla arder en el espacio entre la moderación y la rendición.

"Dime que quieres esto", murmuró, sus palabras como seda oscura contra su oreja, mezcladas con diversión, con conocimiento.

Él ya lo sabía.

Pero él quería oírla decirlo.

Sus labios se separaron, su pecho subía y bajaba con el esfuerzo de respirar, de mantenerse unido cuando ya se estaba deshaciendo.

Cuando finalmente susurró: "Sí", no sonó como su propia voz.

Sonó como una rendición.

En el momento en que la palabra salió de sus labios, él tomó lo que había estado esperando.

Grigory se movía como un depredador atacando a su presa: rápido, deliberado, inevitable. Su mano atrapó su mandíbula, inclinando su cabeza hacia arriba, y luego su boca estuvo sobre la de ella, caliente, inflexible, reclamándola de una manera que no dejaba lugar a dudas.

Nina jadeó, pero el sonido fue tragado por su beso, una profunda y embriagadora colisión de labios, lengua y calor. No se sumergió en ello, no probó las aguas: devoró. Su boca se inclinó sobre la de ella, su lengua se deslizó por sus labios con dominio sin esfuerzo, dominando el beso de la misma manera que dominaba todo lo demás.

Un gemido se escapó de su garganta y él gruñó contra sus labios, un oscuro sonido de satisfacción que envió una pulsación de calor directamente a través de ella.

Su espalda se encontró con el mostrador mientras él avanzaba, inmovilizándola en su lugar, su cuerpo una pared de calor y músculos duros. Sus manos agarraron su cintura, sus dedos se clavaron como si reclamaran su derecho, como si la marcaran.

Nina se aferró a sus hombros, sus dedos se curvaron en la tela de su camisa, tratando de conectarse a tierra mientras se ahogaba en él.

En la forma en que olía: rica colonia y algo más oscuro, más primitivo.
En su sabor: whisky y pecado, pura hambre masculina.

Todo en él era abrumador: su tamaño, su fuerza, el crudo dominio en la forma en que la besaba, la forma en que controlaba cada centímetro de su cuerpo sin una sola palabra.

Él se echó hacia atrás sólo por un segundo, su aliento caliente contra sus labios, y luego arrastró sus caderas contra las suyas, presionándola firmemente contra la inconfundible dureza que se tensaba a través de sus pantalones. Su longitud gruesa y rígida era imposible de ignorar, una promesa de lo que estaba por venir, de cuán completamente pretendía tomarla.

Un grito ahogado salió de su garganta, pero él no se relajó; en todo caso, la acercó más, dejándola sentir cada centímetro de su excitación, haciéndole saber exactamente

lo que le había hecho.

—¿Sientes eso, krasotka? murmuró contra su boca, sus dedos apretando posesivamente sus caderas. "Eso es lo que me haces".

Nina gimió, el sonido fue suave, impotente, traicionándola.

Grigory emitió un sonido bajo con la garganta, algo entre un gruñido y una risita. A él le gustó eso.

Antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera detenerse, le devolvió el beso con la misma fiereza y desesperación.

Eso era todo lo que necesitaba.

Él la levantó con facilidad, con manos fuertes agarrando la parte posterior de sus muslos, levantándola sobre el mostrador como si no pesara nada. El frío mármol mordió su piel a través de la fina tela de su falda, pero ella apenas lo notó: todo lo que sintió fue a él.

Sus manos se deslizaron debajo de su falda, empujando la tela más arriba, exponiéndola centímetro a centímetro. Sus pulgares rozaron la sensible piel de la parte interna de sus muslos, provocando, probando.

Ella respiró hondo, sus dedos temblaban cuando se aferraban a sus hombros.

Él exhaló lentamente, como si saboreara su reacción, su boca rozando su mandíbula, bajando por la columna de su garganta.

"Estás temblando, krasotka", murmuró contra su piel, su voz oscura y con un toque de diversión. “¿Eso es miedo?”

Ella debería haber dicho que sí.

En cambio, su voz salió en un susurro, traicionándolo todo.

"No."

Las manos de Grigory recorrieron su cuerpo con una intención lenta y deliberada, como si la estuviera memorizando, desenredándola pieza por pieza. No se apresuró, nunca lo necesitó. El poder que ejercía consistía en la moderación, en saber exactamente cuándo contenerse y cuándo tomar.

Sus dedos se curvaron alrededor del dobladillo de su blusa, sin quitársela de inmediato, sino provocando, deslizándose debajo de la tela, rozando la piel desnuda de su cintura. El calor de su toque la quemó, enviando un temblor a través de sus músculos, pero ella no se apartó.

Levantó la tela, centímetro a centímetro, dejando al descubierto su estómago, la suave curva de sus costillas, la delicada curva de sus hombros. El aire era fresco contra su piel, pero no era nada comparado con el calor de sus manos, sus dedos extendidos sobre ella, posesivos, sin prisas.

Su mirada se fijó en la de ella mientras le quitaba la blusa por la cabeza y la arrojaba a un lado. Nina apenas tuvo tiempo de respirar antes de que sus dedos trazaran los tirantes de su sujetador, deslizándose sobre sus hombros, ligeros como una pluma pero imponentes.

Su corazón latía con fuerza contra sus costillas, el peso de su mirada le provocaba escalofríos por la espalda.

"Estás temblando", murmuró, su voz suave, oscura, con un toque casi divertido. Sus manos se movieron hacia el cierre de su sujetador, desenganchándolo con practicada facilidad.

Las correas se deslizaron por sus brazos, arrastrándose por su piel, provocándola mientras él la miraba con los ojos entrecerrados, bebiendo de su vista como si hubiera esperado años por este momento.

El sujetador cayó al suelo y, durante un segundo sin aliento, ninguno de los dos se movió.

Luego sus manos estuvieron sobre ella, con palmas ásperas trazando las curvas de sus pechos, cálidas, reverentes, como si fuera algo raro, algo invaluable.

Nina respiró hondo y sus dedos se movieron a los costados, sin saber si detenerlo o acercarlo más. Ella ya estaba tan expuesta, tan vulnerable bajo su mirada.

Y, sin embargo, nunca se había sentido más deseada en su vida.

Grigory exhaló lentamente, con las manos firmes pero explorando, aprendiendo su forma, la suavidad de su piel bajo sus dedos callosos. Su pulgar rozó su pezón, un movimiento provocador que hizo que su respiración se entrecortara, hizo que el calor le subiera al estómago.

Su boca reemplazó a sus manos, labios cálidos, lengua provocando, dientes rozando la carne sensible. Se tomó su tiempo, arrastrando su lengua sobre el pico rígido antes de succionarlo en su boca, sacando un gemido entrecortado de su garganta.

Los dedos de Nina encontraron sus hombros, las uñas se clavaron mientras oleadas de placer la recorrían, agudas e inesperadas.

"Eres perfecta", murmuró contra su piel, el calor de su aliento envió otro escalofrío por su espalda. Sus labios se arrastraron más abajo, besando un camino por sus costillas, sus grandes manos extendidas sobre su cintura, manteniéndola exactamente donde la quería.

Su mente se había ido. No había lógica, ni pensamiento racional, ni vacilación: sólo sensación, sólo él.

La boca de Grigory nunca abandonó su piel mientras sus manos se movían hacia abajo, sus dedos trazaban caminos lentos y agonizantes por la curva de su cintura, sobre sus caderas, hasta llegar a la cintura de su falda. Él se quedó allí, sus pulgares sumergidos justo debajo de la tela, provocándola, probándola.

Nina apenas podía pensar, su cuerpo vibraba con la aguda sensación de anticipación. Cada centímetro de su piel se sentía hipersensible bajo su tacto, cada respiración que tomaba se sentía superficial, como si no pudiera llenar sus pulmones por completo.

Él se enderezó ligeramente, levantando la cabeza lo suficiente para que su boca quedara suspendida sobre su oreja.

"Dime que pare", murmuró, su voz ronca, marcada por la tensión de su propia moderación.

Ella no lo hizo. Ella no pudo.

En lugar de eso, dejó escapar un suspiro lento y tembloroso, apretando los dedos alrededor de sus bíceps.

Sus labios se curvaron en algo casi como una sonrisa antes de retroceder lo suficiente para mirarla. Sus manos se movieron hacia la cremallera de su cadera, bajándola con una lentitud agonizante, el leve chirrido llenó el silencio cargado entre ellos.

Con practicada facilidad, agarró la cintura de su falda y se la bajó por las caderas, observando cada centímetro de piel recién desnuda con esa misma mirada oscura y hambrienta. Dejó que la tela se acumulara alrededor de sus tobillos antes de que sus dedos se engancharan debajo del delicado encaje de sus bragas, trazando la delgada cintura antes de deslizarlas hacia abajo, dejándola al descubierto por completo.

Su aliento lo dejó en una lenta exhalación, sus agudos ojos azules absorbiéndola, sin complejos, posesivos.

Nina se estremeció y el calor inundó sus mejillas, pero no se movió para cubrirse. Había algo en la forma en que él la miraba, algo en la silenciosa reverencia mezclada con un hambre cruda y masculina que la hacía querer quedarse allí y dejarlo mirar.

Luego, sin previo aviso, su mano se deslizó entre sus muslos, sus dedos separaron sus pliegues resbaladizos, presionando la evidencia de lo mucho que lo deseaba.

Un grito de sorpresa salió de su garganta, sus rodillas se debilitaron cuando su toque envió una sacudida de placer a través de ella.

Sus dedos se deslizaron a través de su humedad, lento y deliberado, provocando su entrada antes de arrastrarlos nuevamente hacia arriba para rodear su clítoris con el más leve y ligero roce.

"Ah", gimió, sus dedos hundiéndose en la encimera de mármol detrás de ella para mantener el equilibrio.

Grigory exhaló un sonido bajo y satisfecho, sus labios rozaron la sien de ella.

"Mírate", murmuró, con la voz llena de diversión y deseo. "Estás empapada para mí, moya krasotka".

Sus dedos se sumergieron más abajo, presionando lo suficiente para provocarla, su control inquebrantable a pesar de la tensión que se enrollaba a través de su cuerpo como un cable con corriente.

"Actúas como si no quisieras esto", continuó, arrastrando su boca por el costado de su cuello, sus dedos rodeándola con movimientos lentos y perezosos. "Pero tu cuerpo sabe la verdad".

Ella se estaba desmoronando debajo de él, ya deshaciéndose, y él apenas había comenzado.

El agarre de Grigory se apretó alrededor de su cintura, sus dedos presionaron posesivamente su piel desnuda. Sin previo aviso, se inclinó y la levantó sin esfuerzo, arrojándola sobre su hombro como si no pesara nada.

Un grito ahogado salió de los labios de Nina, sus manos instintivamente agarraron su espalda, pero él no vaciló, no dudó. Su control era absoluto.

La habitación pareció inclinarse mientras él la cargaba, con sus largas zancadas decididas, imponentes, su pura fuerza haciéndola sentir pequeña, frágil, algo que debía ser poseído, reclamado.

Su pulso retumbaba en sus oídos cuando él entró en un pasillo oscuro, moviéndose con seguridad a través de su casa. La atmósfera había cambiado. El aire era más pesado allí, cargado de anticipación, con algo más oscuro, algo primitivo. No había dudas sobre lo que vendría.

La puerta de su dormitorio se abrió y, con un movimiento rápido, la arrojó sobre la enorme cama.

Nina apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que él estuviera sobre ella,

enjaulándola debajo de él, extendiéndola como un premio que finalmente hubiera capturado.

Debería haberse sentido nerviosa. Debería haber dudado de todo lo que la había llevado hasta aquí.

Pero ella no lo hizo.

Porque Grigory la estaba mirando como un hombre hambriento, como si hubiera estado esperando este momento más tiempo del que ella podía entender.

Sus grandes manos se deslizaron por sus muslos, separándolos con facilidad, exponiéndola completamente a él. Su mirada la recorrió, lenta y deliberada, como si memorizara cada centímetro de ella.

"Eres jodidamente exquisito", murmuró, su voz llena de hambre, su acento enroscándose alrededor de las palabras como seda y acero.

El calor inundó sus mejillas, pero antes de que pudiera responder, su boca estaba sobre ella.

Un gemido estrangulado salió de su garganta cuando sus labios encontraron la sensible piel de la parte interna de su muslo, su áspera barba raspándola, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera.

Apenas tuvo un segundo para recuperarse antes de que su lengua se arrastrara por su raja, lenta y provocativa, haciendo que sus caderas se levantaran de la cama.

“Grigorio…”

Sus grandes manos agarraron sus muslos, inmovilizándola, sosteniéndola exactamente donde él la quería.

"Quédate quieta, krasotka", le ordenó, su aliento era un susurro pecaminoso contra su humedad. "Voy a hacer que te corras en mi lengua y tú lo aceptarás".

Su pecho subía y bajaba con jadeos entrecortados mientras él volvía a entrar, lamiendo, saboreando, saboreando. Su lengua recorrió su clítoris con movimientos largos y lánguidos antes de sumergirse más, provocando su entrada antes de deslizarse hacia arriba.

Fue una tortura. Placer puro y devastador.

Sus manos apretaron las sábanas, sus uñas se clavaron en la tela mientras él la trabajaba con precisión despiadada, empujándola más y más alto, pero sin dejar que se inclinara por el borde.

Él se apartó lo suficiente para murmurar contra su carne empapada: "Dime cómo se siente".

Nina gimió, con la respiración entrecortada. "Es... es..."

Su lengua presionó contra su clítoris, más fuerte, más firme, rodeándolo antes de succionarlo con su boca.

Ella gritó, todo su cuerpo se sacudió, el placer rebotó a través de ella como un rayo.

"Usa tus palabras, Nina", exigió, su voz profunda, autoritaria, sus labios rozándola mientras hablaba. "Quiero oírte decirlo".

Sus muslos temblaron contra sus hombros, su orgullo y vergüenza se fundieron en pura necesidad.

"Se siente—joder—se siente tan bien", jadeó, su voz se quebró cuando él la recompensó con otra lamida lenta y tortuosa.

Grigory emitió un sonido de satisfacción en lo profundo de su garganta, su agarre sobre ella se apretó, su lengua se movió más rápido, más insistente, empujándola cada vez más cerca del borde.

Nunca antes se había sentido así.

Nunca había sido desmantelado tan minuciosamente, tan deliberadamente.

La presión aumentó, enroscándose en su vientre, apretándose más y más hasta que estuvo al borde del precipicio, colgando entre la dicha y la locura.

Y entonces... se detuvo.

Ella dejó escapar un sollozo ahogado y levantó las caderas de la cama en señal de protesta, pero él la sujetó con fuerza inquebrantable.

"Todavía no", murmuró, su voz mezclada con oscura diversión. "No estás listo".

Ella quería gritar. Ella quería suplicar.

Y que Dios la ayude... así fue.

"Por favor", susurró, apenas reconociendo el sonido de su propia voz.

Grigory levantó la cabeza, sus labios brillaban con su excitación y su expresión era de pura satisfacción masculina.

"Sabía que rogarías por mí", murmuró, con la voz llena de oscuro placer.

Su respiración se aceleró, sus muslos todavía temblaban por la negación de la liberación.

Luego, lenta y deliberadamente, cogió su cinturón. El suave sonido del cuero deslizándose a través del metal envió una nueva ola de calor recorriendo su cuerpo.

Nina observó, hipnotizada, cómo se lo desabrochaba y lo liberaba con la confianza de un hombre que sabía exactamente lo que estaba a punto de hacerle.

Se pasó la tela de la camisa por la cabeza, revelando un cuerpo tallado a partir de poder puro, músculos flexionándose bajo la piel entintada, su amplio pecho tallado a

partir de dominio y control. El calor en sus ojos mientras la miraba hizo que se le contrajera el estómago.

"Rogaste por más", dijo simplemente, las palabras llevaban una promesa innegable.

Él se desabrochó los pantalones, los movimientos lentos y metódicos sólo aumentaron la insoportable anticipación que se enroscaba dentro de ella. El sonido de la cremallera al bajar fue casi ensordecedor en el denso silencio entre ellos, una provocación deliberada, una advertencia de lo que se avecinaba.

Luego, los empujó hacia abajo, junto con sus calzoncillos, liberándose por completo.

La respiración de Nina quedó atrapada en su garganta, su estómago se retorció, se tensó, una respuesta casi primitiva ante la mera visión de él.

Era enorme. Grueso. Duro.

La pesada longitud de su polla permanecía rígida, la ancha punta sonrojada, brillando de excitación, las venas palpitaban a lo largo del eje, su necesidad de ella era evidente en cada centímetro dolorido.

El calor se acumuló en su vientre, un pulso de anhelo desesperado la recorrió. Sus muslos se apretaron instintivamente, su cuerpo ansiaba ser llenado, estirado, tomado.

No podía apartar la mirada.

Grigory sonrió, notando la forma en que sus ojos se oscurecieron, la forma en que su respiración se volvió irregular mientras lo miraba fijamente, a lo que estaba a punto de estar dentro de ella.

"Lo quieres", murmuró, acariciándose una vez, lento y firme, envolviendo su mano alrededor del grueso eje. Su voz era aterciopelada y acerada, conocedora y engreída. "Puedo verlo en toda tu cara".

Nina tragó con fuerza, su lengua salió corriendo para humedecer sus labios, la cruda y palpitante necesidad en ella hacía imposible negarlo.

Dio un paso más cerca, la punta de su polla rozó la parte interna de su muslo, dejando un rastro de calidez a su paso.

"Dilo", le ordenó, sus dedos curvándose bajo su barbilla, forzando su mirada hacia la de él. "Di que quieres sentirlo dentro de ti".

Sus labios se separaron, un suave gemido se escapó mientras se retorcía debajo de él, ya desesperada, ya ardiendo. "Lo quiero", susurró, su voz quebrada bajo el peso de su propia necesidad.

Grigory dejó escapar un gruñido bajo y satisfecho, apretó con más fuerza y su boca se curvó en algo oscuro y posesivo.

"Entonces tomarás cada centímetro, krasotka", murmuró. "Y rogarás por más".

Fue entonces cuando supo que él estaba a punto de arruinarla.

Las manos de Grigory agarraron las caderas de Nina, sus grandes dedos se extendieron por su piel, marcándola, sosteniéndola exactamente donde la quería. No había vacilación en sus movimientos, ni incertidumbre: era un hombre que tomaba lo que quería y esa noche la deseaba a ella.

La guió sobre sus manos y rodillas, posicionándola con una presión firme y constante, moldeándola a su voluntad. Las sábanas estaban frías contra su piel sobrecalentada, su respiración era corta y desigual cuando sintió que él se movía detrás de ella, el calor de su cuerpo presionando contra su espalda desnuda.

Luego... el primer roce provocativo de su polla contra su entrada.

La respiración de Nina se entrecortó y sus dedos se apretaron en las sábanas.

Deslizó la gruesa e hinchada cabeza arriba y abajo a través de sus resbaladizos pliegues, extendiendo su humedad, cubriéndose con su excitación mientras la provocaba, sin empujarla, simplemente haciéndola esperar.

—¿Sientes eso, krasotka? -murmuró, arrastrándose junto a ella, su voz oscura y llena

de pecaminosas promesas.

Ella gimió, moviendo sus caderas instintivamente, tratando de empujarlo hacia atrás, de llevarlo dentro de ella.

Grigory se rió entre dientes, en voz baja y gutural. "Impaciente."

Su mano cayó sobre su trasero, no lo suficientemente fuerte como para lastimarla, pero sí lo suficientemente firme como para enviar una sacudida de calor a través de ella, el agudo picor la hizo gemir.

Se inclinó sobre ella, su amplio pecho rozó su espalda, sus labios rozaron la oreja.

“Ahora eres mía”.

Y luego… empujó hacia adentro.

Nina jadeó, su cuerpo estirándose alrededor de él centímetro a centímetro, el gran tamaño de él hizo que sus ojos se cerraran y su boca se abriera en un grito silencioso.

Él era grueso, implacable, hundiéndose más profundamente, llenándola tan completamente que apenas podía respirar.

"Joder", gimió Grigory, su agarre en sus caderas se apretó mientras se enterraba hasta el fondo.

Los dedos de Nina arañaron las sábanas, su cuerpo luchaba por adaptarse a él, el estiramiento lento y tortuoso no se parecía a nada que hubiera sentido antes.

"Qué fuerte", murmuró, su voz llena de tensión, con un placer apenas controlado. "Como si estuvieras hecho para mí".

Él se echó hacia atrás un poco antes de empujar hacia adelante de nuevo, sentándose más profundamente, haciéndola gemir.

Sus manos recorrieron su espalda, su toque firme y reclamante mientras acariciaba su columna antes de agarrar sus hombros, anclándola debajo de él.

Al principio se movió lentamente, haciéndola sentir cada centímetro de él, cada golpe grueso e implacable.

Cada estocada era precisa, controlada: un acto deliberado de posesión.

Nina gimió, su cuerpo se abrió hacia él, se rindió, su respiración se convirtió en jadeos desiguales cuando él comenzó a moverse más rápido, más fuerte.

El sonido de sus cuerpos chocando llenó la habitación: piel contra piel, los golpes profundos y rítmicos de su polla penetrándola, estirándola, reclamándola.

La cama crujió debajo de ellos, la cabecera golpeaba contra la pared con cada poderoso empujón.

El control de Grigory se rompió.

Él gruñó profundamente en su garganta, con una mano apretando su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta mientras se cernía sobre ella.

"Me tomas tan bien", murmuró, con voz espesa, casi reverente. "Sabía que lo harías."

Sus dientes rozaron su hombro, su aliento caliente contra su piel, sus caderas golpeándola con fuerza cruda y desenfrenada.

Ella gritó, su cuerpo se tensó alrededor de él, el placer abrumador la quemó, reduciéndola a nada más que sensación.

"Di mi nombre", ordenó, flexionando los dedos en su cabello y con la otra mano agarrando su cintura con tanta fuerza como para causarle moretones.

"Grigory", jadeó, la palabra se le escapaba entre respiraciones irregulares, entre gemidos de éxtasis puro e impotente.

Él gimió ante el sonido, sus embestidas se volvieron brutales, implacables, golpeándola, arrastrándola cada vez más cerca del borde.

El cuerpo de Nina se tensó, el placer se tensó tanto dentro de ella que pensó que podría romperse.

"Ven por mí", gruñó, su voz era pura dominancia, pura orden.

Su orgasmo la golpeó como un maremoto.

Ella se hizo añicos a su alrededor, gritando mientras el placer la consumía, todo su cuerpo apretándose, convulsionando, ordeñando su polla mientras él la penetraba por última vez.

Grigory gimió, sus dedos se clavaron en su carne, su cuerpo se puso rígido mientras se derramaba dentro de ella, reclamándola por completo.

Por un momento, ninguno de los dos se movió, la habitación se llenó sólo con el sonido de una respiración entrecortada, el olor a sudor y sexo espeso en el aire.

Luego, lentamente, Grigory se retiró, con las manos aún agarrando posesivamente su cintura, como si se resistiera a soltarla.

Se inclinó y le dio un beso en la columna, un contraste extraño e inesperado con la forma cruda y brutal en la que acababa de tomarla.

“Ahora eres mía, krasotka”, murmuró con voz oscura, satisfecho. "Y no te dejaré ir".

Su peso todavía estaba impreso en su piel, el calor de su cuerpo persistía incluso cuando se alejaba. Nina yacía allí, sin aliento, agotada, con sus extremidades todavía temblando por la fuerza de lo que acababa de suceder. El olor a sudor y sexo flotaba pesado en el aire, envolviéndola como un recordatorio ineludible de cuán completamente la había poseído.

Tragó fuerte y su pulso comenzó a estabilizarse lentamente, pero la punzada aguda de

la realidad se estrelló sobre ella, fría e implacable.

¿Qué había hecho ella?

Ella apenas conocía a este hombre. Ella había dejado que él la tomara, que él la sometiera a su voluntad, que la poseyera como si le perteneciera.

Y se había sentido demasiado bien.

Demasiado consumidor. Demasiado poderoso.

El placer todavía latía débilmente en sus venas, su cuerpo le dolía de la mejor manera, pero su mente se estaba desenredando.

Nina se apoyó en las manos, su respiración aún era irregular mientras balanceaba las piernas sobre el borde de la cama. Sus dedos se cerraron en puños sobre las sábanas por un breve momento antes de obligarse a moverse, para recuperar una pequeña pizca de control.

Grigori la miró. Silencioso. Ilegible.

Él se había puesto de costado, apoyado sobre un codo, sus agudos ojos azules seguían cada movimiento mientras ella alcanzaba su ropa desechada. Había algo casi... de complicidad en su expresión.

Ella esperaba que él la detuviera.

Para tirar de ella hacia atrás, para envolver esas fuertes manos alrededor de su cintura y recordarle que ella pertenecía aquí, debajo de él.

Pero él no la detuvo.

Se limitó a mirar, tranquilo, imperturbable, como si ya lo hubiera esperado.

Y de alguna manera eso empeoró las cosas.

El silencio se extendió entre ellos, lleno de palabras no dichas, con los restos de lo que acababan de hacer aún flotando en el aire. Su olor se adhirió a su piel, un recordatorio que sabía que la perseguiría mucho después de que saliera de esta habitación.

Sus dedos temblaron mientras alcanzaba su blusa, deslizándola sobre su cabeza, la tela se sentía casi extraña contra su piel sobrecalentada. Se obligó a mantenerse firme, a mantener la respiración incluso mientras alisaba la tela arrugada y se ponía la falda.

Cada movimiento fue cuidadoso, controlado: un intento de reclamar algo de sí misma, de recordarse a sí misma que eso no había significado nada.

Aun así, no dijo nada. Ni una sola palabra. No es una protesta. No es una exigencia para que ella se quede. Eso hizo que su pecho se apretara, hizo que algo dentro de ella le doliera, aunque se negó a nombrarlo.

Finalmente, ella lo miró, su corazón latía demasiado rápido, demasiado fuerte.

Grigory se recostó sobre las almohadas, su poderoso cuerpo aún desnudo, aún brillando con los restos de su placer. Sus agudos ojos azules nunca la abandonaron, mirándola con una intensidad que envió una onda por su columna vertebral.

Parecía sereno, sin esfuerzo. No enojado. No decepcionado. No me sorprende. Eso la inquietó más que si él hubiera intentado detenerla. No había urgencia en su expresión, ni desesperación por mantenerla aquí. Era como si hubiera sabido, desde el mismo momento en que la tocó, que ella huiría. Y en lugar de detenerla, en lugar de alcanzarla como ella esperaba, él simplemente estaba observándola, dejándola ir.

Esa comprensión se instaló en su pecho, más pesada de lo que quería admitir. Había pensado que tendría ventaja en ese momento: que marcharse pondría distancia entre ella y lo que acababa de suceder, que podría recuperar el control alejándose. Pero la forma en que la miraba, tranquilo y consciente, le hacía sentir como si ella ya hubiera perdido cualquier juego tácito al que estuvieran jugando.

Le temblaron los dedos cuando terminó de vestirse y se alisó la falda con manos temblorosas. Se volvió hacia la puerta, con las piernas rígidas y el pulso acelerado en la garganta. Necesitaba irse. Ahora. Si se quedaba un segundo más, si volvía a encontrar su mirada, no estaba segura de poder obligarse a irse. El peso de su mirada la siguió mientras ella daba un paso adelante, conteniendo el aliento mientras

alcanzaba el mango.

Esto había sido un error. Una noche imprudente. Un momento de debilidad. Algo único. Eso fue lo que se dijo a sí misma, repitiéndolo mentalmente como un mantra, tratando de obligarse a creerlo. Pero cuando ella salió de su habitación, fuera de su mundo, el aire afuera se sintió diferente. Más frío. Más vacío. El calor de él todavía se aferraba a su piel, una sensación fantasmal que se negaba a desvanecerse. Se llevó una mano al estómago y una sensación enfermiza de algo desconocido se enroscó en lo más profundo de su interior, algo que no quería nombrar.

Porque por mucho que intentara negarlo, sabía que esto no había terminado. Ni siquiera cerca.

# Capítulo 4

# Nina

La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas transparentes, proyectando suaves rayos dorados por la habitación. Nina se movió, las sábanas se enredaron alrededor de sus extremidades y su piel aún estaba caliente por el calor de otro cuerpo. Su aroma se aferraba a ella: masculino, oscuro, mezclado con el más leve rastro de colonia cara y algo más rico, algo exclusivo de él.

Por un momento, ella todavía estaba allí. Todavía en su cama.

Podía sentirlo detrás de ella, su amplio pecho presionado contra su espalda, el constante subir y bajar de su respiración en su nuca. Sus manos estaban sobre ella de nuevo, grandes, firmes, posesivas, recorriendo su cuerpo, abriéndola, poseyendo cada centímetro de ella.

Su estómago se apretó, un lento calor se deslizó entre sus muslos antes de que sus ojos se abrieran.

Su apartamento.

No el suyo.

No su cama.

La desorientación la golpeó con fuerza, golpeándola como una ola, dejándola sin aliento cuando la realidad volvió, aguda e implacable. Parpadeó hacia el techo, el pulso le latía con fuerza en los oídos y todavía le dolía todo el cuerpo por los restos de la noche anterior.

Oh Dios.

Se apoyó en los codos y su corazón se aceleró mientras intentaba estabilizarse, pero el recuerdo de él estaba en todas partes.

Sus piernas temblaban cuando se movía, un profundo dolor se instaló en sus músculos,

un recordatorio persistente e innegable de cuán completamente la había tomado, cuán completamente había reclamado su cuerpo como suyo. Cada cambio, cada dolor era un eco de la noche anterior, una huella física de él que se negaba a desvanecerse. Ella se había rendido tan fácilmente, había dejado que él la arrastrara hacia abajo como una corriente, ahogándose en su tacto, su voz, su absoluto dominio.

¿Qué había hecho ella?

Ella apenas lo conocía. No precisamente.

Conocía el sonido áspero y autoritario de su voz cuando susurraba cosas sucias contra su piel, conocía la forma en la que provocaba un escalofrío a través de ella, encendiendo algo profundo e insaciable dentro de ella. Conocía la sensación de sus manos (grandes, fuertes, posesivas) envueltas alrededor de su garganta, agarrando sus caderas, abriéndola como si le perteneciera. Conocía la forma cruda e implacable en que él la había tomado, la forma en que le había exigido todo y la había dejado temblando debajo de él.

Pero ella no lo conocía.

No su pasado. No su mundo. Ni siquiera su apellido.

Esa comprensión le golpeó con fuerza, haciendo que su estómago se contrajera. Se había entregado a un extraño, un hombre que se sentía tan peligroso como embriagador, un hombre que la había arrastrado a algo mucho más grande que una simple noche imprudente. Y, sin embargo, a pesar de la culpa que la invadía, a pesar de la voz en su cabeza que gritaba que había cometido un error, lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que deseaba más.

Un escalofrío recorrió su espalda, cortando los recuerdos acalorados que aún se aferraban a su piel. Ella había dejado que él la tuviera, que la arruinara de la mejor manera posible, que él la poseyera de una manera que ningún hombre había hecho antes. Y él había hecho exactamente eso.

Ella se había rendido a él. Completamente.

¿Y la peor parte?

Le había encantado cada segundo.

Su estómago se retorció, un enfermizo nudo de culpa y confusión apretándose dentro de ella. Quitó las mantas y balanceó las piernas sobre el borde de la cama como si moverse de algún modo pudiera sacarlo de sus pensamientos, como si poner los pies en el suelo la devolviera a sí misma.

Pero incluso ahora, sola en su propia cama, a kilómetros de él, todavía se sentía enjaulada por su recuerdo.

Nina se llevó las manos a la cara, inhalando profundamente, deseando que el caos dentro de ella se calmara.

Había sido una noche. Eso es todo lo que fue. Necesitaba olvidarse de él.

Olvídate de la forma en que sonó su voz áspera cuando la llamó krasotka, su acento ruso convertía la palabra en algo más oscuro, algo peligroso.

Olvida la forma en que la había mirado, como si ya fuera su dueño incluso antes de tocarla.

Olvidó la forma en que su cuerpo le había respondido con un hambre impotente e imprudente.

Necesitaba olvidar.

Y, sin embargo, mientras estaba sentada en la tranquilidad de su apartamento, su piel todavía ardía con el recuerdo de su toque.

Nina pasó la mañana en una neblina, su cuerpo seguía los movimientos mientras su mente permanecía atrapada en otro lugar, en algún lugar más oscuro, más caliente, enredada en sábanas que no eran suyas. Pasó un cepillo por su cabello, apenas notando el suave tirón contra su cuero cabelludo. Se puso ropa limpia, pero la tela se sentía mal contra su piel, demasiado áspera, demasiado restrictiva después del calor de sus manos.

Todo se sintió diferente.

Las paredes de su apartamento, el silencioso zumbido de la ciudad fuera de su ventana, incluso la luz de la mañana filtrándose a través de las cortinas: todo era igual que antes, pero nada parecía igual.

Se dirigió a la cocina, jugueteando con los dedos mientras llenaba la cafetera, sus movimientos eran automáticos, mecánicos. Necesitaba cafeína. Claridad. Distancia. Pero en el momento en que se llevó la taza a los labios, el aroma de los frijoles tostados se mezcló con algo más: algo más rico, más oscuro, más embriagador.

A él.

Su respiración se entrecortó, el olor fantasmal del humo y la costosa colonia envolviéndola, sofocando sus sentidos. Cerró los ojos, pero eso sólo empeoró las cosas. El recuerdo de él estaba grabado a fuego en ella, imposible de alejar.

La forma en que olía: masculino, cálido, con un leve rastro de cuero y algo más oscuro, algo exclusivamente suyo.

La forma en que se había sentido: su amplio pecho presionando contra su espalda, sus manos agarrando sus caderas, su cuerpo reclamando el de ella con una posesión brutal e implacable.

La forma en que su cuerpo aún le dolía, incluso ahora, a pesar de la fría luz de la mañana. Un temblor recorrió sus dedos y dejó la taza bruscamente, exhalando bruscamente. Esto fue una locura.

Ella pasó una noche con él. Una noche de pasión imprudente y desenfrenada. Debería seguir adelante, no quedarse en la cocina luchando por recuperar el aliento, sintiendo aún el calor de su boca en su piel. Pero su mente la traicionó. Destellos de él la golpearon en oleadas: calientes, viscerales, consumidoras.

La forma en que le había susurrado en ruso, el tono espeso y aterciopelado de su acento enroscándose en palabras que ella apenas entendía, pero que sentía en lo más profundo de sus huesos.

La forma posesiva en que había gruñido su nombre, su voz cruda por la lujuria mientras la empujaba, acercándola más y más al borde hasta que se deshizo debajo de él.

La forma en que la había mirado después, como si ya supiera que esto no era el final.

Nina respiró hondo, sus muslos se presionaron instintivamente, la vergüenza y el deseo se enredaron en algo insoportable.

Ella odiaba esto. Odiaba que ella todavía lo quisiera. Odiaba que su cuerpo ya hubiera decidido antes de que su mente se pusiera al día. Apretando la mandíbula, se alejó del mostrador, obligándose a moverse, a hacer algo, cualquier cosa, para deshacerse de ese sentimiento.

Esto fue un error.

Y los errores debían olvidarse.

Nina estaba sentada a la pequeña mesa de la cocina, con los dedos entrelazados alrededor de la taza de cerámica, aunque no había tomado un solo sorbo. El café se había enfriado, intacto mientras ella miraba fijamente hacia adelante, su mente atrapada en un bucle interminable de la noche anterior. ¿Qué diablos había estado pensando?

Ella apenas lo conocía. Un nombre. Una cara. Un cuerpo. Eso fue todo.

Y, sin embargo, había dejado que él la tomara... no, se había entregado a él. De buena gana. Completamente. Ella le había dejado poseerla de una manera que ningún hombre había hecho antes, había dejado que él la doblegara, la rompiera, la consumiera. Y ella lo había querido. Lo anhelaba. Incluso ahora, el fantasma de sus manos todavía permanecía sobre su piel, el agarre doloroso de sus dedos, el poder puro de su cuerpo moviéndose contra el de ella.

Ella cerró los ojos con fuerza, tratando de forzarlo a salir, tratando de empujarlo a él, pero fue inútil. Él todavía estaba allí, todavía dentro de ella de una manera que no podía sacudirse.

Él era mayor. Poderoso. Peligroso.

Eso había quedado claro desde el momento en que lo conoció. No fue sólo la forma en

que hablaba, la forma en que se comportaba con un dominio sin esfuerzo que hacía que la gente se hiciera a un lado sin que él tuviera que preguntar. Era algo más profundo, algo entretejido en su tejido mismo: un hombre que podía tomar lo que quisiera.

Y ella lo había dejado.

Un lento escalofrío recorrió su columna, un pulso de algo oscuro y eléctrico retorciéndose en su estómago. Él podría arruinarla. Si quisiera. Un hombre como él, un hombre con ese tipo de presencia, ese tipo de poder... ¿qué estaba haciendo con una mujer como ella? ¿Por qué la había deseado?

Exhaló bruscamente y agarró con más fuerza la taza de café. No importaba.

Fue sólo sexo. Eso es todo lo que había sido. Lujuria, atracción, una decisión impulsiva que no repetiría. Ella había sentido curiosidad, arrastrada por el momento. Eso fue todo.

No significó nada.

Pero cuanto más se decía eso, más se daba cuenta de que estaba mintiendo.

Ningún hombre la había hecho sentir así antes. Ningún hombre la había tocado jamás como él lo había hecho, como si ya la poseyera, como si ella le perteneciera, como si fuera su derecho. Ningún hombre la había consumido nunca tan completamente. No fue sólo sexo. No fue solo un error.

Era otra cosa.

Algo que ella no quería nombrar.

Nina se apartó bruscamente de la mesa y la silla rozó el suelo. No podía quedarse sentada allí, ahogándose en esto. Necesitaba moverse, hacer algo, escapar de la prisión de sus propios pensamientos.

Necesitaba trabajo.

En el momento en que Nina entró en DeWitt & Sons, una familiar sensación de orden la envolvió y la arraigó en la rutina. El olor a lienzo envejecido y barniz llenaba el aire, el suave susurro de los papeles y las voces apagadas del personal que trabajaba con los envíos de la mañana creaban un zumbido relajante. Este era su mundo. El lugar al que ella pertenecía. Donde ella tenía el control.

Si tan solo se concentrara, podría sacarlo de su mente.

Avanzó por la galería principal, pasó junto a imponentes estantes de arte cuidadosamente catalogados, sus dedos rozaron los bordes de las cajas que esperaban ser desempaquetadas. El trabajo siempre había sido su santuario, su escape. Si se mantenía ocupada, si se ahogaba en detalles e informes de procedencia, podría librarse de esto.

Pero él estaba en todas partes.

Cada pincelada, cada lienzo envejecido, cada olor a pintura al óleo y cera para madera, todo eso la atraía de regreso a él. El Rijksmuseum. La pintura. En el momento en que su vida cambió.

Sus dedos dudaron sobre la etiqueta de un retrato recién llegado, su pulso se aceleró cuando un pensamiento inesperado se deslizó por su mente. ¿Había querido seducirla esa noche? ¿O simplemente… sucedió?

Tragó saliva y sacudió la cabeza. No importaba. Se obligó a retomar el ritmo del trabajo, abrió su cuaderno y anotó los números del inventario. Enfocar.

Pero su mano vaciló y frunció el ceño al darse cuenta de que había escrito el número de catálogo equivocado. Lo garabateó y exhaló lentamente.

Consíguelo junto. Lo intentó de nuevo, pero en cuestión de minutos extravió un archivo, dejó una lista de verificación de envío a medio terminar y su mente se desmoronó bajo el peso de él.

Su padre la miró desde la puerta de su oficina, evaluando con sus ojos penetrantes, pero no la presionó. "Pareces cansado", dijo simplemente.

Ella asintió, forzando una débil sonrisa. "Larga noche".

Si tan sólo él supiera.

No importa lo que hiciera, no podía librarse de él. Sus manos. Su voz. Su cuerpo. La forma en que la había arruinado.

Recorrió la galería, volvió a comprobar los números de inventario y se obligó a dialogar con el personal, pero nada la sacó de allí.

El problema no era que ella lo recordara. El problema era que ella lo quería de nuevo.

Al comprenderlo, se le retorció el estómago. Ella no sólo estaba atormentada por él. Estaba obsesionada.

Sus dedos se curvaron en el borde de su escritorio, agarrando la madera mientras miraba fijamente hacia adelante. Esta no era ella. Ella no se ponía así con los hombres. Ella no se perdió en una sola noche.

Ella no lo volvería a ver. El pensamiento latía en su cabeza como un voto, como una oración. Ella lo susurró en voz baja, en un intento desesperado por recuperar el control que tan fácilmente le había entregado.

Pero incluso cuando las palabras salieron de sus labios, lo supo.

Ella ya era suya.

# Capítulo 5

# Grigori

El vaso de vodka permanecía intacto en su mano, el hielo se derretía lentamente y las gotas de condensación corrían en finos riachuelos por los lados. Grigory se reclinó en su silla, con la mirada fija en los ventanales del suelo al techo de su oficina en una casa adosada. Más allá del cristal, Ámsterdam se extendía ante él: luces doradas reflejadas en las oscuras aguas de los canales, el zumbido de la ciudad moviéndose a un ritmo constante bajo el cielo nocturno. Siempre le había encantado esta ciudad, su elegancia envuelta en algo más antiguo, algo despiadado bajo la superficie. Muy parecido a él. Muy parecida a la vida que se había labrado aquí.

Pero esta noche apenas lo vio.

Su mente estaba en otra parte. Sobre ella.

Había pasado un día desde que se fue, pero Nina todavía estaba aquí. En su piel. En sus sábanas. En su maldita cabeza. Su aroma permanecía en las fibras de su ropa, una delicada mezcla de vainilla y algo más suave, algo que lo había vuelto loco en el momento en que lo probó en su piel. Todavía podía sentir el calor de su cuerpo debajo de él, la forma en que se había derretido, la forma en que se había rendido tan hermosamente.

Exhaló lentamente, apretando más el cristal mientras la frustración se apretaba en su pecho.

Se había follado a innumerables mujeres: mujeres elegantes y sofisticadas que conocían las reglas. Mujeres que comprendieron que lo que él les regaló fue un momento, una experiencia, nada más. Nunca le había faltado compañía, nunca había tenido que perseguirlo. Siempre acudían a él y, cuando terminaba, se marchaban sin protestar. Ese fue el acuerdo. Ese era el orden de las cosas.

Pero Nina...

Ella era diferente.

Ella era joven, al margen de las sombras de su mundo. Sin embargo, refinado y culto. Una mujer nacida en la elegancia, pero no marcada por la oscuridad. Había pureza en

eso, un contraste con la vida que él vivía, y lo había visto en el momento en que la vio en el Rijksmuseum.

Ella lo había fascinado entonces. Ella lo consumió ahora.

Ella no había suplicado por él. Al principio no. Ella lo había desafiado. Mantuvo su mirada. Lo hizo trabajar para su rendición. Y cuando finalmente se rindió, lo hizo con cada parte de sí misma. Sin vacilación, sin cálculos: sólo una necesidad cruda e innegable. Ella había dejado que él la rompiera y le había encantado.

Y eso debería haber sido suficiente. Una noche. Un momento perfecto y abrasador.

Pero no fue así.

Apretó la mandíbula y la frustración lo atravesó como una espada. Él la había dejado irse. La había visto recoger su ropa, visto cómo le temblaban las manos, cómo se le había cerrado la garganta cuando se obligó a no mirar atrás. Había visto la guerra dentro de ella, el arrepentimiento luchando contra el hambre que todavía sentía.

La había dejado ir porque estaba seguro de que volvería. Pero ahora, un día después, con la noche alargada y vacía ante él, no estaba tan seguro.

Eso… lo inquietó.

A Grigory no le gustaba la incertidumbre. No le gustaba querer algo y no saber si lo conseguiría. Siempre consiguió lo que quería. Se aseguró de ello.

Sus dedos tamborilearon contra el reposabrazos de su silla, una energía inquieta corriendo bajo su piel. Sabía exactamente dónde estaba ella. Sabía que se había ido a casa, sabía que probablemente estaba en la cama en ese momento, enredada en sábanas que no olían a él, mirando al techo, tratando de convencerse de que lo de anoche había sido un error.

Un error.

La idea hizo que algo oscuro se desplegara en su interior.

¿Se arrepintió? ¿Se dijo a sí misma que había sido imprudente, que había perdido el control? ¿Estaba sentada allí ahora, maldiciéndose por ceder ante él?

O peor aún: ¿estaba intentando olvidar?

Apretó los dientes y el calor recorrió su sangre. No era un hombre que se dejara olvidar.

Debería haberle impedido irse.

Debería haberla inmovilizado debajo de él y recordarle exactamente lo que ella le había dado, lo que él le había quitado. Debería haberse asegurado de que ella entendiera que una noche nunca sería suficiente.

Apuró el vodka de un trago y el líquido le quemó la garganta. Esto no había terminado.

Ella lo había dejado, pero eso no significaba nada. Porque él no había terminado con ella. Ni siquiera cerca.

Su mente daba vueltas, ya calculando. Necesitaba verla de nuevo. Siéntela de nuevo. Y lo haría. Siempre consiguió lo que quería. Siempre.

Pero algo en ella era diferente.

No era sólo lujuria, no era sólo la satisfacción de tomar algo hermoso y someterlo a su voluntad. Ella lo intrigó. Su mente, su conocimiento, la forma en que había hablado del arte con tanta pasión, tanta certeza. Se comportaba con aplomo, con el tipo de confianza tranquila que sólo se obtenía al crecer en un mundo de riqueza y refinamiento.

Y, sin embargo, debajo de toda esa elegancia, ella todavía estaba tan jodidamente intacta.

Lo había sentido en la forma en que ella le respondió, en la fuerte inhalación de su aliento cuando él susurró contra su garganta, en la forma en que ella había temblado cuando él la tocó en lugares que ningún otro hombre había hecho antes. Ella pensaba

que conocía el mundo, pero no era así.

No su mundo.

No las cosas que él podía mostrarle.

Un músculo hizo tictac en su mandíbula mientras dejaba el vaso sobre el escritorio con un clic controlado. Su paciencia se estaba agotando. Podía encontrarla y tomarla de nuevo esta noche si así lo deseaba. Podría aparecer en su puerta, presionarla contra la superficie más cercana y recordarle exactamente a quién pertenecía.

Pero no.

No era así como quería que sucediera esto.

Ella había corrido y ahora él quería verla darse cuenta de que había cometido un error. Quería ver cómo ella sufría por él, ver el momento en que aceptara que él era inevitable.

Y ella lo haría.

Ella volvería con él.

O vendría por ella.

De cualquier manera, la tendría de nuevo.

La vibración de su teléfono atravesó el silencio, su leve zumbido apenas audible por el peso de sus propios pensamientos. La mirada de Grigory se dirigió al dispositivo que descansaba sobre su escritorio, el nombre que parpadeaba en la pantalla provocó una lenta sonrisa en sus labios.

Nikolái Vólkov. Su primo y jefe de la familia Volkov, que dirigía el negocio desde Nueva York.

Levantó el teléfono y le dio la vuelta una vez en la palma de la mano antes de contestar con un movimiento controlado y deliberado.

"Nikolái". Su voz era firme, ilegible, pero no había necesidad de fingir entre ellos.

Nikolai no perdió el tiempo con bromas. Nunca lo hizo. "Tenemos un problema".

Grigory se reclinó en su silla, sus dedos se curvaron alrededor del pesado vaso de vodka una vez más, pero no bebió. Podía escuchar la tensión en la voz de Nikolai, el borde de irritación enmascarado bajo su habitual exterior sereno.

"¿Qué pasó?"

Hubo una breve pausa y luego Nikolai exhaló bruscamente. “La ruta de Ámsterdam a Nueva York se ha visto comprometida. Un envío nunca logró salir de la ciudad”.

El agarre de Grigory sobre el cristal se apretó ligeramente. Eso no estuvo bien.

"¿Autoridades?"

“Están husmeando. No sabemos cuánto saben todavía, pero si nos conectan algo, podría ser un puto desastre”.

Grigory exhaló por la nariz y dejó el vaso sobre la mesa con lenta precisión. El puerto de Ámsterdam había sido su canal más seguro para mover artefactos ucranianos robados: pinturas, esculturas, reliquias arrancadas de ciudades devastadas por la guerra, escondidas dentro de contenedores de carga con destino a Nueva York. Había sido eficiente. Rentable.

Y ahora era una responsabilidad.

“¿Sabemos quién les avisó?”

“Todavía no, pero tengo gente trabajando en ello. Mientras tanto, necesitamos una nueva ruta. Rápido."

Los dedos de Grigory tamborilearon contra la madera pulida de su escritorio, su mente ya analizaba las posibilidades. El contrabando de arte no era como el contrabando de drogas o armas. Las piezas debían moverse silenciosamente, discretamente. Una caja de envío llena de carga ilícita podría descartarse y perderse en el caos del papeleo, pero un Rembrandt original o un antiguo icono bizantino no podrían desaparecer sin que alguien se diera cuenta.

Necesitaban legitimidad. Una fachada que no despertaría sospechas.

Su mandíbula hizo tictac, las ruedas giraron y entonces... la respuesta de repente estuvo justo frente a él.

Él no dudó.

"DeWitt e hijos".

Hubo silencio al otro lado de la línea durante medio segundo antes de que Nikolai volviera a hablar, esta vez más lento. "¿La casa de subastas?"

Los labios de Grigory se curvaron ligeramente. “Es perfecto. Acreditado. Establecido. Nadie sospecharía jamás que un negocio como ese blanqueara obras de arte robadas para la Bratva”.

Otra pausa, luego un silencioso murmullo de consideración. “Ese es un gran riesgo. ¿Quién lo dirige?

Grigory exhaló lentamente y se pasó una mano por la mandíbula. “Hugo De Witt. Un hombre muy respetado en el mundo del arte. Conexiones en toda Europa. Su casa de subastas maneja piezas valiosas desde hace décadas”.

Omitió el detalle más importante. De repente, la razón por la que esto era más que un negocio para él.

Nina.

Nikolai, siempre perspicaz, captó la vacilación. "¿Y?"

La sonrisa de Grigory volvió, lenta y deliberada. “Y su hija es mía”.

Una risita baja resonó a través del receptor. "¿Tuyo? No me di cuenta de que habías decidido conservar uno.

Sus dedos se curvaron en su palma. Quédate uno. Así era su mundo, ¿no? Las mujeres eran cosas que había que tomar, reclamar y descartar cuando ya no servían. Había vivido según esa regla durante años, sin cuestionarla ni una sola vez.

Pero Nina era diferente.

Ella no era sólo algo que debía conservarse. Ella era algo digno de poseer.

"Ella será útil", dijo Grigory simplemente, aunque incluso él escuchó la posesividad entrelazada debajo de las palabras. “Su padre hará lo que sea necesario para mantenerla a salvo. Si lo presiono en la dirección correcta, se alineará”.

Nikolai reflexionó un momento. "Eso podría ser una ventaja para usted".

"Va a."

El silencio se extendió entre ellos, pero Grigory prácticamente podía oír las ruedas girando en la cabeza de Nikolai, podía sentir el peso de las decisiones no expresadas flotando en el espacio entre ellos.

Finalmente, Nikolai habló.

"Haz que suceda. Rápido. Quiero que todo vuelva a la fecha prevista”.

Grigory inclinó la cabeza, como si Nikolai pudiera ver el acuerdo tácito. “Considérelo hecho”.

La llamada terminó y la línea se cortó, pero Grigory permaneció quieto, mirando la pantalla por un momento antes de dejar el teléfono a un lado.

Su mente ya estaba cambiando, avanzando hacia los siguientes pasos.

DeWitt & Sons pertenecería a la Bratva.

¿Y Nina DeWitt?

Ella le pertenecería.

# Capítulo 6

# Nina

La luz de la mañana entraba a través de las imponentes ventanas de DeWitt & Sons, proyectando suaves tonos dorados en los suelos de mármol y en las vitrinas meticulosamente dispuestas que se alineaban en la gran casa de subastas. Nina estaba sentada en su escritorio, hojeando los últimos informes de inventario, obligándose a concentrarse en la lista de próximos envíos. Por lo general, esta rutina la consolidaba: el ritmo familiar de catalogación, la naturaleza precisa de su trabajo. Pero hoy se sintió diferente.

Equivocado.

Ella no había dormido. No precisamente. Cada vez que cerraba los ojos, estaba de vuelta en la cama de Grigory, enredada en sus sábanas, con su aroma aún pegado a su piel. Cada centímetro de ella le dolía, un dolor persistente que se negaba a permitirle olvidar cómo él la había tomado, poseído, cómo la había hecho desmoronarse de maneras que no había imaginado que fueran posibles.

Y luego ella se fue.

Como un cobarde.

Sus dedos se tensaron contra el suave papel del informe mientras exhalaba bruscamente. Se acabó. Una noche, un error imprudente. Eso fue todo. Se lo había dicho a sí misma una y otra vez, lo había repetido como un mantra en las primeras horas de la mañana mientras se limpiaba el olor de su piel, mientras miraba su reflejo en el espejo y se decía a sí misma que nunca lo volvería a ver.

Lo había dicho en serio.

Entonces, ¿por qué su cuerpo todavía vibraba con el recuerdo de él? ¿Por qué todavía sentía el fantasma de sus manos sobre ella, oía el profundo sonido ronco de su voz en su oído?

Con un suspiro de frustración, Nina se obligó a reenfocarse y pasó otra página del informe de inventario. Lo que necesitaba era trabajo. El trabajo la conectaría, la devolvería a la realidad, le recordaría quién era antes de que esa noche amenazara

con arruinarla.

La pesada puerta de roble de su oficina se abrió con un chirrido.

"Niña".

La voz de su padre tenía el mismo peso de siempre: firme, expectante, pero hoy había algo más debajo. Un borde de importancia.

Levantó la vista de su escritorio, educando sus rasgos en una atención educada cuando Hugo DeWitt entró. Vestido con uno de sus trajes hechos a medida, con el cabello plateado cuidadosamente peinado hacia atrás, irradiaba el tipo de autoridad natural que venía con décadas de experiencia en el mundo de las subastas. Había convertido a DeWitt & Sons en una de las instituciones más respetadas de Europa y había mantenido su legado con una disciplina inquebrantable.

Nina había pasado su vida tratando de estar a la altura de ese estándar.

Se enderezó en su silla y dejó el informe a un lado. "Buen día."

Hugo se ajustó el puño de la manga y sus agudos ojos azules, tan similares a los de ella, la recorrieron antes de colocar una carpeta sobre su escritorio. "Tenemos un nuevo cliente".

Ella arqueó una ceja y cogió la carpeta. “¿Otro coleccionista?”

"Más que eso", dijo suavemente, acercándose. "Él representa una gran corporación".

Hubo una pausa. Una vacilación calculada antes de continuar.

"Grigori Volkov".

El nombre la golpeó como un trueno, una descarga de electricidad cruda recorrió su columna y le heló los dedos alrededor del borde de la carpeta. Su bolígrafo, olvidado, rodó por el escritorio y resonó contra la madera pulida.

Durante un largo rato ella no se movió, no respiró. El nombre, Grigory, tenía que ser una coincidencia.

Sujetó con más fuerza la carpeta, su pulso martilleaba contra sus costillas mientras se obligaba a mantener su expresión neutral. Con cuidado, deliberadamente, levantó la mirada hacia su padre.

“¿Cuál es su interés?” —preguntó con voz fría y controlada.

Si Hugo notó algo raro, no lo demostró. “Adquisiciones privadas. Artefactos de alta gama, en su mayoría europeos”. Se apoyó en el borde de su escritorio y sus dedos tamborilearon ociosamente contra la superficie forrada en cuero. "Está pagando una prima por la discreción y quiere que todo se resuelva rápidamente".

Un peso lento y repugnante se instaló en su estómago.

Grigori Volkov.

No sólo Grigori.

Ella tragó. "¿Discreción?"

Hugo asintió con fuerza. “Del tipo que garantiza eficiencia y exclusividad. Clientes como Volkov Industries esperan un cierto nivel de profesionalismo: sin demoras, sin burocracia y absolutamente sin filtraciones a la prensa o a los coleccionistas competidores”.

Eso tenía sentido. DeWitt & Sons siempre había atendido a una clientela de élite, aquellos que valoraban la privacidad tanto como el arte que coleccionaban. Algunos compradores eran solitarios y preferían mantener sus adquisiciones fuera del ojo público, mientras que otros simplemente no querían que sus rivales supieran lo que estaban comprando.

Esto no era inusual. Algunos de sus clientes más ricos tenían sus propios motivos para querer una transacción silenciosa, ya fuera para proteger sus colecciones contra robos, para evitar el escrutinio de pares envidiosos o simplemente porque disfrutaban del prestigio de adquirir algo raro antes de que el resto del mundo supiera siquiera que

estaba disponible.

Su padre siempre le había dicho que parte de su reputación se basaba en la confianza. La discreción no se trataba de secreto, sino de profesionalismo. Acerca de manejar los tratos con eficiencia y garantizar que cada transacción se realice sin problemas, sin complicaciones innecesarias.

"¿Qué tan rápido estamos hablando?" preguntó ella.

Hugo tocó la carpeta. “Esta tarde llegará un envío. Quiero que lo supervises”.

Se le secó la garganta.

De pronto la habitación le pareció demasiado pequeña y el aire demasiado denso.

Ella sabía que tenía que ser él. Dios, ella lo sabía.

El mismo hombre cuyas manos habían estado sobre su cuerpo, cuya voz la había llevado al límite en la oscuridad, cuyo nombre había jadeado cuando él la reclamó.

Su padre acababa de entregarle la prueba de que no era un extraño anónimo y peligrosamente atractivo. Era alguien poderoso. Alguien peligroso.

Y ahora él era su cliente.

Ella se obligó a asentir. "Por supuesto."

Las palabras le supieron mal en la lengua.

"Bien." Hugo se levantó del escritorio y se alisó la chaqueta del traje. “Asegúrate de que todo salga bien. Esta es una conexión valiosa”.

Los dedos de Nina se cerraron alrededor de la carpeta mientras veía a su padre irse, la puerta se cerró detrás de él.

En el momento en que estuvo sola, dejó escapar un suspiro lento y tembloroso, y su mirada se dirigió a la carpeta, al nombre escrito cuidadosamente en el contrato del cliente.

Grigori Volkov.

Un nombre que ya no era sólo un recuerdo. Un nombre que ahora estaba ligado a su negocio. Atado a ella.

Sintió las manos frías cuando abrió la carpeta, escaneando los detalles del contrato, la solicitud de procesamiento acelerado, la absurda cantidad de dinero que se transfirió por discreción.

Su estómago se retorció.

Nina pasó las siguientes horas sumergida en el trabajo, o al menos intentó estarlo. Se obligó a concentrarse, hojeando hojas de inventario, escaneando registros de seguridad, confirmando cronogramas de entrega, cualquier cosa que ocupara su mente. Pero por mucho que lo intentara, sus pensamientos seguían girando en torno a una sola cosa.

Grigori Volkov.

El nombre resonó en su cabeza, repitiéndose una y otra vez como una melodía inquietante que no podía evitar.

Se dijo a sí misma que tenía que ser una coincidencia. Grigory no era un nombre poco común, y Volkov… bueno, sonaba a ruso, y había muchos inversores rusos adinerados en el mundo del arte. Eso no significaba que fuera él.

Pero ella no podía dejar de preguntarse.

Encaja.

El poder en su presencia. La orden sin esfuerzo en su voz. La forma en que la había mirado, hablado con ella, tocada, como si fuera un hombre acostumbrado a conseguir

exactamente lo que quería, sin preguntas, sin vacilación.

Sus dedos se apretaron alrededor del borde de su escritorio.

Él no se la había llevado simplemente. Él la había poseído, en cuerpo y alma, como ningún otro hombre lo había hecho antes. Todavía podía sentir el doloroso agarre de sus manos en sus caderas, la forma posesiva en que le había susurrado en ruso mientras la empujaba al límite. El recuerdo era visceral, grabado a fuego en su piel.

Un lento e indeseado calor la recorrió, la vergüenza y el deseo se enredaron en algo agudo, algo peligroso.

Inhaló bruscamente y apartó ese pensamiento, poniéndose de pie. Ella no podía seguir haciendo esto.

¿Qué importaba que fuera el mismo Grigory?

Incluso si lo fuera, esa noche había terminado. Había sido un error. Un error de juicio único que no tenía intención de repetir. Si por alguna loca casualidad ese Grigory Volkov fuera el mismo hombre, mantendría las cosas profesionales.

Tenía que hacerlo.

Nina enderezó los hombros y alisó la tela de su blusa como si solo eso pudiera borrar el fantasma persistente de él en su piel. Miró el reloj. Casi mediodía. Estaba previsto que el envío llegara en unas horas.

Ella sólo necesitaba sobrevivir hoy.

Entonces nunca más tendría que pensar en él.

El profundo estruendo de un camión que se acercaba atravesó el silencioso zumbido de la casa de subastas, su bajo gruñido vibró a través de los pulidos pisos de mármol. Nina se puso rígida, agarrando su portapapeles con un poco más de fuerza, inhalando lentamente mientras se obligaba a concentrarse.

El envío era sólo un negocio: otra entrega de rutina que debía catalogarse, ingresarse en el sistema y procesarse como cualquier otra.

Salió al muelle de carga, el sol de primera hora de la tarde rebotaba en el metal reluciente del contenedor de envío mientras los trabajadores comenzaban a descargar las cajas. El olor a diésel y madera fresca llenó el aire, el ruido sordo constante de las pesadas cajas golpeando el pavimento la dejó en el suelo.

Rutina. Metódico. Previsible.

Pero entonces—

El aire cambió.

Un lento, casi imperceptible picor de conciencia se deslizó a lo largo de su columna, una sensación tan aguda, tan intensa, que le provocó un escalofrío incluso antes de darse la vuelta.

Conocía esa sensación: el peso inconfundible de ser observada, pesado e inquebrantable. Su respiración se entrecortó, sus dedos se apretaron alrededor del portapapeles mientras una sombra larga e imponente se extendía sobre el pavimento. Lentamente se giró y allí estaba él.

Gregory.

De pie justo detrás de la camioneta, su cuerpo alto y de hombros anchos dibujaba una figura imponente contra la cruda luz de la tarde. Su abrigo negro hecho a medida le sentaba con precisión y sin esfuerzo, y la cachemira oscura sólo realzaba la quietud depredadora de su postura. Con las manos en los bolsillos y una expresión ilegible, la miró con la misma silenciosa intensidad que la había destrozado esa noche.

Pero fueron sus ojos los que le robaron el aliento de los pulmones: fríos, evaluadores, recorriéndola como si estuviera recordando. Como si la estuviera desnudando otra vez, reviviendo cada sonido que ella había hecho debajo de él, cada forma en que se había entregado a él.

El calor le lamió la columna vertebral, el recuerdo de su boca, sus manos, su cuerpo

presionando contra el de ella envió un pulso espontáneo de excitación a través de su torrente sanguíneo.

Dios, no. Esto no podría estar sucediendo.

Ahora sabía, sin lugar a dudas, exactamente quién era él. Y por la forma en que la miraba, supo que ella lo sabía.

Su pulso se aceleró mientras luchaba por mantener su expresión neutral, para controlar el pánico salvaje que le arañaba el pecho. Tenía que recuperarse.

Ella era una profesional. Este era su lugar de trabajo. Era sólo un cliente más. Y, sin embargo, la forma en que la miraba le hacía imposible respirar.

"Printsessa", murmuró, la profunda seda de su acento ruso enroscándose alrededor del cariño como humo.

El sonido, la forma en que la envolvió como una caricia íntima, envió una fuerte sacudida a través de su pecho. Apretó los dientes, inhaló por la nariz y agarró el portapapeles con tanta fuerza que los bordes se le clavaron en la palma. Ella era una profesional.

"Señor. Volkov", dijo secamente, ignorando la forma en que su voz la traicionaba con el más mínimo temblor.

La comisura de su boca se levantó, sutil, consciente. Divertido.

Sus ojos se posaron en el agarre mortal que ella tenía en el portapapeles, en la postura rígida y equilibrada de sus hombros.

"No esperaba que manejaras mi envío personalmente", dijo suavemente, acercándose, cerrando el espacio entre ellos con una confianza fácil y sin prisas.

Ella tragó, resistiendo el impulso de dar un paso atrás. Él olía exactamente igual: colonia cara, humo y algo más oscuro, algo completamente suyo que se había pegado

a su piel mucho después de que ella hubiera dejado su cama.

“Superviso todas las adquisiciones entrantes”, logró decir, con su voz una máscara perfecta de profesionalismo. "¿Supongo que todo está en orden?"

Grigory ladeó ligeramente la cabeza, estudiándola como si encontrara divertida su respuesta.

“Ya veremos”, murmuró.

La forma en que lo dijo envió una onda por su espalda, el peso de algo no dicho colgando entre ellos.

Algo inevitable.

Nina se obligó a concentrarse en las cajas, en los números garabateados en la hoja de inventario, en la mundana tarea de aprobar los detalles del envío. Pero era imposible concentrarse. Cada respiración, cada movimiento, cada centímetro de aire entre ellos estaba cargado de su presencia.

Podía sentir que él la miraba.

No sólo observar, estudiar, evaluar, probar los límites de su compostura con nada más que su silenciosa e inquebrantable atención.

Esto era sólo un negocio. Se lo había dicho a sí misma toda la mañana, lo había repetido como un mantra, convenciéndose de que podía separar al hombre del error que había cometido la noche anterior. Este era sólo otro cliente, otro inversor de alto perfil que tenía dinero para gastar y un gusto caro en artefactos raros. No importaba que fuera Grigory. No importaba que él la hubiera tocado, que la hubiera poseído, que la hubiera reducido a algo que ella ni siquiera reconocía.

No importaba.

Ella pasó junto a él, con el bolígrafo en la mano y su firma apenas legible mientras garabateaba su nombre en el manifiesto. Pero en el momento en que ella se giró, con la intención de poner distancia entre ellos, sus dedos rozaron todo su brazo.

Un toque fugaz. Apenas allí.

Y, sin embargo, la consumió.

La sensación envió una onda a través de ella, su respiración abandonó sus labios demasiado rápido, demasiado inestable. Su cuerpo la traicionó en un instante: su piel se erizó al darse cuenta, el calor se extendió por su columna, su pulso se aceleró contra su voluntad.

Ella debería alejarse. Debería decirle que no la toque.

Pero ella no se movió.

La voz de Grigory era baja, oscuramente divertida. “Me dejaste demasiado rápido, Nina. No había terminado contigo”.

Su cuerpo se trabó, los músculos se tensaron tanto que le dolían. El calor de su aliento rozó su oreja y, a pesar de que cada parte racional de ella gritaba para resistirse, algo dentro de ella se apretó en respuesta.

Se obligó a mirarlo con una mirada aguda, ilegible. "Fue un error".

Su risa profunda fue lenta, consciente, como si ella acabara de decir algo completamente ridículo. Ladeó ligeramente la cabeza, sus penetrantes ojos azules brillaban con algo ilegible, algo peligroso. “¿Un error?”

Sus dedos se deslizaron más abajo, ligeros como una pluma, sobre su muñeca. El toque fue tan sutil, tan hábilmente controlado, que nadie más lo notaría. Para cualquiera que estuviera mirando, solo estaban hablando de negocios.

Pero ella lo sintió.

Oh, ella lo sintió.

Su agarre se apretó, lo suficiente como para hacerla respirar con dificultad, no lo suficiente como para doler, sólo lo suficiente para recordárselo. Lo suficiente para hacerla recordar cómo se había sentido cuando esas mismas manos la habían inmovilizado, la habían sostenido exactamente donde él la quería, la habían hecho rendirse por completo.

Ella tragó, con la garganta seca. "No volverá a suceder".

Sus labios se curvaron ligeramente, su expresión todavía exasperantemente compuesta. "¿No?" La forma en que lo dijo, la certeza entrelazada con esa única palabra, provocó que un estremecimiento caliente e inoportuno la recorriera.

Su mano se levantó, sus dedos apartaron un mechón de cabello de su mejilla, su toque se prolongó solo un segundo más. Él se inclinó y su voz era un susurro de pecado contra su oído.

"Creo que ambos sabemos que eso no es cierto".

Una ola de calor la recorrió y se acumuló en su vientre, traidora e espontánea. Dios, ella lo odiaba por esto. Lo odiaba por la forma en que respondía su cuerpo, por la forma en que su piel ardía ante el más simple contacto, por la forma en que su voz (tan baja, tan aterciopelada, tan condenadamente segura) la envolvía como una soga, haciéndole imposible pensar con claridad.

Sus dedos se cerraron en puños a sus costados, las uñas se clavaron en sus palmas mientras se obligaba a sí misma a romper el hechizo, a decir algo, a poner fin a esto. Pero entonces sus labios se acercaron, justo cerca de su oreja, tan silenciosamente que sólo ella pudo oír las palabras que le provocaron un delicioso escalofrío por la espalda.

"Estoy deseando trabajar muy de cerca contigo, printsessa".

Su estómago se retorció.

La forma en que lo dijo, la forma en que dejó que el cariño ruso saliera de su lengua como una promesa, como una advertencia, ella lo sintió en todas partes.

La voz de su padre llamó desde adentro, rompiendo el momento como si fuera un cristal. El sonido la devolvió a la realidad, recordándole exactamente dónde estaba, exactamente qué se suponía que debía estar haciendo.

Ella dio un paso atrás. Demasiado rápido. Demasiado obvio. Su respiración era irregular, su cuerpo estaba demasiado caliente y sus pensamientos daban vueltas.

Grigory no se movió, pero sus ojos la siguieron.

Apretó el portapapeles con más fuerza, aferrándose a algo sólido, algo real, algo que no era el calor de su cuerpo o el hambre que se apoderaba peligrosamente de su interior.

Esto era un negocio. Tenía que ser simplemente un negocio. Porque si no lo era, no sabía si tendría la fuerza para evitar dejar que él la reclamara de nuevo.

# Capítulo 7

# Nina

La semana se prolongó en una neblina de energía inquieta, una inquietud que se aferró a Nina como los últimos rastros de una fiebre que no podía quitarse. Se dijo a sí misma que era estrés: el peso de los nuevos negocios, el rápido ritmo de los envíos, la necesidad de asegurarse de que todo transcurriera sin problemas. Pero en el fondo, ella lo sabía mejor.

Fue él.

Grigory Volkov se había hundido en su mente como un pensamiento no deseado, imposible de liberar por mucho que lo deseara. No lo había visto desde esa noche, no había oído su voz, no había sentido sus manos sobre su piel. Y, sin embargo, se demoró. Lo sentía en la quietud de su apartamento, en los momentos entre reuniones, en la forma en que todavía le dolía el cuerpo cuando se movía demasiado rápido, un cruel recordatorio de cuán profundamente la había poseído.

Y ahora su nombre estaba en todas partes.

Cada documento que manejaba llevaba la marca de Industrias Volkov. Los envíos de su empresa llegaban a intervalos regulares, las cajas catalogadas y procesadas bajo su atenta mirada. Había tratado de mantener la cabeza gacha, de concentrarse en el trabajo, pero por mucho que se esforzara, la inquietud no la abandonaba.

Algo en estos envíos no estaba bien.

Ella no era ingenua. Sabía cómo funcionaba el mundo de las subastas. No todas las obras de arte tenían una historia perfecta y, a veces, la discreción era más valiosa que el papeleo. DeWitt & Sons había manejado su parte de transacciones de zona gris, acuerdos realizados en salones privados en lugar de en salas de subastas. Pero esto fue diferente.

El ritmo era demasiado rápido. Los envíos llegaron con un mínimo de aviso y los registros de procedencia (los pocos que había) parecían reunidos apresuradamente. Normalmente, ella habría señalado las inconsistencias y las habría devuelto para su verificación. Pero cada vez que ella dudaba, cada vez que señalaba la información que faltaba, su padre la ignoraba.

"Nina, este es el tipo de acuerdos que nos elevan". La voz de Hugo DeWitt llevaba el peso de la impaciencia mientras se reclinaba en su silla, con los dedos entrelazados bajo la barbilla. “¿Tiene alguna idea del tipo de puertas que esto nos abrirá? Si no puedes manejarlo, yo lo haré”.

Ella quería manejarlo. Ella necesitaba hacerlo.

DeWitt & Sons había sido el sueño de su bisabuelo, el legado de su padre. Pero ahora no había hijos. Siempre habían sido solo ellos dos: ella y su padre, un apellido que debería haber pasado a otra generación de hombres pero que en cambio había recaído en ella. Había pasado toda su vida demostrando que era digna de llevar ese nombre, de asumir el papel que todos habían asumido que pertenecería a otra persona.

Y ahora, su padre la estaba observando, midiéndola.

"No estoy diciendo que no debamos seguir adelante", dijo con cuidado, obligándose a parecer firme. “Pero parte de la procedencia no se confirma. ¿No deberíamos...?

"Niña." Su tono se agudizó, una advertencia. “Esto es un negocio. A veces las cosas no están tan limpias y ordenadas como uno quisiera. Créame, no somos los únicos que manejamos envíos como este. Volkov Industries es un cliente poderoso. No les des motivos para llevar sus negocios a otra parte”.

Su estómago se retorció. Allí estaba otra vez: la sensación inquebrantable de que le faltaba algo.

Su padre no fue imprudente. Había construido esta casa de subastas con precisión, asegurándose de que su reputación permaneciera intacta. Pero la forma en que habló de Grigory Volkov, la absoluta seguridad en su voz, la inquietó.

Quería preguntarle más. ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Volkov? ¿Cuánto confiaba en él? ¿Habían hecho negocios juntos antes? Pero la mirada de su padre la detuvo.

Este trato se estaba concretando, con o sin su aprobación.

En lugar de eso, asintió, tragándose la inquietud que amenazaba con aumentar. "Entiendo."

"Bien", dijo su padre, alejándose de su escritorio. "Entonces te sugiero que te concentres en hacer tu trabajo".

Nina apretó la mandíbula pero no dijo nada mientras volvía a su trabajo.

Ella quería creerle. Quería confiar en que se trataba sólo de otra transacción, de otro cliente de alto perfil que reforzaría su nombre. Pero mientras revisaba el papeleo, escaneando los mismos documentos una y otra vez, las dudas se negaban a abandonarla.

Algo no estaba bien.

Lo sintió en las firmas apresuradas, en las vagas descripciones, en la forma en que cada envío parecía procesarse con urgencia más que con precisión. No era así como su casa de subastas manejaba los negocios.

Y, sin embargo, no tuvo más remedio que seguir adelante.

Porque ella no defraudaría a su padre.

Porque ella era una DeWitt. Y DeWitts no cuestionó la oportunidad. Se lo apoderaron.

Incluso si parecía un error esperando a suceder.

Esa tarde la oficina estaba en silencio, salvo por el suave roce del bolígrafo de Nina contra el papel. La luz del final de la tarde se derramaba a través de las altas ventanas, dorando la habitación con un suave oro, proyectando largas sombras sobre el escritorio de caoba y los estantes que cubrían las paredes. Todo en el espacio fue curado: refinado, ordenado, estructurado. Un reflejo del propio negocio. Un reflejo del legado que estaba decidida a defender.

Debería haberse sentido en paz aquí. Pero ella no lo hizo.

Hoy no.

Su padre se había ido por el día, su ausencia dejó la casa de subastas en silencio, el personal restante murmuró sus despedidas mientras se preparaban para cerrar. Normalmente, disfrutaba ese momento: la tranquilidad, la concentración, la oportunidad de trabajar sin interrupciones. Pero no importa cuántas veces leyera el mismo documento frente a ella, las palabras se confundían. Sus pensamientos vagaron, volviendo a lo único que había jurado que dejaría atrás.

Gregory.

Ella no lo había visto en una semana. No había oído su voz, no había sentido el peso de su presencia detrás de ella, presionando su piel, sus huesos. Y, sin embargo, se demoró. Él estaba en cada aliento que tomaba, cada noche inquieta que pasaba entre las sábanas, cada momento traidor en el que cerraba los ojos y todavía sentía la huella de sus manos en su cuerpo.

Se había dicho a sí misma que todo había terminado. Que ella se había alejado y dejado atrás esa noche. Que cualquier hambre, cualquier deseo imprudente que hubiera despertado en su interior no había sido más que un fugaz error de juicio.

Pero si eso fuera cierto, ¿por qué todavía lo sentía?

Sus dedos apretaron el bolígrafo y la irritación se apoderó de su pecho. Esto fue ridículo. Ella no era una chica ingenua que se perdía en fantasías sobre un hombre. Tenía responsabilidades. Trabajar. Una reputación que mantener.

Y sin embargo—

Se le erizaron los finos pelos de la nuca. Una sensación extraña la recorrió, lenta y espesa, como miel cálida deslizándose por su columna.

Una presencia.

Ella no estaba sola.

El escalofrío de la conciencia le recorrió el vientre antes de siquiera mirar hacia arriba.

Y cuando lo hizo, él estaba allí.

Grigory Volkov estaba en la puerta, con las manos en los bolsillos de su abrigo negro hecho a medida, mirándola con la misma mirada ilegible y depredadora que le había dirigido esa noche en el museo. Ningún anuncio. Sin pretensiones. Él simplemente había venido.

Su respiración se entrecortó y sus dedos se tensaron alrededor del bolígrafo.

Durante un largo momento, ninguno de los dos habló. El silencio se extendió entre ellos, cargado, tarareando algo peligroso.

Se dijo a sí misma que debía mirar hacia otro lado, volver a su trabajo, dejar claro que fuera lo que fuese, no tenía lugar allí. Pero ella no pudo.

Él la miró como si ya fuera su dueño. Como si nada hubiera cambiado. Como si nunca hubiera parado.

Finalmente, se obligó a enderezar la columna, se obligó a exhalar y a mantener la voz firme. "Señor. Vólkov".

La comisura de su boca se alzó en el más mínimo atisbo de sonrisa. Entró, moviéndose con lenta y deliberada facilidad, su sola presencia fue suficiente para cambiar la energía en la habitación. La puerta permaneció abierta detrás de él, un recordatorio silencioso de que este era su espacio, su oficina, su mundo, no el de él. Y, sin embargo, con cada paso que daba, lo hacía sentir como suyo.

"Nina", murmuró.

La forma en que dijo su nombre (profunda, lenta, deliberada) envió un pulso de calor directo a su núcleo.

Ella se puso rígida y agarró el bolígrafo con más fuerza, como si de algún modo pudiera atarlo a la realidad. "Si estás aquí por los envíos, todo avanza según lo previsto".

Grigory no dijo nada al principio, simplemente la miró mientras se acercaba. Sus pasos eran pausados, el más leve susurro del cuero caro contra la madera pulida.

Podía sentirlo incluso antes de que llegara a su escritorio.

Entonces, él estaba allí, cerniéndose sobre ella, con las manos presionando contra la caoba mientras se inclinaba ligeramente, su presencia increíblemente grande, increíblemente abrumadora.

Su respiración se entrecortó.

"Bien", dijo, con voz suave como la seda, rica en oscura diversión. "Pero no es por eso que estoy aquí".

Su pulso se aceleró. "Entonces, ¿por qué estás aquí?"

Él inclinó ligeramente la cabeza, estudiándola como si fuera un rompecabezas que no tenía prisa por resolver.

Luego, lentamente, la alcanzó.

Sus dedos rozaron su mandíbula, inclinando su barbilla hacia arriba ligeramente. El toque fue ligero, demasiado ligero para el poder que tenía sobre ella. Su cuerpo la traicionó instantáneamente, su aliento se quedó atrapado en su garganta, su piel ardía donde él la tocaba.

Él se inclinó lo suficiente como para que ella pudiera sentir el calor que irradiaba, su aroma (especias oscuras y colonia cara) envolviéndola como una trampa.

"Porque te lo dije, krasotka", murmuró, su voz no era más que un susurro peligroso. "No he terminado contigo."

Las palabras enviaron una fuerte sacudida a través de ella, la anticipación y el desafío se enredaron en su pecho, retorciéndose con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Sus dedos se curvaron contra los papeles frente a ella, agarrando algo, cualquier cosa, para estabilizarse. "Esto no es apropiado", dijo, su voz cuidadosamente medida, aunque carecía de la convicción que quería que tuviera. "Necesitamos mantener las cosas profesionales".

Grigory exhaló suavemente, el sonido estaba mezclado con diversión, como si hubiera dicho algo levemente entretenido pero en última instancia irrelevante. Se acercó, lento y deliberado, hasta que su aroma (masculino, rico, mezclado con algo oscuro y embriagador) la envolvió.

"¿Profesional?" reflexionó, inclinando la cabeza como si considerara la palabra. Sus dedos rozaron el borde de su escritorio, trazando la madera pulida con perezosa intención. "¿Es eso lo que quieres, Nina?" Su mirada descendió más abajo, recorriendo el delicado pulso que latía en su garganta. "¿Pretender que lo que pasó entre nosotros no significó nada? ¿Pretender que tu cuerpo todavía no me duele?"

Su estómago se apretó. Ella quería negarlo, quería afrontar su arrogancia con fría indiferencia, pero sabía que él podía ver a través de ella. Él siempre pudo.

"Yo no..." comenzó, pero se le cortó la respiración cuando él la alcanzó.

No duro. No exigente.

Sólo un toque simple y devastador.

Sus dedos rozaron su mandíbula, lento y posesivo, levantando su barbilla hasta que no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos. Su pulgar se deslizó por la curva de su labio inferior, una caricia apenas visible que hizo que el calor brotara en su vientre.

"Dices que no", murmuró, su voz sedosa y acerada, "pero tu cuerpo me dice algo más".

Ella se estremeció, sus muslos se presionaron debajo del escritorio mientras su resolución se desmoronaba en los bordes. Odiaba la facilidad con la que él la desenredaba, cómo el espacio entre ellos se hacía más delgado, cargado de algo eléctrico, algo inevitable.

"No debería", susurró, su voz era un intento fracturado de resistencia.

"Pero lo harás", dijo Grigory, sus ojos se oscurecieron con certeza. "Porque eres mía, printsessa. Lo admitas o no".

Y luego la besó.

La boca de Grigory chocó contra la de ella antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera reunir las palabras para detenerlo. No es que ella quisiera hacerlo. Su beso fue feroz, absorbente, una afirmación innegable que atravesó su cuerpo como fuego. Su lengua se deslizó dentro de su boca, saboreándola, tomándola, devorándola con el mismo hambre despiadada que tuvo la primera vez.

Ella debería haberse resistido. Debería haberlo apartado, decirle que eso estaba mal, que no podían. Pero en lugar de eso, sus dedos se aferraron a las solapas de su abrigo, su cuerpo la traicionaba con cada respuesta desesperada y ansiosa. La calidez de él, el absoluto dominio en la forma en que se movía, la desenredaron centímetro a centímetro. Su beso fue un castigo, un recordatorio, una demanda silenciosa para que ella reconociera la verdad que tanto había intentado negar.

Ella jadeó cuando sus manos agarraron su cintura, levantándola como si no pesara nada y colocándola en el borde de su escritorio. La madera fría bajo sus muslos no era nada comparada con el calor que ardía entre ellos, la presión de su cuerpo dura e inflexible. Estaba atrapada, atrapada entre él y el escritorio, y eso le provocó un escalofrío de cruda anticipación.

Las manos de Grigory se deslizaron por sus piernas, sus dedos arrastraron la suave piel justo encima de su rodilla antes de agarrar el dobladillo de su falda. Su aliento era cálido contra sus labios mientras empujaba la tela hacia arriba, exponiendo más de sus muslos desnudos, su toque deliberado, consciente.

"Estabas pensando en mí, ¿no?" murmuró contra su boca, sus dedos rozaron el encaje de sus bragas, burlándose, sin darle lo que necesitaba.

Ella sacudió la cabeza, sin aliento, intentando invocar una negación. "No."

Él se rió entre dientes, oscuro y lleno de certeza. "Mentiroso."

Antes de que ella pudiera responder, sus dedos se deslizaron debajo del encaje,

deslizándose contra su resbaladizo calor, y ella jadeó, todo su cuerpo se tensó ante el toque íntimo. Un rubor de vergüenza y excitación la recorrió cuando él encontró la prueba innegable de su necesidad, de la mentira a la que había tratado de aferrarse tan desesperadamente.

"Mi puerta está abierta", susurró, su voz apenas audible y su respiración entrecortada. El último hilo de razón, de profesionalismo y de control se deshilachó cuando el placer la invadió.

Por un momento fugaz, el pánico pasó por su mente. ¿Y si alguien viera? ¿Qué pasaría si una empleada pasara por allí y los sorprendiera así: con la falda enrollada alrededor de las caderas, el cuerpo abierto para él y la respiración entrecortada y desesperada?

Grigori no se detuvo. En todo caso, el indicio de nerviosismo en su voz sólo pareció divertirlo. Sus dedos presionaron más profundamente, deslizándose a través de su humedad con una intención lenta y deliberada, su toque inflexible, consciente.

"Nadie se atrevería a interrumpirme".

Su voz era baja, con un matiz de oscura diversión, una certeza inquebrantable que la hizo estremecer.

Debería haberse horrorizado por la audacia de sus palabras, por la forma en que parecía completamente indiferente a la idea de ser atrapado. Pero en cambio, una extraña y prohibida emoción la recorrió. Porque tenía razón. Si alguien pasara por allí, si mirara por la puerta abierta y la viera así, lo viera tocándola, poseyéndola, no se atrevería a decir una palabra.

Al darse cuenta, algo se tensó en lo más profundo de su interior, un calor que se enroscó en su vientre, una oleada de excitación imprudente que no podía explicar. Fue peligroso. Fue humillante. Fue embriagador.

Su respiración se entrecortaba mientras él rodeaba su clítoris, provocándola, atormentándola, empujándola más cerca de la locura. Su otra mano agarró su muslo, un agarre posesivo, implacable, manteniéndola exactamente donde la quería.

"¿Te gusta eso, printsessa?" -murmuró, su voz mezclada con perversa diversión. “¿La idea de que alguien te vea así? ¿Saber que me perteneces?

Ella negó con la cabeza, negándolo, pero era una mentira débil y poco convincente.

Grigory se rió entre dientes, sus dedos presionaron más profundamente, curvándose dentro de ella con perfecta precisión. "Mentiroso."

La pura certeza en sus palabras envió un escalofrío perverso a través de ella, tensando su núcleo. Su respiración se entrecortaba mientras él rodeaba su clítoris de nuevo, provocándola, atormentándola, con la otra mano agarrando su muslo para mantenerla exactamente donde la quería.

Se mordió el labio, dividida entre la vergüenza de ceder tan fácilmente y el placer abrumador que la recorría como una droga. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo, exactamente cómo desenredarla, y ella odiaba lo mucho que le encantaba.

Un gemido ahogado escapó de sus labios cuando él deslizó sus gruesos dedos dentro de ella, su toque implacable, exigente. Sus uñas se clavaron en su abrigo, su cuerpo se arqueó contra su mano mientras él se movía, mientras acariciaba el punto sensible dentro de ella que hacía temblar sus muslos. Su control era absoluto, su dominio ineludible y ella se estaba ahogando en él.

Grigory gimió contra su cuello, inhalando el aroma de su piel mientras la estiraba, llenándola. "Mírate", murmuró él, con su cálido aliento contra su oreja. "Tan jodidamente mojado para mí".

Su cabeza cayó hacia atrás, sus labios se separaron mientras él curvaba sus dedos dentro de ella nuevamente, presionando justo, haciendo que su cuerpo se tensara de necesidad.

Su otra mano se movió, los dedos encontraron los botones de su blusa, desabrochándolos uno por uno con una lentitud agonizante. Separó la tela, dejando al descubierto el delicado encaje de su sujetador, sus pezones ya duros, tensos contra el fino material.

Grigory pasó el pulgar por la punta de uno y sonrió cuando ella se estremeció debajo de él. "Incluso tu cuerpo me ruega", murmuró, sus dedos dentro de ella nunca se detenían, nunca cedían. "Puedes luchar todo lo que quieras, Krasotka, pero ambos sabemos cómo termina esto".

Sus piernas temblaron cuando él la acercó al borde, el placer se enroscó con tanta fuerza dentro de ella que apenas fue consciente de los gemidos estrangulados que salían de sus labios. Tocó su cuerpo como un instrumento, elevándola más alto, empujándola hacia el precipicio con una precisión que la dejó completamente a su merced.

"Grigory", jadeó, sus uñas mordieron su abrigo y sus muslos temblaron alrededor de su mano.

Él gruñó en lo más bajo de su garganta, sus dedos trabajando en ella más rápido, más profundo, su pulgar rodeando su clítoris con la presión suficiente para volverla loca. "Eso es todo", dijo con voz áspera. "Di mi nombre".

Todo su cuerpo se tensó, el calor la recorrió mientras su clímax se tambaleaba al borde, justo a su alcance. Ella estaba jadeando ahora, desesperada, cada músculo de su cuerpo se contraía más mientras lo perseguía, mientras cedía al placer que él le imponía tan fácilmente.

Y luego se detuvo.

Sus dedos se detuvieron, retrocediendo lo suficiente para negarla, para dejarla dolorida, temblorosa, completamente destrozada.

“No…” Su respiración se entrecortó, la frustración y una necesidad insoportable chocaron dentro de ella.

Grigory sonrió, su pulgar provocando su entrada, lo suficiente para hacer que su cuerpo clamara por más, lo suficiente para hacerla sentir la insoportable ausencia de lo que necesitaba.

Grigory sonrió, sus dedos todavía provocándola, lo suficiente para mantenerla al límite, lo suficiente para recordarle quién tenía el control. Pero no había terminado. Aún no. Ni siquiera cerca.

Su mano libre abandonó su muslo y se movió con deliberada facilidad hacia la hebilla de su cinturón. El suave tintineo del metal envió una nueva ola de anticipación que la estremeció. Ella apenas tuvo tiempo de procesar el sonido antes de que él se desabrochara los pantalones, la tela susurró mientras los deslizaba hacia abajo lo

suficiente.

Y luego se liberó.

Su aliento se quedó atrapado en su garganta cuando él envolvió una mano alrededor de su gruesa polla, acariciándose con movimientos lentos y medidos, sin apartar la mirada de su rostro. Era grande. Duro. El fuerte rubor de excitación en la punta hizo que su estómago se apretara de necesidad, hizo que sus muslos se apretaran con anticipación.

Grigori se dio cuenta.

Él dejó escapar una risa oscura, agarrando su barbilla entre sus dedos, inclinando su rostro hacia arriba hasta que se vio obligada a mirarlo a los ojos. "Lo quieres, ¿no?" - murmuró con voz sedosa y acerada. "Dilo."

Sus labios se abrieron, pero las palabras se atascaron en su garganta, enredadas por el orgullo y la terquedad.

Grigory chasqueó suavemente, arrastrando su pulgar a lo largo de su labio inferior antes de bajar, siguiendo el pulso frenético en la base de su garganta. "Estás empapando para mí, printsessa", murmuró, su voz bajando a algo más profundo, algo posesivo. "Tu cuerpo ya sabe a quién pertenece".

Un escalofrío la recorrió cuando sus dedos se engancharon en la cintura de sus bragas, arrastrando el delicado encaje por sus muslos. No se tomó su tiempo, no bromeó: los desgarró con brutal eficiencia, levantando una de sus piernas lo suficiente para patearlos. El aire fresco contra su piel desnuda hizo que su pulso se acelerara, hizo que el calor que se acumulaba entre sus muslos fuera insoportable.

Y entonces él estaba allí.

La gruesa cabeza de su polla presionó contra su entrada, un deslizamiento lento y burlón que le dejó sin aliento en la garganta. Se arrastró a través de su resbaladiza, provocándola, dejándola sentir cada centímetro sin darle lo que necesitaba.

"Grigory..." Su voz era un susurro desesperado, sus uñas mordían la madera del

escritorio.

Él sonrió contra su mejilla, su aliento caliente mientras murmuraba: "¿Qué quieres?"

Ella giró ligeramente la cabeza, sus labios rozaron su áspera mandíbula mientras tragaba con dificultad, su orgullo en guerra con la dolorosa necesidad que la consumía.

"Yo..." Ella exhaló bruscamente cuando él empujó sólo la punta hacia adentro, estirándola lo suficiente como para hacerla jadear.

"Dime", exigió, su voz era pura dominancia, sus dedos agarraban sus caderas con tanta fuerza como para lastimarlas.

Su resolución se hizo añicos.

"Te quiero", susurró. "Te necesito."

Un gruñido bajo y satisfecho retumbó en su pecho.

"Buena chica".

Y luego empujó dentro de ella.

El repentino y abrumador estiramiento la hizo gritar, su cuerpo arqueándose contra el de él, las uñas arañándole los antebrazos mientras él se enterraba profundamente. Él no se detuvo, no la dejó adaptarse; la reclamó con un implacable empuje, llenándola tan completamente que no pudo hacer nada más que aceptarlo.

"Joder", gimió contra su garganta, su agarre apretando sus caderas mientras retrocedía sólo para penetrarla de nuevo.

El escritorio crujió debajo de ellos, sus piernas temblaron mientras él imponía un ritmo brutal y castigador. Cada embestida era profunda, despiadada, enviando un placer candente a través de ella.

La puerta abierta. El riesgo de ser atrapado. La pura intensidad de su posesión... era demasiado. Y no lo suficiente.

Sus gemidos llenaron la oficina, sonidos agudos y desesperados que sólo parecían estimularlo.

"Mírate", gruñó él, enredando sus dedos en su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás lo suficiente como para arquear su columna. "Me tomas tan jodidamente bien".

Ella gimió mientras él inclinaba sus caderas, el espeso arrastre de él golpeando un punto tan profundo que le quitó el aliento.

“Grigorio…”

Él gimió por la forma en que ella dijo su nombre, por la forma en que sus paredes se apretaron a su alrededor, atrayéndolo con avidez más profundamente. Sus dedos se deslizaron entre ellos, encontrando su clítoris, rodeando el capullo hinchado con precisión despiadada.

Su cuerpo se sacudió ante el contacto, el placer se enroscó más fuerte, más alto.

"Vas a venir por mí, printsessa". Su voz era una promesa, una exigencia, sus dedos trabajando en ella con perfecta precisión. “Saber que me perteneces”.

Las palabras la hicieron dar vueltas en espiral, la hicieron caer al abismo antes de que pudiera detenerlo.

Su clímax la atravesó como una tormenta violenta, sus muslos temblaron, su cabeza cayó hacia atrás mientras el placer la destrozaba de adentro hacia afuera. Ella se apretó a su alrededor, sus paredes exprimiendo todo lo que tenía, provocando un gemido áspero y gutural de sus labios.

"Joder", dijo con voz áspera, sus embestidas se volvieron erráticas, más profundas, más duras. Se estrelló contra ella por última vez antes de enterrar su polla por completo, su cuerpo se tensó cuando encontró su propia liberación, su agarre sobre ella se apretó mientras pulsaba dentro de ella.

Por un momento, el mundo se detuvo.

Lo único que podía oír era su respiración entrecortada y el salvaje martilleo de su propio corazón.

Grigory no se retiró inmediatamente. Él permaneció enterrado dentro de ella, con una mano todavía agarrando su cadera y la otra deslizándose hacia arriba para acariciarle la nuca. Él se inclinó y le dio un beso lento y prolongado en la mandíbula.

"Te lo dije, printsessa", murmuró contra su piel. "No he terminado contigo".

Grigory permaneció dentro de ella un momento más, su cuerpo apretado contra el de ella, el calor de su aliento aún persistía en su piel. Su agarre en su cuello se suavizó, sus dedos recorrieron perezosamente la delicada curva de su garganta, como si saboreara la sensación de su pulso latiendo bajo sus dedos.

Nina todavía estaba tratando de recuperar el aliento, todavía tratando de procesar lo que acababa de suceder, pero su mente estaba confusa, ahogándose en las consecuencias del placer y el fuerte olor a sexo que llenaba la oficina. Debería haber sentido vergüenza, debería haberse horrorizado por la facilidad con la que había dejado que él la llevara hasta allí... así.

Pero todo lo que podía sentir era a él.

Su boca encontró su mandíbula, depositando un beso prolongado allí, luego otro a lo largo de su cuello. Ahora era diferente: no la posesión despiadada que había mostrado antes, sino algo más lento, algo casi... reverente. Sus labios recorrieron su piel, como si la estuviera reclamando de una manera que fuera más profunda que solo su cuerpo.

Un escalofrío la recorrió. No por miedo, no por frío, sino por la comprensión de que él ya le había quitado algo, algo que ella ni siquiera había querido darle.

Grigory exhaló contra su garganta y finalmente, lentamente, se retiró. La ausencia de él la dejó sin aliento, su cuerpo instantáneamente protestó por la pérdida. Se agachó y se ajustó los pantalones con una facilidad suave y practicada, como si nada de ese momento lo hubiera inquietado, como si no la hubiera desenredado por completo.

Nina apenas podía moverse, le temblaban las piernas mientras se apoyaba en el escritorio, obligándose a sentarse.

Quería decir algo, cualquier cosa, para romper el denso silencio que se extendía entre ellos. Para preguntarle por qué había venido allí, por qué le había hecho esto otra vez, por qué ella se lo había permitido. Pero antes de que pudiera entender las palabras, él ya le estaba alisando la falda y sus manos se demoraron solo un segundo de más.

Luego le tomó la barbilla y le levantó la cara para mirarlo a los ojos.

Esperaba ver diversión allí, esa oscura satisfacción que siempre sentía cuando conseguía exactamente lo que quería. Pero en cambio, su expresión era ilegible, sus ojos azules agudos y evaluadores mientras buscaban los de ella.

Le pasó el pulgar por el labio inferior, casi pensativo, antes de murmurar: "Eres mía, Nina".

Su estómago se apretó. La certeza en su voz, la forma en que lo dijo, como si fuera un hecho, como si fuera inevitable, hizo que algo se tensara en lo más profundo de ella.

Ella debería haberlo negado. Debería haberle dicho que estaba equivocado.

Pero ella no lo hizo.

Y él tampoco.

En cambio, se inclinó y rozó su boca con la de ella en un beso que fue más lento, más profundo, mucho más tierno de lo que ella esperaba. Esta vez no fue una demanda. No fue un castigo. Era algo completamente distinto, algo que hacía que su corazón palpitara de una manera para la que no estaba preparada.

Luego, con la misma facilidad con la que se la había llevado, desapareció.

Grigory se enderezó, alisándose la camisa y ajustándose los puños como si no acabara de follársela contra el escritorio. Cogió su abrigo y se lo puso sobre sus anchos hombros antes de girarse hacia la puerta.

"Grigory..." comenzó, pero su voz temblaba, su garganta estaba apretada por demasiadas emociones que no quería reconocer.

Él la miró por encima del hombro, con una sonrisa perezosa, sabiendo. "Hablaremos pronto, Nina".

Luego salió, dejando la puerta abierta, dejándola sentada allí, todavía sin aliento, todavía dolorida, todavía temblando por lo que le había hecho.

Una aguda oleada de frustración estalló en su pecho: hacia él, hacia ella misma, hacia la forma en que su cuerpo aún latía con las réplicas de su toque.

Esto fue un error. De nuevo.

Se había jurado a sí misma que no volvería a suceder.

Y, sin embargo, aquí estaba ella, todavía sentada en el borde de su escritorio, con las piernas débiles, sin bragas y su aroma aún adherido a su piel.

Su estómago se retorció, la vergüenza y el deseo se enredaron de una manera que no podía evitar.

Ella debería haberlo alejado. Ella debería haberle dicho que no.

Pero la peor parte (la parte que no podía ignorar, la parte que le daba ganas de gritar) era que no quería hacerlo.

Ella todavía quería más.

# Capítulo 8

# Nina

La ciudad se desdibujaba más allá de la ventanilla del tranvía, con vetas apagadas de gris y dorado bajo el sol de primera hora de la mañana. Nina apenas se dio cuenta. Sus dedos descansaban sobre su bolso, su agarre se apretaba y aflojaba con cada respiración lenta, pero la inquietud en su estómago nunca se calmó.

Dos semanas.

Catorce días desde la última vez que lo había visto.

Debería haberse sentido aliviada.

Debería haber sido capaz de alejarlo todo: el calor de su boca contra su piel, la presión áspera de sus dedos dentro de ella, la forma en que la había poseído contra ese escritorio como si fuera algo que reclamar en lugar de una mujer con voluntad propia.

Pero ella todavía lo sentía. En todos lados.

Su nombre estaba estampado en cada documento que pasaba por su escritorio. Industrias Volkov. Lo vio en los envíos que procesó, las facturas que revisó y las piezas que se movían por DeWitt & Sons a una velocidad alarmante. Cada vez que leía su nombre, podía oír su voz con fuerte acento, la forma en que había murmurado palabras contra su garganta, la forma en que le había gruñido al oído mientras la tomaba.

Nina cerró los ojos con fuerza por un momento, obligándose a concentrarse. Eran sólo negocios. Sólo un trato. Podía fingir que lo que había sucedido entre ellos nunca había sucedido.

Excepto que su padre estaba actuando de forma extraña, y eso la inquietaba más que nada.

Hugo DeWitt era un hombre de rutina, orden y precisión. Desde que tenía uso de razón, él había dirigido la casa de subastas con meticuloso cuidado, tratando cada trato, cada obra de arte, como si llevara el peso de su legado familiar. No era un hombre imprudente. No tomó atajos.

Pero últimamente… las cosas habían cambiado.

Había estado distraído, inquieto. Evitando sus preguntas.

Los envíos avanzaban demasiado rápido, más rápido de lo habitual, sin el riguroso proceso de autenticación del que se enorgullecía su casa de subastas. Algunos registros de procedencia estaban incompletos, otros sospechosamente vagos. Hace unas semanas, habría sido él quien habría detectado esos errores y habría exigido respuestas. Ahora los descartó por completo.

"No te preocupes, Nina", le había dicho la noche anterior cuando ella lo presionó de nuevo. "Volkov Industries es un cliente poderoso. Si no puedes seguir el ritmo, yo me ocuparé de ello".

Ella había querido discutir, decirle que no era así como hacían negocios, pero había algo en su tono, algo definitivo.

Y eso la asustó.

Porque DeWitt & Sons era más que un simple negocio. Era el legado de su familia. Se había transmitido de generación en generación, y cada padre DeWitt preparaba a sus hijos para que asumieran el control. Excepto que ahora no había hijos.

Sólo estaba ella.

Había pasado toda su vida demostrando que podía manejar esto, que era digna de ese nombre. Si ella no podía hacerlo, si fallaba, no había nadie más. Y ahora, por primera vez, sintió como si el suelo debajo de ella se estuviera moviendo, como si algo estuviera sucediendo justo debajo de sus narices y no supiera cómo detenerlo.

Al salir del tranvía frente a la casa de subastas, Nina exhaló lentamente, obligándose a dejar todo a un lado. Tenía trabajo que hacer y, fuera lo que fuese, llegaría al fondo del asunto. No pensaría en Grigory Volkov... no hoy. Se alisó la falda y entró.

En el momento en que Nina cruzó las puertas de DeWitt & Sons, supo que algo andaba mal.

No era nada obvio: ni una señal de advertencia parpadeante, ni un caos fuera de lugar. La casa de subastas tenía el mismo aspecto de siempre. Los grandes candelabros aún proyectaban su brillo dorado sobre los pisos de mármol, el aroma de la madera pulida y del pergamino envejecido todavía flotaba en el aire, y el rítmico ruido de los tacones contra las baldosas resonaba suavemente en el vasto espacio. Pero algo se había movido bajo la superficie, una corriente silenciosa e insidiosa que aún no podía definir.

Lo sintió en la forma en que se movían los empleados: más silenciosos, más cautelosos. Las conversaciones se callaban cuando ella pasaba, y cuando levantaba la mirada, captaba miradas persistentes que rápidamente se desviaban, como si nadie supiera cómo mirarla a los ojos.

Un murmullo de inquietud surcó el aire, invisible pero sofocante.

Su pulso se aceleró mientras caminaba hacia su oficina, cada paso se sentía más pesado, más lento, como si caminara hacia algo inevitable. Se le erizaron los pelos de la nuca y una parte de ella (la parte que siempre había confiado en sus instintos) susurró que debía darse la vuelta, que debía prepararse para lo que fuera que aguardara más allá de esa puerta.

"Elena", llamó, viendo a la asistente de su padre en la recepción. La mujer mayor parecía tensa, con las manos fuertemente cruzadas sobre el escritorio como si estuviera tratando de hacerse invisible. “¿Dónde está mi padre?”

Elena vaciló y su mirada se dirigió hacia Nina antes de alejarse, como si buscara las palabras adecuadas. "Simplemente se fue a casa".

A Nina se le dio un vuelco el estómago.

Su padre nunca faltó un día laboral.

Nunca.

Cien posibilidades pasaron por su mente, cada una peor que la anterior. ¿Estaba enfermo? ¿Herido? ¿Había pasado algo?

“¿Pasó algo?” presionó, su voz mezclada con inquietud.

Elena vaciló de nuevo, la pausa se prolongó demasiado. Nina la conocía lo suficientemente bien como para reconocer cuando estaba ocultando algo.

"Deberías ir a la sala de conferencias, Nina", dijo finalmente, con la voz más tranquila de lo habitual. "Te están esperando".

Las cejas de Nina se fruncieron. "¿Quiénes son 'ellos'?"

Elena apretó los labios pero no respondió.

La fría inquietud que pesaba en las entrañas de Nina se agudizó hasta convertirse en algo más urgente. Cada instinto le decía que no le gustaría lo que fuera que estuviera a punto de encontrar, pero no podía detenerse ahora. Se volvió hacia el pasillo, sus pasos se hacían más pesados a cada paso, los latidos de su corazón eran un ruido sordo en sus oídos.

Llegó a la sala de conferencias, agarró la manija y abrió la puerta.

El aire del interior era denso, cargado de algo que no podía nombrar.

Un grupo de hombres desconocidos vestidos con trajes oscuros estaban sentados alrededor de la larga mesa de caoba, con papeles y carpetas extendidos ante ellos, y sus refinadas apariencias exudaban tranquila autoridad. En el momento en que ella entró, sus cabezas se alzaron al unísono, ojos fríos y evaluadores se posaron en ella como si fuera un intruso en su propio espacio.

Su respiración se cortó.

Ella conocía este tipo de hombres. Corporativo, calculador, de esos que no pierden el tiempo con bromas.

El hombre sentado a la cabecera de la mesa estaba de pie, con su traje perfectamente confeccionado pegado a su esbelta figura. Se ajustó los gemelos con meticulosa precisión y luego juntó las manos delante de él con un aire de formalidad ensayada.

"Señorita DeWitt", saludó con voz suave y profesional. “Gracias por acompañarnos. Por favor, tome asiento”.

Ella no se movió.

Su mirada se posó en los documentos que tenían ante ellos, las elegantes carpetas encuadernadas en cuero estampadas con el nombre de la empresa: DeWitt & Sons. La empresa de su padre. Su empresa.

Una lenta y progresiva sensación de temor la recorrió, retorciendo sus entrañas hasta convertirlas en algo tenso y frío.

"¿Qué es esto?" preguntó, su voz más aguda de lo que pretendía.

El abogado la miró fijamente, sin que su expresión revelara nada. “La transición formal de propiedad”, respondió, señalando la pila de documentos legales. "Se ha vendido DeWitt & Sons".

Las palabras cayeron sobre ella como una ola de hielo.

Por un momento, ella sólo pudo mirarlo fijamente, su mente luchando por procesar lo que acababa de decir.

No.

No, eso no fue posible.

Una risa de incredulidad surgió de sus labios, pero salió ahogada. "Estás equivocado", dijo, sacudiendo la cabeza. “Este es un negocio familiar. Mi padre no... él no...

“La venta se cerró esta mañana”, interrumpió el abogado, pasando la página superior del contrato hacia ella. "Tu padre ya firmó los documentos necesarios".

Su respiración se detuvo.

Dio un paso adelante, apenas consciente de sus propios movimientos, sus dedos temblaban mientras escaneaba la tinta negra y nítida garabateada en la página. Y entonces ella lo vio.

El nombre del nuevo propietario.

Grigori Volkov.

Su sangre se convirtió en hielo.

La habitación pareció inclinarse bajo ella, el sonido de su propio pulso rugiendo en sus oídos. Leyó el nombre de nuevo, deseando que cambiara, deseando que fuera cualquier otra persona.

Pero ahí estaba, audaz e ineludible.

Grigory había comprado DeWitt & Sons.

Ella retrocedió un paso, con la mente en blanco y el pecho apretándose con algo agudo y asfixiante.

“Debes estar equivocado”, dijo, pero incluso cuando las palabras salieron de sus labios, supo que era inútil. Esto no fue un error. Esto no fue una terrible confusión.

Este era él.

Esto fue *a él* .

Grigory había hecho esto. Él había llegado a su mundo como una tormenta, la sedujo, la tomó, *usado* ella... y ahora él le había robado lo único que realmente le había pertenecido.

La furia se encendió dentro de ella, candente y devoradora.

Sus manos se cerraron en puños a los costados. "¿Dónde está?" —preguntó, con la voz temblorosa por la ira apenas contenida.

El abogado no se inmutó. Simplemente hizo un gesto hacia las puertas de vidrio en el otro extremo de la habitación, que conducían al espacio de la oficina principal.

Y ahí estaba él.

Grigory estaba de pie cerca de las ventanas, su ancha silueta recortada contra el telón de fondo del horizonte de Ámsterdam, una imagen de poder sereno y sin esfuerzo. Tenía las manos en los bolsillos y su expresión era ilegible mientras la miraba con la misma intensidad que la había perseguido desde el momento en que se conocieron.

Una lenta y burlona sonrisa apareció en sus labios.

Él la había estado esperando.

Verlo, la audacia de él parado allí como si *pertenecía* aquí... envió un violento pulso de ira a través de ella.

El mundo entero de Nina acababa de desaparecer.

Y el hombre responsable estaba justo delante de ella.

Su corazón latía con fuerza mientras corría hacia él, apenas consciente de las miradas lanzadas en su dirección, apenas consciente de nada excepto la ardiente furia que arañaba su pecho.

“¿Qué diablos has hecho?” —preguntó con voz temblorosa.

Grigory ni siquiera parpadeó. Él simplemente inclinó la cabeza, mirándola con silenciosa diversión, como si su ira no fuera más que un leve inconveniente.

"Buenos días, printsessa", dijo suavemente, su profundo acento ruso enroscándose alrededor de las palabras. "Veo que has escuchado la noticia".

El peso de sus palabras la presionó, sofocándola en su finalidad. La respiración de Nina se hizo rápida y superficial mientras permanecía rígida, con el pulso martilleándole la garganta y las uñas clavándose en las palmas. Al otro lado de la habitación, Grigory permanecía exasperantemente sereno, con su ancho cuerpo reclinado en *el de su padre* silla, sus dedos se curvan perezosamente alrededor de un vaso de cristal de vodka. La luz dorada de la tarde entraba a través de las altas ventanas, alcanzando el borde de sus pómulos afilados, el destello de algo oscuro en su mirada mientras la observaba desenredarse.

Ella estaba perdiendo. No- *ella ya habia perdido* .

"Siéntate", dijo, la única palabra era una orden.

Ella no se movió. No parpadeé.

Sus labios se curvaron ligeramente. "Haz lo que quieras".

Tomó otro sorbo lento de vodka y el vaso tintineó suavemente contra su anillo cuando lo dejó. "Me imagino que esto no es exactamente como esperabas que fuera tu día".

Su cuerpo tembló de rabia. "Robaste el negocio de mi familia".

Sus cejas se arquearon. “¿Lo hice?” Exhaló una risa corta y sin humor. "Para empezar, realmente deberías preguntarte si alguna vez fue tuyo".

Ella apretó los puños con más fuerza. “Mi padre…”

"Tu padre lo vendió", interrumpió Grigory suavemente. "De buena gana, debo añadir."

El estómago de Nina dio un vuelco. "Estás mintiendo".

No parecía ofendido, no parecía nada más que *divertido* . Esa diversión exasperante, exasperante. "Tu padre tomó mi dinero mucho antes de que yo cruzara tus puertas", continuó. “Un negocio ahogado en gastos generales, clientes menguantes, una casa de subastas aferrada a la ilusión de prestigio. Dime, Nina, ¿alguna vez te preguntaste por qué la repentina afluencia de coleccionistas bien pagados? ¿La prisa por impulsar los

envíos? ¿O simplemente asumiste que el negocio estaba prosperando?

Ella no dijo nada.

Grigory ladeó ligeramente la cabeza y su mirada la atravesó. “Tú y tu padre habéis estado moviendo arte robado durante semanas, *printsessa* .” Su voz era tranquila, tan natural que le revolvió el estómago. "Simplemente no lo sabías".

El suelo debajo de ella pareció moverse. El aire se volvió más pesado, más denso, presionando por todos lados. Apenas podía procesar las palabras, apenas podía procesar nada excepto el lento y progresivo horror que se curvaba alrededor de sus costillas.

"No", susurró ella. "No, eso no es..." Su garganta se apretó. "Mi padre no..."

"¿No sería qué?" Grigory se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en el escritorio. “¿No aceptarías mi dinero? ¿No permitiría que Volkov Bratva usara la casa de subastas como fachada? Dejó que las palabras asimilaran, su expresión era ilegible. “¿O no le mentiría a su hija?”

Ella *no pude*  respirar.

Los envíos. La documentación apresurada. Los registros de procedencia que nunca tuvieron sentido.

El empujón para *no hacer preguntas* .

Había ignorado sus instintos. Se tragó sus dudas. Confió en su padre.

Y todo había sido mentira.

Nina contuvo el aliento y le temblaron las manos mientras se obligaba a enderezar la columna. "Si lo que estás diciendo es verdad", dijo, intentando que su voz se mantuviera firme, "entonces eres igual de culpable".

Grigori sonrió. "Por supuesto."

La pura audacia de su indiferencia le hizo hervir la sangre. “Iré a las autoridades”.

Su sonrisa se amplió. "Tú podrías."

Una pausa. Pesado. Letal.

“Pero recuérdenme”, reflexionó, “¿quién supervisó personalmente esos envíos?” Él arqueó una ceja y observó cómo sus labios se abrían y su siguiente aliento se detenía en sus pulmones. “¿Quién firmó los documentos de recepción? ¿Quién catalogó el arte robado y lo ingresó en su sistema? Su voz se volvió más suave, más oscura. “¿Quién fue la pequeña heredera perfecta, que hizo exactamente lo que le pidió su padre?”

Nina sintió que la sangre se le escapaba de la cara.

“¿Quieres hacerte el inocente?” -murmuró Grigori. "No, *printsessa* . Es tu nombre en todos los registros”.

Su estómago se retorció violentamente y el pánico le arañó la garganta. "No lo sabía", susurró.

Grigory exhaló lentamente, mirándola con esa especie de diversión paciente que le provocó un escalofrío en las venas. “¿No lo sabías?” reflexionó, como si probara el peso de sus palabras. Dio un paso más cerca, sin prisa, el suave crujido del suelo de madera bajo sus zapatos lustrados fue el único sonido en el silencio sofocante entre ellos.

"Eso es desafortunado", murmuró. "Porque *ignorancia* no te salvará”.

El pulso de Nina latía con fuerza en sus oídos y sus uñas se clavaban en sus palmas. "Estás tratando de asustarme".

Grigory se rió entre dientes, profunda y baja, como si acabara de decir algo adorable. “ *Nyet, printsesa* . Si quisiera asustarte, lo haría”. Sus ojos se oscurecieron, el aire entre ellos estaba cargado de significado tácito. “¿Pero esto? Esto es sólo una conversación”.

Se obligó a sostenerle la mirada, aunque su cuerpo le gritaba que corriera. “¿Y qué somos exactamente? *conversando* ¿acerca de?"

Grigory suspiró y sacudió la cabeza como si ella estuviera siendo deliberadamente difícil. “Verás, Nina, los negocios son algo delicado. La discreción lo es todo. Una operación bien administrada funciona porque todas las partes involucradas entienden sus *roles* —y lo que es más importante, su *límites* .”

Su mirada se posó en sus manos, donde ella se aferraba al respaldo de la silla frente a ella con desesperación con los nudillos blancos. “Tu padre entendió sus límites”. Él inclinó ligeramente la cabeza, observando su reacción. "Por eso aceptó el trato".

Su estómago se revolvió. "¿Qué trato?"

Grigory chasqueó suavemente, como decepcionado por su ingenuidad. “El trato para *alejarse* , por supuesto." Dejó que las palabras penetraran, que se asentaran como un peso pesado en el aire entre ellos. “Tu padre sabía exactamente lo que estaba haciendo, *printsessa* . Tomó nuestro dinero. Firmó los contratos. Me vendió este negocio. *su* negocios, sin dudarlo”. Sus labios se curvaron ligeramente. "Sin *arrepentirse* .”

Nina negó con la cabeza, con la respiración entrecortada. "No. Eso no es posible. Él no...

"Él *hizo* ”, interrumpió Grigory suavemente. “Y ahora la pregunta es: ¿qué *tú* ¿hacer?"

Su corazón latía con fuerza en su pecho, un miedo enfermizo se retorcía en su estómago. "Tú *forzado* a él."

Grigory sonrió ante eso, pero no había ninguna calidez en ello. "Le das demasiado crédito a tu padre". Se inclinó ligeramente y su voz adquirió un tono más suave, algo más íntimo. “Él tomó su decisión, Nina. y yo *sugerir* tú haces lo mismo”.

Ella tragó con fuerza. “¿Y si no lo hago?”

Grigory suspiró como si estuviera poniendo a prueba su paciencia. "Entonces las cosas se ponen... desordenadas".

Sus manos se cerraron en puños. "¿Para ti?"

Su mirada se agudizó, la diversión parpadeando en su expresión. "Para *todos* ."

De repente la habitación se sintió más pequeña, las paredes presionándola a su alrededor. "Te refieres a mí."

Grigori asintió. "Sí." Luego, tras una pausa mesurada, añadió: “Y tu padre”.

El hielo corrió por sus venas.

Su sonrisa se desvaneció y su voz bajó. “Crees que las autoridades vendrán a tocar la puerta, *printsessa* ?” Dejó escapar una risita silenciosa. “Y si lo hacen, ¿qué crees que pasará después?” Se sacudió una mota de polvo invisible de la manga. “Investigaciones. Preguntas. Testimonios”. Sus ojos se encontraron con los de ella de nuevo, un brillo cruel chispeaba en ellos. “Lealtades... puestas a prueba”.

Sintió que se le cortaba el aliento en la garganta.

“Si, de alguna manera, esto *asunto de negocios privados* se hiciera público”, continuó, con voz engañosamente tranquila, “no se trataría sólo de ti o de mí”. Inclinó la cabeza. “Tu padre hizo *muy* elecciones específicas, y con las elecciones vienen *consecuencias* .”

A Nina se le heló la sangre.

Grigory se inclinó lo suficientemente cerca como para que ella pudiera sentir el calor de su aliento contra su mejilla. "Tu padre sabía exactamente en lo que se estaba metiendo", murmuró. "Y lo que es más importante, sabía exactamente lo que sucedería si hablaba".

Su estómago se retorció violentamente. "Tú..." ella se atragantó, apenas capaz de sacar las palabras de sus labios. “Estás amenazando con…”

"No *necesidad* amenazarlo”, interrumpió Grigory suavemente, su expresión ilegible.

“Simplemente estoy afirmando *hechos* .” Levantó una mano y pasó un único nudillo por la curva de su mandíbula, casi con ternura. “Él conocía las reglas. Conocía los riesgos. Sabía lo que se compra con el silencio... y lo que cuesta hablar”.

Nina retrocedió, temblando de furia, de impotencia. "Tú *bastardo* .”

Grigori se limitó a sonreír. “Me han llamado cosas peores”.

Su pecho subía y bajaba en respiraciones rápidas y superficiales, la rabia y el horror luchaban por dominar su interior. Quería gritar, quería arañarlo, quería retroceder el tiempo y no poner nunca un pie en el Rijksmuseum ese día.

Pero ya era demasiado tarde.

Grigory dio un paso atrás y se enderezó los puños con perezosa confianza. "Entonces, printsessa... ¿Hemos terminado con estos?" *innecesario* ¿Estallidos? Su sonrisa volvió, lenta y satisfecha. “¿O debería recordarte de nuevo exactamente cuán profundo te ha enterrado tu padre?”

Su pulso latía con tanta fuerza que podía sentirlo en su cráneo. No sólo era peligroso: era calculador. Preciso. Él había desmantelado su vida pieza por pieza antes de que ella se diera cuenta. Y ahora, él estaba frente a ella, dictando fríamente los términos de su rendición.

La rabia la atravesó, candente y consumidora.

Grigory dejó que el silencio se prolongara, saboreando la furia que ardía en sus ojos. Él había esperado su enojo, incluso lo había acogido con agrado. La hacía aguda y hermosa en su desafío. Pero también la hacía predecible. Casi podía ver la guerra que se libraba en su interior, la búsqueda desesperada de una salida que no existía.

Se ajustó los gemelos con deliberada facilidad, como si no acabara de trastornar su mundo. “Seguirás trabajando para mí”.

Nina retrocedió como si la hubieran golpeado. "Diablos, lo haré".

Su sonrisa se hizo más amplia, como si ella le hubiera divertido. "Tú ya *son* trabajando

para mí, printsessa. Nada ha cambiado”. Hizo un gesto perezoso hacia la pila de papeles sobre la mesa de conferencias. “Ha pasado las últimas semanas gestionando mis envíos y manteniendo mi negocio funcionando sin problemas. Eres bastante bueno en eso”.

Sus manos se cerraron en puños a los costados. “No sabía lo que estaba haciendo. Pensé que estaba trabajando para mi padre, para nuestro negocio”.

Grigori ladeó la cabeza. “Y, sin embargo, cumpliste con tus deberes a la perfección. Exactamente como fuiste entrenado para hacerlo. Tú perteneces aquí, Nina. Naciste para hacer esto”.

Su respiración se cortó. Lo dijo con tanta suavidad, con tanta facilidad, como si ese fuera el camino que ella siempre debía tomar. Pero ella no estaba destinada a trabajar para hombres como él. Se suponía que ella debía construir sobre el legado de su familia, no (no) ayudar en el de él.

Su voz tembló de furia. "Nunca podría trabajar para ti".

Grigory suspiró y sacudió la cabeza como si estuviera decepcionado. "Estás siendo dramático".

"Estoy siendo racional".

Su mirada se agudizó, la fácil diversión se desvaneció de su expresión. "Entonces sé racional, printsessa". Él se acercó, ocupando su espacio, obligándola a inclinar la barbilla para mirarlo a los ojos. “Eres joven. Recién salido de la escuela. Apenas establecido en este negocio. ¿Y yo? Tengo influencia. Jalar."

Tragó con fuerza y el estómago se le retorció de miedo.

Arrastró lentamente un dedo por el borde de los documentos sobre la mesa. “En realidad, no haría falta mucho. Unos cuantos susurros en los oídos adecuados. Algunas dudas bien planteadas sobre tu integridad... —la miró, sonriendo— o tu competencia.

Su pecho se apretó.

Se inclinó ligeramente y bajó la voz hasta convertirla en un murmullo peligroso. “Dime, printsessa, ¿qué pasaría con tu preciosa reputación si se supiera que el heredero DeWitt había estado catalogando arte robado? ¿Que había estado cometiendo errores por descuido? ¿Que era incompetente en el mejor de los casos y corrupta en el peor?

La sangre de Nina se convirtió en hielo.

Grigory se rió entre dientes. "Me imagino que sería difícil encontrar otro puesto en la industria con ese tipo de rumores siguiéndote". Exhaló un suspiro lento. "Las casas de subastas y galerías son muy exigentes con las personas a las que confían sus valiosas colecciones".

El pulso de Nina latía con fuerza en sus oídos. Ella sabía exactamente lo que estaba diciendo. Incluso el atisbo de escándalo o de defectos podría arruinarla. El mundo del arte prosperó gracias a la exclusividad y la reputación. Apenas había comenzado a hacerse un nombre, y si Grigory siquiera sugería que era una incompetente, que había estado manejando piezas robadas a sabiendas...

Ella habría terminado.

Ella apretó los dientes y su voz estaba tensa por la rabia. "Eres un bastardo".

Grigori sonrió. “Nunca dije lo contrario”.

Ella se obligó a sostenerle la mirada, incluso mientras se le revolvía el estómago. "No te saldrás con la tuya".

Su sonrisa se hizo más profunda. "Ya lo he hecho".

Le temblaban las manos a los costados. Dios, ella lo odiaba. Odiaba que él la hubiera acorralado en este rincón, odiaba que tuviera razón. Y, sobre todo, odiaba que debajo de la furia, debajo de la rabia absoluta que ardía en su sangre… hubiera algo más.

Una parte enferma y retorcida de ella todavía sentía el calor fantasmal de su toque. Todavía escuchaba el sonido áspero de su voz en su oído. Todavía le dolían lugares que a él no deberían dolerle.

Su disgusto por sí misma sólo avivó el fuego de su odio.

Grigory levantó una mano y le pasó un nudillo por la mandíbula, casi pensativo, casi tierno. “Preferiría que aceptaras esto, Nina. Preferiría que entraras en razón. Su voz bajó más. “Pero te guste o no… trabajarás para mí”.

Ella apartó la cabeza de su toque, con la furia ardiendo en sus venas. "Nunca seré tuyo".

Él exhaló lentamente, como si considerara sus palabras. Luego se inclinó, sus labios rozaron justo al lado de su oreja, su respiración fue una lenta caricia contra su piel.

“Ya lo eres”.

Y luego dio un paso atrás; la pérdida de su presencia casi lo mareaba. "Bienvenida a mi casa de subastas, Nina".

Con una última sonrisa, se giró y salió de la sala de conferencias, dejándola allí parada, temblando de rabia.

Nina apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas. A ella no le importaba lo que él pensara. No le importaba lo que sentía su cuerpo.

Ella lo odiaba.

Y ella nunca lo perdonaría por esto.

# Capítulo 9

# Nina

Las pesadas puertas de cristal de DeWitt & Sons se cerraron detrás de ella con una firmeza que provocó un escalofrío en la columna de Nina. El aire fresco de la mañana hizo poco para calmar el fuego que ardía bajo su piel. La rabia, la traición y una mezcla asfixiante de emociones arañaron su pecho, dejándola sin aliento mientras bajaba corriendo los escalones de piedra.

Apenas percibió el mundo que la rodeaba: el caos de los coches que pasaban, el parloteo distante de los peatones, el ruido rítmico de las bicicletas contra los adoquines. La ciudad se movía como siempre, sin preocuparse por la tormenta que se avecinaba en su interior. Tenía ganas de gritar, de arremeter, de romper algo sólo para oírlo hacerse añicos.

Grigori Volkov.

El solo nombre envió una nueva oleada de furia a través de sus venas. Ese bastardo engreído y arrogante había destrozado su mundo sin siquiera pestañear. Entró en el negocio de su familia, lo despojó como si no fuera nada y luego tuvo la audacia de decirle que le pertenecía.

Sus dedos se apretaron alrededor de la correa de su bolso, sus uñas mordieron el cuero. *No.* Ella no le permitiría que le hiciera esto.

Pero debajo de la furia, un pensamiento más oscuro se deslizó por su mente, envolviendo fríos zarcillos alrededor de su resolución.

¿Su padre lo había sabido desde el principio?

La pregunta hizo que su estómago se revolviera. Quería creer que la respuesta era no. Que él había sido tan sorprendido como ella. Que él no la había metido en este lío a sabiendas. Pero la duda, implacable e implacable, la carcomía.

Su padre había estado actuando de manera extraña durante meses: distante, distraído. Había estado viajando más y atendiendo llamadas a puerta cerrada. Había asumido que era estrés, el peso de dirigir una casa de subastas centenaria que lo oprimía. Ella nunca lo había cuestionado, nunca pensó en entrometerse.

¿Había estado ciega?

*No,* se dijo a sí misma con fiereza. Él no habría hecho esto de buena gana.

Amaba a DeWitt & Sons. Era el legado de su familia. Fue *suyo* . No se lo habría entregado a un hombre como Grigory a menos que no tuviera otra opción. A menos que hubiera algo más en la historia.

Necesitaba oírlo de él.

Un tranvía se detuvo con estrépito en la estación de delante y las puertas se abrieron con un suave silbido. Nina se apresuró a avanzar y entró mientras las puertas se cerraban con estrépito detrás de ella. El familiar zumbido del tranvía vibró a través del suelo de metal mientras se alejaba de la acera, pero ella apenas lo notó.

Su mente ya estaba en la casa de su padre.

¿Parecería aliviado de verla? ¿Suspiraría y le diría que no había otra manera? ¿Que lo habían obligado a hacerlo? ¿Que había sido un intento desesperado de protegerlos a ambos?

¿O vería algo más?

¿Algo peor?

Tragó con dificultad y apretó los dedos en su regazo.

El tranvía se balanceaba suavemente mientras avanzaba por las calles de la ciudad, bicicletas y taxis pasaban zigzagueando, pasando por canales que brillaban a la luz de la mañana. Normalmente, el movimiento le habría parecido tranquilizador, el movimiento rítmico le habría dado una sensación de calma. Hoy, eso sólo aumentó el nudo de inquietud que se apretaba en su pecho.

Su padre siempre había sido la única constante en su vida. Él la había criado después de la muerte de su madre, había convertido a DeWitt & Sons en un nombre respetado y

le había enseñado todo lo que sabía sobre el mundo del arte.

¿Pero le había estado mintiendo todo este tiempo?

La idea hizo que su corazón se apretara dolorosamente.

ella habia trabajado *tan duro* para probarse a sí misma, para demostrarle que era capaz, que estaba lista para hacerse cargo del negocio cuando llegara el momento. Se había quedado hasta tarde en la oficina, analizando cada detalle de la subasta, memorizando el nombre de cada cliente. Ella había querido... *necesario* —para enorgullecerlo.

Y ahora todo había sido en vano.

Grigory era dueño de todo ahora. La empresa. La reputación que había pasado años construyendo. El legado en el que había nacido.

Se le hizo un nudo en la garganta.

El tranvía redujo la velocidad en una parada y, por un momento, pensó en bajarse, dar un largo paseo y darse tiempo para pensar.

Pero no.

Necesitaba respuestas.

Cuando el tranvía llegó a la última parada cerca de la casa de su padre, ella respiró hondo y se puso de pie. Sus tacones resonaron contra el suelo de metal cuando salió a la acera, la ciudad estaba tranquila aquí, alejada del bullicio de los distritos centrales.

La casa de su padre se encontraba a sólo una cuadra de distancia, su familiar fachada de ladrillo bañada por el cálido resplandor de la luz de la mañana. Tenía el mismo aspecto de siempre: elegante, imponente, el tipo de casa que hablaba de dinero y herencia antiguos.

Pero ahora, algo se sentía diferente, como si cada paso hacia la casa la llevara a un

punto sin retorno. Una silenciosa finalidad flotaba en el aire, presionando su pecho mientras subía los familiares escalones de piedra. Los latidos de su corazón latían con fuerza en sus oídos, un ritmo constante y ansioso que solo se hizo más fuerte cuando llegó a la puerta.

Levantó una mano para llamar, luego vaciló, con los dedos flotando justo por encima de la madera.

Por un momento fugaz, se permitió creer que todavía había una posibilidad, que había una explicación, una razón que haría que todo esto tuviera sentido. Que el hombre que la había criado, que había pasado años enseñándole las complejidades de su negocio, no la había arrojado voluntariamente a los lobos.

*Por favor,* pensó desesperadamente. *Por favor dime que no hiciste esto voluntariamente.*

Respirando entrecortadamente, se obligó a moverse.

Sus nudillos golpearon la puerta, un sonido agudo en el silencio de la noche.

Y mientras esperaba, con el miedo enroscándose en la boca del estómago, rezó para que ese no fuera el momento en que todo se desmoronara.

La pesada puerta de madera se abrió, revelando a su padre de pie en la entrada. No pareció sorprendido. Tenía que haber sabido que ella vendría. Había renunciado a todo... *su* futuro, *su* legado, sin decir una palabra, sin siquiera tener la decencia de decírselo él mismo. Y ahora, mientras él estaba allí, mirándola con el mismo frío desapego, como si se tratara simplemente de otra decisión de negocios, le hizo hervir la sangre.

"Nina", dijo, con voz tranquila, casi expectante. "Me preguntaba cuándo vendrías".

Sintió las palabras como una bofetada. Preguntarse *cuando* -no *si.* Como si esta confrontación hubiera sido inevitable, sólo otro problema que resolver. Su garganta se apretó, un nudo de ira y traición crecía tan rápido que apenas lo tragó.

"Ni siquiera me lo dijiste", siseó, con las manos apretadas a los costados. “Tuve que

enterarme de *a él.* El veneno en su voz dejó claro exactamente a quién se refería.

Su padre suspiró, no con culpa ni con arrepentimiento, sino con algo peligrosamente cercano a la exasperación. "Entra, Nina".

Ella pasó junto a él y se abrió paso hacia la casa que ya no reconocía. El hogar que, como todo lo demás en su vida, ahora parecía una mentira.

Nina lo siguió por el pasillo familiar, pasando por retratos enmarcados de sus antepasados, más allá de la gran escalera donde ella había jugado cuando era niña, más allá de la sala de estar donde su madre solía leer por las tardes. Cada pieza de esta casa era parte de su historia, pero ahora todo le parecía extraño.

La llevó a su estudio, un espacio que ella siempre había amado. Estantes llenos de libros raros, un viejo reloj de pie haciendo tictac en un rincón, el piano de su madre acumulando polvo cerca de la ventana. Olía a papel viejo y a brandy, a conversaciones tranquilas y planificación cuidadosa. Pero esta noche se sentía asfixiante.

Su padre se acercó al carrito de la barra y se sirvió una bebida con la misma compostura tranquila que siempre había tenido. Como si esto fuera una discusión de negocios más, otro asunto rutinario por resolver.

Ella no pudo soportarlo.

"¿Vendiste la casa de subastas?" —exigió, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho y los dedos presionando los costados para mantenerse firme.

Tomó un sorbo lento, luego suspiró y dejó el vaso con deliberada facilidad. "Sí."

La palabra la golpeó como un golpe físico.

A Nina se le cortó el aliento y su estómago se retorció violentamente. Ella lo sabía. En el fondo, ella ya lo sabía. Pero escucharlo, haberlo confirmado tan fácilmente, tan casualmente, envió una ola de traición a través de ella.

“Tú—tú sólo *vendido* ¿él?" Su voz tembló y la incredulidad hizo más espesas sus palabras. “¿Sin decírmelo? ¿Sin siquiera avisarme?

Su padre se apoyó contra el escritorio, su mirada fija pero ilegible. "Te lo iba a decir, Nina."

"¿Cuando?" ella espetó. “¿Después de que llegué a trabajar una mañana y encontré a alguien más en tu oficina? Después de que Volkov decidió *personalmente* ¿Informarme que me habían arrancado toda mi vida?

Su expresión se endureció. "No seas dramático".

Su risa fue aguda, sin humor. "¿Dramático?" Dio un paso adelante, con el pulso acelerado. “Se suponía que este negocio sería mi futuro. Mi legado. *Nuestro* el nombre de nuestra familia, nuestra reputación, todo lo que construimos...

"Construí", corrigió él, interrumpiéndola con silenciosa finalidad.

Las palabras la dejaron atónita en silencio.

"Yo construí esa casa de subastas, Nina". Se enderezó, su voz mesurada y su mirada fija. “Mucho antes de que tuvieras edad suficiente para entender lo que significaba. Pasé décadas manteniéndolo a flote, manteniendo su reputación y asegurándome de que sobreviviera. Yo llevé esa carga. Tú no”.

Su respiración se detuvo en su pecho. "¿Entonces eso es todo?" —preguntó, su voz ahora más tranquila, con un tono algo crudo. “¿Crees que eso justifica tirarlo todo a la basura?”

"No lo tiré". Hizo un gesto hacia su bebida. “Tomé una decisión. Uno necesario”.

Nina negó con la cabeza y la ira volvió a burbujear, más fuerte que antes. "¿Necesario? ¿Qué diablos significa eso?

Su padre suspiró, frotándose la sien como si ella lo estuviera agotando. “He estado luchando durante años, Nina. Malas inversiones. Cambios de mercado. La casa de subastas estaba ahogada en deudas mucho antes de que apareciera Volkov. Esto…” Hizo un gesto vago, como si esto no fuera más que un inconveniente. “Esta fue mi salida”.

Ella lo miró fijamente, con el corazón acelerado. “¿Me estás diciendo”, dijo lentamente, como si decir las palabras en voz alta pudiera hacerlas más fáciles de entender, “que vendiste DeWitt & Sons debido a malas inversiones?”

"Lo vendí porque no tenía otra opción".

Una risa hueca escapó de sus labios. “¿Y qué hay de mí? ¿Qué pasa con mi futuro? Mi nombre está en todos esos envíos: sus envíos ilegales. ¿Pensaste siquiera en cómo me afectaría esto? Sintió la presión detrás de sus ojos, el ardor de la traición, pero se negó a permitir que eso la destrozara. “¿O sólo te importaba salvarte a ti mismo?”

Los labios de su padre se estrecharon. “Hice lo que tenía que hacer”.

"Me dejaste manejar esos envíos". Su voz se quebró y el horror le arañó la garganta. “¿Sabías cuáles eran? ¿Sabías lo que estaba catalogando?

Una pausa pesada.

Luego, suspiró. “Sospeché”.

Su mundo se inclinó.

Sospechoso.

La palabra resonó en sus oídos, retumbó en sus huesos, se instaló como hielo en sus venas.

"Lo sospechabas", repitió, apenas más que un susurro.

Él encontró su mirada, algo casi resignado en su expresión. "No quería que te involucraras, Nina".

Dejó escapar una risa amarga, aguda y entrecortada. "Pero me dejaste de todos modos".

El silencio se extendió entre ellos.

Era peor que la ira. Peor que gritar. Fue la silenciosa y dolorosa confirmación de todos los miedos que había reprimido durante las últimas semanas. La comprensión de que ella no había sido más que un peón. Que su padre había tomado su decisión mucho antes de que ella tuviera la oportunidad de defenderse.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta, obligándose a seguir de pie, a seguir respirando. "¿Y ahora qué?" preguntó, con la voz vacía. "¿Qué me pasa?"

Su padre exhaló, como si esto fuera sólo otro problema que resolver, otro asunto de negocios que abordar. “Encontrarás algo más, Nina. Eres joven. Tienes tiempo para descubrir lo que quieres”.

Ella lo miró fijamente, el peso de sus palabras aplastándola. Otra cosa .  Como si ésta no hubiera sido toda su vida. Como si no hubiera pasado años preparándose para hacerse cargo del negocio, no hubiera dedicado todo a asegurarse de estar lista.

Le ardía la garganta. “¿Y si quisiera esto?” ella susurró. “¿Y si esto fuera lo único que alguna vez quise?”

La expresión de su padre se suavizó por primera vez esa noche, pero era casi condescendiente. “Estarás bien. Eres inteligente. Ambicioso. Caerás de pie”.

Ella buscó su rostro, buscando algo: remordimiento, culpa, arrepentimiento. Pero todo lo que vio fue certeza.

Y luego lo selló.

“Además”, añadió, “te casarás bien. No tendrás que preocuparte por todo esto”.

Las palabras le quitaron el aliento de los pulmones.

Casarse bien.

¿Eso es lo que pensó? ¿Eso es lo que esperaba? ¿Que simplemente seguiría adelante, encontraría un marido y dejaría que alguien más dictara su futuro?

Dio un lento paso atrás, su cuerpo temblaba con algo entre angustia y furia.

"No puedo creerte", susurró. "No puedo creer que me hayas hecho esto".

Su padre exhaló, pero no luchó contra sus palabras. No discutí. Porque en su opinión no había nada que discutir.

Y esa fue la peor parte.

Nina lo miró fijamente y apenas reconoció al hombre que estaba frente a ella. El padre al que había admirado, al que había confiado y al que se había dedicado... él no estaba aquí. O tal vez él nunca había sido realmente el hombre que ella creía que era. Tal vez había estado viviendo en una ilusión cuidadosamente construida, basada en la adoración infantil y la fe ciega.

Había pasado toda su vida preparándose para algo que nunca había sido real.

La verdad se instaló en su pecho como una piedra, pesada e inamovible. Nunca había planeado que ella se hiciera cargo de DeWitt & Sons. Había pasado años trabajando a su lado, absorbiendo todo, esforzándose para demostrar que era capaz, sólo para descubrir que todo había sido en vano.

Todas esas noches pasadas estudiando obras de arte. Todos esos momentos en los que había sentido la aplastante presión de estar a la altura del nombre DeWitt. Había pensado que estaba construyendo algo para su futuro. Para su futuro.

Pero él nunca la había visto como su igual.

Nunca la había visto como su sucesora.

Nina apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas. “Lo di todo por este negocio”, dijo con la voz ronca por la emoción. "Todo. Y lo vendiste como si nada. Como si no fuera nada”.

Su padre suspiró, frotándose las sienes como si ella lo estuviera agotando. "Nina, estás siendo dramática".

Dejó escapar una risa amarga, un sonido agudo y entrecortado. "¿Dramático?" Sus manos temblaron mientras hacía gestos a su alrededor. “Vendiste nuestro negocio (mi futuro) a Grigory Volkov. Sin siquiera decírmelo. Sin siquiera avisarme”. Ella contuvo el aliento, su visión se nubló con lágrimas furiosas e incrédulas. “¿Y esperas que haga qué? ¿Sonrisa? ¿Aceptarlo? ¿Gracias por traicionarme?

"Estarás bien", dijo simplemente, su tono era tan exasperantemente indiferente que ella quiso gritar. "Eres joven, Nina".

“Confié en ti”. Su voz vaciló, su pecho se oprimió tan dolorosamente que apenas podía respirar. "Se suponía que debías protegerme".

Entonces él la miró, la miró de verdad, con una expresión ilegible. “Hice lo que tenía que hacer”.

Un silencio frío y penetrante se extendió entre ellos.

Nina lo miró fijamente, buscando algo, cualquier cosa, que pudiera redimirlo. Algún signo de arrepentimiento, algún atisbo de culpa. Pero no hubo nada. Su padre ya había hecho las paces con esto.

Con ventas agotadas.

Con venderla.

Su aliento se quedó atrapado en su garganta, una profunda y dolorosa traición se extendió a través de ella como veneno.

No quedaba nada más que decir.

Un entumecimiento se apoderó de ella, del tipo que se produce después de sufrir demasiado, después de darse cuenta de que nunca fuiste quien ellos querían que fueras.

Se giró hacia la puerta, con movimientos lentos y controlados, como si temiera romperse si se movía demasiado rápido.

Su padre no la detuvo.

No la llamé.

No dije nada.

Y tal vez esa fue la traición final y más cruel de todas.

Nina apenas recordaba haber caminado hacia la puerta. En un momento, estaba parada en el estudio, mirando al extraño que tenía el rostro de su padre, y al siguiente, estaba afuera, con la pesada puerta cerrándose de golpe detrás de ella.

El sol del final de la mañana era demasiado brillante, demasiado cálido contra su piel, un cruel contraste con el hielo que se extendía por sus venas. Inhaló profundamente, pero el aire no parecía llegar a sus pulmones. Le temblaban las manos.

Hice lo que tenía que hacer.

Las palabras de su padre resonaron en su cráneo, una y otra vez, hasta que pensó que iba a gritar.

Una náusea profunda y asfixiante la recorrió. Apenas logró bajar las escaleras antes de doblarse, presionando una mano contra su estómago, deseando no enfermarse.

Siempre había creído que DeWitt & Sons era suyo. Que estaba trabajando por algo real, algo que se había ganado. Había dedicado su vida a ello, había luchado por ser vista como algo más que una chica jugando a los negocios, se había sacrificado por ello. Y al final, nunca le había pertenecido en absoluto. Ya no había hijos Dewitt.

Había sido propiedad de su padre para venderlo.

Su aliento se quedó sin aliento mientras se enderezaba. No. Ella no lloraría. Aquí no. No para él. Él no merecía su dolor.

Se alejó de la casa y sus zapatos golpearon el pavimento con pasos rápidos e inestables.

La calle era tranquila, bordeada de casas pintorescas, el tipo de barrio que siempre había parecido seguro. Familiar. Pero ahora era como caminar por un lugar al que ya no pertenecía.

Porque ya nada era suyo.

No el negocio. No el futuro por el que había trabajado. Ni siquiera su propio nombre, no cuando aparecía impreso en manifiestos de envío y facturas, siempre ligado a un imperio criminal al que ni siquiera sabía que estaba sirviendo.

Y lo peor de todo es que le parecía bien.

Su padre, el hombre que la había formado, que le había prometido un futuro, que siempre le había dicho que estaba destinada a más, la había dejado caer directamente en las manos de Grigory Volkov sin siquiera previo aviso.

Durante años había temido decepcionarlo. Se había esforzado más allá del agotamiento, se había tragado cada duda, cada vacilación, porque quería hacerlo sentir orgulloso.

Y la verdad era que ni siquiera la había considerado en absoluto.

Sus dedos se cerraron en puños cuando llegó a la parada del tranvía.

A pesar de todo su odio hacia Grigory, al menos él nunca había pretendido ser nada más que despiadado. Al menos había sido honesto acerca de lo que era.

Su padre le había mentido.

El tranvía se detuvo y las puertas se abrieron con un suave silbido. Entró sin pensar, sin apenas registrar a los demás pasajeros, apenas consciente de nada más que del dolor frío y hueco en su pecho.

No tenía ningún otro lugar adonde ir.

El pensamiento ardía mientras se hundía en un asiento, con el cuerpo rígido y las manos todavía apretadas.

Por mucho que lo odiara, por mucho que la destripara, ahora sólo le quedaba un lugar.

DeWitt e hijos.

Grigori tenía razón.

Estaba atrapada.

Darse cuenta debería haberla destrozado, debería haber aplastado la poca lucha que le quedaba. Pero en cambio, algo oscuro y hirviendo tomó su lugar.

Encontraré una manera de hacerle pagar por esto.

Mientras el tranvía avanzaba dando bandazos, llevándola de regreso hacia lo único de lo que no podía escapar, Nina se hizo una promesa.

Puede que sea dueño del negocio. Puede que sea el dueño de mi padre.

Pero él nunca será mi dueño.

# Capítulo 10

# Nina

La mañana después de enfrentarse a su padre, Nina atravesó la gran entrada de DeWitt & Sons, sus tacones resonaban contra el suelo de mármol pulido y su corazón latía con más fuerza de lo que quería admitir. El peso de todo lo que había sucedido, todo lo que había aprendido, la oprimía, pero se negaba a permitir que eso frenara sus pasos. No tenía más remedio que quedarse, y si se quedaba, no se derrumbaría bajo el gobierno de Grigory. Ella haría esto en *su* términos.

En el momento en que entró, sintió el cambio. Los ojos del personal se volvieron hacia ella, no con lástima ni con preocupación, sino con expectación. Fue sutil, un cambio silencioso en el aire, pero estaba ahí. Por primera vez, ella no era sólo *niña* , el heredero en espera, la joven de pie a la sombra de su padre. ella era *Nina De Witt* , el que tenía que tomar las decisiones ahora. Cada aprobación, cada envío, cada subasta, todo recaía sobre sus hombros. No había nadie más. Ningún padre que interviniera, ningún amortiguador entre ella y la realidad de dirigir este negocio.

Inhaló profundamente, reprimiendo la ira, el resentimiento, el dolor punzante de la traición que aún pesaba en su pecho. Si su padre pudo marcharse tan fácilmente, entonces está bien. Déjalo. Ella no permitiría que su descuido arrastrara este asunto... *su* negocio—en el suelo. El negocio pertenecía a su familia desde hacía un siglo. Había sido construida con esmero, con prestigio, con una reputación que la convertía en una de las casas de subastas más respetadas de Europa. Y ahora, de alguna manera, ese legado había caído en desgracia. *su* manos.

Enderezó la columna y caminó hacia su oficina con determinación. Elena, la asistente de su padre desde hacía mucho tiempo, ya estaba esperando con un montón de papeles en la mano.

"Nina", dijo, su voz firme pero inquisitiva. “Las aprobaciones finales para la subasta del próximo mes están sobre su escritorio. Todavía estamos esperando dos confirmaciones, pero todo lo demás va por buen camino”.

¿La subasta? Una nueva ola de inquietud se apoderó de ella. Había manejado casi todos los aspectos de las operaciones de la casa de subastas: catalogación, comunicaciones con los clientes, seguimiento de inventario y ventas privadas. ¿Pero las subastas en sí? Ese siempre había sido el dominio de su padre.

Nunca había confiado a nadie más los detalles finales, ni siquiera a ella. La idea de asumir ese papel, adquirir las piezas perfectas para vender, decidir el orden de los artículos que se subastarían para generar anticipación, encontrar a los postores perfectos para invitar, controlar toda la atmósfera de la venta, era desalentadora de una manera que casi le quitó el aliento. Pero al mismo tiempo, la estremeció. Una anticipación nerviosa y electrizante.

Se suponía que esto era *su* role. Ahora era suyo.

Nina asintió, obligándose a concentrarse. "Avíseme en el momento en que lleguen las confirmaciones. Si no responden mañana, haré un seguimiento personalmente".

Elena dudó por un breve momento antes de asentir. "Por supuesto."

Nina captó ese destello de algo no dicho. ¿Dudó de ella? ¿La veía como nada más que un sustituto hasta que su padre regresara? ¿O algo peor... hasta que Grigory decidió ejercer el control total? La idea hizo que se le contrajera el estómago, pero lo rechazó.

Entró en su oficina, cerró la puerta detrás de ella y exhaló mientras se apoyaba contra la madera fría por un momento. La habitación olía igual: caoba rica, pergamino viejo, un leve toque de lavanda que usaban las limpiadoras. Pero ahora se sentía diferente.

Una comprensión extraña y retorcida se apoderó de ella. Por mucho que le molestara cómo había sucedido esto, éste era el trabajo que siempre había deseado. Se suponía que este sería su legado. Y ahora, de la manera más extraña e inesperada: *era* .

Se dirigió a su escritorio y sus dedos recorrieron distraídamente la pila de documentos que esperaban su firma. La siguiente subasta fue una de las más importantes y presentó una colección de la propiedad privada de un aristócrata italiano. Fue el tipo de evento que solidificó reputaciones, atrajo a compradores de alto perfil y consolidó la posición de DeWitt & Sons en el mundo del arte.

Pero había otra pila de documentos esperándola, sellados en una elegante carpeta negra que había sido colocada sobre su escritorio sin siquiera una explicación. En el momento en que la abrió, se le revolvió el estómago.

El *otro* envíos. El *Volkov* envíos.

Una lista de artefactos. Fechas. Destinos. El meticuloso y metódico proceso de blanqueo de arte robado a través de la casa de subastas.

Una sola nota, escrita a mano con una letra suave y precisa.

“Confío en que se asegurará de que estas transacciones se realicen sin problemas. No me decepciones, printsessa”.

Sujetó la carpeta con más fuerza. Bastardo.

Odiaba tener que hacer esto. Odiaba que, contra cada fibra moral de su cuerpo, tuviera que ser buena en eso. La logística tenía sentido para ella: cómo procesar el papeleo, cómo asegurarse de que nada levantara sospechas, cómo mover piezas a través del sistema de manera tan fluida que nadie cuestionaría su legitimidad. Debería haberla horrorizado, pero no fue así. Porque en el fondo, una parte de ella todavía veía a DeWitt & Sons como suyo.

Y no estaba dispuesta a permitir que ni siquiera Grigory Volkov la destruyera.

Pasó el resto de la mañana sumergida en el trabajo, catalogando, comprobando registros, preparando papeleo para próximos envíos. Las subastas todavía tenían que realizarse. El personal todavía necesitaba orientación. Ya fuera su negocio legítimo o el otro lado de las cosas, todo tenía que funcionar como una máquina bien engrasada. Y ella se aseguraría de que así fuera.

Por la tarde, el peso de todo aquello se había apoderado de ella como un manto de hierro. Había llegado al poder, pero no era como jamás lo había imaginado. Había pasado años trabajando junto a su padre, creyendo en el legado de su familia, creyendo que algún día él le pasaría el negocio a ella, no a venderlo al primer criminal dispuesto a hacer una oferta.

Se sintió como una tonta.

Todos esos años de demostrar su valía, de superar todas las expectativas, de asumir todas las responsabilidades que él le entregaba... nada de eso había importado. Porque al final, él nunca la había visto realmente como su igual. Nunca había planeado que ella asumiera el control.

Esa verdad dolió más que cualquier otra cosa.

Su teléfono vibró contra el escritorio y, por un breve momento, pensó que sería él. Su padre. Llamando para registrarse. Llamando para disculparse.

Pero, por supuesto, no fue así.

Lo cogió, esperando a Elena o a uno de los miembros del personal, sólo para sentir su pulso tartamudear ante el nombre en la pantalla.

Grigori Volkov. El nombre apareció en su pantalla, enviando un agudo pulso de tensión a través de ella. Dejó que sonara y apretó el teléfono con más fuerza mientras pensaba si contestar. Una vez. Dos veces. Tres veces. Luego se detuvo, el silencio de alguna manera más pesado que el timbre. Siguió un solo texto, la notificación iluminó la pantalla como una advertencia.

"Buena chica. Sabía que vendrías a trabajar como te dije. Aceptas muy bien las instrucciones".

Su estómago se retorció ante las palabras, ante la arrogancia casual mezclada con algo más oscuro. Una palmadita condescendiente en la cabeza, una burla velada envuelta en un elogio suave y controlado. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, empujándola, pinchándola, recordándole que ya no era asunto suyo. Era suyo. Y ella estaba exactamente donde él la quería.

Tiró el teléfono, metió la carpeta negra en un cajón y lo cerró de golpe.

Esto estaba lejos de terminar.

Durante la semana siguiente, Nina aprendió lo que significaba existir bajo el gobierno de Grigory Volkov. Estaba en todas partes. Una sombra siempre presente en su mundo, una fuerza que no podía ser ignorada por mucho que lo intentara. No necesitaba hablar con ella a menudo y, aun así, su presencia llenaba cada centímetro de la casa de subastas, saturando el aire, presionándola como algo tangible.

Se movía por los pasillos como si siempre hubiera pertenecido allí, un propietario contemplando su reino. Habló con el personal, revisó los envíos y, lo peor de todo, se

dio a conocer ante sus clientes de alto perfil. Su padre había pasado años cultivando relaciones con coleccionistas, asegurando que DeWitt & Sons mantuviera su reputación como una de las casas de subastas más exclusivas y elitistas de Europa. Y ahora, aquí estaba Grigory, insertándose perfectamente en ese mundo, estrechando manos, ofreciendo murmullos de conversación a hombres con trajes hechos a medida que no tenían idea de que estaban parados junto a un criminal.

Se le revolvió el estómago al verlos sonreírle, sin darse cuenta de la oscuridad entretejida en cada centímetro de su presencia. Peor aún, algunos de ellos sí lo sabían: algunos reconocieron el nombre de Volkov, entendieron exactamente con quién estaban tratando y, aun así, lo recibieron con los brazos abiertos. Porque el poder, sin importar cómo se obtuviera, seguía siendo poder.

El peor momento llegó una mañana cuando llegó y encontró su nombre grabado en una elegante placa de metal afuera de la oficina que alguna vez perteneció a su padre. Grigory Volkov – Socio director. Las palabras enviaron una oleada de fría furia a través de ella. Ella sabía que él era el dueño del negocio. Había aceptado que él sería una fuerza en su vida diaria. Pero ver ese nombre allí, grabado permanentemente en el espacio donde su padre alguna vez había construido su legado, fue diferente. Fue un mensaje. Una declaración de que estaba aquí para quedarse.

Ella se negó a reconocerlo. Se negó a reconocerlo.

Cada vez que él pasaba junto a ella, ella mantenía la mirada fija en lo que fuera que estaba haciendo. Si él se demoraba, si ella percibía el olor de su colonia en el aire, fingía no darse cuenta. Él no era nada para ella. No ganaría el retorcido juego que estuviera jugando.

Pero lo jugó de todos modos.

Grigory tenía una manera de hacerse imposible de ignorar, de forzar su presencia en su mundo de maneras que parecían a la vez deliberadas y exasperantemente sutiles. Cuando estaba catalogando una pintura, él apareció a su lado, su voz era un murmullo tranquilo y cómplice. "Te perdiste un detalle, no me decepciones". Cuando ella estaba revisando el papeleo, él pasó junto a ella para tomar un documento, sus dedos rozaron los de ella, el toque se prolongó lo suficiente como para enviar un pulso de calor a través de su cuerpo.

Se dijo a sí misma que no había sido intencionado. Que simplemente estaba imponiendo el control, como siempre lo hacía. Pero en el fondo, ella lo sabía mejor. Él

la estaba poniendo a prueba. Empujándola.

"Eres buena en esto, printsessa". Su voz siempre fue tranquila, siempre confiada. "Pero podrías ser mejor".

Fue exasperante.

Y, sin embargo, se encontró trabajando aún más duro, esforzándose por captar las cosas que él podría criticar antes que él. No porque quisiera su aprobación. Porque quería callarlo.

Y luego estaban los momentos que la dejaban conmocionada de una manera que odiaba admitir.

Una tarde, luchó por levantar una pesada escultura de mármol y colocarla en un pedestal de exhibición. Ella no era del tipo que pedía ayuda; había pasado demasiado tiempo demostrando que pertenecía a un mundo dominado por hombres que nunca la habían tomado en serio. Pero antes de que pudiera cambiar el peso por sí sola, antes de que pudiera llamar a uno de los asistentes, él estaba allí.

Sin decir una palabra, Grigory se colocó detrás de ella, sus amplias manos se cerraron sobre las de ella mientras ajustaba sin esfuerzo la escultura en su lugar. Su cuerpo estaba cerca... demasiado cerca. El calor irradiaba de él y se filtraba en su piel. Sus dedos se rozaron y, durante un segundo, sin aliento, ninguno de los dos se movió.

Ella debería haberse alejado. Debería haber puesto distancia entre ellos. Pero ella no lo hizo.

Él tampoco.

Su agarre se apretó ligeramente y sus pulgares rozaron sus nudillos. El momento se prolongó entre ellos, cargado de algo no dicho, algo pesado.

Y entonces, tan repentinamente como había aparecido, desapareció.

Nina exhaló bruscamente y dio un paso atrás, con el pulso acelerado. Ella se giró, lista para regañarlo, lista para decirle que no necesitaba su interferencia, pero él ya se

estaba alejando, con una leve sonrisa curvándose en sus labios.

Sabía lo que estaba haciendo.

Él estaba esperando que ella se rompiera.

Apretó la mandíbula y se obligó a respirar profundamente. Estás esperando que estalle, quería decir. No te daré la satisfacción.

Pero en el fondo, odiaba la verdad presionando contra sus costillas. Odiaba poder sentir todavía el fantasma de su toque persistiendo en su piel.

Nina agudizó su atención. Se sumergió en su trabajo, sumergiéndose en la logística de la próxima subasta, en el interminable flujo de envíos, en el constante zumbido de responsabilidad que le impedía pensar en él. Si Grigory pensó que ella se desmoronaría bajo el peso de su presencia, estaba equivocado. Se negaba a ser una de esas personas que se encogían de miedo cuando él entraba en una habitación, se negaba a permitir que su dominio se filtrara en su mente y sacudiera su concentración.

Pero por mucho que ella luchara contra él, su poder era asfixiante.

Cuando habló con los coleccionistas, estos lo escucharon. No cuestionaron. No lo dudé. La enfurecía la facilidad con la que se imponía respeto, cómo incluso los clientes más distinguidos lo respetaban sin darse cuenta de con quién o con qué estaban tratando. Cuando exigió cambios en los protocolos de seguridad, se dieron. Cuando sugirió ajustes al flujo de una subasta, se hicieron. El personal la respetaba, pero le temían a él.

Y lo peor de todo es que podía sentir que él la miraba. Siempre.

No necesitó decir una palabra para recordarle el derecho que le había impuesto. Estaba ahí en la forma en que su mirada se detuvo cuando pasó por su oficina, en la forma en que su presencia llenó el espacio incluso cuando no estaba hablando. Un cruel recordatorio de que, por mucho que luchara contra él, estaba atada a él de una manera de la que no podía escapar.

Y odiaba sentirlo también.

Se deslizó lenta e insidiosamente en los momentos en que menos lo esperaba. Un simple roce de su mano en su brazo mientras le hablaba, la presión de su palma en la parte baja de su espalda mientras la apartaba de su camino, toques pequeños e insignificantes que no deberían haber significado nada. Eso debería haberse sentido como nada. Pero lo hicieron. Le provocaron un calor acumulado en el estómago y un escalofrío de anticipación no deseada le recorrió la columna.

Ella lo despreciaba por eso. Se despreciaba aún más.

Una tarde, estaba en la galería principal, revisando los preparativos finales para la próxima subasta. La sala estaba casi preparada, la elegante disposición de obras de arte y esculturas cuidadosamente seleccionadas para generar anticipación, cada pieza colocada para captar la luz de manera adecuada. Fue su trabajo, su experiencia lo que lo había unido y, por primera vez en días, sintió una pizca de orgullo debajo de todo el caos.

Entonces ella lo sintió.

Se movía por la galería como si fuera su dueño... porque, técnicamente, lo era. Ella se negó a mirar hacia arriba, se negó a reconocer el cambio de energía mientras él se acercaba. Pero él no pasó junto a ella. Se detuvo a su lado, cerca, demasiado cerca, y su mirada recorrió el espacio que ella había dispuesto con tanto cuidado.

"Eres impresionante cuando estás así".

Su voz era tranquila, sólo para ella. Una declaración simple, pero de alguna manera se enroscó alrededor de su columna vertebral, poniendo cada nervio de punta.

Ella se puso rígida. "¿Cómo qué?"

Grigory giró ligeramente la cabeza, lo suficiente para que ella sintiera el calor de su aliento cerca de su sien. Sus dedos rozaron ligeramente el interior de su muñeca, apenas un toque, pero su cuerpo reaccionó instantáneamente, un agudo pulso de calor encendiéndose bajo su piel.

"Cuando dejes de fingir que no perteneces aquí conmigo, a mi lado".

El pulso le latía con fuerza en la garganta. Apartó la mano, furiosa por la forma en que su cuerpo la traicionó, por la forma en que se quedó sin aliento a pesar de todos los esfuerzos por estabilizarse.

Ella no le pertenecía.

Ella se giró bruscamente y lo fulminó con la mirada. "No me toques".

Su sonrisa se hizo más profunda, sus ojos se oscurecieron por la diversión. "Eso no es lo que dijiste la última vez".

Su estómago se retorció. Sus uñas se clavaron en sus palmas.

Lo odio. Lo odio. Lo odio.

Pero la verdad era innegable.

Por mucho que lo despreciara y por mucho que quisiera postularse, no podía dejar DeWitt & Sons. No podía dejar atrás el legado para el que se había preparado durante años, el negocio que alguna vez creyó que sería suyo.

No podía escapar del mundo en el que él la había atrapado.

Y lo peor de todo… una parte de ella no quería.

# Capítulo 11

# Grigori

Grigory estaba sentado detrás del enorme escritorio de caoba de su nueva oficina, la madera pulida brillaba bajo la luz de la tarde. El espacio había pertenecido a su padre, pero ahora era suyo, como todo lo demás en esta casa de subastas. Igual que Nina. Ella simplemente no lo había aceptado todavía.

Se reclinó en su silla, sus dedos recorrieron distraídamente el borde de su vaso, el cristal frío contra su piel. El vodka brillaba por dentro, intacto. Su mente no estaba en los negocios, no estaba en la interminable logística de dirigir un imperio que se extendía por toda Europa. No, su atención permaneció en ella.

Nina.

Ella luchó contra él en todo momento, resistió su autoridad, se negó a ceder. Y, sin embargo, ella se había quedado. A pesar de toda su ira, a pesar de todo su odio, ella había regresado a sus asuntos, había entrado en su mundo. Podía fingir todo lo que quisiera que lo hacía por necesidad, pero Grigory sabía la verdad: ella pertenecía allí. Ella le pertenecía.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras levantaba el vaso y tomaba un sorbo lento. ¿Ella pensó que podría escapar de él? ¿Que podía odiarlo lo suficiente como para cortar ese hilo invisible entre ellos? Fue ridículo. Podía negarlo con palabras, pero su cuerpo ya se había rendido. Siempre fue así. La forma en que temblaba cuando él la tocaba, la forma en que su respiración se entrecortaba cuando él se inclinaba demasiado cerca, la forma en que su pulso la traicionaba cuando pensaba que él no la estaba mirando.

Y él siempre estaba mirando.

La última vez que había intentado alejarlo, lo había hecho con manos temblorosas. Ese fuego en sus ojos, el que lo desafió a demostrar que estaba equivocada, solo hizo que él quisiera derribarla más. No con crueldad. No, no necesitaba crueldad para ponerla de rodillas. Lo haría con dominio, con paciencia, con un placer tan consumidor que ella ni siquiera se daría cuenta cuando dejara de resistirse y comenzara a desearlo.

Pensó en su último encuentro, en la forma en que ella se había quedado en la galería,

catalogando un nuevo envío, ignorándolo obstinadamente. Ella se había erizado en el momento en que lo sintió detrás de ella, su columna se puso rígida incluso antes de que él hubiera hablado.

"Te perdiste un detalle. No me decepciones".

Una declaración simple, una que había hecho que su mandíbula se tensara por la irritación. Él había observado, divertido, cómo ella se giraba para morderle, sólo para vacilar cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba. La aguda respuesta había muerto en sus labios, y en su lugar había llegado ese silencio sin aliento, ese pequeño destello de conciencia en su mirada. Ese momento en el que lo sintió, cuando supo que estaba demasiado cerca pero no podía alejarse.

Y luego estaba la forma en que su garganta se agitaba cuando tragaba, la forma en que sus dedos se apretaban alrededor del bolígrafo que había estado sosteniendo, como si fuera lo único que la mantenía estable. Había querido arrebatárselo de las manos, quería ver esos dedos aferrándose a él.

Sí. Ella luchó contra él. Pero su cuerpo sabía la verdad. Ella era suya.

Hizo girar el vodka en su vaso y su mirada se dirigió hacia la ventana de la oficina. El gran panel de vidrio daba al piso principal de la casa de subastas y desde allí tenía una vista perfecta de ella.

Estaba parada cerca de la galería principal, hablando con un cliente, con expresión serena y lenguaje corporal sereno. Nadie adivinaría jamás que, apenas unos días atrás, ella había estado tumbada sobre su escritorio, gimiendo su nombre mientras él la desarmaba con nada más que sus dedos. Que ella se había derretido bajo su tacto, perdida en el placer que sólo él podía darle.

Dejó el vaso sobre la mesa con un tintineo silencioso, sus dedos se curvaron en un puño suelto mientras su sonrisa se hacía más profunda. Odiaba quererlo. Podía verlo en la forma en que ella evitaba mirarlo directamente, en la forma en que sus hombros se tensaban cuando sabía que él estaba cerca.

Pero el odio no fue lo suficientemente fuerte como para cortar lo que ya estaba hecho.

Podía odiarlo todo lo que quisiera. Eso no cambiaba el hecho de que ahora él era su

dueño.

Era dueña de su cuerpo.

Era dueña de su trabajo.

La poseía.

Grigory se reclinó en su silla y exhaló lentamente, mientras el calor le recorría la sangre. Nina podía fingir ignorarlo, pero era sólo cuestión de tiempo antes de que se diera cuenta de la verdad.

Ella ya era suya.

La mirada de Grigory se detuvo en Nina a través de la ventana de la oficina, mientras su mente daba vueltas a la realidad de su posición. Lo aceptara o no, ahora era parte de este mundo. En el momento en que su padre vendió DeWitt & Sons, ella había sido absorbida por la Volkov Bratva, entrelazada en la oscura e ineludible red de poder y violencia que gobernaba el inframundo.

No tenía idea de lo que eso realmente significaba.

Un músculo de su mandíbula se tensó. Una cosa era romper su resistencia, hacerla aceptar que era suya, pero otra era asegurarse de que estuviera protegida. Porque hombres como él, hombres que construyeron imperios desde las sombras, tenían enemigos. Y esos enemigos harían cualquier cosa para explotar una debilidad.

Y Nina era una debilidad, su debilidad.

Sus dedos golpearon el escritorio, la tensión recorrió sus músculos ante el pensamiento. Había pasado años asegurándose de que nadie pudiera acercarse lo suficiente como para usar algo en su contra. Se había ganado una reputación de hombre intocable, una reputación que garantizaba que el miedo hiciera el trabajo por él. Pero con Nina ya había roto sus propias reglas. En el momento en que la tomó, la reclamó, la marcó como suya, le colocó un objetivo en la espalda.

Había hombres a quienes les encantaría verlo caer. Hombres que observaban sus

movimientos, esperando una oportunidad. Si supieran lo mucho que ella realmente significaba para él, se convertiría en el peón perfecto en una guerra que no tenía intención de perder.

Su agarre sobre el cristal se hizo más fuerte. Por eso necesitaba permanecer bajo su gobierno. Por qué necesitaba escucharlo, obedecerlo, no sólo porque él lo exigía, sino porque era la única manera de sobrevivir a su mundo.

¿Ella pensó que podría resistirse a él? ¿Que ella podría forjar alguna apariencia de independencia dentro de su mundo? Él había complacido su ilusión, le había dado el espacio para defenderse, porque disfrutaba la lucha. Pero si alguna vez intentaba dejarlo, si alguna vez pensaba que podía cortar el vínculo entre ellos, descubriría la verdad por las malas.

No había manera de dejarlo.

Ahora no. Nunca.

Exhaló lentamente, tratando de controlar la ira posesiva que corría por su sangre. Ya había tomado medidas para garantizar su seguridad. Más guardias en la casa de subastas, imperceptibles pero presentes. El personal no necesitaba saber por qué se había aumentado la seguridad, sólo que era necesario. Nina, por supuesto, se había dado cuenta. Había visto la sospecha en sus ojos, la forma en que los entrecerró cuando vio a los hombres adicionales estacionados por todo el edificio. Pero ella no le había preguntado al respecto. Aún no.

Ella lo haría. Y él le decía lo mismo que le decía a todos los demás: este es mi negocio ahora. Y no me arriesgo con lo que me pertenece.

Su mente se desvió hacia un pensamiento más oscuro, uno que rara vez se permitía albergar. ¿Qué pasaría si alguien intentara arrebatársela? ¿Qué pasaría si uno de sus enemigos decidiera poner a prueba los límites de su control?

Una furia lenta y fría se filtró en sus venas ante la mera posibilidad.

Había construido su imperio a sangre y fuego. Había quemado vivos a hombres por delitos menores. Pero si alguien tocaba a Nina, si alguien se atrevía a amenazar lo que era suyo, no se detendría hasta que el mundo que los rodeaba quedara reducido a

cenizas.

Grigory levantó su vaso y tomó un sorbo lento; el ardor del vodka no hizo nada para enfriar el fuego dentro de él.

Puede que Nina aún no haya aceptado su lugar a su lado. Quizás pensó que todavía tenía otra opción.

Pero tarde o temprano lo entendería.

Su protección no fue una elección.

El agarre de Grigory sobre el cristal se hizo más fuerte cuando su teléfono vibró contra la superficie pulida de su escritorio, sacándolo de la oscura red de pensamientos que envolvía a Nina. Exhaló lentamente, dejando el vaso con deliberada facilidad antes de alcanzar el dispositivo.

Respondió sin dudarlo, su voz tranquila, ilegible. "¿Qué es?"

"Problema." La voz profunda y entrecortada al otro lado de la línea pertenecía a Viktor, uno de sus lugartenientes de mayor confianza. Un hombre que nunca desperdiciaba palabras, lo que significaba que valía la pena escuchar todo lo que tenía que decir. "Los ucranianos están tomando medidas".

Grigory se reclinó en su silla y tamborileó ligeramente con los dedos sobre el escritorio. “¿Qué ucranianos?”

"El sindicato Sokolov".

Su mandíbula hizo tictac. Por supuesto, fueron ellos. Los Sokolov habían controlado ciertas rutas de contrabando durante años, acaparando el acceso como perros rabiosos mientras se negaban a modernizar sus operaciones. Se habían sentido cómodos en su obsoleto imperio, confiando en alianzas de larga data y tácticas del viejo mundo para mantener su control sobre el comercio clandestino de arte. Pero ahora que la Volkov Bratva había asumido un papel dominante en Ámsterdam, como era de esperar, estaban descontentos.

La guerra en Ucrania había creado oportunidades; el caos siempre lo hizo. Mientras los gobiernos se esforzaban por proteger los sitios del patrimonio cultural y las agencias internacionales se concentraban en robos de alto perfil, los saqueos más pequeños y dirigidos pasaban desapercibidos. Objetos de valor incalculable, reliquias religiosas y colecciones privadas enteras habían desaparecido de las ciudades bombardeadas y de las propiedades abandonadas. Algunos fueron robados por hombres desesperados que buscaban sacar provecho de la tragedia, pero la mayoría había caído en manos de aquellos que entendían su verdadero valor: hombres como Grigory.

La Volkov Bratva había aprovechado el paisaje devastado por la guerra, asegurando rutas de transporte a través de canales secundarios, sobornando a los funcionarios adecuados y confiscando los envíos antes de que pudieran ser encerrados en las bóvedas del gobierno. Lo que el mundo lamentaba como historia perdida, la Bratva lo veía como un negocio. Los Sokolov alguna vez habían controlado esas rutas, pero su control se había debilitado y su influencia se había desvanecido. Grigory y sus hombres habían entrado, eficientes y despiadados, socavando su poder y apoderándose de lo que una vez había sido suyo.

“¿Qué han hecho?” Su tono permaneció uniforme, pero debajo de él, un filo letal se agudizó.

“Han estado vigilando nuestros envíos. Haciendo preguntas. Presionando a nuestros contactos para obtener información”. La voz de Viktor era tensa y controlada. "No les gusta que nos mudemos allí".

Grigori sonrió. "Por supuesto que no".

"Ya han tomado represalias", continuó Viktor, sus palabras mesuradas pero cargando el peso de algo mucho más serio. “Dos de nuestros hombres fueron encontrados muertos en un callejón cerca de los muelles. Ambos se encargaban de la logística de nuestro último envío”.

Grigori se quedó quieto.

Durante un largo momento, la oficina estuvo en silencio excepto por el débil zumbido del tráfico más allá de las altas ventanas. Sus dedos se cerraron en un puño contra el escritorio, y un calor lento y hirviendo se fue acumulando en su pecho, no del tipo que ardía caliente y rápido, sino del tipo que ardía, paciente y consumidor, esperando destruir todo a su paso.

"Nos están poniendo a prueba", dijo Viktor. "Quieren saber hasta dónde llegaremos".

Los Sokolov se vieron arrinconados, viendo cómo sus ganancias menguaban y sus conexiones se deterioraban. La estructura de poder del mundo del arte clandestino estaba cambiando y ellos lo sabían.

Por eso estaban retrocediendo ahora. La intimidación, los muertos en el callejón... no eran declaraciones de guerra. Fueron actos desesperados de un imperio al borde del colapso, que intentaba recuperar lo que ya les habían arrebatado.

Grigory casi sonrió. *Patético.*

Pero los hombres desesperados eran peligrosos. Y si los Sokolov pensaban que podían superarlo, aprenderían por las malas que él no toleraba los desafíos. La Volkov Bratva era el futuro. Los Sokolov ya estaban muertos; simplemente no lo sabían todavía.

Grigory conocía bien este juego. Lo había jugado demasiadas veces antes, se había mantenido al borde de la guerra y había decidido si apretar el gatillo o mantenerse firme. Los Sokolov no fueron tan tontos como para lanzar un asalto a gran escala... al menos no todavía. Querían provocar una reacción.

Querían ver si la Volkov Bratva se estremecía.

Sus labios se curvaron divertidos. “¿Creen que la intimidación me hará retroceder?”

"No te conocen", respondió Viktor. "Pero lo harán pronto".

Grigory consideró sus opciones. Sería fácil (demasiado fácil) responder con fuerza bruta. Contraatacar con una violencia abrumadora y recordarles a los Sokolov exactamente con quién estaban tratando. Pero la guerra era cara. La guerra fue ruidosa. Y la guerra fue mala para los negocios.

Por ahora, manejaría esto tranquilamente.

“Averigüen quién fue el responsable del ataque”, ordenó. "No quiero un mensaje, quiero un ejemplo".

Viktor dudó sólo por un segundo. "Comprendido."

Grigory exhaló lentamente y su temperamento se enfrió hasta convertirse en algo agudo y calculado. Los Sokolov habían cometido un error y sufrirían por ello. Pero su mente ya estaba avanzando, más allá de las represalias, más allá de la logística de la guerra que habían iniciado.

Porque si estaban vigilando sus envíos, ¿cuánto tardarían en centrar su atención en la casa de subastas?

¿A Nina?

Sujetó el teléfono con más fuerza. La idea de que otro hombre la observara, siguiera sus movimientos, pensando que podían usarla como palanca, le envió una ira lenta y letal a través de sus venas.

Si siquiera la miraran, él los destrozaría.

Él la había reclamado. Ella era suya, lo aceptara o no. Y si los Sokolov pensaran que podían usarla para llegar hasta él, aprenderían lo que significaba el verdadero sufrimiento.

Su voz era helada cuando volvió a hablar. "Víctor."

"¿Sí?"

“Tengan los ojos puestos en la casa de subastas. Si alguien (cualquiera) que no pertenezca allí se queda demasiado tiempo, quiero saberlo.

"Entiendo."

Grigory cortó la llamada, exhaló por la nariz y se obligó a soltar el teléfono antes de

aplastarlo.

Los Sokolov acababan de dar el primer paso.

No vivirían para hacer ni un segundo.

# Capítulo 12

# Nina

Había pasado una semana desde que Grigory había asumido el mando y, en lugar de romper con su gobierno, Nina se había lanzado a trabajar. Ella se negó a dejarle ver su lucha, se negó a dejarle pensar que había ganado. Si tenía que quedar atrapada bajo su control, lo haría en sus propios términos.

Pero la carga de trabajo se había duplicado... no, se había triplicado.

Todo lo que antes había estado dividido entre ella y su padre ahora recaía directamente sobre sus hombros. Manejar negocios legítimos, garantizar que las subastas se prepararan adecuadamente, revisar ofertas, administrar el inventario, reunirse con clientes de alto perfil y equilibrar los libros. Y además de todo eso, supervisar los envíos ilícitos que se canalizan a través de DeWitt & Sons. Asegurándose de que fueron movidos sin ser detectados, confirmando que cada artículo pasó limpiamente, asegurando que la documentación falsificada se mantenga bajo escrutinio. Fue agotador. Fue implacable.

¿Y la peor parte?

Ella era muy buena en eso.

Esa comprensión la enfermó. La eficiencia con la que manejó la logística, la forma en que detectó pequeñas discrepancias antes de que se convirtieran en problemas, el instinto que había desarrollado para saber qué piezas se venderían mejor y cuáles debían mantenerse alejadas de la vista del público... todo llegó con demasiada facilidad. Quería fingir que simplemente estaba sobreviviendo, que estaba siguiendo los movimientos hasta encontrar una salida. Pero una parte oscura de ella sabía que no era así.

Ella no estaba simplemente sobreviviendo.

ella era *prosperando.*

Y, sin embargo, a pesar de todo el trabajo que estaba haciendo, a pesar de todas las noches pasadas asegurándose de que la operación de Grigory funcionara sin problemas, él todavía la trataba como a una empleada. Ningún reconocimiento de sus

esfuerzos, ningún reconocimiento formal de su cargo, *ningún aumento salarial.*

Eso la enojó.

Ella estaba dirigiendo el maldito negocio. Si estuviera atrapada en este lío, entonces estaría *compensado* por ello. Ella no era una oficinista sin nombre. Esto fue *su* casa de subastas, *su* El legado de la familia. Y se negó a ser un engranaje más en la máquina de Grigory.

La decisión se instaló como hierro en sus venas mientras avanzaba por el pasillo. Sus tacones golpearon el suelo de mármol con determinación, su pulso constante a pesar de la tormenta que se avecinaba en su interior.

Fuera de su oficina, ella no dudó. Abrió la pesada puerta sin llamar y entró con toda la confianza que pudo reunir.

Grigory estaba sentado detrás del enorme escritorio que alguna vez perteneció a su padre, con un vaso en una mano y la otra descansando perezosamente en el reposabrazos. Frente a él estaba uno de sus hombres: alto, de hombros anchos y con el aire inconfundible de alguien peligroso. Estaban hablando en ruso bajo, algo entrecortado y profesional, pero en el momento en que ella entró, ambos hombres se volvieron.

Grigory arqueó una ceja, poco impresionado. "Printsessa", reflexionó, tomando un lento sorbo de su bebida. “¿A qué debo esta inesperada intrusión?”

"Necesito hablar contigo", dijo Nina, con la barbilla en alto y la voz firme. "Solo."

El teniente miró a Grigory, esperando su respuesta. Hubo una pausa, lo suficiente como para que ella se preguntara si él se negaría, si la obligaría a decir lo que había venido a decir delante de sus hombres.

Pero luego, con un perezoso movimiento de sus dedos, despidió al hombre. “Déjanos”.

Sin dudarlo, el teniente inclinó la cabeza y salió, cerrando la puerta detrás de él.

Nina no esperó una invitación. Caminó hacia el escritorio, colocando las palmas de las

manos sobre la superficie pulida mientras lo miraba. "Quiero un aumento".

Grigory se rió entre dientes, en voz baja y profunda. "¿Tú?"

"Y un título", continuó, ignorando la forma en que su diversión hizo que su piel se erizara de irritación. “Uno de verdad. No sólo el papel no oficial al que me han obligado. Estoy haciendo más que nunca antes, más que nadie en este edificio. Y merezco ser reconocido por ello”.

Sus ojos oscuros brillaron con algo ilegible, aunque su sonrisa permaneció. "Te reconozco muy bien, printsessa".

Su estómago se apretó. "Eso no es lo que quise decir, y lo sabes".

Inclinándose hacia atrás, golpeó con los dedos el reposabrazos de la silla. "Continúa, entonces", murmuró. "Dime, ¿qué es lo que crees que mereces?"

“Director Ejecutivo”, dijo sin dudarlo. "Si me obligan a trabajar para usted y dirigir la casa de subastas, quiero su prestigio".

Algo cambió en su expresión: no del todo sorpresa, pero algo parecido. Como si hubiera esperado que ella le pidiera más dinero, tal vez algún pequeño ajuste a sus responsabilidades, pero no esto. No es algo que reclame autoridad.

La comisura de su boca se levantó mientras se levantaba, moviéndose alrededor del escritorio con la gracia lenta y deliberada de un depredador rodeando a su presa. “¿Crees que puedes negociar conmigo?”

La forma en que se movía hizo que se le apretara el estómago. No estaba enojado. No estaba irritado. el era *interesado.* Le gustaba que ella se enfrentara a él. Esa comprensión la enfureció y la inquietó al mismo tiempo.

"No *pensar* Puedo”, dijo, encontrando su mirada. “Sé que puedo. porque tu *necesidad* Yo, Grigori. Esta casa de subastas nunca fue tuya. Lo tomaste, pero no sabes cómo ejecutarlo”.

Su sonrisa se amplió, aunque sus ojos se oscurecieron. “Cuidado, printsessa”.

Pero ella no se detuvo. “Me necesitas”, repitió. “Y si soy yo quien mantiene unido este lugar, entonces merezco ser tratado como tal. Merezco ser compensado en consecuencia”.

Grigory se acercó un paso más y ella se dio cuenta, demasiado tarde, de que se había apoyado contra el escritorio. Su calor la envolvió, el olor a colonia cara y el peligro envolvieron sus sentidos. Sus ojos recorrieron su rostro, su atención era aguda, cortando sus defensas tan fácilmente como una espada.

"Si te pago más", murmuró, con la voz llena de advertencia y promesa, "entonces debes *ganar* él."

Su respiración se cortó.

El calor se extendió por sus extremidades, no deseado e innegable.

Su cuerpo la traicionó, como siempre lo hacía cuando él estaba cerca.

Ella tragó, levantando la barbilla en desafío. "I *hacer* Gánatelo”.

Extendió la mano y pasó un único nudillo a lo largo de su mandíbula. El toque fue exasperantemente ligero, un marcado contraste con el peso de su presencia. "No es así".

Ella sabía exactamente a qué se refería.

Y que Dios la ayudara, odiaba lo mucho que quería dejarle demostrarlo.

Su corazón latía con fuerza, la furia y el deseo luchaban dentro de ella, quemándola en igual medida. Ella debería darle una bofetada. Debería apartarlo, salir furiosa de la oficina, exigir su título y su aumento y negarse a seguir sus juegos.

Pero la forma en que la miraba, como si ella ya fuera suya, como si la hubiera *siempre* La poseía... envió un oscuro escalofrío recorriendo su estómago.

"Eres repugnante", respiró ella.

Él sonrió, acercándose más y dejando que sus dedos recorrieran su brazo. "Y sin embargo", murmuró, "todavía estás aquí".

Sus dedos se curvaron en la tela de su falda, su cuerpo vibraba de tensión. Estaba atrapada en el peor tipo de batalla, una que no estaba segura de poder ganar.

Porque por mucho que lo odiara, por mucho que quisiera pelear...

Ella *buscado* a él.

Y el bastardo lo sabía.

Nina apenas tuvo tiempo de registrar el momento antes de que la boca de Grigory estuviera sobre la de ella, tomando el control en un beso brutal y posesivo. No fue suave. No fue cuidadoso. Fue violento: dientes y lenguas chocando, una batalla que ninguno de los dos quería perder. Ella lo odiaba. Odiaba haber permitido que esto sucediera, odiaba haber irrumpido en su oficina lista para pelear, y ahora estaba peleando de la peor manera posible.

Sus dedos se cerraron en su camisa, empujando y tirando al mismo tiempo, sus uñas raspando la costosa tela mientras él presionaba su espalda contra el escritorio. Él gruñó por lo bajo, atrapando su labio inferior entre sus dientes, mordiéndolo lo suficientemente fuerte como para hacerla jadear. Él aprovechó al máximo, deslizando su lengua dentro de su boca, devorándola con un hambre despiadada, como si hubiera estado esperando este momento exacto, esperando que ella se rompiera, que cediera a lo que siempre era inevitable.

Ella empujó contra su pecho, no lo suficiente como para alejarlo, sólo lo suficiente para alimentar el fuego que ardía entre ellos. "Te odio", respiró ella, su voz áspera, sin aliento.

Grigory sonrió contra sus labios, su mano se deslizó por la parte posterior de su muslo y sus dedos arrastraron su piel. "No, no lo haces".

Ella lo hizo. Ella lo hizo.

Pero el calor que se acumulaba entre sus piernas decía lo contrario.

Con un movimiento sin esfuerzo, la levantó sobre el escritorio, apartando papeles y documentos como si no fueran nada. Sus manos agarraron sus muslos, abriéndolos, tomando su lugar entre ellos como si perteneciera allí. Quería cerrarlos de golpe, atraparlo, pero él era más fuerte, siempre más fuerte, y su agarre se hizo más fuerte, sus dedos presionaron moretones en su piel.

"Quieres esto", dijo con voz áspera contra su boca, su aliento caliente, su voz llena de certeza. "No importa cuánto luches conmigo, tu cuerpo lo sabe".

Sus uñas se clavaron en sus brazos, tratando de encontrar algo sólido, algo real a lo que anclarse. "No-"

Él deslizó su mano hacia arriba, sus dedos acariciaron el encaje de sus bragas y ella contuvo el aliento.

"Mentiroso."

Podía sentir su diversión, su oscura satisfacción en la forma en que ella temblaba bajo su toque.

“Debería hacerte suplicar”, murmuró, su voz rica en promesas pecaminosas.

“Preferiría morir”.

Su risa era oscura, cruel. “¿Lo harías?”

Él presionó sus dedos contra ella, frotando lentos y tortuosos círculos sobre la delgada barrera de tela, y ella no pudo detener la forma en que sus caderas se sacudían, la forma en que su respiración se entrecortaba. Ella ya estaba mojada, palpitante y el bastardo lo sabía.

Sus labios recorrieron su mandíbula, bajaron por la columna de su garganta, y cuando ella echó la cabeza hacia atrás, él la recompensó mordiéndola, hundiendo sus dientes

en la delicada piel de la base de su cuello. Ella jadeó, un gemido traidor se deslizó de sus labios antes de que pudiera detenerlo, y sintió su sonrisa contra su piel.

"Lucha conmigo", susurró, arrastrando su lengua sobre el lugar que acababa de morder. "Pero tu cuerpo siempre te delata".

Quería apartarlo de un empujón, quería borrarle la presunción de su cara. En lugar de eso, lo agarró por la muñeca, con la intención de apartarlo, pero en el momento en que lo hizo, él aprovechó la oportunidad para deslizar los dedos debajo del encaje, arrastrándolos a través de sus resbaladizos pliegues.

Todo su cuerpo se sacudió. “Grigorio…”

"Estás goteando por mí, printsessa", murmuró, deslizando un dedo dentro de ella, lento y deliberado. "Dime cuánto lo deseas".

"Vete al infierno", respiró ella.

Él gruñó, agarrando su cadera y volteándola con un movimiento suave y practicado. Apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que su estómago presionara la fría superficie del escritorio y sus manos extendidas sobre la madera para mantenerse firme. Se inclinó sobre ella, su pecho era un peso pesado e inquebrantable contra su espalda, sus labios rozaron la oreja. A través de la enorme pared de cristal de su oficina, podía ver a la gente moviéndose en la galería de abajo, ajena al juego pecaminoso y peligroso que se desarrollaba justo encima de ellos.

“Tú primero”.

Un escalofrío la recorrió. Una emoción, oscura y caliente, lamió sus venas a pesar de que cada parte lógica de su cerebro gritaba para detener esto. Él se acercó y arrastró la mano por la parte interna de su muslo, con los dedos curvados bajo la tela de su ropa interior. Y luego... rasga.

Ella jadeó cuando él se los arrancó, el sonido fuerte en la habitación silenciosa, la posesividad en el acto envió un pulso de deseo no deseado directamente a su núcleo.

“Grigorio…”

Su palma acarició la curva de su trasero, sus dedos se clavaron en su carne. "Te gusta esto", murmuró, su voz como grava, espesa y cargada de lujuria. "Te gusta saber que no puedes pelear conmigo".

Ella apretó los dientes, negándose a darle la satisfacción de una respuesta, pero en el momento en que él deslizó dos dedos dentro de ella, estirándola, provocándola, su respiración se entrecortaba y sus uñas se clavaban en el escritorio.

"Estás tan jodidamente apretado", murmuró, moviendo los dedos con movimientos lentos y profundos. "Como si estuvieras hecho para mí".

Su cuerpo la traicionó, arqueándose hacia él, sus caderas moviéndose contra su mano a pesar de cada gramo de desafío que intentó mantener. Deslizó su mano libre hacia arriba, envolviéndola alrededor de su garganta, tirando de ella hacia atrás lo suficiente para acercarla, para permitirle sentir lo dura que estaba su polla detrás de ella.

"Debería inclinarte sobre este escritorio y follarte hasta que grites mi nombre", murmuró, presionando un beso en el punto sensible debajo de su oreja, sus dedos todavía trabajando en ella, empujándola más cerca del borde con cada movimiento lento y deliberado.

Ella se estaba desmoronando, rompiéndose con un fuerte suspiro a la vez. El placer se enroscó en su estómago, apretándose más y más, amenazando con romperse. Ella apretó los muslos, como si pudiera bloquearlo, como si pudiera evitar caer al límite.

Grigory chasqueó la lengua en señal de desaprobación. "¿Tratando de negarme?" Su agarre en su garganta se apretó ligeramente, no lo suficiente como para estrangularla, sólo lo suficiente para recordarle quién tenía el control. "Eso no servirá, printsessa".

Sacudió la cabeza, apenas capaz de pensar, apenas capaz de respirar.

"Dilo", ordenó, en voz baja, peligrosa. "Dime que me quieres".

Su orgullo se rebeló, su ira le arañó la garganta, pero su cuerpo (su cuerpo traidor y dolorido) la traicionó.

“Yo…” Su respiración se cortó. "Te odio."

Grigory exhaló una risita ronca y sus dedos se curvaron dentro de ella, encontrando el punto exacto que la hacía ver las estrellas. "Bien." Sus dientes le rasparon el hombro y su aliento caliente contra su piel. “Ahora di mi nombre”.

Se mordió el labio y sacudió la cabeza.

"Dilo", gruñó.

Todo su cuerpo se tensó cuando él aumentó la presión, sus dedos acariciándola tan perfectamente, tan implacablemente que ella no pudo contenerse más. El placer era insoportable, candente y absorbente.

"Grigorio".

Un sonido de satisfacción retumbó profundamente en su pecho, mientras ella se arqueaba debajo de él.

"Esa es mi buena chica".

Se agarró al escritorio, sus uñas se clavaron en la madera, tratando de arraigarse, tratando de recuperar algo parecido a control. Pero no había terminado.

"Eres tan jodidamente perfecta así", murmuró, su voz llena de satisfacción, de posesión. "Pelear conmigo incluso cuando ya has perdido".

Ella lo odiaba. Odiaba el dominio engreído en su tono, la forma en que actuaba como si ella ya fuera suya en todos los aspectos importantes. Todo su cuerpo se tensó cuando él aumentó la presión, sus dedos acariciándola tan perfectamente, tan implacablemente que ella se tambaleó al borde, tan cerca que era insoportable. El placer se enroscó dentro de ella, apretándose, retorciéndose, un calor abrasador que suplicaba liberación. Se mordió el labio con fuerza, desesperada por aferrarse al último hilo de control, negándose a darle la satisfacción de romperla tan fácilmente.

"No he perdido", jadeó, con la respiración entrecortada.

Ella apretó la mandíbula, sacudiendo la cabeza incluso mientras sus caderas se balanceaban contra su mano, persiguiendo más, persiguiendo el placer que él tan hábilmente construía dentro de ella. Él se rió entre dientes, oscuro y consciente, y justo cuando ella pensó que él finalmente la empujaría al límite, él apartó los dedos.

Y luego no la tocó en absoluto.

La pérdida fue inmediata, insoportable. Su cuerpo se apretó alrededor de la nada, desesperada por la fricción, por la liberación que todavía estaba persiguiendo a pesar de que acababa de destrozarse. Se mordió el labio con fuerza, negándose a emitir ningún sonido, negándose a darle la satisfacción de saber cuánto necesitaba más.

Pero él lo sabía.

Él siempre lo supo.

Podía sentir el calor de él todavía presionado detrás de ella, su presencia pesada y dominante cerniéndose sobre ella. Dejó que el silencio se prolongara, dejándola sentir cada segundo de su ausencia, dejando que la frustración se hundiera en sus huesos.

Y luego, su voz, baja y autoritaria.

"Mendigar."

Una nueva ola de furia la recorrió, ardiendo más que el placer que aún corría por sus venas.

Apoyó las manos contra el escritorio y levantó la barbilla. “No lo haré”.

Grigory exhaló un sonido suave y divertido. "Entonces no te follaré".

Y luego dio un paso atrás.

La repentina distancia le provocó una sacudida, una cruda y desesperada necesidad que no pudo reprimir. Ella se retorció contra el escritorio, sus caderas se movían

instintivamente, su cuerpo gritaba por él, por la dura longitud que podía sentir presionando contra ella a través de sus pantalones.

Su orgullo luchaba con su necesidad, con el insoportable vacío que él la había dejado.

Podía oír el susurro de la tela detrás de ella, los movimientos deliberados mientras se quitaba la chaqueta, mientras se arremangaba. No tenía prisa. Él iba a hacer que ella lo dijera.

Y tenía razón.

Ella se rompió.

"Grigory", susurró, apenas capaz de forzar las palabras a superar la cruda necesidad que obstruía su garganta. "Por favor."

Su gemido fue pura satisfacción, puro triunfo.

"Eso está mejor".

Oyó el sonido agudo del cinturón al desabrocharse, el tintineo metálico de la hebilla, el suave chirrido de la cremallera. Luego, el peso pesado y espeso de él presionó contra ella, provocando su entrada, frotando su humedad pero sin empujarla.

Sus dedos se cerraron en puños sobre el escritorio. “Deja de burlarte de mí”.

Él se rió entre dientes, un sonido perverso, con una mano agarrando su cadera y la otra presionando contra su espalda baja para mantenerla exactamente donde la quería.

"Debería hacerte suplicar de nuevo", reflexionó, arrastrándose contra ella, deslizando su longitud con su humedad, empujando solo la punta hacia adentro antes de volver a salir. "Suenas tan bonita cuando suplicas por mí".

Ella casi gritó de frustración y se balanceó contra él, pero él apretó con más fuerza, manteniéndola quieta, haciéndola esperar.

"No te gusta ser paciente, ¿verdad, printsessa?" murmuró.

"No", dijo ella con voz áspera. “Y tú tampoco”.

Una exhalación brusca de él, como si hubiera tocado un nervio. Y luego, con un lento y agonizante empujón, empujó hacia adentro.

Ella jadeó, arqueó la espalda y agarró el escritorio con tanta fuerza que le dolían los nudillos. El tramo ardía, demasiado, demasiado perfecto, abrumador de una manera que le robaba todos los pensamientos de la mente.

Grigory gimió desde lo más profundo de su garganta, su agarre en sus caderas se hizo más fuerte mientras se enterraba hasta el fondo. Se quedó allí por un momento, respirando pesadamente, saboreando la forma en que ella se apretaba a su alrededor.

"Joder", murmuró. "Te sientes incluso mejor de lo que recuerdo".

Ella no pudo responder. Apenas podía respirar. Todo su cuerpo estaba concentrado en la forma en que él la llenaba por completo, estirándola para abrirla de una manera que parecía casi imposible, como si la estuviera moldeando para que se ajustara a él.

Y luego se movió.

Un lento retroceso, arrastrando su gruesa longitud casi por completo antes de volver a entrar, la fuerza de ello la hizo gritar, haciendo que los dedos de sus pies se curvaran contra el suelo.

Su ritmo era deliberado, despiadado y castigador. Cada embestida la enviaba hacia el escritorio, su cuerpo absorbía el impacto, el placer tan agudo y crudo que casi la hacía llorar.

"Esto es lo que querías, ¿no?" —dijo con voz áspera, su aliento caliente contra la nuca de ella. "Actúas como si me odiaras, pero tu cuerpo sabe la verdad".

Ella lo odiaba. Odiaba que él tuviera razón.

Sus dedos se enredaron en su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás lo suficiente para exponerle la garganta. Sus labios recorrieron su pulso, sus dientes rasparon, provocaron, antes de morder lo suficientemente fuerte como para hacerla jadear.

"Eres mía, Nina", gruñó, puntuando las palabras con otro fuerte empujón. “No importa cuánto pelees conmigo, no importa cuánto lo niegues”.

Ella se apretó alrededor de él, un sonido ahogado salió de sus labios, su cuerpo la traicionó.

Fue implacable. Posesivo. Dominante de una manera que debería haberla aterrorizado. Pero no fue así. Le prendió fuego.

"Mío", murmuró, arrastrando sus labios a lo largo de su columna, su aliento quemando contra su piel sobrecalentada. "Cada parte de ti, Nina. ¿Lo entiendes?"

Ella lo odiaba. Todo sobre él.

Pero su cuerpo la traicionó, arqueándose ante su toque, sus labios se abrieron en un suave gemido cuando él comenzó a moverse.

Sus embestidas fueron profundas, castigadoras, deliberadas. La folló como si estuviera marcando su territorio, marcándose a sí mismo en su cuerpo, reclamando su derecho de la manera más innegable. Cada calada de su polla enviaba ondas de placer a través de ella, la mezcla perfecta de dolor y éxtasis. Sus dedos se curvaron alrededor del borde del escritorio, sus uñas mordieron la madera, desesperada por algo que la anclara mientras él la penetraba, una y otra vez, como si la desafiara a negar lo que ambos ya sabían.

"¿Sientes eso?" Su voz fue un gruñido bajo contra su oído. "¿Sientes lo perfectamente que me tomas? Fuiste hecha para esto, printsessa."

Ella se apretó a su alrededor involuntariamente, su cuerpo la traicionó, y él gimió, apretando con más fuerza sus caderas.

"Dilo", exigió, enredando su mano en su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás lo suficiente para obligarla a mirarlo a los ojos. Sus ojos ardieron en los de ella, oscuros y

posesivos, su expresión ilegible pero devastadora de todos modos.

Ella jadeó, tratando de aferrarse a los últimos vestigios de su desafío, sacudiendo la cabeza incluso cuando su cuerpo temblaba por la intensidad de sus embestidas. "No", susurró, la palabra más aliento que sonido.

Su agarre se apretó, la mano en su cabello tiró lo suficiente para enviar otro pulso de calor directamente entre sus piernas. "Terca", murmuró, sus labios rozando su mandíbula, su tono casi divertido.

Luego su otra mano se deslizó entre sus muslos y sus dedos acariciaron su hinchado y sensible clítoris en círculos lentos y devastadores.

Todo su cuerpo se tensó, el placer se enroscó profundamente dentro de ella, peligrosamente cerca de romperse. Ella jadeó, su espalda se arqueó cuando las sensaciones duales amenazaron con consumirla, mientras su mente se confundía en nada más que pura sensación.

"Dilo", ordenó de nuevo, sus dedos nunca cedieron, su polla se hundió más profundamente, más fuerte, cada embestida perfectamente sincronizada para empujarla más y más hacia el borde.

Se mordió el labio con tanta fuerza que casi le hizo sangre, obligándose a aguantar, a luchar contra él, a negarse.

Pero entonces él se estrelló contra ella por última vez, sus dedos presionaron justo y la presa se rompió.

El orgasmo la desgarró con violenta intensidad, robándole el aliento, sus pensamientos, su todo. Ella se corrió con un grito agudo e impotente, todo su cuerpo temblaba mientras oleadas de éxtasis chocaban contra ella, consumiéndola por completo.

Y justo cuando el placer alcanzó su punto máximo, la palabra salió de sus labios antes de que pudiera detenerla.

"Tuyo."

Grigory gimió, un sonido profundo y primitivo que le provocó otro escalofrío por la espalda. Empujó dentro de ella una última vez, enterrándose hasta el fondo mientras la seguía hasta el borde, su cuerpo tensándose, su agarre sobre ella apretándose mientras se derramaba dentro de ella, reclamándola de la única manera que sabía.

Durante un largo momento, ninguno de los dos se movió, sus cuerpos aún entrelazados, su respiración agitada y desigual, el único sonido en la habitación eran los ecos persistentes de lo que acababa de suceder entre ellos.

Y luego, antes de que pudiera ordenar sus pensamientos, antes de que pudiera recordarse a sí misma que lo odiaba, él se inclinó y le dio un suave beso en el hombro.

"Esa es una buena chica", murmuró, con satisfacción goteando de cada sílaba.

Las manos de Nina temblaban mientras se alisaba la falda, su respiración aún era inestable y su cuerpo todavía vibraba con las réplicas de lo que acababa de suceder. Su mente era una zona de guerra, la rabia y el deseo se enredaban en un lío que no podía empezar a desenredar. El calor persistente de él todavía presionaba contra su piel, la huella de su toque, su agarre, su posesión ardía en su cuerpo como una marca.

Se odiaba a sí misma por lo que acababa de permitir que sucediera.

Odiaba que su cuerpo se hubiera rendido tan completamente, que incluso ahora, mientras la furia ardía en sus venas, todavía podía sentirlo dentro de ella, todavía deseando más.

Y eso la aterrorizó.

Con dedos temblorosos, se remetió la blusa y la alisó con movimientos bruscos y frenéticos, desesperada por recuperar cierta sensación de control. Sus ojos se dirigieron hacia abajo, viendo el delicado encaje de sus bragas arruinadas tiradas en el suelo, un humillante recordatorio de la facilidad con la que él la había desnudado, de lo rápido que ella se había rendido ante él. El calor subió por su garganta, una mezcla de vergüenza y excitación insoportable, su estómago se retorció al sentir la innegable resbaladiza entre sus muslos, su liberación deslizándose por su pierna.

Se mordió el interior de la mejilla con fuerza, obligándose a superar la humillación,

obligándose a concentrarse.

Grigory, por el contrario, era la viva imagen de una compostura perfecta. Ni siquiera se había molestado en volver a ponerse la camisa, con el cinturón aún desabrochado, su postura completamente relajada mientras se recostaba contra su escritorio, mirándola con esa maldita sonrisa, la que la hacía querer arañarle la cara y besarlo de una vez.

"Recibirás tu aumento y tu título, printsessa", dijo suavemente, ajustándose las esposas como si no acabara de follarla hasta someterla contra su escritorio. “Siempre recompenso el buen trabajo”.

Sus uñas se clavaron en sus palmas mientras levantaba la barbilla, negándose a darle la satisfacción de una respuesta. Cada centímetro de su cuerpo le gritaba que dijera algo, que retrocediera, que volviera a recuperar la ventaja. Pero Grigory Volkov no tuvo ventaja. Él siempre estaba dos pasos por delante, siempre observando, siempre esperando que ella retrocediera para poder disfrutar derribarla de nuevo.

Se giró bruscamente y sus talones resonaron contra el suelo mientras corría hacia la puerta, obligándose a mantener la postura rígida y los movimientos controlados. Pero cuando alcanzó la manija, su voz la persiguió, suave y exasperante.

"Ah, ¿y Nina?"

Se quedó helada y sus dedos se cerraron alrededor del pomo de la puerta, pero no se giró. Ella no le daría eso.

Su sonrisa era evidente en su tono. "La próxima vez, deja la puerta abierta".

Un escalofrío violento y furioso la atravesó, pero abrió la puerta sin decir una palabra más y salió antes de hacer algo realmente estúpido.

Ella lo odiaba.

Ella lo odiaba.

Pero mientras caminaba por el pasillo, todavía sintiendo el calor persistente de su cuerpo, todavía dolorido, todavía goteando con él, supo la verdad.

Ella terminaría nuevamente en sus brazos.

Y ella odiaba eso sobre todo.

# Capítulo 13

# Nina

El viaje en tranvía de la mañana debería haber sido normal. Una parte de Nina se aferró a ese pensamiento mientras subía a la plataforma, sus dedos apretando la correa de su bolso mientras el aire fresco de la mañana rozaba su piel. Ésa era su rutina: tomar el tranvía, aclarar su mente antes de entrar a la casa de subastas, recordarse a sí misma que todavía tenía el control de algo en su vida. Pero incluso mientras realizaba los movimientos familiares, el cansancio pesaba en sus huesos, el peso de las últimas semanas presionaba sus hombros.

Semanas de trabajo bajo el control de Grigory. Semanas de obligarse a adaptarse, de enterrar su odio y centrarse en lo que podía controlar. Se había dicho a sí misma que todo sería más fácil, que si ignoraba su presencia asfixiante, si se sumergía en el trabajo, podría fingir que nada de esto había cambiado. Que ella todavía era Nina DeWitt, no un peón de su imperio. Pero la ilusión era débil y esta mañana apenas se mantuvo.

El tranvía se detuvo, sus puertas se abrieron con un silbido y ella entró, moviéndose automáticamente hacia su lugar habitual junto a la ventana. El vagón estaba medio lleno, una mezcla de viajeros de negocios y estudiantes, el silencioso zumbido de las rutinas matutinas llenaba el espacio. Exhaló lentamente, obligándose a relajarse mientras ajustaba la correa de su bolso y se acomodaba en su asiento. Necesitaba concentrarse. Hoy fue sólo un día más.

Y entonces ella lo sintió.

Al principio fue sutil: una picazón en la base de su columna, una leve conciencia que le hizo picar la piel. Mantuvo la mirada hacia adelante, mirando por la ventana mientras la ciudad pasaba borrosa, pero la sensación solo se hizo más fuerte.

Alguien la estaba mirando.

Ella se movió ligeramente y sus ojos se dirigieron al reflejo en el cristal. Dos hombres se sentaron frente a ella. Ella no los había notado antes; no había necesitado notarlos. Pero ahora, con esa sensación inquebrantable arrastrándose por su piel, los asimiló.

El primer hombre era delgado, rondaba los treinta y vestía un traje entallado de color

gris carbón que parecía lo suficientemente caro como para pasar desapercibido entre los demás hombres de negocios. Tenía el pelo oscuro, peinado hacia atrás y la mandíbula bien afeitada, pero había algo en su postura que la ponía nerviosa. No estaba revisando su teléfono, no estaba leyendo un periódico ni revisando correos electrónicos como los demás a su alrededor. Él simplemente estaba... sentado. Mirando.

El segundo hombre era más corpulento, más ancho y vestía un abrigo oscuro que le pesaba un poco demasiado. A diferencia de su compañero, él no la miraba directamente. Él estaba de pie cerca de la salida, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida, pero ella ya había visto suficientes hombres como él antes. No estaba distraído. Estaba esperando.

Sus dedos se curvaron alrededor de la correa de su bolso, obligándose a mantener la calma.

Estaba siendo paranoica. Tenía que serlo. La semana pasada la había puesto nerviosa, el control sofocante de Grigory le hacía ver el peligro en cada sombra. Tal vez sólo fueran hombres de negocios, como una docena de personas con las que viajaba en el tranvía todas las mañanas.

Y entonces el hombre del traje se levantó.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él se acercó a ella y se deslizó en el asiento vacío a su lado.

La respiración de Nina se entrecortó.

Su colonia era fuerte y cara, pero no hacía nada para enmascarar el peso frío que se posó sobre ella cuando él se inclinó ligeramente, su voz era un murmullo bajo justo por encima del zumbido del tranvía.

"Trabajas en DeWitt & Sons".

No fue una pregunta.

Su pulso golpeó contra sus costillas. Mantuvo la mirada hacia delante y apretó los

dedos alrededor de la correa de su bolso. "¿Quién eres?"

El hombre no respondió. En cambio, sus dedos tamborilearon ociosamente contra su rodilla, el ritmo lento hizo que a ella se le revolviera el estómago.

Entonces lo vio: el anillo en su mano derecha. Oro, diseño intrincado, un escudo ornamentado levantado contra el metal. No fue decorativo. No era moda.

Fue una marca. Una firma.

Algo frío se deslizó por su espalda.

El hombre se rió entre dientes, un sonido tranquilo y conocedor. "Sabemos para quién trabaja".

Su corazón latió con más fuerza.

“Debes ser muy bueno en tu trabajo”, continuó, con voz casi perezosa. "Manejar envíos tan... delicados".

Su piel se enfrió.

“No sé de qué estás hablando”, dijo en voz baja y mesurada.

"Por supuesto que sí". Sus dedos rozaron el borde de su abrigo. Casual. Revisado. Calculador. “Eres una chica inteligente, Nina. Sabes exactamente lo que se mueve en esa casa de subastas”.

Luego, justo cuando ella empezaba a alejarse, su mano se movió, no para agarrarla, no para contenerla, sino para tocarla.

Sus nudillos recorrieron su mandíbula con un movimiento lento y deliberado, una burla de algo íntimo. Nina se puso rígida y se le cortó el aliento en la garganta. No fue una caricia. No estaba destinado a calmar. Fue una prueba. Un recordatorio del poder. Una advertencia envuelta en algo engañosamente gentil.

Él se inclinó y su aliento cálido contra su oreja. "Dile a Volkov que estamos mirando", murmuró, su tono suave, casi divertido. “Y si no deja de involucrarse en nuestro negocio, la próxima vez le quitaremos algo”. Sus dedos trazaron un último y fugaz toque a lo largo de la curva de su garganta. “Tal vez tú”.

Luego, como si nada hubiera pasado, se echó hacia atrás, se arregló el abrigo y asintió con la cabeza a su compañero.

El tranvía dio una ligera sacudida y disminuyó la velocidad a medida que se acercaba a la siguiente parada. El hombre que estaba junto a la salida se movió y se enderezó ligeramente.

El hombre a su lado se inclinó, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera sentir su aliento contra su piel. "Dile a Volkov que está jugando en el territorio equivocado". Su voz era suave, casi agradable. "Y dile que retroceda antes de que las cosas se pongan... complicadas".

Se le hizo un nudo en la garganta.

El tranvía se detuvo. Las puertas se abrieron.

Antes de que pudiera moverse, antes de que pudiera reaccionar, ambos hombres se alejaron y desaparecieron entre la multitud como si nunca hubieran estado allí.

Nina se quedó congelada en su asiento, su pulso rugiendo tan fuerte en sus oídos que el mundo a su alrededor se desvaneció en un zumbido sordo y distante. Sentía una opresión en el pecho, cada respiración superficial y tensa, como si aspirar aire requiriera demasiado esfuerzo.

No podía moverse, no podía pensar más allá de la repugnante comprensión que acababa de instalarse en sus entrañas. Sabían quién era ella. Sabían lo que ella estaba haciendo. Cada envío, cada transacción, cada obra de arte robada que pasaba por la casa de subastas, habían estado observando.

Y lo peor de todo es que entendió exactamente lo que significaba su mensaje. Esto no fue sólo una advertencia. Fue una promesa. Si Grigory no retrocedía, si seguía introduciéndose en sus negocios, no tomarían represalias persiguiéndolo. Vendrían por ella.

El tranvía avanzó bruscamente y la ciudad se desdibujó tras la ventanilla, pero ella no la vio. Su cuerpo estaba inmovilizado y sus manos temblaban en su regazo.

Esto no fue sólo una advertencia.

Fue una promesa.

Nina se bajó del tranvía en su parada, con las piernas inestables mientras se obligaba a avanzar. Las calles familiares que conducían a la casa de subastas se desdibujaban en los bordes, su mente todavía atrapada en ese momento asfixiante, el peso del toque del hombre persistía en su piel como algo sucio que no podía eliminar. Mantuvo la cabeza en alto y el paso rápido, negándose a que los peatones que la rodeaban vieran lo nerviosa que estaba. Pero por dentro, sus pensamientos se agitaban y su pulso era errático.

Cuando llegó a la casa de subastas, sus dedos temblaban cuando alcanzó la manija de la puerta. Dudó durante medio segundo, contemplando el gran edificio que siempre había sido un símbolo de la historia, del legado, de su familia. Pero ahora se sentía diferente. Contaminado. El peso de lo que acababa de suceder se instaló profundamente en sus huesos, un miedo frío que se negaba a aflojarse.

Al entrar, mantuvo sus movimientos controlados y precisos. El personal pasó junto a ella en el pasillo, saludando con la cabeza, sin darse cuenta de la tormenta que asolaba su exterior sereno. Les dedicó sonrisas educadas y distraídas, obligándose a parecer normal, pero cada músculo de su cuerpo estaba tenso. Todavía podía oír la voz del hombre en su oído, sentir el calor de su aliento, el movimiento lento y deliberado de su dedo a lo largo de su mandíbula. Había sido un movimiento calculado, una demostración de poder. No violento. No abiertamente agresivo. Pero peor aún: insidiosa.

En el momento en que llegó a su oficina, entró y cerró la puerta detrás de ella, presionando su espalda contra la madera sólida mientras cerraba los ojos con fuerza. Su respiración era irregular y sus manos agarraban la correa de su bolso con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Nunca antes se había sentido así. Ni siquiera cuando Grigory la había obligado a venir a este mundo.

Esto fue algo diferente.

No se trataba de acuerdos comerciales y juegos de poder. No se trataba de zonas jurídicas grises o de maniobras a través de la corrupción con una fachada cuidadosamente controlada. Esto fue real. Físico. Peligroso.

La habían tocado.

No para lastimarla, todavía no, sino para recordarle que podían hacerlo. Que ella no era intocable. Que si Grigory no daba marcha atrás, ella sería la que sufriría por ello.

Exhaló bruscamente, empujando la puerta y arrojando su bolso sobre su escritorio, caminando a lo largo de la habitación mientras intentaba recuperar el control de sus pensamientos. Tal vez sólo había sido intimidación. Una advertencia destinada a asustarla, nada más. Tal vez si actuara como si no le molestara, no significaría nada.

Pero ella lo sabía mejor.

La forma en que la habían mirado, como si no fuera más que una palanca, le provocó un nudo en el estómago. Había pasado años creyendo que era intocable, envuelta en la seguridad de la riqueza y la reputación, de un negocio basado en un legado. Pero esa ilusión se hizo añicos en el momento en que Grigory entró en su vida. Y ahora había desaparecido por completo.

Su mente le gritaba que hiciera algo. ¿Pero qué? ¿Qué opciones tenía?

Por primera vez comprendió por qué hombres como Grigory insistían en el control. Por qué el poder no se trataba sólo de dominación, sino también de supervivencia. Porque en el momento en que alguien sintiera debilidad, la usaría.

Y ella estaba débil.

Ella lo odiaba. Odiaba la idea de ir a Grigory con esto. Odiaba que él fuera el único que pudiera hacer algo al respecto. Pero ella no podía negar la verdad.

No tuvo otra opción.

Con la mandíbula apretada, caminó hacia la puerta. Podría despreciarlo. Tal vez

quisiera destrozarlo por lo que le había hecho a su vida.

Pero en ese momento ella lo necesitaba.

Su pulso latía con fuerza en sus oídos mientras caminaba hacia su oficina. No se detuvo, no dudó, mientras abría la puerta y entraba con más fuerza de la necesaria.

Grigory estaba sentado detrás de su escritorio, con el teléfono pegado a la oreja mientras hablaba en ruso fluido y en voz baja. Su mirada se levantó en el momento en que ella entró, y ella se preparó para su habitual sonrisa, su fría diversión ante su furia. Pero no llegó.

Su expresión apenas cambió, pero algo en sus ojos cambió.

Nina no le dio oportunidad de hablar. Las palabras salieron de ella, cargadas de ira, mezcladas con algo peligrosamente cercano al miedo.

“Me amenazaron”, escupió. “En el tranvía. Dos hombres. Creo que es ruso o ucraniano”. Su voz temblaba, pero se obligó a seguir adelante, a mantener el acero en su columna. “Sabían quién era yo. Donde trabajé. Para quién trabajo”. La última palabra ardió cuando salió de sus labios. Odiaba decirlo, odiaba reconocerlo. Pero ya no tenía sentido fingir. Ella era suya, lo quisiera o no.

Grigory dejó lentamente su teléfono, su oscura mirada fija en ella, ilegible, desconcertante en su silencio. Él no la interrumpió, no se burló, no se burló de ella por finalmente comprender el peligro del mundo en el que estaba enredada. Simplemente esperó.

Se obligó a continuar. “Uno de ellos llevaba un anillo. Un diseño complejo. De oro, con algún tipo de grabado. Ella hizo un gesto brusco, la frustración se desbordó. “Él me tocó. Mi mandíbula. Aquí mismo”. Levantó la barbilla y tragó saliva. "Quería asegurarse de que yo supiera que era personal".

El silencio que siguió fue asfixiante.

Grigori no se movió.

No hablé.

Pero la tensión en la habitación cambió, se oscureció y se espesó como el aire antes de una tormenta. Sus dedos, todavía alrededor de su vaso de vodka, se apretaron con una presión lenta y deliberada.

Y luego, sin previo aviso...

Grigory golpeó el cristal contra el escritorio con una fuerza que hizo estallar fragmentos sobre la madera pulida. El vodka se salpicó de forma errática y empapó los documentos. Un trozo de vidrio dentado se le clavó en la palma de la mano, pero si lo sintió, no dio ninguna indicación.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Nina se estremeció, pero él ni siquiera parpadeó. Simplemente dejó los restos rotos a un lado, la sangre acumulándose en su palma, el rojo intenso contra su piel pálida. Parecía no verse afectado en absoluto.

El único sonido era el lento y deliberado goteo del vodka sobre la madera pulida.

“¿Te tocaron?” Su voz era tranquila. Demasiado silencioso.

Nina vaciló, con el pulso acelerado, pero finalmente asintió levemente.

Grigory respiró profundamente por la nariz. Sus nudillos se pusieron blancos, la tensión se desprendía de él en oleadas tan espesas que juró que podía sentirla arrastrándose sobre su piel.

"¿Y creen que pueden amenazarte?" Su voz todavía era tranquila, pero ahora tenía un tono filo, lo suficientemente agudo como para cortar.

Sus labios se separaron, pero no tuvo respuesta, ni palabras que tuvieran sentido frente a la furia que se enroscaba bajo su calma.

Se puso de pie.

El movimiento fue lento, medido, controlado, pero su fuerza envió un escalofrío de advertencia por su columna. Rodeó el escritorio con la misma gracia calculada que siempre tenía, pero había algo diferente en la forma en que se movía. Algo letal. Algo imparable.

Ella no se movió cuando él la alcanzó, cuando sus dedos rozaron su barbilla, levantando su rostro, no suavemente, pero tampoco bruscamente. Lo suficiente para que ella lo mirara, para que viera la tormenta que se desataba detrás de su mirada oscura.

"Cometieron un error, printsessa", murmuró, arrastrando el pulgar por su mandíbula, como si estuviera limpiando la mancha invisible del toque de otra persona.

Nina tragó con fuerza. “Grigorio…”

"Un error que no vivirán para volver a cometer".

La promesa en su voz le provocó un escalofrío por la espalda, aunque no sabía si era por miedo o por algo completamente distinto.

Pero no fue sólo la ira en su tono lo que la sacudió. Fue la forma en que su otra mano se curvó alrededor de su cintura, flexionando los dedos como si se asegurara de que ella todavía estaba allí, todavía entera, todavía suya.

Esto fue diferente.

Lo había visto furioso antes. Lo había visto frío, cruel, calculador. Pero esto... esto era algo más.

No se trataba de poder o control.

Esto fue posesión.

¿Y la parte aterradora? No estaba segura de si lo odiaba.

Ella debería.

Debería estar disgustada por la forma en que él la tocaba, por la forma en que la miraba, no sólo como si fuera algo de su propiedad, sino algo que tenía que proteger. Como algo irreemplazable.

Pero ella no se alejó.

No luché contra él.

Y eso la hizo odiarse a sí misma aún más.

Su agarre se apretó ligeramente antes de soltarse, dando un paso atrás y buscando su teléfono en su bolsillo. Su voz era aguda cuando hablaba, volviendo al ruso y emitiendo órdenes en rápida sucesión.

No necesitaba entender las palabras para saber lo que estaba haciendo. Nina exhaló lentamente, mirándolo, con el corazón acelerado, mientras la verdad se apoderaba de ella como un peso asfixiante.

Ella era parte de su mundo ahora.

---

El resto del día transcurrió en una neblina de tareas a medio terminar y energía inquieta, pero por mucho que Nina intentara concentrarse, no podía deshacerse del peso persistente de la mañana. Cada vez que cerraba los ojos, veía el frío brillo de la mirada del hombre, escuchaba la tranquila y siniestra advertencia que le había susurrado al oído. Pero lo peor (mucho peor) seguía repitiendo la reacción de Grigory. La forma en que el aire se había espesado con su furia. La intensidad letal y posesiva en sus ojos.

Ella había esperado que él estuviera enojado. No esperaba que a él le importara.

Ese pensamiento la inquietó más que nada.

Al caer la tarde, el cansancio comenzó a hundirse en sus huesos, arrastrándola hacia abajo. Había pasado horas intentando trabajar, obligándose a concentrarse en organizar documentos, revisar listas de clientes y comprobar los preparativos finales de la subasta. Pero su mente no cooperaría.

Estaba cansada. Cansada del miedo que se le revolvía en las entrañas, cansada de la constante batalla entre la ira y la atracción cuando se trataba de Grigory, cansada de sentirse como un peón en un juego que no había aceptado jugar.

El silencioso movimiento de los papeles fue el único sonido en la oficina cuando la puerta se abrió sin llamar.

Sabía quién era incluso antes de levantar la vista.

Gregory.

Ella se puso rígida y el fino vello de sus brazos se erizó cuando su presencia llenó el espacio. Al principio no habló, simplemente se movía con su habitual gracia controlada, su largo abrigo moviéndose a su alrededor mientras caminaba hacia su escritorio.

Se preparó para cualquier comentario engreído que él hubiera planeado, esperando algún recordatorio burlón de su control, de la facilidad con la que manejaba amenazas como la que ella había enfrentado esa mañana. Pero en lugar de eso, Grigory metió la mano en el bolsillo, con movimientos lentos y deliberados, y sacó algo pequeño, algo sólido.

Sin decir palabra, lo dejó caer sobre su escritorio.

El tintineo metálico contra la madera pulida resonó en la quietud, agudo y definitivo. A Nina se le cortó el aliento y todo su cuerpo se tensó mientras miraba el objeto que tenía delante.

Un anillo de oro de diseño intrincado, con un escudo elevado en el centro.

Su estómago se apretó violentamente, náuseas y algo mucho más peligroso retorciéndose dentro de ella.

Ella conocía ese anillo.

Lo supo porque lo había notado esa mañana, brillando en el dedo del hombre que se había inclinado demasiado cerca, que se había atrevido a tocarla.

El aire pareció adelgazarse a su alrededor, sus dedos se movieron a los costados mientras arrastraba su mirada hacia la de Grigory.

Su expresión era ilegible, sus ojos oscuros no revelaban nada. Pero la tensión que irradiaba de él le dijo todo lo que necesitaba saber.

Su voz era suave, casi casual, pero con algo mucho más peligroso. "No te preocupes más, printsessa", murmuró, sus labios se curvaron ligeramente. "Ya se ha solucionado".

Nina tragó saliva y el pulso le martilleó en los oídos. Su mirada volvió al anillo, a la sangre seca todavía atrapada en las ranuras del metal.

Debería haberse horrorizado.

Debería haber tenido miedo.

En cambio, algo mucho más peligroso se enroscó en su pecho.

Alivio.

Y una emoción oscura y prohibida.

# Capítulo 14

# Nina

El silencio entre ellos era pesado mientras Grigory se reclinaba en su silla, mirándola con esa calma exasperante, como si ya hubiera anticipado cada movimiento que ella podría hacer. Nina permaneció rígida detrás de su escritorio, con el pulso acelerado, cada fibra de su ser le decía que se quedara donde estaba. Pero ella ya sabía que no lo haría.

"Ven", dijo, en voz baja, firme y absoluta. "Vamos a cenar".

Exhaló bruscamente y clavó las uñas en el borde del escritorio. “No eres mi dueño. No puedes simplemente chasquear los dedos y esperar que yo...

Su sonrisa fue lenta, deliberada. "Eres terca como un niño", dijo suavemente, ajustándose el puño de la manga como si su desafío no fuera más que un inconveniente. “No discutas. Ven, el coche te está esperando”.

Su aliento se quedó atrapado en su garganta, la furia la retorció como un cable con corriente. Quería discutir, decirle que se estaba engañando, pero la verdad se encontraba entre ellos como un arma cargada. Él era dueño de ella. No sólo en nombre o contrato, sino en todos los aspectos oscuros e insidiosos que importaban. Y él lo sabía.

Aún así, no podía permitirle ver cuán profundamente ardía esa comprensión. Forzó su expresión a ser fría, impasible. "Tengo trabajo que hacer".

"Has trabajado lo suficiente hoy". Miró su reloj como si esto no fuera más que un ligero inconveniente, un recado que debía resolver antes de pasar a algo más importante. “Cena, Nina. Esa no fue una solicitud”.

Ella apretó los dientes con tanta fuerza que le dolía la mandíbula, pero cuando él se volvió hacia la puerta, esperando que ella la siguiera, lo hizo. Porque no era tan estúpida como para pensar que tenía otra opción.

Afuera, un elegante auto negro ya estaba parado junto a la acera, su conductor esperando, y verlo le hizo un nudo en el estómago. Grigory mantuvo la puerta abierta, mirándola expectante y, por un estúpido segundo, ella consideró salir corriendo.

Simplemente giró sobre sus talones y desapareció en la ciudad, deslizándose entre la multitud, tomando el siguiente tranvía a cualquier parte.

Pero esa era la fantasía de una mujer que todavía tenía opciones. Y ella ya no era esa mujer.

Con una inhalación resignada, se deslizó en el asiento trasero, manteniendo el mayor espacio posible entre ellos mientras Grigory la seguía, cerrando la puerta detrás de él con un suave y deliberado movimiento. *hacer clic* .

En el momento en que el auto se alejó de la acera, ella lo sintió.

El peso asfixiante de su presencia.

El suave zumbido del motor no hizo nada para enmascarar la tensión cada vez mayor entre ellos. El espacio cerrado lo amplificaba todo: el calor de su cuerpo junto a ella, la forma en que su colonia se curvaba en el aire, el poder sin esfuerzo en la forma en que se sentaba, con un brazo apoyado en el respaldo del asiento, sus largas piernas estiradas con facilidad descuidada. No habló de inmediato. No era necesario. Su silencio fue tan opresivo como sus palabras.

Nina miró por la ventana, centrándose en el brillo borroso de las farolas y el movimiento de la gente a lo largo del canal. Si ella lo mirara, se rompería. Ella exigiría respuestas. Ella había dejado que él la arrastrara más hacia cualquier juego retorcido que fuera este.

Su risa baja hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

"Ignorarme no cambiará lo que ya sabes, printsessa". Su voz era suave, rica en diversión. “Tú eres mía”.

Un calor lento y peligroso se enroscó en su estómago. No por deseo, sino por rabia pura y sin filtrar. Se obligó a respirar con normalidad, a mantener la compostura, incluso mientras apretaba los puños sobre su regazo.

Entonces se giró para mirarlo y lo miró a los ojos con todo el veneno que pudo reunir. "No soy tuyo".

Grigory ladeó ligeramente la cabeza, como si considerara sus palabras, y luego, con una paciencia exasperante, se acercó.

Se le cortó el aliento cuando sus dedos rozaron su muñeca, apenas un toque, lo suficiente para recordarle su control. Ella apartó su brazo por instinto, pero su sonrisa solo se hizo más profunda.

"Dices eso", murmuró, mirándola con tranquila certeza, "pero tu cuerpo no está de acuerdo".

Sus uñas se clavaron en sus palmas, su pulso martilleaba contra sus costillas. "Eres repugnante."

"Eres desafiante", corrigió suavemente. "Por ahora."

El desafío en su voz provocó que una nueva ola de furia la invadiera. Ella lo odiaba. Lo odiaba de una manera que nunca había odiado a nadie en su vida. ¿Pero la peor parte? Ese odio no era solo una cosa. No fue simple ni limpio. Se enredaba con algo más oscuro, algo insidioso, algo que ella se negaba a nombrar.

El coche redujo la velocidad cuando se acercaron a una calle exclusiva llena de elegantes restaurantes, cuyo cálido brillo dorado se derramaba sobre los adoquines.

“¿Crees que puedes invitarme con una comida?” preguntó con voz aguda, pero ya sabía que no se trataba de eso.

Grigory no respondió de inmediato. En cambio, se inclinó ligeramente, cerrando el poco espacio que quedaba entre ellos.

"No, printsessa", murmuró, su aliento rozando su oreja. "Te compré mucho antes de esto".

Su estómago se retorció violentamente y sus uñas se clavaron en sus palmas.

Y entonces el coche se detuvo y, antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera reaccionar, Grigory abrió la puerta, salió y le tendió la mano.

Espera. Mirando.

Retarla a rechazarlo.

Ella debería.

Debería salir a la acera, dar media vuelta y desaparecer en la ciudad. Pero en lugar de eso, se tragó su orgullo, su rabia, su resentimiento... sólo por esta noche.

Y ella tomó su mano.

El restaurante exudaba un aire de exclusividad, el tipo de lugar que no necesitaba anunciarse. La entrada era discreta, situada a lo largo de una tranquila calle del canal, marcada sólo por un único emblema dorado en la puerta. En el interior, la atmósfera era oscura e íntima, el cálido parpadeo de la luz de las velas se reflejaba en la madera pulida y el cristal reluciente.

Las conversaciones eran silenciosas, un murmullo bajo de voces se mezclaba con el tintineo ocasional de porcelana fina y las notas distantes de una melodía clásica que salían de parlantes ocultos. Era un lugar para quienes esperaban la perfección sin necesidad de atención.

Grigory entró como si fuera el dueño del lugar. Y a juzgar por la forma en que el maître lo saludó con inmediata deferencia, tal vez así fue.

"Señor. Volkov", dijo el hombre suavemente, ofreciendo una ligera inclinación de cabeza. "Tu mesa está lista".

Por supuesto que lo fue.

Nina se tragó el aleteo de los nervios que se le apretaban en el estómago mientras los conducían hacia el interior del restaurante. El lujo tranquilo del espacio se instaló a su alrededor, elegante y sofisticado, pero no podía evitar la conciencia de que no se trataba sólo de una cena.

Esta fue una lección. Un vistazo a cómo sería la vida bajo el gobierno de Grigory Volkov.

Su mesa estaba puesta en un rincón privado, apartado del resto del comedor, y la única vela en el centro proyectaba un suave resplandor sobre el inmaculado mantel blanco. Mientras se sentaba en la silla, intentó decirse a sí misma que estaba allí en contra de su voluntad. Que ella no quería esto.

Pero la verdad era que una parte de ella sí.

Debería haber estado furiosa con él. Debería haber estado aterrorizada después de lo que pasó hoy, después de lo que había visto sentado en su escritorio hace apenas unas horas. En cambio, sintió algo más. Algo mucho más peligroso.

Alivio.

Ella lo odiaba. Odiaba que, después de todo, se sintiera más segura sabiendo que Grigory se había encargado del asunto. Odiaba que ella no estuviera disgustada por lo que él había hecho, por lo que era capaz de hacer.

Pero en el momento en que se sentó frente a él a la tenue luz de las velas, mirándolo mientras se desabrochaba la chaqueta del traje y se recostaba en su silla con la misma confianza sin esfuerzo, lo sintió. Ese tirón. La misma atracción oscura e insidiosa que había sentido la primera vez que lo conoció en el museo.

Y eso la aterrorizó.

Su camarero apareció un momento después, pero antes de que Nina pudiera siquiera echar un vistazo al menú, Grigory pidió para ambos: vino tinto, un primer plato de vieiras y el plato principal especial del chef. Su voz era suave, segura, la de un hombre que no dudaba de sí mismo.

Debería haber estado irritada por su prepotencia. Pero la verdad era que a ella le había parecido encantador. Seductor.

El vino llegó en cuestión de minutos, servido suavemente en delicadas copas de cristal.

Grigory sonrió, estudiándola en la penumbra. “Estás callada, printsessa. ¿No vas a pelear conmigo por esto?

Cogió su copa de vino y la levantó sólo para tener algo que hacer. “¿Habría alguna diferencia si lo hiciera?”

Él se rió entre dientes, el sonido fue profundo y suave. “En lo más mínimo”.

Ella puso los ojos en blanco pero tomó un sorbo lento de vino, esperando que no le gustara simplemente por despecho. Pero, por supuesto, era perfecto: con mucho cuerpo, suave, el tipo de vino que permanecía en su lengua, rico e indulgente.

Grigory observó su reacción con silenciosa diversión. "¿Bien?"

Dejó el vaso con cuidado deliberado. "Aceptable."

Su sonrisa se hizo más profunda. "Supongo que eso es lo más parecido a un cumplido que recibiré de ti".

El vino ayudó a aflojar parte de la tensión que tenía en el pecho y, cuando llegó el primer plato, se obligó a darle un mordisco. Las vieiras eran delicadas, perfectamente chamuscadas y se derretían en su lengua en una explosión de rico sabor mantecoso.

Odiaba que le gustara.

Grigory la observó mientras tomaba un sorbo de su propio vino, con esa sonrisa todavía en la comisura de su boca. "Deberías aprender a disfrutar cuando se hacen las cosas por ti, printsessa".

Ella tragó y dejó el tenedor con cuidado. "No necesito que me cuides".

Su mirada se agudizó ligeramente, algo ilegible pasó detrás de sus ojos oscuros. "¿No?" murmuró, su voz tranquila pero con un toque firme. —Entonces dime: ¿te sentiste segura sola esta mañana?

Su estómago se retorció.

Por supuesto, iba a sacar el tema.

Dejó su copa de vino y lo miró fijamente, pero su voz era más suave de lo que quería. “Lo manejé”.

Grigory se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre la mesa, con expresión ilegible. “No, imprimesesa. Yo lo manejé”.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Ella no sabía exactamente lo que había hecho. Él no se lo había dicho. No era necesario. El anillo que había dejado sobre su escritorio le había dicho todo lo que necesitaba saber.

¿Y la peor parte?

Ella no estaba horrorizada.

Ella debería haberlo sido. Debería haber retrocedido al pensar en lo que él había hecho en su nombre. Pero en cambio, se había sentido... más segura.

Nina vaciló y apretó ligeramente los dedos alrededor del pie de su copa de vino. La pregunta había estado ardiendo dentro de ella toda la noche, un peso presionando contra sus costillas, exigiendo ser pronunciada. No estaba segura de por qué no se lo había preguntado en el momento en que él entró en su oficina y dejó caer el anillo sobre su escritorio. Tal vez porque ella había estado demasiado sorprendida, demasiado inquieta por la silenciosa finalidad de sus palabras.

Ya se ha hecho cargo.

Ella tragó, su garganta repentinamente seca cuando encontró su mirada al otro lado de la mesa. "Los hombres del tranvía", comenzó, con voz cuidadosamente neutral. “¿Qué les hiciste?”

Grigori no parpadeó ni dudó. En cambio, hizo girar el vino en su copa con movimientos lentos y medidos, la luz de las velas atrapó el líquido rojo intenso mientras la estudiaba. “Nunca más te acosarán”.

Las palabras eran simples. Sin molestarse.

Su aliento quedó atrapado en su garganta.

Ella lo sabía. Por supuesto, ella lo sabía. Pero oírlo y confirmarlo en ese tono tranquilo y práctico le provocó un escalofrío por la espalda.

"Tú los mataste". No fue una pregunta.

Sus labios se curvaron ligeramente, no una sonrisa, pero algo parecido. "Suenas sorprendido."

“Yo…” Ella vaciló, incapaz de poner sus pensamientos en palabras. ¿Estaba sorprendida? No. En realidad no. Grigory nunca había pretendido ser otra cosa que lo que era. Era despiadado, posesivo y estaba dispuesto a destruir cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Eso había quedado claro desde el momento en que lo conoció. Y sin embargo…

Exhaló lentamente y dejó el vaso con cuidado deliberado. “Fue sólo una advertencia”, dijo, aunque su voz carecía de convicción.

“¿Una advertencia?” Arqueó la ceja y se inclinó ligeramente hacia delante, reduciendo el espacio entre ellos. “¿Es eso lo que piensas?”

Su pulso se aceleró, pero se mantuvo firme. “No me hicieron daño”.

“Te tocaron”.

Las palabras fueron suaves, pero había algo letal debajo de ellas. Una promesa peligrosa.

Ella sacudió la cabeza, con el corazón acelerado. “No fue así. Él-"

La mandíbula de Grigory se apretó y sus dedos tamborilearon una vez contra la mesa antes de quedarse quieto. “¿Los estás defendiendo?”

“No”, dijo rápidamente. Demasiado rápido.

Grigory no sonrió esta vez. Su expresión se oscureció, algo primitivo destelló en sus ojos: posesivo, letal. El aire en el restaurante poco iluminado se hizo más denso y la luz de las velas proyectaba sombras nítidas en su rostro.

“¿No me perteneces?” Su voz era tranquila, engañosamente tranquila, pero había algo peligroso rizándose debajo de ella, algo que hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. "Entonces dime, Nina, ¿a quién perteneces?"

Se le hizo un nudo en la garganta.

Ella no debería haber dicho eso.

Debería haber sabido que no debía desafiarlo de esta manera, sino hurgar en la violencia apenas contenida que hervía bajo la superficie. Pero ella lo había dicho y ahora no había forma de retractarse.

Grigory se recostó lentamente, tamborileando los dedos sobre la mesa y apretando la mandíbula.

“Se atrevieron a tocarte”. Su voz ahora era más baja, cruda por algo que ella no podía nombrar. "Se atrevió a amenazarte". Sus dedos se cerraron en un puño contra el mantel de lino blanco. “¿Y crees que debería haberlos dejado vivir?”

El pulso de Nina se aceleró.

Esto no fue una arrogancia juguetona. Este no era el engreído y seductor Grigory jugando con ella, poniendo a prueba sus límites.

Esto era algo completamente distinto.

Algo salvaje.

Debería haber tenido miedo.

Debería haber retrocedido ante la forma en que todo su cuerpo se enroscó con furia contenida, como un depredador a punto de romper sus mandíbulas.

Pero en cambio, se encontró sin aliento, sus dedos apretando el pie de su copa de vino mientras susurraba: "¿Los mataste sólo por tocarme?".

La mano de Grigory se extendió tan rápido que ella se estremeció, sus dedos agarraron su muñeca, no dolorosamente, pero lo suficientemente fuerte como para que ella pudiera sentir el calor de su piel chamuscando la de ella.

“Ponen sus manos en lo que es mío”. Sus ojos la quemaron, oscuros, despiadados. “¿Realmente pensaste que se alejarían de eso?”

Su respiración era corta y brusca.

Su agarre no fue doloroso, pero tampoco fue suave. Era una declaración, una declaración que podía sentir hasta los huesos.

Ella intentó negar con la cabeza y retirar la mano, pero él la apretó lo suficiente para mantenerla quieta.

"No lo entiendes, printsessa." Su voz era más suave ahora, casi peligrosa en su silenciosa intensidad. “Crees que se trata de negocios. Sobre el poder”. Su pulgar se deslizó lentamente sobre el pulso de su muñeca, como si sintiera la forma en que latía bajo su tacto. "Pero no lo es".

Su estómago se apretó.

¿Entonces de qué se trata?

Quería preguntar, pero las palabras se le atragantaron en la garganta.

Grigory se inclinó y su agarre se aflojó lo suficiente como para que ella pudiera haberse apartado si hubiera querido.

Ella no lo hizo.

“Si un hombre pone sus manos sobre algo que me pertenece, muere”. Su aliento era cálido contra su piel, su pulgar todavía trazaba círculos lentos y deliberados contra su muñeca. “Ese es el único resultado. El único final”.

Todo su cuerpo se trabó, la intensidad de sus palabras le robaron el aire de los pulmones.

"Este mundo no es amable, Nina". Su voz era como terciopelo sobre acero, suave pero inflexible. “No perdona la debilidad. Se aprovecha de ello. Y si los dejo vivir, si les dejo pensar que pueden tocarte sin consecuencias, no serían los únicos.

Un escalofrío la recorrió.

Odiaba que lo que él estaba diciendo tuviera sentido. Odiaba que una parte de ella, una parte oscura y oculta, no sintiera repulsión por eso.

La emocionó.

No debería.

Pero así fue.

"No eran nada", murmuró, soltándole finalmente la muñeca, arrastrando los dedos lenta y deliberadamente. “Una lección para los demás”.

Su estómago se retorció.

“¿Y qué hay de mí?” —susurró, con una voz apenas audible por encima del murmullo de las conversaciones en las otras mesas. “¿Qué pasa si no quiero ser tu lección?”

Una lenta sonrisa apareció en sus labios, pero no llegó a sus ojos.

"Ya lo eres, printsessa". Su voz era tranquila, oscura y llena de significado. “Quieras serlo o no”.

Ella lo odiaba. Odiaba que lo dijera como si fuera una promesa. Odiaba cómo una parte de ella quería creerlo. Porque si ella era su lección, significaba que ella importaba.

Nina dejó el tenedor con cuidado y el pulso martilleaba bajo la superficie de su piel. Tenía que decirlo, tenía que presionarlo. "Crees que puedes controlarlo todo. ¿Pero qué pasa si no puedes? ¿Qué pasa si no es suficiente?"

La sonrisa de Grigory desapareció en un instante, borrada como si nunca hubiera estado allí. Su mirada oscura se fijó en ella, ilegible, su postura inquietantemente quieta. El cambio en su expresión envió una onda fría a través de ella, una advertencia para la que no estaba segura de estar preparada.

"Porque ya perdí una vez".

Su voz era más tranquila que antes, pero el peso detrás de ella era más pesado que cualquier cosa que ella hubiera escuchado de él. La habitación que los rodeaba, la luz parpadeante de las velas, los sonidos apagados de las conversaciones de los otros comensales, todo se desvaneció bajo la fuerza de esas palabras.

A Nina se le cortó el aliento.

Algo en la forma en que lo dijo, en la forma en que sus dedos se curvaron lentamente alrededor del pie de su vaso, le provocó un escalofrío por la espalda. No por miedo, sino por algo más profundo.

"¿Perdiste?" —repitió, vacilante, con voz más suave de lo que pretendía.

Grigory no respondió de inmediato. En lugar de eso, se llevó el vaso a los labios y tomó

un sorbo lento, sin dejar de mirarla a los ojos. Y cuando finalmente habló, no fue con la arrogancia burlona o la diversión oscura a la que ella se había acostumbrado. Era algo completamente distinto.

"Hace años, había una mujer", dijo, sus palabras mesuradas, cada sílaba agudizada por algo frío, algo peligroso. "Una mujer que amaba."

Su estómago se apretó y una punzada inesperada se retorció en su pecho.

No sabía por qué ese pensamiento la inquietaba tanto. No era que ella fuera lo suficientemente ingenua como para creer que él nunca había amado antes.

Pero escucharlo en voz alta, ver el más mínimo destello de algo enterrado en su expresión, algo que nunca había visto antes, hizo que le doliera el pecho de una manera para la que no estaba preparada.

"¿Qué le pasó a ella?" preguntó, su voz ahora más tranquila, vacilante.

Apretó la mandíbula y un músculo le hizo tictac bajo la piel. Dejó el vaso con cuidado, como si tuviera que recordarse a sí mismo que no debía romperlo.

"Ella fue asesinada".

Las palabras cayeron entre ellos como un golpe final e irreversible.

Nina tragó con dificultad. "¿Por ti?"

Los labios de Grigory se apretaron formando una fina línea, pero no apartó la mirada. "Sí."

La forma en que lo dijo (plano, sin emociones) le provocó un escalofrío. Pero no fue porque no le importara.

Fue porque lo hizo.

Por primera vez, vio algo en carne viva bajo su férreo control.

Ella siempre había pensado que su obsesión por la dominación, por el control, tenía que ver con el poder. Que se trataba de someter a las personas a su voluntad, de poseerlas.

Pero no fue así.

Se trataba de no volver a perder nunca más.

Su pulso retumbaba en sus oídos mientras intentaba encontrar las palabras, intentaba darle sentido a lo que estaba escuchando. "¿Estaba ella—" Ella vaciló. "¿Alguien te la quitó?"

Su mirada se oscureció y sus dedos se flexionaron contra la mesa.

"Fue una guerra", dijo finalmente. "Debería haber ganado uno. Pero subestimé a mis enemigos. Cometí errores. Y ella pagó el precio".

A Nina se le formó un nudo en la garganta. Ella nunca lo había escuchado hablar así, nunca escuchó arrepentimiento en su voz, nunca lo vio lucir menos que intocable. Pero aquí estaba él, sentado frente a ella, hablando de un pasado que había enterrado, de una mujer que había perdido. Una parte de ella quería presionar más, pedir detalles, saber qué había sucedido, pero otra parte de ella sabía que no era así.

Esta no era una herida que se había desvanecido. Era algo que había sido grabado tan profundamente en él que había remodelado al hombre en el que se había convertido.

Exhaló lentamente y sus dedos se curvaron sobre el mantel.

"Crees que puedes mantenerme a salvo", dijo con cuidado, su voz ahora más suave. "¿Pero qué pasa si no puedes?"

Sus ojos brillaron, algo feroz e implacable ardía en ellos.

"Me escucharás, Nina", dijo, con voz baja, letal. "Obedecerás". Se inclinó ligeramente, su presencia era sofocante, absorbente. "Porque la alternativa es algo que ninguno de nosotros puede permitirse".

Un escalofrío la recorrió y se le cortó el aliento en la garganta.

Debería haber contraatacado, debería haber argumentado que no era suya, que nunca le pertenecería.

Pero por primera vez no lo hizo. Porque en ese momento ella entendió. No se trataba de controlar por controlar.

Se trataba de supervivencia.

El peso de su confesión todavía persistía entre ellos, pero Grigory, siempre sereno, cambió el ambiente con facilidad y sin esfuerzo. Se reclinó en su silla, tomó otro sorbo de vino y volvió a sonreír, lenta y conscientemente, como si no hubiera quitado un pedazo de su pasado y le hubiera dejado vislumbrar algo crudo bajo su férreo control.

"Estás mirando, printsessa", murmuró, con diversión en su voz. "¿Me encuentras tan fascinante?"

Nina parpadeó y el calor le subió por el cuello. "Difícilmente."

Él se rió entre dientes, en voz baja e indulgente, como si pudiera ver a través de ella. Y maldito sea, tal vez podría hacerlo. La tensión entre ellos no desapareció: cambió, se suavizó hasta convertirse en algo cargado, algo peligrosamente seductor. Alejó la conversación de la oscuridad y volvió suavemente al encanto que había ejercido con tanta facilidad cuando se conocieron en el museo.

Odiaba la facilidad con la que lo hacía, la facilidad con la que podía hacerla perder el equilibrio, arrastrándola a su ritmo antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Le preguntó sobre sus cuadros favoritos, sus preferencias en el arte, habló sobre los coleccionistas que traerían para la próxima subasta. El conocimiento en su voz, la forma en que hablaba con tranquila autoridad, le provocó un escalofrío no deseado por la espalda. Debería haberlo sabido mejor, pero era muy fácil dejarse llevar por el momento, beber un sorbo de vino y fingir (por un fugaz y peligroso segundo) que

esto era algo normal. Que esto era sólo una cita, una cena elegante con un hombre poderoso cuya atención estaba enteramente fijada en ella.

No sabía cómo él lograba hacerla sentir así, incluso cuando ella sabía que no era así.

Cuando se despejó el último recorrido y Grigory hizo una señal para que pasaran, toda la velada se había convertido en una neblina embriagadora. El peso del día, de la amenaza, de su pasado, se instaló en algún lugar del fondo de su mente, temporalmente eclipsado por la pura fuerza de su presencia. Él se paró primero, rodeó la mesa para sacar su silla, su mano rozó la parte baja de su espalda mientras la guiaba hacia la salida. Un escalofrío recorrió su espalda ante el contacto, y odió que él se diera cuenta. Odiaba la forma en que sus labios se curvaron con satisfacción.

Afuera el aire nocturno era fresco, en marcado contraste con la calidez del interior del restaurante. Un elegante coche negro estaba parado junto a la acera y su conductor personal ya estaba esperando. Nina apenas tuvo tiempo de respirar profundamente antes de que Grigory le abriera la puerta, esperando expectante.

Con cada gramo de terquedad que poseía, se dijo a sí misma que no era el tipo de mujer que dejaba que hombres como él dictaran sus pasos. Y aun así, se deslizó en el asiento trasero sin protestar.

La puerta se cerró, encerrándolos en la íntima oscuridad del coche. Los únicos sonidos eran el suave zumbido del motor y el débil ruido de la ciudad amortiguado por los cristales tintados. El espacio entre ellos se sentía pesado, cargado.

Durante los primeros minutos ninguno de los dos habló.

Nina miró por la ventana, viendo pasar las calles borrosas, tratando de ignorar la forma en que su cuerpo permanecía hiperconsciente del hombre a su lado. Grigory no intentó llenar el silencio. Simplemente se sentó allí, con un brazo extendido a lo largo del respaldo del asiento, su presencia imponente incluso en silencio. Podía sentir sus ojos sobre ella, estudiando sus reacciones, como si catalogara cada pensamiento que cruzaba por su rostro.

No fue hasta que el auto disminuyó la velocidad que ella frunció el ceño y miró hacia afuera.

Su estómago se apretó.

Este no era su apartamento.

Ella se volvió bruscamente hacia él, su voz firme a pesar de la repentina oleada de inquietud. "Esta no es mi casa".

Grigory apenas le dedicó una mirada y alcanzó el pomo de la puerta. “No, no lo es”.

La puerta se abrió con un clic y un rayo de luz cálida de una farola cercana se derramó dentro del auto, iluminando la elegante fachada del edificio en el que se habían detenido: su casa adosada en el canal.

Su pulso se aceleró.

Ella se volvió hacia él de nuevo, forzando el acero en su columna. "Necesito ir a casa".

Su mirada se posó en la de ella, inquebrantable. "Te quedarás conmigo esta noche".

Su voz era tranquila, definitiva.

El aliento abandonó sus pulmones en una lenta exhalación.

Ella debería discutir. Debería exigirle que la lleve a casa. Pero la forma en que él la miró, la pura orden en su tono, hizo que algo se retorciera en su estómago.

Esta era una batalla que ella ya había perdido.

Grigory salió del coche y la farola ensombreció sus rasgos afilados. Luego se volvió, la alcanzó y le tendió la mano.

Ella lo miró fijamente, sabiendo exactamente lo que eso significaba.

Y luego, con una inhalación lenta y mesurada, colocó su palma contra la de él, dejando que la sacara del auto.

# Capítulo 15

# Nina

El agarre de Grigory no era fuerte, pero sí lo suficientemente firme como para que Nina sintiera el peso de su control con cada paso que daba hacia adentro. En el momento en que la puerta se cerró detrás de ellos, algo en el aire cambió. No se trataba sólo del hecho de que ella estuviera aquí, en su casa otra vez. Era la tensión tácita, la inevitabilidad de lo que estaba por venir, espesando el espacio entre ellos como una promesa silenciosa.

Ella había estado allí antes, la noche en que se conocieron, cuando él la atrajo a su mundo con poco más que una sonrisa oscura y una atracción innegable. Pero esa noche ella había sido una invitada, sin darse cuenta del peligro que acechaba bajo la superficie. Esta vez todo fue diferente. Esta vez sabía exactamente quién era. Ella sabía de lo que él era capaz. Y, sin embargo, ella todavía lo siguió más profundamente en su interior.

El olor a cuero y madera envejecida se mezclaba con algo innegablemente suyo. Esa colonia oscura y cara que se pegaba a su piel, que permanecía en ella mucho después de que él la tocara. La mareaba y aumentaba su conciencia de cada paso lento, de cada luz parpadeante que proyectaba largas sombras sobre las paredes.

Él no la apresuró, no dijo una palabra mientras avanzaban por el espacio abierto y moderno. Los muebles eran elegantes, cuidados y caros. El tipo de lujo que no era ostentoso pero tenía peso. El tipo de riqueza que hablaba de poder más que de exceso.

Le convenía.

Ella mantuvo los ojos al frente, negándose a mirarlo, negándose a reconocer la forma en que su corazón latía con cada paso hacia lo que vendría a continuación. Pero ella sintió que él la miraba. Sintió el calor de su presencia, el silencioso control en la forma en que se movía con absoluta certeza, como si supiera que ella no lucharía contra él.

Porque ella no lo haría.

Y esa fue la peor parte.

Ella debería.

Debería haberse alejado cuando él le dijo que se quedaría. Debería haber protestado cuando el coche se detuvo en su casa adosada en lugar de en su apartamento. Pero en lugar de eso, ella había salido. Ella lo había seguido.

Ella había tomado una decisión.

Cuando llegaron al pasillo que conducía a la parte trasera de la casa, su pulso era un rugido constante en sus oídos. Las puertas dobles que tenían delante eran altas, oscuras y pesadas, y cuando él las abrió, se quedó sin aliento.

El dormitorio era enorme. Las paredes eran de un color carbón intenso y la iluminación era tenue e íntima. A un lado de la habitación se extendían ventanales que iban del suelo al techo y el suave parpadeo del agua del canal proyectaba reflejos danzantes contra el cristal. En el centro había una cama, demasiado grande para una sola persona, sábanas de seda negra, intactas y prístinas, brillaban bajo la tenue luz, y no pudo evitar imaginar cómo se verían si ella estuviera enredada en ellas.

Ella no debería haber entrado.

Ella debería darse la vuelta.

Dejar.

Pero cuando ella vaciló en el umbral, cuando sus dedos se cerraron en puños a los costados, Grigory se movió detrás de ella, sintió su calor como una marca contra su piel. Su cálido aliento sobre la curva de su cuello, su voz un murmullo bajo contra su oído.

"Permanecer."

La palabra no era una exigencia, no esta vez. Era algo más silencioso, algo más pesado, algo que envió una lenta y oscura emoción que la recorrió en espiral.

Una última oportunidad para resistir.

Pero ella no lo hizo.

Grigory se quedó detrás de ella en la puerta, con el cuerpo cerca. El calor de él atravesó el espacio entre ellos, su aliento era un fantasma contra su cuello. Ella no se movió, apenas respiraba, esperando, anticipando. Y luego, finalmente, sus manos se posaron en su cintura, sus dedos en un agarre firme y posesivo que hizo que su pulso se acelerara.

"Hiciste la elección correcta", murmuró, sus labios rozando justo debajo de su oreja.

Ella se estremeció y se quedó sin aliento cuando él le dio un beso lento en el punto sensible debajo de su mandíbula. Otro, justo debajo. Cada uno de ellos de forma deliberada, sin prisas, y su boca trazó un camino a lo largo de su cuello. Era más suave de lo que esperaba, en contraste con la forma en que él a menudo tomaba lo que quería sin dudarlo.

Y tal vez eso fuera lo que lo hacía tan peligroso.

Sus dedos se deslizaron hacia abajo, rozando la curva de sus caderas, recogiendo la seda de su vestido en sus manos mientras lo tiraba hacia arriba, apretando la tela en su cintura. No tenía prisa, saboreando la forma en que su cuerpo reaccionaba ante él, la forma en que su respiración se hacía irregular mientras sus palmas exploraban sus muslos desnudos.

"Sabías que terminarías aquí, ¿no?" Su voz no era más que un susurro bajo contra su piel, sus labios rozando su clavícula.

Ella no respondió. Ella no pudo.

No cuando su boca recorría la curva de su hombro, no cuando sus dientes rozaron el delicado tirante de su vestido antes de deslizarlo por su brazo.

Sus manos se apretaron a los costados, luchando contra el impulso de alcanzarlo, de acercarlo. Pero él no estaba permitiendo eso. Una mano fuerte se cerró alrededor de su muñeca, presionándola contra su pecho. Los latidos de su corazón eran constantes bajo su palma, un ritmo profundo e inquebrantable.

"Tócame", dijo, la orden era tan natural como respirar.

Ella exhaló bruscamente, sus dedos se extendieron sobre los firmes planos de su pecho, sintiendo el calor de su piel debajo de la fina tela de su camisa de vestir. Sus músculos se tensaron bajo su toque mientras ella arrastraba las puntas de sus dedos hacia abajo, rozando las crestas de su abdomen.

Y entonces, en un único y rápido movimiento, su boca chocó contra la de ella, ya no suave, ya no paciente. Su beso fue profundo, consumidor, su lengua barriendo el interior, reclamando, exigiendo. Ella lo recibió con la misma fuerza, sus manos apretando su camisa, acercándolo, presionando su cuerpo contra el de él.

Él gruñó en su boca, su agarre se apretó mientras la hacía retroceder hacia la cama. Sus labios nunca abandonaron los de ella, sus manos vagaban, tirando de su vestido hacia abajo hasta que la seda se acumulaba a sus pies. Sus dedos no perdieron el tiempo, extendiéndose detrás de ella para desabrocharle el sujetador, el delicado encaje deslizándose por sus brazos antes de que él lo arrojara a un lado. El aire fresco contra su piel desnuda le provocó un escalofrío, pero no fue nada comparado con el calor de sus manos mientras se cerraban alrededor de sus pechos, sus pulgares rozaban sus pezones endurecidos.

Ella jadeó en su boca, pero él se tragó el sonido, su lengua se deslizó profundamente mientras hacía rodar los sensibles picos entre sus dedos, enviando chispas de calor directamente a su núcleo. Su toque era deliberado, posesivo, como si estuviera reclamando cada centímetro de ella, marcándola sólo con sus manos.

Su boca abandonó la de ella, dejando un rastro de besos por su garganta, sus dientes raspando lo suficiente como para hacerla gemir mientras avanzaba hacia abajo. Él cayó de rodillas ante ella, su mirada oscura e inquebrantable mientras sus dedos se enganchaban en la cintura de sus bragas.

"Fuera", murmuró, su voz era una orden baja.

Ella vaciló, sólo para respirar, luego los empujó hacia abajo, saliendo del encaje y pateándolo a un lado. Ahora estaba completamente desnuda, expuesta bajo su mirada acalorada, y por un momento, juró haber visto algo casi reverente parpadear en su rostro.

Desapareció en un instante.

Las manos de Grigory agarraron sus caderas, su boca depositó un beso justo encima de su ombligo antes de ponerse de pie, elevándose sobre ella una vez más. Sus dedos trazaron la curva de su cintura, luego se deslizaron hacia abajo, agarrando sus muslos mientras la guiaba hacia atrás.

"En la cama, printsessa", ordenó, su voz llena de promesas.

Dudó sólo un segundo antes de subirse al colchón, las frescas sábanas de seda debajo de ella contrastaban con el calor que retumbaba en sus venas. Se arrodilló a cuatro patas, su cuerpo zumbando con anticipación, sabiendo lo que se avecinaba, sabiendo que él la iba a destrozar.

Grigory se quitó la camisa y luego se desabrochó el cinturón, dejando que el cuero se deslizara libremente con un movimiento fluido. Su respiración se entrecortó cuando él se bajó los pantalones, verlo desnudo, duro y esperando envió un pulso de calor directo a su núcleo.

Pero no tuvo tiempo de procesarlo antes de que su mano se enredara en su cabello, inclinando su cabeza hacia atrás lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

"Abre", murmuró, su pulgar rozando su labio inferior.

Sus labios se separaron instintivamente y él gimió, un sonido áspero y de aprobación mientras se guiaba hacia su boca.

El primer deslizamiento de él sobre su lengua fue lento, deliberado, permitiéndole adaptarse a su tamaño. Era grueso, duro, llenando cada centímetro del espacio que reclamaba. Ella hundió las mejillas, acercándolo más profundamente, saboreando la forma en que su respiración se entrecortaba, la forma en que apretaba su cabello con más fuerza.

"Así de simple", murmuró, su mano libre recorriendo la curva de su columna, deslizándose por su trasero antes de sumergirse entre sus muslos.

Ella se sobresaltó cuando sus dedos encontraron su entrada húmeda, provocando, acariciando su resbaladizo calor con precisión calculada. No se apresuró. Él no se sumergió dentro de ella de inmediato. En lugar de eso, rodeó su clítoris con

movimientos lentos y tortuosos, igualando el ritmo de su boca.

Ella gimió a su alrededor, la vibración lo hizo silbar de placer.

"Joder", gimió, empujando ligeramente sus caderas, sus dedos presionando más profundamente, separando sus pliegues, deslizándose hacia adentro con facilidad.

Su cuerpo se apretó alrededor de él y él sonrió, con control absoluto.

"Estás goteando por mí, printsessa", murmuró, metiendo los dedos más profundamente.

Ella gimió, sus rodillas amenazaron con doblarse cuando él las dobló justo, presionando contra el lugar que la hacía temblar.

"¿Chuparte mi polla te pone tan mojado?" preguntó, su voz llena de oscura diversión.

Quería mirarlo fijamente, responderle con algo afilado, pero estaba demasiado perdida, demasiado perdida en la forma en que él tocaba su cuerpo como si fuera un instrumento. Su dominio era absoluto y ella odiaba lo mucho que lo deseaba. Cuánto lo necesitaba.

Él estableció un ritmo brutal: sus dedos penetraron profundamente dentro de ella, curvándose contra ese punto devastador, su pulgar frotando círculos lentos y deliberados sobre su clítoris, haciendo que todo su cuerpo temblara. Su polla se deslizó entre sus labios, espesa y pesada, llenando su boca por completo mientras él gemía bajo y profundo, el sonido vibrando a través de ella como una oscura promesa.

Su garganta se flexionó alrededor de él, su gran tamaño le hizo llorar los ojos, pero no se apartó. Su sabor era embriagador, la sal y el almizcle de él cubrían su lengua, el calor de él palpitaba contra sus labios mientras guiaba sus movimientos con una mano firme en su cabello.

"Joder, printsessa", dijo con voz áspera, su agarre se apretó mientras empujaba más profundamente, sus caderas se balanceaban hacia adelante en movimientos lentos y controlados. “Esa boca fue hecha para mí”.

Su voz estaba destrozada, espesa por el deseo, y envió otra aguda ola de calor que se acumuló en su vientre. Ella gimió a su alrededor, las vibraciones lo hicieron maldecir en voz baja. Sus dedos dentro de ella igualaron el ritmo de sus embestidas, lentos al principio, arrastrándose a lo largo de sus paredes internas, luego más rápido, más exigente, haciendo que su cuerpo se sacudiera contra él.

Sus muslos temblaron, su respiración se hizo corta y desesperada alrededor de su longitud mientras el placer subía en espiral más y más. Cada movimiento de sus dedos, cada movimiento de sus caderas, cada sonido sucio que hacía la acercaba más al límite.

"Ven por mí", gruñó él, su voz espesa y autoritaria, sus dedos presionando más profundamente, curvándose perfectamente dentro de ella.

Intentó contenerse, intentó resistirse, pero ya se estaba rompiendo. Ya destrozado.

Un grito agudo salió de su garganta, amortiguado alrededor de su polla, su cuerpo convulsionó mientras el placer la desgarraba, una ola violenta y devoradora que la dejó temblando. Sus uñas se clavaron en las sábanas, sus muslos se apretaron alrededor de su mano mientras soportaba las réplicas, jadeando a su alrededor, ahogándose en la sensación.

Grigory gimió, empujando más profundamente una última vez, su polla golpeando la parte posterior de su garganta mientras sus dedos la hacían atravesar los últimos temblores de su orgasmo.

Y luego, con un tirón lento y deliberado, se deslizó fuera de su boca, soltando su agarre sobre su cabello.

"Qué buena chica", murmuró, pasando los dedos por su mandíbula, untando la evidencia de su excitación contra su piel.

Ella todavía estaba temblando, todavía luchando por recuperar el aliento.

Pero ella no había terminado.

Ni siquiera cerca.

Antes de que pudiera recuperarse por completo, antes de que las réplicas de su orgasmo comenzaran a desvanecerse, las manos de Grigory estaban sobre ella, tirando de ella con un agarre brusco que no dejaba lugar a protestas. Sus extremidades estaban débiles y su cuerpo todavía temblaba, pero no importaba. Él no había terminado con ella. Ni siquiera cerca.

Con un movimiento brusco y sin esfuerzo, la empujó boca arriba, seguido por su cuerpo, presionándola contra el colchón. Su peso, su calor, su pura presencia la rodearon, robándole el aliento, inundando sus sentidos.

La mirada de sus ojos provocó que un nuevo escalofrío recorriera su espalda. Oscuro. Famélico. Peligroso.

Un depredador se cernía sobre ella, listo para devorarla.

Ella apenas tuvo tiempo de inhalar antes de que él se moviera, agarrando sus muslos y abriéndola para él. Sus manos eran ásperas, posesivas, y las yemas de sus dedos marcaban su piel.

No esperó. No se relajó.

Con un empujón brutal, la penetró, sentándose hasta el fondo, estirándola, llenándola por completo.

Un grito ahogado salió de sus labios, su espalda se arqueó sobre la cama mientras el placer y el dolor chocaban en una ráfaga vertiginosa. Él era tan profundo, tan grueso, la extensión tan abrumadora que ella no podía hacer nada más que tomarlo, tomarlo, sentir cada centímetro de él invadiéndola, poseyéndola.

Grigory gimió, el sonido bajo y primitivo mientras se enterraba dentro de ella, saboreando la forma en que ella se apretaba a su alrededor, la forma en que su cuerpo intentaba adaptarse a la imposible intrusión.

"Joder, printsessa", dijo con voz áspera, apretando sus muslos. "Tan jodidamente apretado".

Sus uñas se clavaron en sus bíceps, desesperada por algo a lo que aferrarse, algo a lo que arraigarse, pero él no iba a permitir que ella encontrara el control.

Sus manos se deslizaron hacia arriba, agarrando sus muñecas, inmovilizándolas por encima de su cabeza, bloqueándola completamente debajo de él. La quería indefensa, completamente a su merced mientras comenzaba a moverse, retirándose lentamente antes de volver a golpear dentro de ella con fuerza suficiente para hacerla jadear.

“Grigorio…”

Su voz se quebró cuando él marcó un ritmo brutal, empujando profundamente, cada golpe empujándola más hacia la cama, llevándola más cerca de la locura.

Cada movimiento de sus caderas era lento, deliberado, destinado a romperla centímetro a centímetro. No sólo se la estaba follando, sino que la estaba reclamando, marcándola, recordándole que ella era suya.

Inmovilizada debajo de él, no pudo hacer nada más que aceptarlo, su cuerpo ardía, su mente se deshacía mientras el placer volvía a crecer, demasiado rápido, demasiado intenso.

"Me tomas tan bien, printsessa", murmuró él, con su aliento caliente contra su oreja. Su tono estaba lleno de satisfacción, de propiedad, de algo oscuro y posesivo que le hizo acelerar el pulso. “Fuiste hecho para esto. Hecho para mí”.

Ella gimió, retorciéndose debajo de él, tratando de luchar contra el placer, pero fue inútil.

Podía sentirlo.

Podía sentir cuánto lo deseaba. Cuánto lo necesitaba.

Sin previo aviso, se movió, soltando sus muñecas sólo para agarrar la parte posterior de sus muslos, levantando sus piernas y presionando sus tobillos contra sus anchos hombros.

Ella jadeó, sus ojos se abrieron de par en par cuando el cambio de ángulo lo envió más profundamente, demasiado profundo, golpeando un punto que hizo que todo su cuerpo se tensara, el placer insoportable.

El estiramiento fue casi demasiado, la presión la envió de nuevo en espiral hacia el borde demasiado rápido.

Ella gimió, sus dedos apretando las sábanas, su respiración se convirtió en jadeos frenéticos y desesperados.

“Grigorio…”

Él sonrió, sus manos apretando alrededor de sus piernas, sosteniéndola en su lugar mientras la penetraba más fuerte, más rápido, implacable ahora.

"Eso es todo", dijo con voz áspera. "Siénteme."

Ella lo hizo. Sintió cada centímetro de él golpeando dentro de ella, cada empujón áspero que enviaba un placer candente corriendo por sus venas, cada palabra sucia y posesiva que murmuraba contra su piel.

"Eres mía, Nina".

Un grito agudo escapó de sus labios.

Sus dedos se movieron entre ellos, encontrando su clítoris hinchado y palpitante, frotando círculos lentos y tortuosos que hicieron que todo su cuerpo se sacudiera contra él.

"Dilo", ordenó, su voz áspera por la necesidad. "Di que eres mía".

Ella sacudió la cabeza, terca incluso mientras se desmoronaba debajo de él.

Su mano se deslizó hacia arriba, agarrando su mandíbula, obligándola a mirarlo mientras él la penetraba, mientras la empujaba más cerca, mientras controlaba cada

parte de ella.

"Dilo, printsessa."

Todo su cuerpo se tensó, sus uñas le arañaron la espalda y la presión aumentó demasiado ferozmente, demasiado rápido.

Ella no pudo contenerlo.

No pude luchar contra eso.

Y cuando él se estrelló contra ella por última vez, enviándola al límite, ella jadeó, su voz se quebró al pronunciar una sola palabra.

"Tuyo."

En el momento en que ella se hizo añicos, su orgasmo la atravesó en oleadas violentas, él gimió, apretó su agarre y su ritmo se volvió frenético, desesperado.

"Mierda-"

Su cuerpo se tensó, sus embestidas se volvieron erráticas mientras se enterraba dentro de ella, mientras la seguía hasta el límite, derramándose profundamente dentro de ella, reclamándola de la manera más primaria posible.

Su respiración era áspera contra su cuello, su cuerpo temblaba con la fuerza de su liberación, su agarre aún firme sobre sus piernas mientras las bajaba lentamente, dejándola descansar contra el colchón.

Por un momento, ninguno de los dos se movió, sus cuerpos enredados, su respiración agitada, el aire cargado con el olor a sudor y sexo.

Grigory permaneció dentro de ella un momento más, como si saboreara los últimos rastros de su calidez antes de finalmente salir con un movimiento lento y deliberado. Un suave gemido escapó de sus labios ante la pérdida, pero antes de que ella pudiera apartarse, él se movió, rodó sobre su costado y la atrajo hacia él con un movimiento

fluido. Sus brazos la rodearon, abrazándola, su cuerpo todavía presionado contra el de ella, irradiando calor. Su agarre era firme, posesivo, como si no tuviera intención de dejarla ir.

Nina debería haberse alejado. Debería haberse dado la vuelta, poner distancia entre ellos, hacer algo para romper el hechizo de lo que fuera que fuera esto. Pero ella no lo hizo. Ella no pudo.

Su calidez la rodeó, su aroma (especia oscura y algo exclusivo de él) llenó sus pulmones, la conectó a tierra, la ancló de una manera que no estaba lista para admitir que necesitaba. Sus labios rozaron su sien húmeda, no de la manera frenética en la que había reclamado su cuerpo hace unos momentos, sino más lento, más suave. Como lo haría un amante.

Eso hizo que algo dentro de su pecho se apretara dolorosamente.

Se quedó quieta, luchando por encontrarle sentido a todo, tratando de acallar las voces conflictivas en su mente. Ella lo odiaba. Ella lo deseaba. Ella estaba resentida con él. Se sentía segura con él.

Las contradicciones le daban vueltas la cabeza.

El silencio se extendió entre ellos, espeso y pesado, ninguno de los dos estaba dispuesto a romperlo todavía.

Y entonces, finalmente, su voz rompió el silencio, áspera, baja, como si estuviera forzando las palabras a pronunciar contra su propia voluntad.

"Me dije a mí mismo que no permitiría que esto volviera a suceder".

Nina frunció el ceño y se le aceleró el pulso, aunque no entendía muy bien por qué.

Ella tragó, con la garganta seca. "¿Qué quieres decir?"

Él exhaló bruscamente y sus dedos recorrieron distraídamente su cadera, un toque que era casi reconfortante, aunque ella sabía que no lo era. Cuando finalmente la miró, sus ojos oscuros contenían algo que ella no estaba acostumbrada a ver en ellos: vacilación.

“La última vez que me permití desear algo tanto…” Apretó la mandíbula, como si las palabras le dolieran. “Me lo quitaron”.

Se le cayó el estómago.

Siempre había sabido que Grigory era despiadado. Dominante. Un hombre que exigía control en todos los aspectos de su vida. Pero ahora, por primera vez, comprendió por qué.

No se trataba sólo de poder.

Se trataba de miedo.

Miedo a perder algo. Miedo a que le arranquen algo de las manos antes de que pudiera agarrarlo con suficiente fuerza.

El peso se instaló profundamente dentro de ella, pesado y asfixiante, presionando contra algo en su pecho que no quería reconocer.

Estaba aterrorizado.

No de ella.

Sino de perderla.

Al darse cuenta, un escalofrío le recorrió la espalda.

Los dedos de Grigory apretaron su cintura, acercándola como si pudiera sentirla alejarse, incluso mientras yacía presionada contra él. Sus ojos ardieron en los de ella, oscuros e implacables, exigiendo algo que ella no estaba segura de estar lista para dar.

Una súplica tácita.

No hagas que te pierda a ti también.

La respiración de Nina se entrecortó.

Había pasado tanto tiempo luchando contra él, luchando contra lo que sentía, luchando contra la forma en que su cuerpo respondía al de él. Se había dicho a sí misma que lo odiaba, que despreciaba todo lo que él representaba, que él era el villano de su historia.

Y tal vez lo era.

Pero los villanos también pueden sangrar.

Y en ese momento, Grigory estaba sangrando de una manera que nunca antes había visto.

Ella debería resistirse a él. Debería alejarse, recordarse a sí misma que él era peligroso, que ella no tenía lugar en su mundo, que todo en esto estaba mal. Pero ella no lo hizo. Porque por primera vez desde que todo esto empezó, se sintió segura. Y eso la aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

Ella no habló. No discutí. En cambio, dejó que él la abrazara, su calidez envolviéndola como una barrera contra el caos de todo lo que estaba fuera de este momento. Ella cerró los ojos, inhalándolo, ignorando la voz en su cabeza que le advertía que esto era un error.

Y por una noche, se permitió creer que tal vez, sólo tal vez, no estaba tan perdida como pensaba.

# Capítulo 16

# Grigori

Grigory se reclinó en el asiento de cuero del coche, con los ojos fijos en la mujer que estaba a su lado. El silencio de la mañana se instaló entre ellos, pero el silencio no era incómodo. Era pesado, cargado de algo que no estaba preparado para nombrar. Nina estaba sentada con las manos apoyadas en el regazo y la mirada fija en la ventana mientras la ciudad pasaba borrosa. Ella no estaba luchando contra él, no estaba lanzando palabras duras ni resistiéndose a su presencia como lo había hecho en el pasado. Y eso lo inquietó más de lo que quería admitir.

Sus dedos tamborilearon ociosamente contra su muslo, un ritmo controlado que apenas contenía la tormenta que asolaba su interior. Debería sentirse satisfecho: la noche anterior ella había sido suya. Cada centímetro de ella, cada jadeo, cada súplica desesperada. Él la había marcado, era dueño de ella, y ahora ella estaba sentada a su lado, tranquila y dócil, tal como debía ser.

Pero él lo sabía mejor.

Nina DeWitt no era una mujer fácil de domesticar. Este silencio no fue rendición. Era otra cosa. Un espacio por el que intentaba navegar, una guerra que se libraba en su interior mientras intentaba reconciliar lo que quería con lo que sabía que era peligroso. Podía sentirlo, verlo en la forma en que ella se movía, en la forma en que sus dedos se curvaban contra su vestido como si no estuviera segura si debía agarrarse o soltarse.

La mandíbula de Grigory se tensó. Esto debería ser sencillo. Se dijo eso una y otra vez. Se trataba de control, de someterla a su voluntad, de demostrarle que no importaba cuánto luchara contra él, siempre terminaría exactamente donde él la quería. Se trataba de placer, dominio, nada más.

Pero fue una maldita mentira.

Él lo sabía. Lo supo en el momento en que la tomó entre sus brazos la noche anterior en lugar de dejarla ir. Lo supo cuando le susurró cosas en la oscuridad que nunca había planeado decir. Y ahora, cuando el coche se acercaba a su apartamento, cuando se acercaba el momento de la partida, lo supo aún más.

Cuando el coche frenó hasta detenerse, Nina vaciló. Ella no alcanzó la puerta de

inmediato. En cambio, se sentó allí, mirando hacia adelante, con el ceño ligeramente fruncido. Como si estuviera buscando algo, las palabras adecuadas.

Grigory no la apresuró. Él miró. Esperó.

Después de un momento, ella exhaló y finalmente se giró para encontrarse con su mirada. Su garganta se movió y luego, suavemente, murmuró: "Gracias".

Dos palabras simples. Pero no se sentían simples.

No fue gratitud por el viaje. Lo vio en sus ojos, en la forma en que su voz tenía algo más pesado que la cortesía. Ella no le agradecía el transporte, le agradecía algo más. Por la forma en que la había protegido. Por la forma en que se había sentido segura en sus brazos, incluso cuando sabía que no debería hacerlo.

Algo afilado se retorció en su pecho, algo peligroso, algo posesivo.

Grigori no dijo nada. Él simplemente la observó mientras ella alcanzaba la manija de la puerta y salía, la luz de la mañana reflejaba la curva de su rostro, la pendiente de su hombro desnudo donde aún persistían las marcas de la noche anterior. Sus manos se apretaron.

Ella dio unos pasos hacia su edificio y él debería haberla dejado ir. Debería haber apartado la mirada.

Pero no lo hizo.

Sus ojos la siguieron, absorbiendo el movimiento de sus caderas, la longitud de sus piernas, la forma en que se comportaba con esa fuerza silenciosa, incluso después de todo lo que había sucedido entre ellos.

Mío.

Su mandíbula se flexionó y sus dedos presionaron el asiento debajo de ellos. Ella no se había dado cuenta todavía, pero no iba a alejarse de él. Ella nunca lo haría.

Y nada, nada, la arrebataría de él.

Los ojos de Grigory se entrecerraron mientras observaba a Nina caminar hacia su apartamento. Algo estaba mal. Una onda en el movimiento habitual de la calle. Al principio, fue sólo un destello en su visión periférica, una figura que se movía demasiado rápido, demasiado directo. Entonces lo vio: el cambio brusco en la postura de un hombre, el paso decidido, la forma en que hundió la mano en la chaqueta.

Su sangre se convirtió en hielo.

Un arma.

Grigori no pensó. El instinto se hizo cargo y su cuerpo reaccionó antes de que su mente pudiera procesarlo por completo. Abrió la puerta del auto y se lanzó hacia adelante, acortando la distancia en un instante. En el momento en que los dedos del hombre se curvaron alrededor del arma, Grigory se estrelló contra él, tirándolo al pavimento con una fuerza que le hizo temblar los huesos.

El arma resonó contra el asfalto y patinó a unos metros de distancia. El hombre gruñó por el impacto, pero se recuperó rápidamente, retorciéndose violentamente debajo de Grigory y dándole un brutal codazo en las costillas. El dolor ardió al rojo vivo, pero Grigory no dudó. Golpeó con el puño la cara del hombre, un fuerte crujido de hueso contra hueso.

El atacante gruñó, se resistió salvajemente y sus dedos lucharon por alcanzar el arma. Grigory le agarró la muñeca y la retorció con fuerza hasta que algo explotó. El hombre aulló de dolor pero no dejó de luchar. Era fuerte, rápido y estaba impulsado por la desesperación.

Un puñetazo aterrizó de lleno en la mandíbula de Grigory, la fuerza resonó en su cráneo y le partió el labio. Probó la sangre, pero sólo alimentó la ira que ya ardía en sus venas.

Grigory no peleó limpio.

Con un gruñido feroz, clavó su rodilla en el estómago del hombre, dejándolo sin aliento. El atacante jadeó, tosió y quedó momentáneamente aturdido. Esa fue toda la apertura

que Grigory necesitaba. Agarró al bastardo por el cuello, lo arrojó contra el pavimento y le asestó otro golpe de castigo: uno, dos, tres golpes rápidos hasta que la cara del hombre se convirtió en un desastre de sangre y piel rota.

En algún lugar del caos, escuchó a Nina gritar su nombre.

El sonido provocó una violenta oleada de furia a través de él.

Este cabrón se había atrevido. Se había atrevido a ir tras ella. Se había atrevido a apuntar con un arma en su dirección.

Inaceptable.

El hombre gimió debajo de él y su resistencia se debilitó, pero Grigory no había terminado. Presionó con fuerza su antebrazo contra la garganta del bastardo, cortándole el aire. El atacante le arañó el brazo, jadeando y con los ojos muy abiertos por el pánico.

Grigory se inclinó hacia delante con voz letal. “¿Quién te envió?”

El hombre tosió, resolló y abrió los labios como para responder.

Un destello de movimiento.

Un último esfuerzo.

Grigory captó el movimiento sutil de su mano acercándose a su bota: otra arma. Estaba buscando una espada pero ya era demasiado tarde.

Con un gruñido, Grigory arrancó el arma del suelo donde había caído y le disparó un solo tiro en la cabeza, a quemarropa. El cuerpo debajo de él se sacudió una vez y luego se quedó quieto. Se hizo el silencio, pesado y absoluto.

La respiración de Grigory era rápida y agitada, su pecho subía y bajaba con movimientos profundos y controlados. La sangre goteaba de su labio partido, del corte en su sien donde el bastardo había recibido un golpe de suerte. Le dolían los nudillos

por la fuerza de sus golpes, pero nada de eso importaba.

Lo único que importaba era Nina.

Lentamente, giró la cabeza.

Ella se quedó congelada a unos metros de distancia, con los ojos muy abiertos y las manos temblorosas. Choque. Miedo.

Su mirada pasó del cuerpo sin vida en el suelo al arma en su mano y finalmente a su rostro.

Grigory exhaló bruscamente, sacudiéndose la adrenalina persistente, todavía arrodillado junto al cuerpo. Se metió el arma en el bolsillo de su abrigo y se limpió la sangre del labio. Su cuerpo permaneció encerrado en su lugar, tenso con el tipo de furia que sólo llegaba cuando alguien se atrevía a quitarle lo que le pertenecía.

“Nina—”

Ella avanzó hacia él, vacilante al principio, como si estuviera atrapada entre el miedo y el instinto. Sus ojos muy abiertos se dirigieron al hombre tirado en el pavimento, a la sangre que se acumulaba cerca de la acera agrietada, pero no retrocedió. En lugar de eso, se arrodilló junto a él, con la respiración entrecortada y los dedos temblorosos cuando alcanzaron su rostro.

Debería haberle dicho que se quedara atrás. Debería haberle recordado que este no era su mundo, que no tenía por qué arrodillarse junto a un hombre muerto con las manos sobre él como si pudiera calmar la violencia de su piel.

Pero él no la detuvo.

Sus dedos rozaron el corte sangrante en su labio, su toque fue ligero como una pluma, pero aun así envió una fuerte sacudida a través de él. No por dolor. De algo mucho más peligroso. Su pecho palpitaba mientras se obligaba a permanecer quieto, a dejar que ella lo tocara, a que ella hiciera lo que fuera necesario para darle sentido a lo que acababa de suceder.

Ella estaba llorando.

Lágrimas no ruidosas, no incontrolables, pero silenciosas se deslizaron por sus mejillas, reflejadas en el suave resplandor de las farolas. Y no fue sólo por el ataque, no fue sólo por el cuerpo que yacía inmóvil junto a ellos. Ella estaba llorando por su culpa. Porque estaba herido.

Algo se abrió dentro de él, algo que no sabía cómo nombrar. Había estado preparado para el horror en su mirada, para la repulsión ante la brutalidad que acababa de presenciar. Pero todo lo que vio fue preocupación.

Sus dedos se curvaron alrededor de su cintura antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Una inhalación brusca, un solo momento, y luego la atrajo hacia él, enterrando su rostro en su cabello, inhalando su aroma como si pudiera insuflarla en su torrente sanguíneo.

Ella no se resistió.

Sus manos se aplastaron contra su pecho, justo sobre su corazón acelerado, su calidez se hundió en su piel, calmando algo primitivo, algo violento que lo había estado arañando desde el momento en que vio a ese bastardo moverse hacia ella.

Mío.

Ella era suya.

Nadie, nadie, se la quitaría. Su agarre sobre ella se hizo más fuerte, sus dedos se clavaron en sus costados y ella dejó escapar un suspiro tembloroso, acercándose más en lugar de alejarse.

Y entonces la realidad volvió a caer.

Se puso de pie abruptamente, levantando a Nina con él, ignorando la forma en que su respiración se cortó ante el movimiento repentino. Su agarre se mantuvo firme mientras la llevaba de regreso al auto, empujando la puerta para abrirla y guiándola al interior.

"Conduce", ordenó en el momento en que se deslizó a su lado, su tono agudo, sin dejar lugar a la vacilación.

El conductor no lo cuestionó. El elegante auto negro avanzó, tragándolos en movimiento, dejando atrás el desastre ensangrentado para que alguien más lo limpiara.

Sólo entonces Grigory sacó su teléfono, agarrando todavía con fuerza el muslo de Nina como si necesitara el contacto para conectarlo a tierra. Marcó, acercándose el dispositivo a la oreja, su voz era fría, aguda, despiadada.

"Hay un ucraniano muerto afuera del edificio de Nina". Él la miró, y observó la forma en que estaba sentada rígida y silenciosa a su lado, con las manos entrelazadas en el regazo con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. “Manéjalo”.

Un latido de silencio. Luego, un brusco "Entendido". La línea se cortó.

Grigory exhaló lentamente, bajó el teléfono y apretó los dedos contra la pierna de Nina. Ella no había hablado desde que subieron al auto, no le había lanzado acusaciones ni exigencias.

Ella estaba mirando por la ventana, pero él podía ver la forma en que su garganta se movía, la forma en que su cuerpo temblaba lo suficiente como para que probablemente pensara que él no lo notaría.

Él lo hizo.

Tenía miedo.

No de él, no de lo que había hecho. Pero de lo que significaba.

Él se inclinó lentamente, lo suficientemente cerca como para que ella no tuviera más remedio que girar la cabeza hacia él, con los labios entreabiertos ligeramente y la respiración entrecortada.

Su voz era baja, oscura y llena de promesas.

"Nadie te volverá a tocar". Le pasó un nudillo por la mandíbula, su tacto era más suave de lo que tenía derecho a ser. "Lo juro."

Ella no respondió de inmediato.

Pero luego, finalmente, un pequeño asentimiento. Apenas hay, casi nada.

Y, sin embargo, significó todo.

# Capítulo 17

# Nina

El fuego crepitaba suavemente, una lenta e hipnótica danza de ámbar y oro proyectando sombras parpadeantes contra las paredes de paneles oscuros. El calor de las llamas onduló en el aire, llenando el espacio con una calidez acogedora y embriagadora que contrastaba con el fuerte y frío mordisco del vino en la copa de Nina. Habían pasado semanas desde el ataque frente a su casa, semanas desde que su mundo había cambiado bajo sus pies, pero de alguna manera, sentada frente a este fuego, se sentía casi como si siempre hubiera estado aquí. Ella hizo girar el líquido de color rojo oscuro distraídamente, observando la forma en que la luz se refractaba a través de él, sus dedos apretando alrededor del delicado tallo.

Frente a ella, Grigory se sentaba con facilidad, con un brazo apoyado en el respaldo de la silla y un vaso de whisky en equilibrio en la otra mano. Él no estaba hablando. Él no la estaba mirando con esa habitual sonrisa mordaz ni presionándola para obtener alguna respuesta destinada a poner a prueba sus límites. En cambio, se limitó a observar, en silencio e ilegible, mientras sus ojos oscuros reflejaban la luz del fuego.

Debería haberla inquietado. El silencio. La forma en que no estaba presionando, no estaba tratando de controlar el momento. No era propio de él dejar que las cosas se asentaran en algo que casi parecía... paz.

Y, sin embargo, esta noche, por razones que no podía ni empezar a nombrar, Nina no sintió la necesidad de llenar el espacio con ira o palabras afiladas. La habitual batalla de voluntades entre ellos se había convertido en algo más. No del todo cómodo, pero tampoco combativo.

Odiaba no odiarlo.

Tomando un lento sorbo de vino, dejó que el sabor permaneciera en su lengua, rico y aterciopelado, antes de tragarlo. El calor la recorrió, amortiguando la tensión de sus músculos, aflojando el peso de las últimas semanas. Debería haber estado agotada (física y mentalmente), pero en cambio, una tranquila conciencia zumbaba bajo su piel. Un tirón bajo y constante, como un hilo de algo ineludible, algo que ya no tenía fuerzas para negar.

Grigory no había dicho mucho desde que se sentaron, pero su presencia llenó la habitación, presionando contra ella como un desafío tácito, uno al que ella se había

acostumbrado demasiado. Siempre había dominado el espacio, exigido atención sin necesidad de decir una palabra. Pero esto fue diferente. La luz del fuego lo suavizó, el silencio le quitó algunos de los bordes, revelando algo debajo del barniz despiadado. No debilidad (no, eso nunca), sino algo más. Algo que no estaba segura de estar lista para nombrar.

Ella trazó el borde de su vaso con la yema del dedo y su mirada se dirigió hacia él. "Estás tranquilo esta noche", murmuró.

Los labios de Grigory se curvaron ligeramente, en la sombra de una sonrisa. “¿Prefieres que te ladre órdenes?”

Nina puso los ojos en blanco, pero la reacción se sintió más ligera de lo habitual. "Creo que prefiero saber lo que estás pensando".

Su mirada se oscureció, con un leve destello de diversión en sus profundidades. "Eso arruinaría la diversión, printsessa".

Ella dejó escapar una suave burla pero no discutió. En cambio, dejó que el silencio volviera a asentarse, que la arrastrara hacia atrás, no sólo a los últimos días, sino a las últimas semanas. La noche que llegó aquí, sacudida por el ataque. La forma en que todo había cambiado desde entonces.

Sus dedos apretaron el pie de su vaso.

La mañana que él la salvó, ella estaba aterrorizada. Del hombre que intentó matarla. De lo que había visto hacer a Grigory. De la sangre que manchaba el pavimento y de la rabia cruda y salvaje en sus ojos mientras la miraba después.

Pero cuando él la rodeó con sus brazos, protegiéndola, manteniéndola firme cuando su cuerpo temblaba... se sintió segura.

Y ella odiaba eso más que nada.

Odiaba que, al final, cuando él la empujó de nuevo al auto, ladró órdenes en su teléfono y gruñó: "No volverás allí", ella no discutió.

Porque ella sabía que él tenía razón.

Su mirada se dirigió hacia él ahora, observando la forma en que lentamente hacía rodar el vaso en su mano, el hielo moviéndose con el movimiento. Sus nudillos aún se estaban recuperando de esa pelea, los moretones desaparecieron pero aún estaban allí, oscuros recordatorios de lo que había hecho por ella. Había matado por ella, se había ensangrentado las manos para proteger lo que consideraba suyo.

Y ella no se había apartado.

Se había dicho a sí misma que debería hacerlo. Que ella lo haría. Que tan pronto como pudiera volver a pensar con claridad, exigiría su libertad, retrocedería y lucharía con más fuerza.

Pero ese momento nunca había llegado.

En lugar de eso, entró en su casa esa noche, vio su vida entera empaquetada en maletas esperando en el vestíbulo y se dio cuenta de que no se iría.

Al principio, la visión la había dejado aturdida. La invasión de su espacio, su privacidad... debería haberla enfurecido. Su apartamento había sido suyo, el único lugar donde todavía tenía control, todavía tenía sentido de sí misma. Y, sin embargo, había enviado a sus hombres allí, había revisado sus cosas, tocado todo lo que era íntimamente suyo y lo había empacado todo como si su vida fuera simplemente otra posesión que él podía reclamar.

Pero más tarde, mientras deshacía las maletas y revisaba sus pertenencias en la tranquilidad de su casa, su ira había dado paso a algo mucho más peligroso: la comprensión. No era sólo ropa y artículos esenciales lo que habían empacado. Sus libros favoritos estaban allí, cuidadosamente apilados en una de las maletas, las cubiertas desgastadas mostraban cuántas veces había pasado sus páginas. Sus fotografías enmarcadas, las que guardaba en su mesita de noche, estaban envueltas de forma segura en una tela suave, sin que las manos descuidadas las tocaran. Sus lociones, sus perfumes, los pequeños lujos que usaba para sentirse humana en un mundo que tantas veces intentaba despojarla, estaban todos allí, colocados con precisión, como si él hubiera ordenado a sus hombres que los manejaran con cuidado.

Ella se había parado en medio de su habitación, sus dedos recorriendo los aromas y

texturas familiares de su vida, y se había dado cuenta de que no se trataba sólo de control. Este no fue un movimiento de poder para recordarle que ella le pertenecía. Esto era algo completamente distinto. Comodidad. Seguridad. Una promesa silenciosa de que ella no sólo existía en su espacio: estaba destinada a estar aquí.

La había sacudido más de lo que quería admitir.

Comenzó la velada furiosa, pero se convirtió en alivio. Porque sabía, en el fondo, que no podía volver a dormir en ese apartamento, no después de lo sucedido. Y él también lo sabía.

Y ahora, dos semanas después, todavía no estaba segura de cómo sentirse al respecto.

Nina volvió a llevarse el vino a los labios, tomó otro sorbo lento y dejó que el peso de sus pensamientos se asentara en lo más profundo de su interior. Afuera, los canales estaban en silencio, la noche silenciosa más allá de las sombras parpadeantes del fuego. Se sentía íntimo, el tipo de tranquilidad que acompaña a los secretos guardados durante mucho tiempo y a las cosas no dichas.

Finalmente dejó su vaso y se reclinó ligeramente en su silla, estirando las piernas. “¿Siempre bebes whisky así frente al fuego?” reflexionó, con voz más ligera, como si intentara salir de las profundidades de sus pensamientos.

Grigory tarareó, inclinando ligeramente la cabeza. "No."

Ella frunció ligeramente el ceño, esperando que él le diera más detalles. Cuando él no lo hizo, ella suspiró. "Y sin embargo, aquí estás".

Su mirada nunca vaciló. "Aquí estoy."

Ella conocía esa mirada. Sabía que estaba esperando que ella siguiera presionando, para exigir algún tipo de respuesta. Pero por una vez ella no quiso. Porque ella ya sabía la verdad.

Él estaba aquí porque ella estaba aquí.

Porque algo había cambiado entre ellos.

Porque ya no sólo la mantenía cerca fuera de control; la mantenía cerca porque la quería aquí.

Esa verdad se instaló en su estómago, cálida y peligrosa, enroscándose en los bordes de algo que no estaba lista para nombrar.

Volvió a tomar su vino, necesitando otro sorbo para calmar la sensación que crecía en su pecho. Pero en el momento en que sus dedos se cerraron alrededor del tallo, la voz de Grigory rompió el silencio.

“¿Te arrepientes?”

Ella se quedó quieta, parpadeando y su corazón dio un vuelco. “¿Arrepentirse de qué?”

Él le sostuvo la mirada, su expresión era ilegible. “Quedarse”.

Se quedó sin aliento porque, por primera vez, no estaba segura de cómo responder. Hace dos semanas habría dicho que sí. Hace dos semanas, habría dicho que preferiría arder en el infierno que vivir bajo su techo, que dormir en su cama.

¿Pero ahora?

Ahora ella dudó.

Y ella supo que él lo había visto.

La sonrisa de Grigory fue lenta, consciente. "Odias no hacerlo", murmuró.

Sus dedos se curvaron contra su palma. “Asumes demasiado”.

Su mirada recorrió su rostro y ella lo vio entonces: la satisfacción. No regodeo, no

arrogancia, sino certeza. Porque él lo sabía. Sabía exactamente lo que estaba pasando dentro de ella.

Sabía que estaba ganando.

¿Y la peor parte?

Ella también.

Ella apartó la mirada primero, con el pulso acelerado y el estómago apretado. Pero no presionó. Se limitó a mirar, sorbiendo su whisky lentamente, dejando que la luz del fuego iluminara sus rasgos afilados y cincelados.

Tomó otro sorbo de vino, dejando que el rico y aterciopelado sabor le cubriera la lengua, mirando las llamas parpadeantes como si contuvieran respuestas que no podía captar del todo. El peso de todo se apoderó de ella: las últimas semanas, los cambios, la forma en que su vida se había desmoronado y remodelado hasta convertirse en algo que apenas reconocía.

Los días se fusionaron unos con otros, deslizándose en un ritmo que debería haber sido asfixiante, pero de alguna manera... no lo fue. Nina se había puesto manos a la obra, decidida a reclamar su lugar en DeWitt & Sons, y si había algo que había aprendido en las últimas semanas era que era buena en eso.

Se había criado en el mundo de las bellas artes y se había formado para comprender los matices de la curación, de la estrategia de subasta y del trato con clientes de alto perfil. Pero ahora, ella no era sólo la hija de Hugo DeWitt, siguiéndolo en segundo plano, de quien se esperaba que observara y aprendiera, pero nunca liderara realmente.

Ahora, ella estaba a cargo de todo: aprobar envíos, gestionar las relaciones con los clientes, supervisar el proceso de subasta y garantizar que los envíos ilícitos avanzaran sin problemas a través de su operación sin dejar rastro. Había asumido un papel que no esperaba asumir tan pronto y, a pesar de todo (a pesar de la forma en que se lo habían quitado a su padre y se lo habían puesto en sus manos), sintió algo que no esperaba.

Orgullo.

La comunidad artística había comenzado a darse cuenta. Ya no era sólo la hija de Hugo DeWitt. Coleccionistas y galeristas empezaban a verla como una nueva y formidable jugadora en la industria. Recibió invitaciones a eventos artísticos de alto nivel y recibió llamadas personales de clientes que alguna vez solo habían hablado con su padre. Manejó todo con una profesionalidad que la sorprendió incluso a ella misma.

Pero aún quedaba el otro lado del negocio: el lado en el que no le gustaba pensar a altas horas de la noche, cuando su mente se negaba a aquietarse. El lado Bratvá.

Se había dicho a sí misma que no se involucraría, que ella se encargaría de las operaciones legítimas y nada más, pero así no era como funcionaba este mundo. Si quería mantener a DeWitt & Sons en funcionamiento, tenía que asegurarse de que los envíos de Grigory fueran manejados tan bien como los legales.

Eso significaba que tenía que supervisar todo personalmente. Tenía que asegurarse de que el papeleo estuviera limpio y la logística fuera hermética. Tenía que asegurarse de que no hubiera errores, ni discrepancias, nada que pudiera hacer que las autoridades husmearan sus puertas.

Y ella lo odiaba.

Odiaba la facilidad con la que se había convertido en parte de su vida diaria. Odiaba que, a pesar de su resistencia, fuera buena en eso. Ella entendió la logística, la necesidad de mantener todo perfecto. Sabía cómo cubrir huellas, cómo asegurarse de que todo transcurriera sin problemas. Era un juego de detalle, de precisión, y ella siempre había destacado en esas cosas.

Se dijo a sí misma que era sólo supervivencia. Que ella estaba haciendo lo que tenía que hacer.

Pero a veces, cuando permanecía despierta por la noche en el dormitorio a oscuras de la casa del canal de Grigory, se preguntaba si se estaba mintiendo a sí misma.

Si hubiera cambiado más de lo que quería admitir.

Y luego estaba él.

Si pensaba que Grigory había sido posesivo antes, no era nada comparado con ahora. Su presencia era una sombra constante en su vida, una fuerza ineludible. Sus hombres estaban apostados por todas partes. Si salía de la casa de subastas, alguien la seguía. Si llegaba tarde a casa, su número aparecía en su teléfono antes de que pudiera procesar la hora. Al principio ella había intentado discutir, le había gritado que no era una prisionera, que no necesitaba un maldito destacamento de seguridad.

Él sólo la había mirado con esa expresión férrea e ilegible.

"¿Crees que me arriesgaré a perderte?" —había preguntado en voz baja, con un tono algo peligroso. "¿Que permitiré que otro hombre toque lo que es mío?"

la palabra *mío*  Un escalofrío le recorrió la espalda, tanto por la furia como por algo más oscuro, algo que no quería nombrar.

Había pasado días resentida por la forma en que sus hombres se quedaban fuera de la casa de subastas, la forma en que esperaban junto a las puertas cuando ella salía de las reuniones, la forma en que el propio Grigory había comenzado a aparecer con más frecuencia, merodeando por los pasillos de DeWitt & Sons como si siempre hubiera pertenecido allí.

Pero en algún momento del camino, su frustración empezó a disminuir y fue reemplazada por una comprensión inquietante.

No sólo estaba protegiendo su inversión.

Él la estaba protegiendo.

La idea la había sacudido. Había pasado semanas diciéndose a sí misma que él era un monstruo, que cada acción que él tomaba estaba calculada para controlarla, para poseerla. Y en muchos sentidos, eso seguía siendo cierto. Pero había algo más debajo, algo más profundo.

Porque no se trataba sólo de la forma en que ordenó a sus hombres que la siguieran, o de cómo exigió actualizaciones sobre su paradero. Estaba en la forma en que la acercaba cuando ella se movía en medio de la noche, en la forma en que pasaba una mano por su columna cuando pensaba que estaba dormida, en la forma en que la agarraba con más fuerza justo antes de dejarse llevar, como si incluso mientras dormía

se negara a dejarla ir.

No estaba segura de cuándo había cambiado. Cuando el sexo había pasado de algo brutal y posesivo a otra cosa. Todavía había noches en las que la tomaba con fuerza, en las que dejaba marcas a lo largo de su piel, en las que la presionaba contra el colchón y se aseguraba de que ella supiera exactamente a quién pertenecía. Pero luego hubo otras noches, noches en las que la besó como si fuera frágil, cuando sus manos recorrieron su cuerpo con reverencia en lugar de dominio, cuando después la atrajo hacia él, acunándola en sus brazos como si no pudiera soportar la idea de que ella se le escapara.

Ella debería odiarlo. Ella debería luchar contra ello.

Y, sin embargo, se encontró deseando ambos lados de él. El control despiadado y la ternura inesperada. El agarre doloroso y el ruso silencioso y susurrado contra su piel. El hombre que exigía sumisión y el hombre que la abrazaba después de haberla reclamado, como si el mismo acto de mantenerla cerca fuera lo único que lo ataba a este mundo.

Fue peligroso.

Porque por mucho que lo odiara, por mucho que quisiera convencerse de que esto no era más que supervivencia, había momentos (momentos breves y fugaces) en los que sentía que había estado esperando algo como esto toda su vida.

Y eso la aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

Había pasado mucho tiempo convenciéndose a sí misma de que lo había perdido todo. Su casa. Su legado. Su libertad. Pero ahora no estaba segura de si realmente había perdido o si simplemente se había visto obligada a ver la verdad: sobre sí misma, sobre lo que quería, sobre la vida que había estado tan desesperada por recuperar.

Entonces, una tarde, su padre la llamó.

Ella se quedó mirando la pantalla durante un largo momento antes de responder, y su pecho se apretó al ver su nombre.

"Me preguntaba cuándo te registrarías", había dicho con voz fría y mesurada.

"Niña." Su tono había sido ligero, casual, como si todo entre ellos no se hubiera hecho añicos semanas atrás. "Quería ver cómo te estabas adaptando. Sé que las cosas sucedieron rápidamente".

Su agarre sobre el teléfono se había intensificado. *¿Pasó rápidamente?* Como si él no hubiera destruido todo lo que ella había construido, como si no la hubiera arrojado a los brazos de la Bratva y se hubiera ido con los bolsillos llenos.

"Estoy bien", había dicho rotundamente.

Una pausa. "Bien. Pensé que tal vez podríamos reunirnos para almorzar algún día. Hablar. He oído que estás causando una gran impresión en la escena de la subasta".

Algo afilado se retorció en su pecho. *¿Hablar?* Como si mereciera su tiempo. Como si tuviera algún derecho a sentarse frente a ella y fingir que no la había abandonado para arreglar el desastre que había creado.

Se había obligado a respirar y a mantener la voz firme. "No me parece."

“Nina—”

"No." Su corazón latía con fuerza, pero no vaciló. “Ahora no puedes interpretar al padre preocupado. No puedes actuar como si nada de esto estuviera fuera de tu control. Tú me hiciste esto”.

Un largo silencio se extendió entre ellos. Luego, en voz baja: "Siempre fuiste una chica fuerte".

Las palabras deberían haber significado algo. Debería haber calmado alguna parte vieja y rota de ella. Pero no lo hicieron.

Porque él no la había hecho fuerte.

Ella lo había hecho sola.

Y con eso, había terminado la llamada, con las manos temblorosas, el estómago anudado y el pasado arañándola como una sombra de la que no podía escapar.

Pero en el momento en que regresó a la casa de subastas, en el momento en que se instaló en su oficina y comenzó a repasar los detalles para la siguiente subasta, algo dentro de ella se estabilizó.

Ya no era la hija que intentaba ganarse la aprobación de su padre. Ella era Nina DeWitt y ahora esto era asunto suyo. Quizás no era suya sobre el papel, pero lo administraba. La gente del mundo del arte la vio, la respetó y susurró sobre su creciente reputación. Grigory había asumido el control, pero ella había reclamado el control.

El pasado se desvaneció mientras ella parpadeaba, el recuerdo se desvaneció en el brillo dorado de la luz del fuego. El peso de todo (las semanas de caos, el control robado, los ajustes forzados) se instaló en algo más silencioso dentro de ella. Su copa de vino estaba medio llena en su mano, el líquido rojo intenso reflejaba las llamas parpadeantes. El calor del fuego la envolvió, filtrándose en su piel, y por primera vez en semanas, se sintió... tranquila.

Inhaló lentamente, dejando que el momento se prolongara, permitiéndose existir en él sin la constante corriente subyacente de la batalla. Pero cuando levantó la vista, encontró a Grigory mirándola, su mirada ilegible, sus dedos trazando círculos lentos y pensativos por el borde de su vaso de whisky. Él había estado observándola todo este tiempo, estudiándola como si ya supiera lo que pasaba por su mente.

La idea le provocó un lento escalofrío, pero no apartó la mirada.

No necesitaba preguntar por qué estaba así. Él ya se lo había dicho. Una vez había perdido a alguien, alguien a quien amaba. Y ahora se negó a perder de nuevo. Su necesidad de control no se trataba sólo de poder; se trataba de protección, de asegurarse de que nada se le escapara de las manos, de que nadie pudiera quitarle lo que era suyo. Y ella era suya.

Pero lo que no entendía (a lo que no podía encontrarle sentido) era por qué no luchó con más fuerza para escapar de ello. Vaya, incluso sabiendo lo que él era, sabiendo de lo que era capaz, todavía sentía algo peligroso enrollándose dentro de ella cada vez

que él la miraba así. Como si ella le perteneciera. Como si ya estuviera perdida.

Dejó su copa de vino y el delicado tintineo contra la mesa fue el único sonido entre ellos. Él todavía la estaba mirando, su mirada firme, oscura, evaluando. Esta noche había algo diferente en ello: no sólo posesión, no sólo diversión, sino algo más profundo, algo más tranquilo. Una especie de satisfacción que la inquietó, porque por primera vez no estaba segura de querer alejarse.

Su voz era más suave de lo que pretendía cuando finalmente habló. "Debería odiar esto".

Él inclinó ligeramente la cabeza, mirándola, el fuego arrojando una luz dorada sobre los bordes afilados de su rostro. “Y sin embargo…”

Exhaló lentamente, sacudiendo la cabeza, pero no lo negó.

Una sonrisa curvó sus labios, no la arrogante y burlona a la que estaba acostumbrada, sino algo más lento, más indulgente. Extendió la mano y recorrió el borde de su vaso de whisky con la yema del dedo. “Dime, printsessa… ¿qué es lo que crees que odias?”

Su pulso se aceleró. La pregunta hizo que un calor le subiera al estómago, porque no tenía una respuesta. O tal vez lo hizo, pero tenía demasiado miedo para decirlo.

En lugar de responder, volvió a tomar su vino, tomó un sorbo lento y se obligó a apartar su mirada. Pero ella todavía podía sentirlo. Siéntelo. El peso de su presencia presionándola, sofocante, embriagadora.

La guerra entre ellos no había terminado.

Pero esta noche no hubo batalla.

Dejó que el silencio se asentara, dejó que el calor del fuego se filtrara en su piel, se sentó allí, sabiendo que debía correr, sabiendo que no lo haría.

Esta noche no.

# Capítulo 18

# Nina

La casa de subastas estaba llena de movimiento, un caos cuidadosamente orquestado de detalles de último momento y ejecución perfectamente sincronizada. El gran salón vibraba de tensión y anticipación, cien partes móviles se unían en una danza perfecta de precisión. Los camareros con impecables camisas blancas flotaban por el espacio, balanceando bandejas de delicados entremeses y copas de champán, mientras el suave murmullo de la conversación subía y bajaba en elegantes ondas, mezclándose con el sonido distante de la música clásica.

Nina se movía a través de todo ello como una fuerza de la naturaleza, su presencia mandaba sin necesidad de exigir. Esta era su noche. Su evento. Todo por lo que había trabajado la había llevado a este momento, y se negaba a dejar que nada se escapara.

"Señorita DeWitt", uno de los gerentes de catering corrió hacia ella, portapapeles en mano y el ceño fruncido por la preocupación. "Nos faltan dos botellas de Dom Pérignon para la sala VIP y el envío de caviar se retrasó..."

"Entonces sustitúyelo por Krug y aumenta la ración de canapés de foie gras. Nadie se dará cuenta", dijo suavemente, sin siquiera dudar mientras seguía caminando.

"Sí, señora", dijo el hombre asintiendo aliviado, girando sobre sus talones para seguir sus instrucciones.

Apenas tuvo tiempo de procesar la satisfacción que le producía ver cómo se disolvían los problemas antes de que otro miembro del personal apareciera frente a ella, esta vez su asistente, Mara, luciendo frenética.

"El subastador está de mal humor", susurró Mara mientras caminaba junto a Nina, su voz mezclada con exasperación. "Se queja de la iluminación de la galería, dice que proyecta sombras extrañas sobre las piezas y..."

"Yo me encargo", interrumpió Nina, girando ya hacia el escenario principal donde el subastador, un hombre enjuto de unos cincuenta años con talento para el dramatismo, hacía gestos salvajes hacia una de las lámparas.

Dejó escapar un lento suspiro y se armó de valor mientras se acercaba.

"Jonathan", saludó suavemente, ofreciendo la sonrisa practicada que reservaba para los artistas nerviosos y los coleccionistas excéntricos. "¿Hay algún problema?"

"El problema, querida", dijo Jonathan, resoplando dramáticamente mientras señalaba el foco sobre él, "es que esta iluminación hace que nuestro Renoir parezca pintado en un callejón con poca luz".

Miró el suave brillo dorado que caía en cascada sobre la pintura en cuestión. Parecía perfecto. Pero conocía a Jonathan lo suficientemente bien como para comprender que discutir sólo echaría más leña al fuego.

"Haré que ajusten la iluminación inmediatamente", dijo en su lugar, señalando con la cabeza a uno de los técnicos del escenario. "Una ligera inclinación hacia la derecha debería reducir el efecto de sombra, ¿no?"

Jonathan la estudió, resopló de nuevo y luego asintió brevemente. "Bien. Pero si me veo descolorido bajo estas luces, espero que tú también lo arregles".

"Por supuesto", dijo sin perder el ritmo, antes de darse la vuelta.

Apenas dio tres pasos cuando una nueva voz atravesó el murmullo de la multitud reunida.

"Nina, los compradores saudíes acaban de llegar y quieren un recorrido privado antes de que comience la puja", susurró Mara con urgencia.

Cerró los ojos por un breve momento antes de volver a adoptar su expresión con una facilidad practicada. "Llévalos al salón azul y haz que Daniel les dé un adelanto de las mejores piezas".

Mara asintió y se apresuró a salir, y Nina exhaló lentamente, dejándose absorber el espacio a su alrededor.

A pesar del caos, a pesar de las interminables exigencias, ella estaba prosperando.

Esto era lo que ella debía hacer.

Y por primera vez en semanas, sintió que estaba exactamente donde pertenecía.

Caminó hacia el piso principal de la casa de subastas, contemplando la pura elegancia de todo. La grandeza de DeWitt & Sons nunca había sido más evidente: sus pisos de mármol pulidos hasta brillar como un espejo, los imponentes candelabros de cristal proyectando una luz suave y difusa sobre la élite mezclada. El aire olía a perfume caro, a cuero envejecido y a un leve rastro de humo de cigarro procedente del salón del balcón.

Coleccionistas, diplomáticos, hombres de negocios: esta noche todos estaban aquí para su subasta.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios mientras la energía de la noche se apoderaba de ella.

Este fue su evento. Y fue perfecto.

Y entonces lo sintió: ese pinchazo de conciencia que le decía que estaba siendo observada.

Ella giró ligeramente la cabeza y su pulso se aceleró incluso antes de que su mirada se fijara en él.

Gregory.

Estaba de pie cerca del borde de la pista, con un vaso de whisky en la mano, hablando en voz baja y cortante en ruso con un hombre que Nina reconoció vagamente como uno de los oligarcas influyentes de Moscú.

Pero su atención no estaba en su conversación. Fue sobre ella.

Podía sentir su mirada siguiendo cada movimiento, un peso silencioso y posesivo presionando contra su piel.

Su estómago se apretó.

Parecía poderoso sin esfuerzo con su traje negro medianoche, las líneas nítidas confeccionadas a la perfección, su presencia oscura e imponente en un mar de lujo. El aire a su alrededor parecía más pesado, cargado de algo más profundo que la mera autoridad.

Esta noche estaba interpretando el papel del propietario de Dewitt & Sons: indulgente, refinado, el mecenas del arte sofisticado que necesitaba para estar en un lugar como este. Pero ella lo sabía mejor.

Bajo el cuidadoso control, él seguía siendo el mismo hombre que la había reclamado en la oscuridad, el mismo hombre que había susurrado contra su piel, que había derramado sangre sin dudarlo para proteger lo que era suyo.

Y odiaba que una parte de ella ansiara esa intensidad.

Tragando, desvió la mirada, obligándose a concentrarse en el evento que tenía entre manos.

La subasta estaba por comenzar.

Se deslizó entre la multitud y se dirigió hacia el escenario elevado mientras el subastador se aclaraba la garganta y golpeaba ligeramente el micrófono para llamar la atención. Los murmullos de la conversación se calmaron y Nina dio un paso atrás para asimilarlo todo: la culminación de semanas de planificación, de noches de insomnio y de una curación meticulosa.

La primera pieza, una sorprendente pintura flamenca del siglo XVIII, fue presentada en el escenario y el foco la bañó con un cálido resplandor.

La subasta comenzó casi de inmediato.

Observó cómo las paletas se elevaban, cómo los números subían, cómo la energía en la habitación se transformaba en algo eléctrico.

Ella había hecho esto.

Una profunda sensación de satisfacción se acurrucó en su pecho.

Puede que Grigory fuera dueño de DeWitt & Sons ahora, pero esta noche, este momento le pertenecía a ella.

Y por primera vez desde que todo cambió, realmente sintió que tenía el control.

La noche continuó a un ritmo vertiginoso, un torbellino de paletas levantadas, ofertas murmuradas y ocasionales estallidos de aplausos cuando una pieza particularmente buscada encontraba su mejor postor. Nina apenas tuvo un momento para recuperar el aliento, moviéndose entre su personal, asegurándose de que el siguiente artículo estuviera listo, comunicándose con Mara y respondiendo a las inquietudes susurradas por el equipo de catering. Se sentía agotada, pero prosperaba en ese caos controlado, esta exigencia de precisión.

Estaba observando al subastador trabajar con la multitud, alentando sutilmente una guerra de ofertas por una pintura de paisaje holandés original del siglo XVII, cuando un camarero se acercó a ella y se inclinó para hablar sobre el silencioso murmullo de la sala.

Su atención parpadeó sólo por un momento, su atención aún permanecía en la escena que tenía ante ella: el mar de remos levantados, los murmullos del dinero antiguo decidiendo hasta dónde estaban dispuestos a llegar, el ritmo lento y mesurado del subastador arrastrándolos más profundamente en la competencia. Y entonces, más allá de todo eso, su mirada se posó en Grigory.

Estaba sentado con un grupo de compradores influyentes, su traje inmaculado y su postura relajada pero autoritaria. Incluso desde el otro lado de la habitación, exudaba poder, hablando con una autoridad silenciosa que hacía que los hombres se inclinaran para escuchar. Éste era su elemento. Desempeñó el papel de un refinado hombre de negocios con la misma facilidad con la que interpretó al despiadado señor del crimen. Podía cambiar entre los dos con aterradora facilidad, y esta noche había elegido bien su máscara: nítida, encantadora, ilegible.

Pero entonces, como si pudiera sentir que ella lo estaba mirando, sus ojos se apartaron de la conversación y se fijaron en los de ella en un instante.

El calor de su mirada era innegable. Lamió su piel, encendiendo algo profundo en su núcleo, un recordatorio silencioso de que él estaba allí. Siempre mirando. Siempre en control.

Contuvo el aliento durante medio segundo antes de obligarse a mirar hacia otro lado, con el pulso inestable. Y entonces un camarero se aclaró la garganta a su lado, desviando finalmente su atención del hombre que había atrapado cada parte de su vida.

"Señorita DeWitt", murmuró, su tono era cortés y deferente. "Alguien pregunta por ti en el muelle de carga".

Nina frunció el ceño y lo miró por el rabillo del ojo. Las entregas no programadas no eran infrecuentes en eventos como este: a veces una pieza que llegaba tarde, un envío urgente de último momento o incluso una solicitud especial de uno de sus compradores VIP que necesitaba que algo se manejara discretamente.

Aun así, fue un inconveniente. No tenía tiempo para partos no programados, no esta noche. Pero ignorarlo tampoco era una opción.

"¿Quién es?" preguntó, alisando ya la parte delantera de su vestido, ajustando la delicada tela.

El camarero se encogió levemente de hombros. "No lo dije. Solo pregunté por ti específicamente. Algo sobre una entrega".

Exhaló por la nariz y miró hacia el escenario. La subasta se desarrolló sin problemas, el subastador estaba en su elemento y su personal tenía todo bajo control. Podía permitirse el lujo de alejarse cinco minutos.

"Bien", dijo, moviéndose ya hacia atrás. "Yo me encargaré de ello."

El muelle de carga estaba detrás del edificio, un espacio práctico y funcional que carecía de la grandeza de la sala de subastas principal. Mientras avanzaba por los pasillos traseros, los sonidos apagados de la subasta se desvanecieron y la cálida iluminación dio paso a tenues fluorescentes industriales. Se movía rápidamente, sus tacones resonaban contra el suelo pulido, su mente todavía medio enfocada en el

evento que había dejado atrás.

Una entrega. Probablemente sólo era otro detalle que tendría que manejar antes de regresar al caos controlado en su interior.

Abrió la pesada puerta trasera y salió.

El ruido de la ciudad era apagado aquí, zumbidos distantes de autos que pasaban y el ocasional murmullo de voces provenientes de una calle cercana. El aire era fresco contra su piel, un marcado contraste con la calidez de la casa de subastas.

El muelle de carga estaba vacío.

Sus pasos se desaceleraron ligeramente mientras miraba a su alrededor, formándose una pequeña arruga entre sus cejas. Sin camiones de reparto. Sin cajas. Ningún mensajero con portapapeles.

La puerta se cerró detrás de ella.

Apenas tuvo tiempo de procesar la inquietud que se le apretaba en el estómago antes de que algo la golpeara por detrás.

Una mano le tapó la boca, cortando el grito de sorpresa que apenas tuvo tiempo de formarse. Su cuerpo fue empujado con fuerza contra la pared de ladrillos, áspero e inflexible contra su mejilla. El pánico estalló en su pecho, agudo y repentino.

"Silencio", gruñó una voz en su oído, con un fuerte acento ucraniano.

Ella se retorció inmediatamente, sus instintos entraron en acción, sus uñas arañaron la mano que cubría su boca, sus talones rasparon contra el pavimento mientras se retorcía contra el agarre de hierro que la inmovilizaba en su lugar.

"Maldito movimiento, y te romperé el brazo", espetó otra voz detrás de ella, más profunda, más fría.

Un segundo par de manos la agarraron, dedos fuertes le sujetaron los brazos y tiraron

de ellos detrás de ella. El dolor recorrió sus hombros mientras luchaba, retorciéndose, pateando, cualquier cosa para liberarse, pero eran más fuertes.

Su estómago dio un vuelco con una repugnante oleada de temor.

Esto no fue un robo.

Esto no fue un error.

Sabían exactamente quién era ella.

Dejó escapar un grito ahogado contra la mano que le aplastaba la boca, su cuerpo se retorció violentamente, pero el hombre que la sostenía solo gruñó con irritación antes de clavarle el puño en las costillas. El dolor era cegador, candente y cortante.

Ella jadeó contra la palma sofocante que cubría su boca, el aire arrancado de sus pulmones en una ola aguda y abrasadora. Sus piernas se doblaron, su cuerpo la traicionó mientras la agonía irradiaba hacia afuera, mareándola.

"Cállate, perra, o se pondrá peor", escupió el hombre que la agarraba de los brazos, con su aliento caliente contra la nuca.

Su cabeza daba vueltas, un zumbido en sus oídos amortiguaba los sonidos de la ciudad distante más allá del callejón. La estaban arrastrando hacia atrás, sus talones se engancharon en el pavimento, su cuerpo medio fláccido por el golpe pero todavía luchando, todavía retorciéndose.

"Joder, mantenla quieta", gruñó el primer hombre.

Un puño se enredó en su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás con tanta fuerza que las estrellas estallaron detrás de sus párpados.

Un agudo suspiro de dolor escapó de sus labios antes de que pudiera detenerlo.

"Así está mejor", murmuró uno de ellos.

Podía oír el sonido lejano de neumáticos chirriando contra el pavimento, la puerta trasera de una furgoneta abriéndose.

No. No, no, no.

El pulso le latía con fuerza en los oídos y el pánico le arañaba la garganta.

Lo intentó de nuevo, un último intento desesperado por liberarse, pero una bofetada dura y brutal atravesó su mejilla, enviando una nueva ola de dolor a través de su cráneo.

Su visión se nubló.

Una mano áspera agarró su mandíbula, obligándola a mirar al hombre frente a ella: un rostro agudo y cruel, sus ojos oscuros brillaban con algo repugnantemente divertido.

"Chica inteligente", murmuró, apretando dolorosamente su piel. "Ahora, compórtate".

Lo último que vio antes de que las puertas de la camioneta se cerraran de golpe fue el resplandor distante de la casa de subastas, el mundo que había construido, la noche por la que había luchado, desapareciendo cuando la oscuridad se la tragó por completo.

La furgoneta atravesó las calles de Ámsterdam, la ciudad era una mancha de luces de neón y pavimento resbaladizo bañado por la lluvia fuera de los cristales tintados. El zumbido del motor y los sonidos ahogados de la vida más allá del vehículo no hicieron nada para calmar el terror que golpeaba en el pecho de Nina. Estaba sentada entre dos hombres, su agarre implacable, sus anchos cuerpos atrapándola en su lugar. Cada vez que ella se movía, incluso el más mínimo movimiento, el hombre a su derecha apretaba su muñeca, sus dedos como un tornillo de banco, magullados e inflexibles. El hombre a su izquierda olía a humo rancio y a sudor, su respiración era lenta, mesurada, despreocupada.

Su pulso retumbaba contra sus costillas, su mente daba vueltas mientras intentaba armar un plan. El pánico inicial de ser arrastrado fuera del callejón se había atenuado hasta convertirse en algo más agudo: miedo mezclado con ira fría y ardiente. Ella había luchado, había luchado contra su control, pero eso sólo los había hecho más malos. Todavía podía sentir el fantasma de los dedos en su cabello, tirando de su cabeza

hacia atrás, el escozor de los nudillos conectándose con sus costillas, quitándole el aliento de los pulmones.

Apretó los puños en su regazo y se clavó las uñas en las palmas, tratando de estabilizarse.

Gregory vendrá por mí.

La idea era tan peligrosa como tranquilizadora. Debería odiarlo por arrastrarla a este mundo, por hacerla parte de su guerra. Pero en ese momento, mientras el miedo se apoderaba de los límites de su control, él era la única persona que sabía que podía salvarla.

La furgoneta se detuvo y las puertas se abrieron. Unas manos la agarraron de los brazos antes de que pudiera reaccionar y la sacaron del asiento trasero con brusca eficiencia. Sus talones rasparon el suelo irregular mientras avanzaba a trompicones, el aire frío de la noche mordía su piel expuesta.

El olor a agua y madera húmeda del canal llenó su nariz.

Su estómago se retorció cuando levantó la cabeza, observando su entorno. La calle residencial estaba tranquila, inquietantemente silenciosa, los únicos sonidos eran las ocasionales ondas del agua contra las casas flotantes que bordeaban el canal y el distante zumbido de la ciudad más allá. Delante de ella, amarrada en el lugar como las demás, había una casa flotante; no una de las encantadoras embarcaciones rodeadas de jardineras que los turistas admiraban, sino algo más grandioso, más oscuro. Era elegante y moderno, su exterior impecable, sus ventanas brillando con una luz cálida y acogedora que parecía repugnantemente engañosa.

Nadie estaba mirando. Nadie la ayudaría.

Los hombres la flanquearon mientras la arrastraban hacia adelante, sus pies apenas mantenían el ritmo. Consideró pelear de nuevo, pero ¿de qué le serviría? No tenía ningún arma, ninguna ventaja, y ahora mismo necesitaba salvar sus fuerzas.

El barco se balanceó ligeramente cuando subieron a cubierta y el leve crujido de la madera bajo sus pies le provocó un escalofrío en la espalda. Uno de los hombres golpeó dos veces la puerta y, al cabo de un segundo, ésta se abrió.

En el interior, el aire estaba denso por el humo del cigarro, el aroma se adhería a la madera oscura pulida, los costosos muebles de cuero y las finas alfombras extendidas por el suelo. Era elegante, opulento... inquietantemente prístino.

Y en el centro de todo, de pie con el aplomo casual de un hombre que posee todo lo que está a su vista, estaba un hombre mayor.

Llevaba un traje hecho a medida, de tela oscura y suave, perfectamente planchado. Su cabello plateado estaba cuidadosamente peinado hacia atrás, ni un mechón fuera de lugar. Unos ojos agudos e inteligentes se encontraron con los de ella, recorriéndola como si fuera algo que él estuviera valorando, algo de lo que estuviera decidiendo su valor.

La respiración de Nina se entrecortó, cada instinto le gritaba que este hombre, quienquiera que fuera, era el que estaba a cargo.

No habló de inmediato. En cambio, la estudió, sus labios se curvaron ligeramente, el tipo de sonrisa que no pretendía tranquilizarla sino inquietarla. Dio una lenta calada a su cigarro, las brasas brillaron antes de que exhalara, el humo se rizaba perezosamente a su alrededor.

"Entonces", murmuró finalmente, su acento era fuerte pero su inglés suave y deliberado. "Tú eres la mujer que ha estado ayudando a Volkov a causarme problemas".

Su voz le provocó un escalofrío por la espalda, no como lo hizo la de Grigory, no con calor y posesión, sino con algo más frío. Algo que prometía crueldad.

Ella levantó la barbilla, negándose a encogerse bajo su mirada. "No sé de qué estás hablando".

El hombre se rió entre dientes y se acercó.

"Debo admitir que esperaba a alguien... diferente". Sus ojos la recorrieron, lentos, deliberados, como si fuera algo delicado, algo frágil. “Eres muy joven. Puedo entender por qué Volkov te adquirió.

Las palabras hicieron que se le revolviera el estómago. No tomado. No reclamado. Adquirido. Como si fuera un objeto, un artefacto raro, una mercancía que poseer.

Extendió la mano y pasó un dedo por su brazo desnudo, recorriendo su piel como si estuviera probando la calidad de algo antes de comprarlo. Nina se apartó bruscamente y la repulsión la atravesó como hielo.

"Me ayudarás a conseguir lo que quiero de Volkov", dijo suavemente, como si fuera una conclusión inevitable.

Ella encontró su mirada con fuego. "No te ayudaré".

El dorso de su mano golpeó su mejilla con tanta fuerza que ella se tambaleó.

El dolor explotó en su rostro, candente, abrasador. Su visión se volvió borrosa durante medio segundo y el sabor del cobre llenó su boca. Apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que una mano áspera se cerrara alrededor de su mandíbula, obligándola a mirar hacia arriba.

El rostro del hombre mayor permaneció impasible, completamente indiferente a la violencia que acababa de infligir.

Sus dedos se apretaron, sus uñas presionaron su piel. "Entonces te enviaré de regreso a Volkov pieza por pieza hasta que cambies de opinión".

El terror lamió su columna vertebral, hundiendo sus garras profundamente.

Por primera vez, un miedo verdadero y paralizante se apoderó de ella.

Este no era un matón de bajo nivel. Esta no fue una amenaza de borracho en un callejón.

Este era un hombre que tenía poder. Un hombre que cumpliría sus promesas.

Su aliento se quedó sin aliento, su piel se erizó con la sensación de su toque, la silenciosa amenaza en su voz.

Quería gritar, pelear, agitarse, pero sabía que no importaría. Aquí no. Ahora no.

Así que, en lugar de eso, apretó los puños a los costados, obligándose a mirarlo a los ojos, a aferrarse a cualquier desafío que le quedara.

Gregory vendrá por mí.

Rezó para tener razón.

# Capítulo 19

# Grigori

Grigory estaba sentado en el corazón de la gran sala de subastas, rodeado de riqueza, poder y hombres que se habían pasado la vida acumulando ambos. El aire estaba cargado de refinamiento: murmullos bajos de conversaciones, el sutil tintineo de vasos, el peso del dinero intercambiando manos. Era un mundo que había dominado hacía mucho tiempo, un mundo donde el control lo significaba todo. Y esta noche, DeWitt & Sons fue el escenario en el que se desarrolló ese control.

Tenía que admitirlo: Nina lo había hecho bien.

La subasta había transcurrido sin contratiempos. Sin pasos en falso, sin errores, sin dudas. Perfección. No esperaba menos de ella, pero aun así, estaba… impresionado. Había tomado el caos de la velada (los constantes incendios que apagar, los arreglos de último momento, los frágiles egos de sus clientes más importantes) y lo había manejado con precisión. Había navegado entre la élite del mundo del arte con una confianza que contradecía su juventud, su mente aguda y su compostura firme aseguraban que cada coleccionista de alto patrimonio en la sala se sintiera atendido, respetado y, lo más importante, con ganas de gastar.

Grigory la observó desde su lugar en la sección VIP del salón, bebiendo perezosamente su whisky mientras su mirada seguía sus movimientos. Ella era una visión esta noche. Vestida de negro elegante, con el cabello recogido hacia atrás y sus labios rojos formando sonrisas educadas y serenas mientras hablaba con uno de los clientes más valiosos de la galería. No había vacilación en ella, ni miradas inseguras buscando aprobación. Había asumido este papel como si hubiera nacido para ello.

Y eso le hizo algo.

Orgullo. La palabra se instaló profundamente en su pecho, inesperada pero innegable. No sólo posesividad (aunque eso también estaba ahí), sino orgullo por ella. En el momento en que la vio en el museo supo que era rara, un tesoro que pocos podían reconocer, y mucho menos manejar. Y aquí estaba ella, brillando. No sólo sobrevivir en su mundo, sino dominarlo.

Ella dominó la velada con una gracia tranquila, su presencia entretejida en cada detalle de la subasta, cada conversación, cada momento cuidadosamente seleccionado. Había soportado el caos, la presión y las expectativas de dirigir un imperio construido sobre el

arte y el poder, y había prosperado.

Y él había tenido razón acerca de ella.

Su mirada se oscureció mientras se reclinaba en su silla, golpeando con los dedos el pesado cristal que sostenía. Ella es mía. El pensamiento se instaló en su pecho, sólido e irrefutable. Y esta noche, cuando esto terminara, él le recordaría ese hecho.

Dejó que su mente divagara cuando la voz del subastador resonó en la sala, llamando a pujar por una pintura de paisaje holandesa original del siglo XVII. La imaginó debajo de él, su suave piel marcada por sus manos, su boca abierta en jadeos de placer mientras él la tomaba exactamente como quería. Su anticipación se agudizó, curvándose por sus venas como calor, haciendo que su sangre zumbara de impaciencia.

Pronto.

Su atención volvió a ella, pero ella ya no estaba.

El cambio en el aire fue sutil al principio. Un destello de inquietud se dibujó en los bordes de su mente. Su mirada recorrió el salón, examinando a los invitados elegantemente vestidos, los camareros moviéndose entre ellos con bandejas de champán, el subastador al frente ordenando otra venta. Pero no, Nina.

Su ceño se arrugó ligeramente. ¿Adónde fuiste, printsessa?

Dejó que sus ojos se dirigieran hacia los bordes de la habitación, esperando encontrarla enfrascada en una conversación con un coleccionista, tal vez lidiando con algún asunto de último momento que requería su atención. Ella siempre estaba en movimiento, siempre trabajando, siempre asegurándose de que todo funcionara sin problemas. Pero ella no estaba allí.

La mandíbula de Grigory se tensó mientras dejaba su vaso con silenciosa precisión. Su compañía apenas se dio cuenta mientras él empujaba su silla hacia atrás y se alisaba la chaqueta, ofreciendo sólo una excusa murmurada antes de alejarse de la mesa.

Ella estaba manejando algo. Eso fue todo. Ella estaba bien.

Excepto… esa sensación punzante en sus entrañas decía lo contrario.

Se movía entre la multitud con calculada facilidad, sus agudos ojos explorando cada rostro familiar, cada rincón de la amplia sala de subastas. El personal seguía en movimiento y el evento seguía funcionando como un reloj. ¿Pero dónde estaba ella?

La mirada de Grigory se posó en su asistente, una mujer joven que se encontraba cerca de la mesa de facturación. Se acercó rápidamente, en voz baja pero exigente. “¿Dónde está Nina?”

La mujer parpadeó, claramente sorprendida por la franqueza de la pregunta. "Oh... uh, ella salió hace un rato".

“¿Saliste a dónde?”

Su ceño se frunció mientras dudaba. “Yo—creo que ella estaba manejando algo con una entrega. Ella se dirigió hacia atrás”.

La columna de Grigory se puso rígida.

La espalda.

Giró sobre sus talones y sus largas zancadas lo llevaron por los pasillos que conducían al muelle de carga trasero. Su pulso se había acelerado, aunque se negaba a reconocer por qué. Esto no fue pánico. No lo fue.

Pero esa inquietud silenciosa y latente se estaba agudizando hasta convertirse en algo más frío.

Mientras avanzaba por el pasillo, su aguda mirada recorrió al personal que pasaba, sus movimientos rápidos y decididos mientras se apresuraban a gestionar el evento de alto perfil. Vio a un joven ajustándose el puño de su uniforme, con una insignia de catering sujeta a su chaleco. Sin perder el paso, Grigory extendió la mano y lo agarró de la manga, deteniéndolo a medio paso.

"¿Has visto a Nina?" Su voz era baja, controlada, pero acompañada de una advertencia

tácita que exigía una respuesta inmediata.

El trabajador parpadeó, claramente sorprendido. “Eh... sí. La vi hace un rato”.

El apretón de Grigory se hizo más fuerte. "¿Dónde?"

El hombre tragó y miró hacia la entrada trasera. “Ella fue por ese camino. Hacia el muelle de carga. Creo que alguien la necesitaba afuera”.

Grigory no esperó más. Soltó al hombre y caminó hacia la salida, la certeza helada en sus entrañas solidificándose en algo más oscuro.

Alguien la necesitaba afuera.

Ya se estaba moviendo antes de que las palabras se hubieran registrado por completo, sus instintos actuaron más rápido que el pensamiento consciente. Las pesadas puertas que conducían al callejón trasero estaban ligeramente entreabiertas, moviéndose lo suficiente con la brisa nocturna para revelar una franja de oscuridad más allá. El marcado contraste entre la opulenta y brillantemente iluminada casa de subastas y la inquietante quietud del exterior provocó una oleada fría en sus venas. Algo andaba mal.

Salió y las suelas de sus zapatos tocaron el pavimento irregular con precisión deliberada y controlada. El callejón se extendía ante él, vacío. Silencioso.

Nada más que el distante zumbido de la ciudad, el ocasional murmullo del agua del canal contra la piedra. El débil resplandor de las farolas parpadeaba más allá de los edificios, proyectando largas sombras contra las paredes húmedas. Pero no había señales de ella. Ningún movimiento. Ninguna presencia persistente. El aire mismo se sentía apagado: demasiado quieto, demasiado expectante, como si contuviera el eco de algo violento que ya había pasado.

Sus dedos se movieron hacia su chaqueta, sacando su teléfono con un movimiento suave. Giró en un círculo lento y mesurado, su aguda mirada explorando cada centímetro del callejón mientras presionaba el dial.

Una vez.

Dos veces.

Correo de voz.

Su mandíbula se flexionó mientras apretaba con más fuerza el teléfono, el dispositivo de repente se sintió demasiado pequeño, demasiado inútil en su palma. Presionó el botón de llamada nuevamente, esta vez acercando el teléfono a su oreja, como si deseara que la línea se conectara.

Nada.

Su respiración se mantuvo constante, lenta, controlada, pero en su interior algo oscuro y furioso se enroscaba, apretándose como un torno alrededor de su caja torácica. Un sentimiento que no se había permitido experimentar en años comenzó a salir a la superficie, irregular y no deseado.

Nina no estaba aquí.

Ella no respondía.

Y por primera vez en mucho, mucho tiempo, el pánico se apoderó de él.

La fuerte vibración de su teléfono rompió el silencio sofocante del callejón. Grigory apenas miró la pantalla (el número bloqueado) antes de responder. Su voz era cortante, controlada, pero con un filo que podía cortar vidrio. “Volkov”

Por un momento, no hubo nada. Sólo silencio.

Entonces la escuchó.

Un suspiro tembloroso. El más mínimo temblor en su voz. “Grigorio…”

Su estómago se convirtió en piedra.

"Niña." Su nombre sonó más bajo, más áspero, lleno de algo letal y apenas contenido. “¿Estás herido?”

El silencio se prolongó de nuevo, lo suficiente como para hacer que su pulso latiera como tambores de guerra en su pecho. Luego, un sonido que casi lo hizo caer de rodillas.

Un suspiro breve y entrecortado.

Ni un sollozo. No exactamente. Pero lo suficientemente cerca.

Sujetó con más fuerza el teléfono y le dolían los dedos por la presión. Un músculo hizo tictac en su mandíbula. Inhaló por la nariz, lento y controlado, luchando contra el impulso de tirar algo, de romper algo, de empezar a cazar a los bastardos que se atrevían a quitarle lo que era suyo.

"Nina", dijo de nuevo, su voz ahora suave, engañosamente gentil, aunque con algo mucho más letal en el fondo. “¿Quién te llevó?”

Antes de que pudiera responder, otra voz se coló en la línea. Masculino. Liso. Revisado. Mezclado con silenciosa arrogancia.

“Grigory Volkov”, saludó el hombre, en un tono casi divertido. "Creo que sabes quién soy".

El nombre era veneno en sus venas. Apretó la mandíbula, conteniendo apenas el gruñido que amenazaba con salir de su garganta.

Dmytro Sokolov.

El jefe del sindicato Sokolov. Un hombre que no había sido más que una molestia... hasta ahora.

“Tomaste lo que es mío”, dijo Grigory, con voz mortalmente tranquila, el tipo de calma que precedía a la carnicería.

Una suave risa se filtró a través de la línea. “Sí, y ella es toda una belleza. Ardiente también. Aunque tuvimos que enseñarle algunos modales”.

Grigory se puso rojo.

El callejón se volvió borroso. Su sangre rugió, hirviendo bajo su piel, quemando sus venas. Su otra mano se cerró en un puño apretado a su costado, sus nudillos estaban blancos por la fuerza. La idea de que alguien pusiera sus manos sobre Nina (su Nina) hizo que algo dentro de él se rompiera, agudo y violento.

“Tú la tocaste”. El gruñido retumbó en su garganta, su voz se sumergió en algo oscuro e implacable. "Debes tener un deseo de morir".

Dmytro permaneció imperturbable. “Es simple, Volkov. Has estado interfiriendo en mis asuntos. Me gustaría tener una conversación sobre los límites”.

Grigory exhaló lenta y deliberadamente. "No se negocia conmigo tomando lo que es mío".

Una risa oscura. "Tal vez no, pero pensé que esto llamaría tu atención". Una pausa. “Ven a reunirte conmigo. Discutamos cómo ambos podemos conseguir lo que queremos”.

Todo el cuerpo de Grigory se enroscó como un depredador listo para atacar. “¿Y si me niego a negociar?” Su voz era ahora tranquila, letal.

Dmytro chasqueó fingiendo decepción. "Entonces supongo que tendré que ver cuánto dolor puede soportar antes de suplicarme que la mate".

La brusca inhalación de Nina atravesó la línea y algo dentro de Grigory se rompió.

Su agarre sobre el teléfono se volvió castigador, su control pendía de un hilo frágil y se deshacía rápidamente. Ya podía verlo: la forma en que la tenían, la forma en que la habían lastimado, la forma en que probablemente intentaba mantenerse fuerte a pesar del terror en sus ojos.

El terror que no merecía sentir.

El terror por el que les haría pagar.

"No volverás a ponerle otra puta mano encima", gruñó, con la voz cruda, vibrando de furia.

Dmytro guardó silencio durante un momento, como si sopesara sus siguientes palabras. Luego, su tono se volvió casi conversacional. “Una hora, Volkov. La dirección ya está en tus mensajes”.

La llamada se cortó.

Grigory se quedó allí, con el teléfono todavía pegado a la oreja y el silencio oprimiéndolo como un tornillo de banco. Su respiración era lenta y constante, pero por dentro la tormenta ardía.

Se habían llevado a Nina.

Le habían puesto las manos encima.

Pensaron que podrían usarla contra él.

No tenían idea de lo que acababan de desatar.

Grigori no se movió. Al principio no. Simplemente se quedó allí, en el callejón oscuro, con el teléfono todavía en la mano y el peso de la llamada presionándolo como un tornillo de banco. Inhaló profundamente, dejando que la furia se instalara dentro de él, dejando que se arraigara en sus huesos. Este no era el tipo de ira que ardía con ardor e imprudencia. No, esto era algo más frío. Estafador. Una hoja afilada a la perfección, esperando ser utilizada.

Sus dedos apretaron el dispositivo mientras exhalaba por la nariz, el movimiento era lento y controlado. Luego, con un movimiento medido del pulgar, marcó otro número.

Leonid respondió al segundo timbrazo. "¿Jefe?"

“Encuentra a Víktor. Encuéntrame en el vestíbulo. Ahora."

Eso fue todo lo que dijo antes de finalizar la llamada.

Se giró, con paso decidido mientras atravesaba las pesadas puertas hacia la calidez y opulencia de la casa de subastas. El contraste era casi asfixiante: en el interior, el mundo continuaba como si nada hubiera pasado. Los invitados chocaron sus copas, el subastador anunció las ofertas y el murmullo de las conversaciones flotaba en el aire como una sinfonía de riqueza y poder.

Y, sin embargo, para Grigory el mundo se había detenido.

Cada músculo de su cuerpo estaba tenso y su mente era un filo singular y afilado. Su mirada recorrió la habitación, esta vez no hacia Nina, sino hacia sus hombres. En los que confiaba. Los que lo ayudarían a quemar esta ciudad hasta los cimientos si fuera necesario para recuperarla.

Leonid y Viktor se materializaron cerca de la barra, sus ojos penetrantes se fijaron en él en el momento en que se acercó. Lo supieron de inmediato. Grigory pudo verlo en la forma en que sus expresiones se endurecieron, en la forma en que sus cuerpos se tensaron como si ya se estuvieran preparando para la guerra.

"Se han llevado a Nina", dijo en voz baja, cortante, letal.

Un pesado silencio se instaló entre ellos antes de que Viktor maldijera en voz baja. La mandíbula de Leonid se flexionó y sus manos se cerraron en puños a los costados.

"¿Dónde?" —preguntó Leonid.

Grigory sacó su teléfono del bolsillo y giró la pantalla hacia ellos. El mensaje estaba ahí, la dirección clara. Una ubicación en lo profundo del sur de la ciudad, cerca de los canales.

La mirada de Viktor se dirigió hacia él. "¿Vamos a entrar con fuerza?"

Los labios de Grigory se curvaron, pero no era una sonrisa. Era algo mucho más peligroso. "Nos reuniremos como hombres civilizados", dijo, guardando su teléfono en su bolsillo. "Por ahora."

Ninguno de los dos lo cuestionó. Ellos lo sabían mejor. Sabía de lo que era capaz. Sabía que no importaba cómo comenzara esta reunión, terminaría en sangre.

Los tres avanzaron rápidamente hacia la salida, deslizándose en la noche como fantasmas. El sedán negro estaba esperando, con el motor en ralentí y un ruido sordo que vibraba en el pavimento mientras subían al interior. En el momento en que se cerraron las puertas, el conductor arrancó y se incorporó a las calles de Ámsterdam con suave precisión.

Grigory miró por la ventana y observó cómo las luces de la ciudad pasaban como un rayo, el mundo exterior borroso y distante. Sus dedos se flexionaron contra su muslo, su mente estaba llena de imágenes: el rostro de Nina, pálido de miedo. El sonido de su respiración entrecortada por el teléfono. El ligero temblor en su voz cuando susurró su nombre.

Su mandíbula se apretó con tanta fuerza que le dolía.

Los Sokolov pensaron que podían tocar lo que era suyo.

Pensaron que podrían usarla contra él.

Pensaron que se inclinaría.

Lo lamentarían.

El coche zumbaba debajo de él mientras aceleraban hacia el sur, el brillo de neón de la ciudad se desvanecía en las calles más tranquilas. La tensión dentro del vehículo era espesa, asfixiante, pero nadie hablaba. No había nada que decir. Ahora sólo importaba una cosa.

Recuperar a Nina.

¿Y luego?

Luego, les recordaría exactamente con quién habían jodido.

# Capítulo 20

# Nina

La casa flotante se balanceaba suavemente sobre las tranquilas aguas del canal, pero Nina apenas percibió el movimiento. Cada respiración enviaba un dolor agudo que le atravesaba las costillas, el latido sordo en su mejilla era un recordatorio constante de lo indefensa que estaba en ese momento. Estaba sentada rígidamente en la silla de madera, con las manos apretadas en el regazo y las uñas clavándose en las palmas para mantenerse firme. La tenue iluminación sólo aumentaba el peso sofocante en su pecho, haciendo que el espacio pareciera más pequeño, más claustrofóbico. No estaba atada, pero los moretones a lo largo de su cuerpo, el dolor en sus extremidades, fueron suficientes para mantenerla quieta. E incluso si tuviera la fuerza para luchar, el brillo de las armas metidas en las fundas, la forma en que los hombres se posicionaban cerca de la puerta como lobos esperando una razón para atacar, le decían que sería inútil.

Frente a ella, el hombre ucraniano estaba sentado en una silla de cuero, la viva imagen de una tranquila diversión. Había oído a uno de sus hombres llamarlo Dmytro. Era mayor, quizá rondaba los cincuenta, y vestía un traje azul marino perfectamente confeccionado que no mostraba signos de lucha. Ni una mota de sangre, ni una arruga fuera de lugar. Parecía un hombre en control de su mundo y, en ese momento, ella era parte de él. Su cabello plateado estaba cuidadosamente peinado hacia atrás y sus rasgos afilados delataban una historia de poder, de decisiones tomadas sin vacilación.

Sin embargo, bajo esa apariencia de civilidad, Nina podía ver algo mucho más peligroso. Se comportaba con el aire de un hombre que había luchado por su lugar en la cima y había ganado. El corte de su traje no podía ocultar la amplia fuerza de sus hombros, la marcada definición de los músculos debajo de una tela costosa. Sus manos, aunque cuidadas y adornadas con un pesado anillo de oro, tenían la aspereza de un hombre que había ejercido el poder con algo más que palabras. Había dominio en su postura, una silenciosa orden en la forma en que sus hombres lo miraban, en la forma en que obedecían cada uno de sus movimientos sin cuestionar. No era una reliquia del antiguo poder, ni un rey decadente aferrado a su imperio; todavía era peligroso, todavía un luchador.

Y él la estaba mirando como si fuera su próxima conquista.

"Eres una persona tranquila, ¿no?" reflexionó, dejando su bebida en la pulida mesa auxiliar a su lado. "Esperaba más pelea de una mujer que ha pasado tanto tiempo con Volkov".

Nina tragó saliva, manteniendo su expresión en blanco, negándose a darle la reacción que estaba buscando. Ella no le dejaría ver su miedo. Había aprendido lo suficiente de Grigory para saber que la debilidad era una invitación, y lo último que quería era que Dmytro la viera como algo frágil, algo que podía romper por deporte.

Su sonrisa se amplió como si pudiera leer sus pensamientos de todos modos. "Sé lo que estás pensando", continuó, inclinando ligeramente la cabeza. "Estás esperando que tu amante venga irrumpiendo como un dios vengador, ¿no?" Dejó escapar una suave risita y volvió a coger su bebida. "Eso es lo que tienen los hombres como él. Siempre vienen por lo que es suyo".

La posesividad en esas palabras envió un escalofrío por su espalda, no sólo por la verdad en ellas, sino por la facilidad con la que Dmytro la ejerció contra ella. Él la veía como nada más que una moneda de cambio, una pieza en el tablero que podía usarse como palanca. Ella lo odiaba. Odiaba que tuviera razón. Porque no importa cuánto luchó, no importa cuánto se dijera a sí misma que podía sobrevivir a esto por sí misma, ella *era* esperando a Grigori.

Dmytro la estudió durante otro largo momento antes de dejar su whisky a un lado e inclinarse hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. "Dime, девочка", murmuró, su voz bajando a algo casi suave. "¿Sabes por qué estás aquí?"

Apretó la mandíbula, pero no habló. Sabía que no importaría si respondía o no: él hablaría de cualquier manera.

Él levantó la mano, lenta y deliberadamente, y ella se obligó a no retroceder cuando sus dedos rozaron un lado de su cara. El toque fue ligero, casi provocativo, pero ardía como una marca. Ella apretó los dientes mientras él trazaba un lento camino a lo largo de su mandíbula, bajando por la columna de su garganta, antes de finalmente descansar contra su clavícula.

"Verás", continuó, ignorando la forma en que su cuerpo se tensó bajo su toque, "tengo un problema. Uno muy serio. Y tú, querida, eres la solución".

El pulso le latía violentamente en los oídos, pero mantenía la respiración tranquila. "No te ayudaré", dijo, su voz más tranquila de lo que pretendía pero firme.

Dmitró sonrió. Una expresión lenta y cómplice que hizo que el miedo se le revolviera en

el estómago.

Él se inclinó y su rostro estaba tan cerca que ella podía oler el whisky en su aliento. "No lo entiendes, Nina. *son*  ayudándome. Te des cuenta o no."

Antes de que pudiera responder, la mano que descansaba sobre su clavícula se movió, más rápido de lo que esperaba. Sus dedos agarraron su mandíbula con fuerza, tirando de su rostro hacia el suyo. La fuerza repentina envió una punzada de dolor a través de su cuerpo ya dolorido, haciéndola jadear.

“Esto es un negocio, pequeña. Producto en movimiento. Ganar dinero. Por eso vendrá Volkov —murmuró con voz suave como el cristal. "No sólo por ti". Su pulgar se deslizó por el borde de su mandíbula, como si probara la suavidad de su piel. “Oh, no tengo ninguna duda de que disfruta de su pequeño juguete. No le gusta que otros toquen sus juguetes. Pero al final, no se trata de ti. Se trata de territorio. Ganancia."

Sus dedos presionaron con más fuerza, haciéndola hacer una mueca de dolor, pero ella se negó a apartar la mirada.

“Volkov y yo llegaremos a un acuerdo”, continuó con un tono engañosamente ligero. “O no lo haremos. Y si no lo hacemos... Su sonrisa se amplió, pero su agarre nunca se aflojó. “Eso no terminará bien para ti, pequeña”.

Su estómago se retorció violentamente y la bilis le subió a la garganta. La seguridad en su voz, la facilidad con la que hizo la amenaza, enviaron una fría ola de terror a través de ella. Lo decía en serio.

Apretó los puños en su regazo y se clavó las uñas en las palmas, tratando de estabilizarse contra el peso de su miedo.

Pero se equivocó en una cosa.

Para Grigory esto no era sólo un negocio.

Dmytro podría verla como un peón, algo que aprovechar en un juego de poder entre sindicatos, pero ella sabía que no era así. Había visto la forma en que Grigory la miraba, la forma en que la tocaba. La forma en que la reclamó en todos los sentidos

que un hombre podría reclamar a una mujer. Él no sólo la poseía—él *propiedad* su. Y un hombre como Grigory Volkov no toleraba que nadie le quitara lo que era suyo.

Él vendría por ella.

No porque se tratara de negocios. No por rutas de contrabando ni por ganancias. Él vendría porque ella le pertenecía. Porque en el momento en que esos hombres le pusieron las manos encima, sellaron su destino.

Su pulso se aceleró, su respiración era temblorosa mientras levantaba su barbilla desafiantemente a pesar del agarre de hierro que todavía apretaba su mandíbula. Se obligó a sostener la mirada de Dmytro, negándose a dejarle ver el destello de miedo que la arañaba en su interior.

"No lo conoces", susurró, su voz más firme de lo que sentía.

La sonrisa de satisfacción de Dmytro no se desvaneció, pero algo en su mirada cambió. Diversión, curiosidad… y un destello de algo más frío.

"Oh, pero lo hago", murmuró, soltándole la barbilla con una palmada final y condescendiente. "Y eso es lo que hace que esto sea tan entretenido".

Un golpe resonó en la casa flotante como un disparo, agudo y deliberado. Un desafío.

Nina sintió que el aire se movía a su alrededor y la tensión se espesaba como una tormenta que avanza lentamente. Dmytro sonrió, tomándose su tiempo para terminar su bebida, agitando los últimos restos de líquido ámbar en su vaso con casual desinterés. Si el golpe lo inquietó, no lo demostró.

“Justo a tiempo”, reflexionó, señalando perezosamente a uno de sus hombres. "Déjalo entrar".

El guardia se acercó a la puerta, vaciló un momento (tal vez sintiendo la violencia que esperaba al otro lado) antes de abrirla y hacerse a un lado.

Grigory entró sin dudarlo, con sus movimientos controlados y su presencia llenando la habitación como una sombra que se extiende sobre un campo de batalla.

Vestido con un traje negro hecho a medida, exudaba precisión letal, el tipo de poder del que no era necesario hacer alarde. No irrumpió. No gruñó ni gritó. No era necesario. Había algo mucho más aterrador en su quietud silenciosa e inquebrantable.

Detrás de él, la puerta permaneció abierta durante una fracción de segundo, y Nina vislumbró a sus hombres, Leonid y Viktor, de pie justo detrás del umbral, con expresiones impasibles pero con sus armas visibles. Incluso afuera, el aire estaba denso por la silenciosa preparación. Murmullos rusos, el peso cambiante de los cuerpos ajustando sus empuñaduras de armas de fuego.

De repente, la casa flotante se sintió demasiado pequeña y las paredes se cerraron con el peso de amenazas tácitas.

Entonces los ojos de Grigory encontraron los de ella.

La máscara que llevaba (la frialdad impenetrable) no se rompió. Pero ella lo vio. Un destello de algo crudo y oscuro debajo de la superficie. Un músculo de su mandíbula se apretó. Sus dedos se movieron a los costados, un breve y casi imperceptible indicio de furia contenida.

Y por primera vez desde que la arrastraron a esta pesadilla, Nina sintió algo más que miedo.

Alivio.

Él estuvo aquí.

Dmytro se reclinó en su silla, rezumando diversión, como si estuviera viendo un programa interesante. Levantó su copa a modo de saludo burlón. "Volkov", dijo arrastrando las palabras. “Es un placer, de verdad”. Su mirada se dirigió hacia Nina y su sonrisa se hizo más amplia. “Ella es toda una luchadora, tu pequeña. Pero tuvimos que enseñarle algunos modales”.

Grigory ni siquiera parpadeó, pero la temperatura en la habitación bajó.

Dmytro se rió entre dientes, divirtiéndose. “Deberías haberla mantenido bajo control.

Una mujer como ésta… —agitó una mano hacia Nina—, es un riesgo en las manos equivocadas.

La voz de Grigory era baja, letal, llena de furia silenciosa y contenida cuando dio un paso adelante, y su presencia se tragó el espacio entre ellos.

"No deberías haberla tocado." Su tono era engañosamente tranquilo, pero la furia que bullía debajo era inconfundible. "Ese fue tu último error".

Dmytro sonrió, fingiendo aburrimiento mientras se reclinaba en su silla, sus dedos tamborileaban ociosamente contra la madera pulida del reposabrazos. “Vamos, Volkov. Seguramente entiendes cómo funciona esto. Ella es valiosa para ti, ¿verdad? Entonces la usé para conseguir lo que quería”. Hizo un gesto perezoso hacia Nina, como si ella no fuera más que una moneda de cambio. "Fue un movimiento simple en un juego más grande".

Grigory dejó que el silencio se extendiera entre ellos durante un momento, con la cabeza ligeramente inclinada, evaluando, calculando. Luego, con fría finalidad, dijo: "Un hombre débil descarga su ira contra una mujer en lugar de contra el hombre al que apunta".

Las palabras golpearon como una bala, destrozando la diversión de Dmytro. Su sonrisa vaciló ligeramente, su mandíbula se tensó antes de cubrirla con otro lento y condescendiente sorbo de su bebida.

Grigori no se rindió. Su voz era más suave ahora, pero con hielo. “Esto deberíamos haberlo manejado como empresarios. Una reunión. Una negociación. Pero en lugar de eso, eliges a una mujer porque fuiste demasiado cobarde para enfrentarte a mí directamente”. Exhaló lentamente, sacudiendo la cabeza. "Y eres tú, Dmytro, quien aparentemente necesita que le enseñen algunos modales".

La habitación pareció encogerse aún más, la luz del fuego proyectaba largas sombras sobre la madera oscura, reflejándose en el cristal que aún colgaba descuidadamente entre los dedos de Dmytro.

Por un momento, ninguno de los dos habló. El aire se tensaba y el peso de la violencia inminente presionaba contra las paredes.

Entonces, Dmytro exhaló por la nariz, sacudiendo la cabeza con una sonrisa. "No hay necesidad de dramatismo", dijo, haciendo girar lo último de su bebida antes de dejar el vaso con un suave tintineo.

Con un movimiento de muñeca, hizo una señal a sus hombres. "Espera afuera".

Dudaron e intercambiaron miradas cautelosas. Uno de ellos parecía querer protestar, pero una mirada penetrante de Dmytro lo silenció. Los hombres salieron en fila, dejando el interior de la casa flotante inquietantemente silencioso.

Grigory no apartó los ojos de Dmytro mientras asentía con la cabeza hacia Leonid y Viktor, quienes hicieron lo mismo y salieron.

La puerta se cerró detrás de ellos con una firmeza que hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Nina.

Ahora, eran solo ellos tres.

El silencio en la casa flotante se hizo tenso, cargado de amenazas tácitas. Grigory y Dmytro se miraron fijamente, dando vueltas como depredadores evaluando el momento de atacar. El suave crujido del suelo de madera bajo sus pies fue el único sonido mientras Nina se sentaba rígida en su silla, observando la tensión enrollarse entre ellos como un lazo listo para apretarse alrededor de una de sus gargantas.

Dmytro fue el primero en romper el silencio. Exhaló, inclinándose ligeramente hacia atrás como si simplemente estuvieran hablando de negocios mientras tomaban unas copas en lugar de estar al borde del derramamiento de sangre. “Me has estado causando un gran lío, Volkov”, reflexionó, su tono engañosamente casual. "Las rutas de contrabando, las líneas de suministro... Ámsterdam funcionaba sin problemas hasta que usted empezó a interferir". Sus dedos rozaron distraídamente la solapa de su traje, como si estuviera quitando el polvo de una imperfección. "¿Este? Esto fue simplemente un recordatorio de quién controla realmente esta ciudad”.

Grigory no reaccionó al principio, ni siquiera parpadeó. Se quedó inquietantemente quieto, la luz del fuego parpadeando en los planos afilados de su rostro, su expresión tallada en piedra. Cuando finalmente habló, su voz era tranquila, demasiado tranquila, mezclada con algo mucho más peligroso que la ira. Grigory dio un paso lento y deliberado hacia adelante, y su presencia se tragó el espacio entre ellos como una

sombra que se extiende sobre su presa. Su traje estaba inmaculado a pesar de la ira que hervía bajo su piel, cada uno de sus movimientos controlados y deliberados. Era la viva imagen de la dominación, de un hombre que no se inclinaba, no suplicaba y, desde luego, no negociaba con hombres como Dmytro Sokolov.

"¿Quieres hablar de negocios?" La voz de Grigory era engañosamente tranquila, mezclada con una silenciosa burla. "Comencemos con el hecho de que fuiste tú quien se volvió descuidado, Dmytro. Perdiste el control de tus propias operaciones. Dejaste que se formaran grietas en tus cimientos y ahora estás tratando de repararlas con medidas desesperadas". Su mirada se dirigió a Nina durante medio segundo, un destello de algo violento detrás de sus ojos. "¿Arrastrar a una mujer a esto? ¿Usarla para negociar? ¿Qué clase de hombre de negocios hace eso? ¿De verdad crees que negociaría con un hombre que cae tan bajo?"

La sonrisa de Dmytro vaciló ligeramente, su labio ensangrentado se torció mientras se enderezaba, rozando la manga de su ahora arruinado traje. "Medidas desesperadas", reflexionó, con la voz ronca por la fuerza de los golpes anteriores de Grigory. "Esa es una forma interesante de plantearlo. Pero no pretendamos que no es exactamente así como operamos los hombres como nosotros. Apalancamiento. Estrategia. Tú más que nadie deberías entender eso".

La boca de Grigory se curvó en los bordes, pero no era una sonrisa: era algo más oscuro, algo letal. "¿Apalancamiento? No. Esto es debilidad. Este es el movimiento de un hombre que ya ha perdido pero es demasiado arrogante para aceptarlo". Su voz bajó el tono, cortando la tensión como un cuchillo. "No necesito negociar contigo, Sokolov. Ya he tomado lo que quería. Tus rutas, tus conexiones comerciales, tus hombres". Inclinó ligeramente la cabeza, su tono era casi burlón. "¿De verdad pensaste que no era consciente de tus vulnerabilidades? Las he estado olfateando durante meses, esperando a que tropezaras". Exhaló suavemente, sacudiendo la cabeza fingiendo decepción. "Y ahora aquí estás, arrastrando a mi mujer a esto porque no te queda un movimiento mejor en el tablero".

Dmytro dejó escapar una risita y sacudió la cabeza, aunque no había verdadera diversión detrás de ello. "Te subestimé, Volkov", admitió, con la voz tensa por la frustración. "Pero no cometas el error de pensar que soy un hombre sin opciones".

La expresión de Grigory no cambió. En todo caso, el brillo en sus ojos se agudizó, y su diversión se convirtió en algo peligroso. "Tus opciones ya se acabaron. Sólo que aún no te has dado cuenta. No negocio con hombres que cometen el error de ponerle las manos encima a mi mujer"

Dmytro sonrió, lenta y deliberada, como si hubiera esperado esta respuesta. Dejó que su mirada se deslizara hacia Nina, tomándose su tiempo para mirarla antes de volver a mirar a Grigory a los ojos. “Eres un hombre emocional, Volkov. Pero las emociones no tienen cabida en los negocios”. Golpeó con un dedo el reposabrazos de su silla. “Pero quizás todavía podamos llegar a un acuerdo. Soy un hombre razonable”. Su sonrisa se hizo más profunda, sus siguientes palabras fueron lentas y deliberadas. “Ella es una belleza poco común, lo admito. Sería muy valiosa en los círculos adecuados”.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando Grigory se movió.

El impacto de su puño al chocar con el rostro de Dmytro resonó en la habitación como un disparo. El hombre mayor tropezó hacia atrás, su vaso se le resbaló y se hizo añicos contra el suelo. Nina apenas tuvo tiempo de jadear antes de que Grigory la siguiera, agarrando a Dmytro por las solapas de su traje y empujándolo contra la pared con fuerza brutal. Los paneles de madera crujieron bajo el impacto, y un cuadro enmarcado se inclinó precariamente antes de estrellarse contra el suelo.

Dmytro gruñó, su labio se partió por el golpe, pero no estaba indefenso. Reaccionó rápidamente, golpeando un puño en las costillas de Grigory, la fuerza del golpe lo derribó lo suficiente para recuperar el equilibrio. Siguió con un rápido golpe a la mandíbula de Grigory, pero Grigory apenas se inmutó. En todo caso, sólo lo enojó más.

En el momento en que aterrizó el primer puñetazo de Grigory, se desató una fuerte conmoción más allá de los muros: gritos en ruso y ucraniano, el pesado repiqueteo de botas contra tablas de madera. Una advertencia lanzada con un acento agudo fue seguida por el ensordecedor estallido de un disparo.

Nina apenas tuvo tiempo de registrar el sonido antes de que se le uniera otro. El inconfundible ruido sordo de los cuerpos golpeando el muelle hizo que se le revolviera el estómago y se dio cuenta de lo horrible que era. Los hombres afuera estaban peleando. Matándose unos a otros.

Con un gruñido gutural, Grigory se abalanzó de nuevo y su antebrazo se estrelló contra la garganta de Dmytro, inmovilizándolo contra la pared. Su otra mano apretó el traje del hombre mayor y sus nudillos se pusieron blancos.

"Te atreviste a poner tus jodidas manos encima de ella", gruñó Grigory, su voz llena de rabia, baja y letal. “¿Y ahora crees que puedes negociar conmigo?” Empujó a Dmytro con más fuerza, sus dedos apretando alrededor de su garganta. “Cometiste un error. Y

me aseguraré de que pagues por ello”.

Dmytro dejó escapar una risa ahogada, su voz ronca por la presión en su garganta. "Actúas como si ya hubieras ganado, Volkov". Su mirada se dirigió hacia Nina antes de que sus labios se curvaran en algo cruel. “Pero dime, ¿realmente crees que podrás protegerla para siempre? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien más venga por ella? ¿Antes de que alguien más fuerte, más inteligente, tome lo que tú te niegas a dejar ir?

El control de Grigory se rompió.

Arrancó a Dmytro de la pared y lo arrojó al otro lado de la habitación. El ucraniano tropezó y chocó contra el carrito del bar, haciendo que botellas de licor caro cayeran al suelo. El vaso se hizo añicos y el olor a whisky y vodka se mezcló con el sabor metálico de la sangre.

Dmytro apenas tuvo tiempo de incorporarse antes de que Grigory volviera a caer sobre él, dándole un puñetazo salvaje en las costillas y luego otro en la cara ya ensangrentada. Dmytro gruñó, tosió mientras la sangre goteaba de su boca, pero se negó a caer fácilmente. Con sorprendente velocidad, se giró, agarró una botella de whisky rota del suelo y la atacó hacia Grigory.

Grigory apenas lo esquivó a tiempo, el cristal dentado atravesó la manga de su traje y dibujó una delgada línea roja a lo largo de su antebrazo. Pero él no se detuvo. Usó el impulso para agarrar la muñeca de Dmytro, girándola brutalmente hasta que el hombre mayor gritó, la botella se le resbaló y cayó al suelo.

Grigory clavó su rodilla en el estómago de Dmytro, dejándolo sin aliento. Dmytro se dobló con un jadeo, su cuerpo atormentado por el dolor, pero Grigory no le dio ni un segundo para recuperarse. Lo agarró por el cabello, tirando de su cabeza hacia atrás, obligándolo a mirar hacia arriba.

"No hay trato", murmuró Grigory, con voz mortalmente tranquila. “Sin arreglo. Sin comprensión”.

Dmytro escupió sangre al suelo, con la expresión torcida por el dolor y el desafío. "Que te jodan Grigery, tú y tu mujer moriréis por esto". dijo con voz áspera.

Grigory ladeó la cabeza, con una sonrisa fría e implacable. "No, Dmytro", murmuró, apretando más su agarre. "Tú morirás primero".

Y con eso, estrelló la cara de Dmytro contra el borde de la barra. Un crujido repugnante resonó en la habitación cuando el hueso chocó con la madera, seguido de un jadeo húmedo y gorgoteante. La sangre salpicó la superficie pulida y goteó sobre el suelo en gruesas rayas carmesí. Dmytro dejó escapar un sonido ahogado (mitad jadeo, mitad gemido) antes de que su cuerpo se desplomara contra los restos de la barra, temblando una vez y luego quedándose quieto.

Otra ronda de disparos estalló afuera, esta vez más cerca, casi enmascarando el profundo gruñido de uno de los hombres. Un cuerpo pesado se desplomó contra el exterior de la casa flotante, sacudiendo las paredes con un ruido sordo y final. Luego silencio.

Grigory estaba de pie junto al cuerpo de Dmytro, su pecho subía y bajaba con respiraciones constantes y medidas. Tenía los nudillos ensangrentados y el traje desgarrado, pero su furia estaba lejos de agotarse.

Detrás de él, Nina estaba sentada congelada en su silla, con los ojos muy abiertos fijos en los escombros que tenía delante. Sabía que Grigory era peligroso. Ella sabía que él era despiadado. Pero verlo así, ver la fría y brutal eficiencia con la que desmanteló al hombre que se había atrevido a tomarla, era algo completamente distinto.

Su corazón latía con fuerza y su respiración era irregular. Ella debería tener miedo. Ella debería estar horrorizada.

Pero ella no lo era.

Porque debajo de la violencia, debajo de la destrucción aterradora y calculada... vio algo más.

Devoción.

Una devoción letal, obsesiva e inquebrantable que le provocó un escalofrío por la espalda.

Nina apenas notó las pesadas botas golpeando contra las tablas del suelo cuando los hombres de Grigory irrumpieron. El mundo que la rodeaba se sentía apagado, distante, como si estuviera bajo el agua. Oyó voces bajas y entrecortadas, el peso de órdenes no dichas flotando en el aire. Luego, tan repentinamente como habían entrado, desaparecieron. Una simple orden de Grigory los envió afuera a esperar, y la casa flotante volvió a quedar en silencio.

Su mirada se posó en el cuerpo desplomado en el suelo: Dmytro, inmóvil, sin vida. La sangre se filtró por las grietas de la madera pulida, acumulándose debajo de él como tinta derramada. Su olor era espeso en el aire, mezclándose con el licor destrozado y la tensión persistente que aún no se había disipado.

Y luego ella miró hacia arriba.

Grigory ya caminaba hacia ella, pasando por encima del cuerpo de Dmytro como si no fuera más que otro pedazo de escombros. Sus movimientos eran lentos, deliberados, su traje oscuro manchado de sangre, sus nudillos en carne viva por la pelea.

Por primera vez desde que lo conoció, él dudó.

Nina no estaba segura de qué esperaba que él hiciera: exigirle, ordenarle, sacarla a rastras de allí como siempre hacía cuando decidía que algo era suyo. Pero no lo hizo. Se detuvo justo antes de alcanzarla, con las manos moviéndose a los costados, esperando.

Para que ella se estremeciera.

Para que ella retroceda.

Para que ella lo mirara como debería: como un monstruo.

Pero ella no lo hizo.

En todo caso, ella se balanceó hacia él. No estaba segura de si era por agotamiento, por alivio o por algo mucho más peligroso. Todo lo que sabía era que en el momento en que sus brazos la rodearon, ella los dejó. Ella dejó que él la atrajera, dejó que su calidez se filtrara a través del frío que se había instalado profundamente en sus huesos.

Su agarre fue fuerte, casi aplastante, su palma se deslizó por su espalda, su otra mano agarró su cintura como si necesitara sentir cada centímetro de ella, como si se estuviera convenciendo a sí mismo de que ella todavía estaba aquí, todavía entera.

Su respiración era áspera contra su sien, inestable de una manera que nunca antes había escuchado. "Se acabó".

Pero Nina sabía que no lo era.

La sangre en sus manos, los cuerpos afuera, la forma en que sus hombres se habían ido sin decir una palabra... esto no había terminado. Esta fue sólo otra batalla en una guerra que nunca terminaría. Pero mientras estuviera en sus brazos, mientras pudiera sentir el constante latido de su corazón bajo la palma de su mano, sabía una cosa con certeza.

Nadie jamás volvería a quitársela.

Sus dedos se curvaron en la tela arruinada de la chaqueta de su traje, agarrándola con fuerza como si pudiera anclarse allí. Ella debería haberlo alejado. Debería haber cuestionado qué significaba esto, qué significaba todo esto. Pero ella no lo hizo. Ella sólo se quedó allí, respirando, sintiendo su peso sólido contra ella.

Y cuando finalmente levantó la vista, cuando finalmente encontró su mirada, vio todo lo que él no dijo.

La ira todavía hervía bajo su piel, una tormenta silenciosa apenas controlada. La violencia que ya no tenía salida crepitaba en el aire entre ellos, una fuerza esperando ser desatada. Y debajo de todo eso, enterrado profundamente, restringido sólo por pura voluntad, había algo que nunca había esperado ver en él.

Miedo.

Para ser un hombre que lo controlaba todo, que gobernaba con dominio y precisión, había estado tan cerca de perder algo que no estaba dispuesto a perder.

Su agarre en su cintura se hizo más fuerte, flexionando los dedos como si necesitara

asegurarse de que ella todavía estaba aquí, todavía entera. Apretó la mandíbula y todo el cuerpo se tensó, como si estuviera librando una guerra silenciosa dentro de sí mismo. "Nina..." Su voz era áspera, tensa, pero fuera lo que fuera que estuviera a punto de decir, ella no necesitaba oírlo.

Ella presionó sus manos contra su pecho, sintió el rápido y desigual latido de su corazón bajo su palma. La prueba de que su control se resquebrajaba, de que algo más profundo se abría en su interior.

"Lo sé", murmuró, apenas más que un susurro.

Ella sabía lo que él era. Sabía lo que había hecho. Sabía de lo que era capaz.

Y, sin embargo, ella no tenía miedo.

Ella no estaba disgustada.

Ella debería haberlo sido. Ella debería haber luchado contra esto, haber luchado contra él. Debería haber retrocedido, recordado todo lo que él le había quitado, todo lo que había destruido. Pero en lo más profundo de su ser, más allá de la lógica, más allá del miedo, más allá de cada muro que había construido para mantenerlo alejado, sólo había una verdad innegable.

Se sentía segura en sus brazos.

Y esa comprensión la aterrorizó más que cualquier otra cosa.

# Capítulo 21

# Nina

La puerta del coche se cerró con silenciosa finalidad, sellándola dentro del silencioso capullo de cuero y oscuridad. Nina apenas registró el sonido, su cuerpo se movió por instinto mientras Grigory la guiaba hacia el asiento trasero, con la mano firme en la parte baja de su espalda. Él no habló mientras se acomodaba a su lado, pero el calor de su presencia era sofocante y presionaba contra su piel como una segunda capa. El zumbido del motor vibró debajo de ella mientras el coche se alejaba de la acera y se adentraba en las tranquilas calles de Ámsterdam, pero ella apenas se dio cuenta. La ciudad pasaba en una mancha de neón apagado y reflejos brumosos contra los adoquines resbaladizos por la lluvia. Todo lo que había afuera se sentía distante, irreal, como si perteneciera a otro mundo.

Su mundo se había reducido a esto: este coche, este silencio y el hombre sentado a su lado.

Ella debería tener miedo. Ella lo había visto matar a un hombre esa noche. No con un arma, no desde una distancia segura y distante, sino con sus propias manos. Había luchado por ella, sangrado por ella y luego había terminado con una vida como si no fuera más que otra tarea más que debía ser tachada de una lista. Ella había visto cómo sucedía, había visto su cruda y brutal violencia, había sentido que los muros de su mundo se movían después. Y, sin embargo, el miedo nunca llegó. No para él. No de él.

Exhaló lentamente, apretando los dedos en su regazo. Le dolían las costillas, un agudo recordatorio de lo que le habían hecho, pero incluso eso parecía secundario. Lo que la ponía nerviosa no era la violencia, sino cómo se sentía ahora. La forma en que su cuerpo, su mente y su alma se instalaron en su presencia. Seguro.

Al darse cuenta, un escalofrío la recorrió, pero no se atrevió a luchar contra ello. Ya no.

Grigory no había hablado desde que abandonaron la casa flotante, pero su silencio era algo vivo que respiraba. Su rabia todavía se aferraba a él, aguda y letal, su cuerpo rígido con los restos de la batalla que había librado. Él todavía estaba enroscado, todavía listo para destruir, pero en lugar de desatar su furia, simplemente se acercó a ella. Su palma se deslizó sobre su muslo, pesada y posesiva, su calidez la castigó. No había nada sexual en el contacto, ni demanda, ni expectativa; solo él reclamando su derecho, recordándole que ella estaba aquí. Que ella era suya.

Ella tragó, con la garganta apretada. Debería haberla enfurecido. Hace semanas, lo habría hecho. ¿Pero ahora? Ahora, ella no sabía qué sentir.

La única certeza era que ella no estaba luchando contra ello.

Ella giró ligeramente la cabeza y le lanzó una mirada furtiva a la tenue luz de las farolas que pasaban. Su rostro era duro, cortado por las sombras y la tensión, su mandíbula apretada con tanta fuerza que ella juró que podía oír sus dientes rechinar. Su traje estaba roto, manchado de sangre que no le pertenecía y, sin embargo, parecía intocable. Un hombre que acababa de destruir a su enemigo sin dudarlo, sin remordimientos. Y aun así, la abrazó como si ella fuera lo único que importara en el mundo.

Su estómago se retorció, algo extraño y aterrador se retorció en sus entrañas.

El coche giró hacia una calle más tranquila y apareció a la vista la casa adosada de Grigory. Su casa ahora. Ese pensamiento debería haberla asustado, pero no fue así. La mano de Grigory apretó ligeramente su muslo mientras se acercaban a la acera, como si sintiera el cambio en sus pensamientos. El conductor abrió la puerta, pero al principio ninguno de los dos se movió. El aire entre ellos se había espesado, cargado de algo no dicho, algo que ninguno de los dos tenía fuerzas para nombrar todavía.

Finalmente, Grigory se movió. Su mano se deslizó de su muslo y se dirigió hacia la puerta. Él salió primero, luego se volvió y le ofreció la mano.

Ella dudó.

No porque ella no confiara en él.

Porque por primera vez desde que todo esto empezó, ella no estaba luchando contra la verdad.

Ella levantó la mirada hacia él y sus dedos se curvaron en el asiento debajo de ella, como si se preparara para el impacto. Sus ojos la quemaron, oscuros e ilegibles, esperando. No había ninguna exigencia en ellos, ninguna expectativa, sólo el simple hecho de que él estaba allí. Que él siempre estaría ahí.

Su pecho se apretó dolorosamente.

Ella pensó que lo odiaba.

Pensó que le molestaba su control, su dominio, la forma en que envolvía cada parte de su vida como una cadena inquebrantable. Pero ahora, mientras lo miraba, mientras contemplaba al hombre que había matado por ella, sangrado por ella, luchado por ella... no estaba tan segura.

Ya no estaba segura de nada.

Excepto por la aterradora e innegable verdad que se desmorona en su interior.

Ella no quería dejarlo.

Ella no quería pelear con él.

Porque por primera vez en su vida sabía exactamente a dónde pertenecía.

Su aliento se estremeció entre sus labios y, lenta y deliberadamente, extendió la mano y deslizó los dedos entre sus manos expectantes. Su agarre era firme, fuerte e increíblemente cálido. Él no dijo nada mientras la sacaba del auto, mientras la mantenía cerca, su pulgar rozaba sus nudillos en un gesto silencioso de tranquilidad mientras entraban a la casa.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de ellos, un silencio espeso y sofocante se apoderó de la casa. El mundo exterior (la violencia, la sangre, los gritos) se desvaneció, reemplazado por el inquietante silencio del interior tenuemente iluminado de la casa adosada. Nina se quedó dentro, con la respiración entrecortada y las extremidades débiles, como si el peso de la noche apenas comenzara a caer sobre ella.

Había pasado tantas noches aquí y, sin embargo, mientras estaba en el espacio familiar, algo se sentía diferente. Las paredes ya no parecían una jaula. Los lujosos muebles, la madera oscura, el aroma de la costosa colonia y del whisky añejo... todo eso la envolvía de una manera que la hacía sentir... segura.

Grigory cerró la puerta tras ellos y el clic metálico resonó en el silencio. Ella no se movió. No hablé. Ella simplemente se quedó allí, dejando que el momento asimilara, con el pulso fuerte en sus oídos. El cansancio en sus huesos le dijo que debía colapsar, pero la energía inquieta que zumbaba bajo su piel lo hizo imposible.

Él la estaba mirando.

Podía sentirlo: su mirada, aguda e implacable, siguiendo cada movimiento, cada respiración, esperando. Esperaba la tormenta, el inevitable estallido de todo lo que había sucedido esa noche. La habían secuestrado. Vencido. Amenazado. Ella lo había visto asesinar a un hombre a sangre fría.

Y, sin embargo, ella no se estaba desmoronando.

Sus manos temblaron levemente cuando las levantó para quitarse el cabello de la cara, sus dedos rozaron el escozor de los moretones que se estaban formando en su mandíbula. Esperaba que el recuerdo del toque de Dmytro le provocara un escalofrío. Pero lo único que podía pensar era en la forma en que Grigory la había mirado cuando vio el daño. La ira que cruzó por su rostro, la forma en que se había convertido en algo salvaje, algo imparable.

Nadie jamás volvería a hacerle daño. No mientras respiraba.

Su garganta se apretó, algo espeso y doloroso presionando contra sus costillas. Ella no quería examinarlo. No quería nombrarlo.

Ella se giró ligeramente, levantó la mirada hacia él y se le hizo un nudo en el estómago ante lo que encontró.

Grigory todavía estaba de pie cerca de la puerta, con el cuerpo tenso y las manos apretadas en puños sueltos a los costados. Su traje estaba arruinado, rasgado, manchado de sangre, pero su rostro, su expresión, fue lo que le cortó la respiración. Él no solo la estaba mirando. Estaba esperando. Preparándose para el impacto.

Pensó que ella se haría añicos ahora.

Pensó que este era el momento en que ella finalmente se rompería.

Los labios de Nina se abrieron, pero no salió ningún sonido. Las palabras se enredaron en su garganta, llenas de vacilación. No se suponía que sucediera así. Se suponía que ella no debía sentirse así. Después de todo, debería estar corriendo, gritando, exigiendo espacio, exigiendo respuestas.

En cambio, respiró hondo y susurró: "No te odio".

La confesión pendía entre ellos, delicada y peligrosa, una brasa en la oscuridad.

Al principio Grigori no se movió. Ni siquiera parpadeé. Y luego, lenta y deliberadamente, dio un paso hacia ella. Su calor, su pura presencia, envió algo eléctrico a través de sus venas. Levantó una mano, sus dedos recorrieron su mandíbula con insoportable gentileza, su pulgar rozó la comisura de su boca. Apenas podía sentir la presión, pero lo sentía a él: el peso de su presencia, la intensidad en sus ojos mientras estudiaba los moretones que estropeaban su piel.

"Nunca lo hiciste, printsessa", murmuró.

Su pulso latía con fuerza mientras él dejaba que sus nudillos bajaran por su garganta, apenas rozando su clavícula antes de que su mano se alejara.

"Luchaste conmigo", continuó, en voz baja, ronca. "Pero no porque me odiaras".

Su corazón golpeó contra sus costillas, el pánico aumentó; no pánico de miedo, sino de la verdad que había pasado tanto tiempo negando. Tenía razón. Ella había luchado contra él, lo había empujado, arañado las paredes entre ellos, no por odio, sino porque él la hacía sentir demasiado.

Ella no le tenía miedo.

Tenía miedo de lo que él significaba para ella.

Una fuerte exhalación salió de sus labios mientras cerraba los ojos, obligándose a recuperar el control, pero fue inútil. Los muros ya se habían derrumbado. La verdad estaba ahí, cruda, aterradora e innegable.

"Te amo."

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas, rompiendo el último trozo de su resistencia.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Ella lo sintió tenso, todo su cuerpo quedó completamente quieto. Por primera vez desde que lo conoció, vio algo parpadear en su expresión, algo que casi parecía shock. Como si las palabras lo hubieran golpeado como una bala, alojándose profundamente en su pecho.

Luego, con la misma rapidez, algo más oscuro, algo más primitivo tomó su lugar.

Sus manos estuvieron sobre ella en un instante, no ásperas, sino firmes, su agarre en su cintura se apretó mientras la atraía hacia él. Ella apenas tuvo tiempo de jadear antes de que sus labios chocaran contra los de ella, un beso que fue nada menos que reclamante. No fue lento. No fue suave. Era una guerra, un hambre que había estado hirviendo bajo la superficie durante demasiado tiempo.

Sus dedos se enredaron en su cabello, inclinando su cabeza hacia atrás, profundizando el beso hasta que apenas podía respirar. Pero ella lo quería. Lo quería. Cada gramo de resistencia, cada razón por la que se había dicho a sí misma que esto estaba mal, que él estaba equivocado... desapareció.

Ella se fundió en él, sus dedos agarraron la tela rasgada de su camisa, anclándose mientras sus manos recorrían su cuerpo, agarrando, reclamando, poseyendo.

Se apartó lo suficiente para mirarla, con la respiración entrecortada y las pupilas hinchadas de deseo. Pero debajo de eso, debajo de la lujuria, debajo de la posesividad, había algo más.

Algo real.

“Eres mía”, murmuró con voz oscura y reverente. "Dilo".

Su pulso latía con fuerza, le dolía el cuerpo y su mente daba vueltas.

Pero ya no había forma de luchar contra esto.

No más negaciones.

Levantó la barbilla y miró fijamente a los ojos del hombre que había matado por ella.

"Soy tuyo".

La calidez de sus manos nunca la abandonó mientras la guiaba a través del dormitorio a oscuras hasta el baño, con un agarre firme pero suave, como si se asegurara de que ella todavía estaba allí. El suave brillo de la iluminación empotrada se reflejaba en el mármol liso, proyectando sombras sutiles sobre la ducha de cristal, la gran bañera y los relucientes accesorios. El espacio era prístino, moderno, diseñado para el lujo pero carente de calidez innecesaria. Debería haberle parecido frío, impersonal, como un santuario destinado sólo a él. Pero con su presencia a su espalda, sus manos firmes sobre su piel, se sentía íntimo.

Nina apenas registró el movimiento cuando Grigory pasó junto a ella y abrió la ducha, el sonido del agua corriendo llenó el silencio. El vapor se elevó en el aire, espeso y cálido, envolviéndolos mientras él alcanzaba a ella nuevamente. Esta vez, sus movimientos fueron más lentos, deliberados. Sus dedos rozaron la tela rasgada de su vestido y, sin decir palabra, comenzó a desvestirla.

Su toque fue reverente, casi minuciosamente suave, mientras quitaba la tela de su cuerpo. Sus nudillos rozaron su piel magullada, las manchas oscuras a lo largo de sus costillas, el punto sensible en su mandíbula. No dijo nada, pero el músculo de su mandíbula se contrajo, la furia apenas contenida en su mirada delató la tormenta que rugía bajo la superficie.

Nina tragó saliva y el pulso le latía con fuerza en la garganta. No quería pensar más en la noche. Sobre Dmytro, sobre la violencia, sobre lo cerca que había estado de no volver a ver a Grigory. Ella sólo quería sentir, estar arraigada en la realidad de su toque, de su cuerpo contra el de ella.

Sus manos se deslizaron hacia abajo, apartando lo último de su ropa, dejándola

desnuda bajo la luz dorada. Pero no sólo la desnudó: también se desnudó él mismo, con movimientos lentos y deliberados. Se quitó la camisa ensangrentada y la dejó caer al suelo de mármol, seguido del resto de su ropa hasta que no quedó nada entre ellos. Su cuerpo era todo músculos duros y dominio, estropeado por moretones recientes y cicatrices que se desvanecían, un testimonio de la violencia que había soportado por ella.

Pero él no dio un paso atrás para admirarla, no dejó que su mirada la recorriera como solía hacer con ese hambre arrogante y posesiva. No, esto fue diferente. Volvió a alcanzarla, levantándola sin esfuerzo en sus brazos y entrando en la ducha como si no tuviera intención de dejarla ir.

El agua caliente golpeó su piel como un shock, el vapor se elevó en gruesas olas mientras caía en cascada sobre ambos. Su cuerpo se hundió contra él, el cansancio luchaba con la innegable conciencia de él: su fuerza, su calor, la forma en que sus brazos la acunaban con tanta seguridad. Ella sintió su aliento contra su sien, firme, firme. Él no había dicho una palabra desde que la llevó al baño y, sin embargo, ella sentía el peso de todo lo que él quería decir presionando contra ella.

Con minucioso cuidado, la dejó en el suelo y le rodeó las caderas con las manos como si se asegurara de que pudiera mantenerse en pie. Luego, sin decir palabra, cogió el jabón y lo enjabonó entre las palmas de las manos antes de pasarlo por los hombros, los brazos y la curva de la espalda.

Su toque no fue de posesión.

Fue adoración.

Lento y reverente se desliza sobre cada centímetro de ella, como si la memorizara de nuevo, como si borrara cada toque contaminado que había quedado en su piel. Sus dedos se detuvieron en sus costillas, recorriendo los moretones, su exhalación aguda, controlada. Cuando alcanzó su muslo, su agarre se apretó ligeramente antes de suavizar su toque nuevamente, frotando suaves círculos en su piel.

Él no solo la estaba limpiando.

Él la estaba reclamando.

La respiración de Nina era temblorosa y le dolía el cuerpo, no por dolor, sino por algo más profundo. Algo crudo y consumidor. Ella sabía lo que era esto. Lo que significaba. No se trataba sólo de comodidad, de cuidado. Se trataba de él, de su necesidad de recordarse a sí mismo que ella todavía estaba aquí. Que ella era suya.

Pero ella no quería suavidad.

No quería reverencia.

Ella lo deseaba, todo él.

Ella se giró en sus brazos, su cuerpo resbaladizo contra el de él mientras se presionaba contra él, levantando la barbilla y clavándose las uñas en los duros músculos de sus hombros. La profunda inhalación que él tomó en respuesta sólo la hizo más audaz.

"Bésame", respiró ella.

Su mirada se fijó en la de ella, buscando, ardiendo. Y luego, finalmente, finalmente, él bajó la cabeza, su boca inclinándose sobre la de ella en un beso lento y devastador.

No hubo prisa. Sin urgencia. Sólo la paciencia insoportable de un hombre que quería saborearla. Sus labios se movieron sobre los de ella con deliberada lentitud, su lengua recorriendo la comisura de su boca antes de deslizarse dentro, persuadiéndola, provocándola. El calor del agua, el vapor que los rodeaba, la sólida pared de su pecho contra el de ella... era demasiado y no suficiente a la vez.

Ella gimió contra él, arqueando su cuerpo, necesitando más. Necesitarlo.

Grigory respondió con un sonido bajo de aprobación, una de sus manos deslizándose por su columna, agarrando la nuca, sosteniéndola exactamente donde la quería. El otro bajó, deslizándose sobre la curva de su cadera y luego deslizándose entre sus muslos.

Su respiración se entrecortaba y su agarre sobre él se hizo más fuerte.

Sus dedos juguetearon con ella, apenas rozándola, apenas dándole lo que ella tan desesperadamente necesitaba. Lo suficiente para volverla loca, para hacer que sus

caderas se movieran inquietas contra las de él, buscando más.

"Grigory..." comenzó, pero la palabra se convirtió en un jadeo cuando finalmente deslizó dos dedos dentro de ella, estirándola, llenándola. Su pulgar encontró su clítoris, acariciándolo en círculos lentos y devastadores.

Su cabeza cayó hacia atrás contra el frío azulejo, su aliento se hizo añicos mientras él jugaba con su cuerpo como si lo supiera, como si hubiera memorizado cada reacción, cada sonido, y ahora estuviera saboreando su control sobre ellos. Él era deliberado y paciente, pero ella podía sentir la tensión en sus músculos, la forma en que su propio control se estaba resbalando. Su polla, dura y gruesa, presionada contra su muslo, el calor de ella la marcaba, una promesa silenciosa de lo que estaba por venir.

"Eres mía", murmuró, sus labios rozando la curva de su mandíbula, hasta el hueco de su garganta. Su voz era oscura, áspera, llena de algo crudo y posesivo.

Las caderas de Nina se sacudieron contra su mano, desesperadas por más fricción, más presión, más él. Estaba tan mojada, tan resbaladiza contra sus dedos, su cuerpo rogando por él sin vergüenza. Podía sentir cuánto él también la deseaba: su polla palpitaba contra su piel, caliente y dolorida, lista para reclamarla.

Su agarre se hizo más fuerte en su cabello, tirando su cabeza ligeramente hacia atrás, obligándola a mirarlo. "Dilo", ordenó, su voz como grava, llena de una necesidad tan desesperada como la de ella.

Su pulso latía con fuerza, su cuerpo temblaba bajo su toque. Sintió como si estuviera cayendo, deshaciéndose, rompiéndose en sus manos.

Y ella lo quería.

"Soy tuya", jadeó.

Un gruñido bajo y satisfecho retumbó contra su piel, y sus dedos la trabajaron más rápido, más profundamente. Su cuerpo se tensó, el placer se enroscó hacia abajo, apretándose más y más hasta que...

Ella se hizo añicos.

El orgasmo la atravesó como un fuego ardiendo lentamente, consumiéndola de adentro hacia afuera. Su grito fue amortiguado contra sus labios mientras él la besaba, tragándose cada sonido entrecortado, cada respiración temblorosa.

Pero no había terminado.

Mientras ella se hundía contra él, sin aliento, agotada, sus manos se deslizaron hacia arriba por su cuerpo, agarrando su cintura, acercándola a él.

Y ella lo sintió.

Duro. Listo.

Grigory la levantó sin esfuerzo y su fuerza nunca dejó de tomarla con la guardia baja. El agua goteaba de sus cuerpos mientras él la sacaba de la ducha, pero no se molestó en conseguir toallas ni se detuvo para secarlas. El aire del dormitorio era fresco contra su piel húmeda, provocando que un escalofrío la recorriera mientras él la acostaba en la cama, su peso presionando hacia abajo, su calor hundiéndose en ella.

Su pecho subía y bajaba sobre ella, sus manos enmarcaban su rostro, sus dedos apartaban mechones de cabello mojados de su mejilla con una ternura que hacía que le doliera el corazón. Él no habló de inmediato, solo la miró, sus ojos oscuros ardían con algo más profundo que la lujuria, algo más peligroso que la posesión.

"No pierdo, Nina". Su voz era baja, áspera y algo inestable. “No me lo permito”. Hizo una pausa y sus dedos recorrieron la línea de su mandíbula. "Pero perdí el momento en que te conocí". Sus labios se curvaron en una sonrisa, oscura y cómplice. "Simplemente no lo sabía todavía".

Se le cortó el aliento y el pulso le martilleó bajo la piel. Nunca antes había hablado así, nunca había dejado que la máscara se le escapara tan completamente. Y que Dios la ayudara, ella lo amaba por eso.

Ella lo alcanzó, deslizando sus manos por su piel húmeda, sobre las crestas de los músculos de su espalda, atrayéndolo hacia ella. Su peso, su calidez, la firme y poderosa presión de su cuerpo contra el de ella... lo enraizaba, lo consumía todo.

La besó lenta y profundamente, saboreándola, saboreándola, dejando que el momento se extendiera entre ellos. Sus labios trazaron la línea de su garganta, su aliento caliente contra su clavícula mientras sus manos se deslizaban por sus costados, sobre sus caderas, separando sus muslos con una lentitud deliberada que la hizo gemir.

Cuando se acomodó entre sus piernas, posicionándose en su entrada, no empujó de inmediato. En lugar de eso, arrastró la gruesa cabeza de su polla a lo largo de sus resbaladizos pliegues, provocándola, torturándola, mirándola temblar debajo de él.

Y luego, finalmente, finalmente, empujó hacia adentro.

Un suave jadeo salió de sus labios cuando él la llenó, estirándola, reclamándola de la manera más lenta y deliberada posible. Se movió centímetro a centímetro, sin darle otra opción que sentir cada parte gruesa e implacable de su polla hundiéndose en ella.

Sus dedos se clavaron en su espalda, su cuerpo se arqueó mientras el placer se enroscaba profundamente en su núcleo. Él gimió, el sonido bajo y gutural, su frente presionando contra la de ella mientras luchaba por evitar perder el control, estrellarse contra ella, tomarla con la misma fuerza implacable que siempre había tenido antes.

Su control estaba desgastándose, cada músculo de su cuerpo tenso por la moderación, pero se contuvo. No se trataba de dominar, de demostrar algo, de hacer que ella se sometiera a él. Él sabía que ella era suya. Pero también estaba magullada, dolorida, su cuerpo marcado por lo que había soportado, y lo último que él haría sería aumentar su dolor.

Así que, en cambio, se movió con dolorosa lentitud, sus manos deslizándose sobre su piel con reverente cuidado, su toque más ligero de lo que ella jamás había sentido en él. La besó profunda y suavemente, sus labios trazaron un camino por la curva de su mandíbula, a lo largo del hueco de su garganta, cada toque era una promesa silenciosa.

Una promesa de que estaba a salvo. Una promesa de que nadie volvería a hacerle daño. Una promesa de que, por primera vez, no se trataba de control o poder.

Se trataba de amor.

Él retrocedió, lo suficiente para empujar de nuevo, lento y profundo, frotándose contra ella con cada golpe. Su longitud gruesa y rígida la estiraba, llenándola por completo, presionando en lugares que la hacían estremecer debajo de él. Cada movimiento medido de sus caderas enviaba un lento y ardiente placer que la recorría, la fricción era insoportable en el mejor de los casos. Era un tormento exquisito: la forma en que se movía con control deliberado, extrayendo cada sensación, cada chispa de necesidad encendiéndose entre ellos.

Su cuerpo se apretó con fuerza alrededor de él, agarrando su polla como si nunca quisiera dejarlo ir. La sensación lo hizo gemir, su aliento tembló contra su piel mientras luchaba por mantener el control. El calor entre ellos era embriagador, abrumador, su resbaladiza calidez atrayéndolo más profundamente, apretándolo a su alrededor con cada lenta retirada, cada profundo regreso.

Su respiración se volvió irregular, sus uñas recorrieron su columna, desesperada por más. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, acercándolo más, instándolo más profundamente, necesitando sentir cada centímetro de él, necesitando que perdiera el control al que tan obstinadamente se aferraba.

"Grigory", susurró, con la voz temblorosa, llena de algo crudo, algo que no podía contener por más tiempo.

Sus labios rozaron su sien, su aliento cálido, su voz oscura y reverente. "Lo sé, moya lyubov'", murmuró. "Lo sé."

El ritmo entre ellos cambió, lento y profundo, convirtiéndose en algo desesperado, algo urgente. Sus embestidas se hicieron más fuertes, empujándola con un propósito innegable, su polla arrastrándose a lo largo de sus paredes internas con una precisión enloquecedora, golpeando ese punto perfecto una y otra vez hasta que ella tembló debajo de él, su cuerpo apretándose alrededor de él en ondas impotentes y temblorosas.

Sus cuerpos se movían en perfecta sincronía, sus caderas se elevaban para recibir cada embestida, su respiración se detenía a medida que el placer crecía con cada embestida de él, cada profunda inmersión que la enviaba en espiral más cerca del borde. Sus manos recorrieron su cuerpo, agarrando su cintura, deslizándose hasta cubrir su pecho, su pulgar rodeando su pezón endurecido antes de que su boca reemplazara sus dedos. Él chupó, mordió, provocó, enviando otra descarga de calor directamente a su centro.

Ella jadeó, sus dedos se enredaron en su cabello húmedo, sosteniéndolo contra ella, necesitando más, necesitando todo. Él gruñó contra su piel, sus dientes rasparon su sensible carne antes de levantar la cabeza, sus ojos oscuros fijos en los de ella, ardiendo con una necesidad que coincidía con la de ella.

"Te sientes tan jodidamente bien", gimió, su voz áspera por la moderación, por la adoración, con algo más profundo que la lujuria. "Tan perfecto a mi alrededor".

Las palabras enviaron un escalofrío por su espalda, hicieron que sus paredes se apretaran más alrededor de él, su cuerpo respondiendo a cada uno de sus reclamos. Empujó más fuerte, más profundo, penetrándola con una posesividad que no dejaba lugar a dudas.

Ella era suya.

El placer se fue acumulando dentro de ella, caliente y abrumador, apretándose más y más hasta que pensó que podría hacerse añicos.

Y luego lo hizo.

El orgasmo se estrelló sobre ella, robándole el aire de los pulmones, haciéndola gritar su nombre mientras una oleada tras otra de éxtasis la recorría. Ella se aferró a él, su cuerpo temblaba, sus muslos se apretaban alrededor de sus caderas mientras él gemía, su ritmo vacilaba, su control se escapaba.

Con un profundo y estremecedor empuje, la siguió hasta el borde, su cuerpo se pegó al de ella, su respiración entrecortada mientras se derramaba dentro de ella, marcándola, reclamándola de la única manera que importaba.

Durante largos momentos, ninguno de los dos se movió, sus cuerpos aún estaban unidos, sus pechos subían y bajaban al unísono.

Y entonces, cuando los últimos temblores se desvanecieron y la realidad volvió lentamente, Grigory levantó la cabeza y su oscura mirada se fijó en la de ella.

“Eres mía”, susurró con voz cruda y reverente.

Nina encontró su mirada, su corazón latía con fuerza y su cuerpo todavía hormigueaba por las réplicas.

"Lo sé", susurró ella en respuesta.

Y esta vez no le tenía miedo.

Sus cuerpos permanecieron enredados en las sábanas, su piel húmeda de sudor, su respiración aún irregular mientras las últimas oleadas de placer menguaban entre ellos. El peso de él la inmovilizó contra el colchón, su cuerpo pesado y cálido contra el de ella, arraigándola de una manera que no sabía que necesitaba. Ninguno de los dos se movió. Ninguno de los dos habló. El silencio que se extendió entre ellos no estaba vacío: era denso, cargado de algo más profundo que la satisfacción. Algo más permanente.

Los latidos del corazón de Nina habían comenzado a disminuir, pero su mente todavía daba vueltas. Todo había cambiado. No había vuelta atrás, no podía pretender que ella ya no le pertenecía. Lo sintió en la forma en que él la tocaba, en la forma en que su posesivo agarre en su cintura no se alivió incluso cuando su respiración se estabilizó. Él la había reclamado, pero esta vez no fue mediante el control ni la fuerza. Fue a través de algo mucho más peligroso. Algo que ella le había dado voluntariamente.

Lentamente, Grigory se movió, rodando sobre su costado, arrastrándola con él, su cuerpo encajando contra el de él como si siempre hubiera estado destinada a estar allí. Sus dedos rozaron su espalda, acariciando círculos lentos y perezosos a lo largo de su columna, un marcado contraste con la forma en que acababa de tomarla. Había algo reverente en la forma en que la tocaba ahora, como si la memorizara, como si se asegurara de que ella era real.

Su voz era tranquila, áspera en los bordes. “Nunca me dejarás”.

No fue una pregunta. No fue una solicitud. Fue un voto.

Una promesa que él se aseguraría de que ella nunca rompiera.

Debería haberse sentido atrapada por esas palabras, debería haber retrocedido ante la absoluta posesividad de su tono. Pero ella no lo hizo. Ella solo se acercó más, sus dedos recorrieron su pecho, sintiendo el constante latido de su corazón bajo su palma.

"No quiero irme", susurró.

Y era la verdad.

Grigory se quedó quieto por un momento, con la mano quieta en la espalda de ella, como si esas palabras golpearan más profundamente de lo que esperaba. Cuando finalmente se movió, fue deliberado. Él le agarró la barbilla, le levantó la cara y la obligó a mirarlo a los ojos. Sus ojos oscuros ardieron en los de ella, crudos e implacables. Él estaba buscando, asegurándose de que ella lo decía en serio. Asegurándose de que entendiera exactamente lo que acababa de confesar.

Y luego la besó.

No fue exigente ni castigador. No fue una batalla de voluntades. Fue lento, profundo, como si estuviera sellando su reclamo, como si estuviera marcando su alma. Sus labios se movieron sobre los de ella con algo que ella no podía nombrar, algo que le provocó un escalofrío por la espalda y le hizo doler el pecho. Era más que deseo, más que lujuria.

Fue devoción.

Ella suspiró dentro de él, derritiéndose contra su cuerpo, dejándolo tomar lo que quisiera, porque no quedaba nada contra lo que luchar. Él ya la tenía. Cada parte de ella.

Cuando finalmente se apartó, su pulgar rozó su labio inferior, trazando la curva hinchada, su expresión ilegible. "Dilo de nuevo".

Su respiración se entrecortó, su pulso tartamudeó ante la tranquila demanda en su voz.

Ella tragó, sus dedos se apretaron contra su pecho mientras susurraba: "Te amo".

Sus ojos se oscurecieron y apretó su barbilla antes de aplastar sus labios contra los de ella nuevamente, como si no pudiera soportar escuchar esas palabras sin recibir algo de ella a cambio.

Ella no se resistió.

Porque ella sabía lo que era esto.

Esto no fue solo una confesión. Esto no fue sólo una admisión de amor.

Este fue un grito de guerra.

Había batallas por delante y sangre aún por derramar. Enemigos que intentarían quitarle lo que le pertenecía.

Pero en ese momento, envuelta en sus brazos, ella sabía una cosa con certeza.

Ella le pertenecía.

Y mataría a cualquiera que intentara llevársela.

# Capítulo 22
# Epílogo

# Nina

El sol del final de la tarde entraba a raudales por los ventanales, que iban del suelo al techo, proyectando largas sombras doradas sobre la pulida superficie de su escritorio. Desde su posición ventajosa, Nina podía ver todo el piso de subastas debajo: su dominio, su reino cuidadosamente seleccionado. El personal se movía con silenciosa eficiencia, haciendo los ajustes finales a una nueva exhibición, asegurándose de que cada pieza estuviera exactamente donde debía estar. Conversaciones murmuradas llegaban desde la galería, puntuadas por alguna que otra orden brusca de un coordinador. Era un caos controlado, una sinfonía de poder y precisión, y cada parte respondía a ella.

Se reclinó en el gran sillón de cuero y sus dedos se deslizaron ociosamente sobre la suave madera del escritorio: su escritorio. Hace un año, esta oficina había pertenecido a su padre. Antes de eso, a generaciones de DeWitt, cada hombre lo transmitió como un legado y una responsabilidad. Luego había pertenecido a Grigory, reclamado como una pieza más de su imperio, y sus manos le dieron forma hasta convertirlo en algo funcional, transaccional. Y ahora era suyo.

Nina dejó que su mirada se dirigiera a su mano izquierda, el gran diamante en su dedo captaba la luz, arrojando prismas fracturados sobre la madera oscura. El peso del anillo era algo a lo que se había acostumbrado, aunque nunca lo había sentido como una carga. En todo caso, fue un recordatorio: una promesa forjada a fuego y sangre. Un reclamo. Un voto. Una atadura que la unía a un hombre que una vez había sido su captor y ahora era su todo.

Un año.

Mucho había cambiado y, aun así, parecía inevitable. Había llegado a este mundo con resistencia, fuego y desafío, pero Grigory siempre lo había sabido. Desde el principio, había visto algo en ella, algo sin explotar, esperando ser transformado en acero. Ella había luchado contra él, contra el control, el dominio, la forma en que él la poseía con cada mirada, cada toque. Pero ella nunca había estado impotente.

Ahora, cuando caminaba por los pasillos de DeWitt e hijos, los hombres que alguna vez susurraron a sus espaldas ahora encontraron su mirada con algo cercano al respeto. Otros galeristas pronunciaron su nombre con admiración, reconociéndola no como una extensión de su padre o una simple figura decorativa bajo la sombra de Grigory, sino como una fuerza por derecho propio. Ella reconstruyó la casa de subastas a su imagen,

perfeccionó el funcionamiento y amplió su influencia. Sí, todavía servía como fachada para la Volkov Bratva, pero eso ya no era algo que la persiguiera. Ahora lo entendía: este mundo no era blanco y negro. Era poder y supervivencia, un delicado equilibrio entre negocios y dominio. Y había aprendido a navegarlo con precisión.

Inclinándose hacia adelante, colocó las manos sobre el escritorio, dejando que la fría superficie la castigara. Pensó en la mujer que había sido un año atrás: la mujer que había entrado en el Rijksmuseum esa noche, entrando sin saberlo en la órbita de un hombre que cambiaría su vida para siempre. Estaba decidida a demostrar su valía, desesperada por hacerse un lugar en una industria que todavía la consideraba la hija de su padre. Ahora, ella no era ni el legado de su padre ni la posesión de Grigory. Ella era algo más.

Volvió su atención a la galería de abajo y observó cómo se completaban los preparativos finales. Fue fluido y eficiente. Tal como debería ser. La casa de subastas prosperó bajo su liderazgo y sabía que seguiría creciendo. La Volkov Bratva tenía muchos frentes, muchos negocios, pero DeWitt e hijos era suyo para gobernar.

Un suave golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. No se giró inmediatamente, dejando que el momento se prolongara, permitiéndose saborear el silencioso zumbido de poder que latía por sus venas. Luego, lentamente, levantó la mirada, sabiendo ya quién era incluso antes de que él entrara.

La pesada puerta se cerró detrás de él con un suave clic, el sonido de los zapatos de cuero chocando con la madera pulida cuando Grigory cruzó la habitación. Incluso sin mirar, Nina sintió el cambio en el aire, el poder silencioso que llevaba consigo como una segunda piel. Él siempre fue así, controlado, ilegible, pero ahora ella lo conocía. Sabía lo que había debajo de la superficie, debajo de los trajes a medida y la eficiencia brutal.

Ella se giró y observó cómo él se dirigía hacia ella. Seguía siendo el mismo hombre que le había robado su mundo, lo había puesto patas arriba y lo había reformado para convertirlo en algo que nunca podría imaginarse dejando. Pero ahora había algo más en la forma en que la miraba. Algo más profundo. Algo inquebrantable.

Hace un año, sus mundos habían chocado y ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Ahora existían en equilibrio, una danza cuidadosamente orquestada donde el poder cambiaba sin problemas entre ellos. Grigory permaneció en las sombras, su mano todavía dando forma al imperio que se extendía mucho más allá de los muros de DeWitt e hijos. Manejó las cosas de las que nunca se podría hablar en compañía educada: las negociaciones clandestinas, los enemigos a los que había que recordar su

lugar, la sangre que había que derramar para garantizar el orden.

Pero aquí, en este espacio, la dejó reinar. La casa de subastas era suya. Ella era la cara del imperio que él había construido, la fuerza elegante y despiadada que inspiraba respeto en el mundo del arte. Y a cambio, se aseguró de que nada...nadie— jamás volvería a amenazarla.

La mafia ucraniana había desaparecido.

Los hombres que una vez se la habían llevado, que se habían atrevido a poner sus manos sobre lo que le pertenecía, habían sido aniquilados en una tormenta de sangre y fuego. Grigory los había perseguido con una paciencia que rayaba en la crueldad, desmantelando su estructura de poder pieza por pieza hasta que no quedaron más que susurros de su desaparición. El ajuste de cuentas final se había producido meses atrás, el último de los hombres de Dmytro enterrado en tumbas anónimas y su legado borrado. No había hablado de ello en detalle, no era necesario. Lo había visto en sus ojos la noche que regresó, el olor a sangre aún adherido a su piel. Él lo había hecho por ella.

Ya no quedaba nadie que viniera a buscarla.

Ella nunca había dudado de su devoción, no después de esa noche en la casa flotante, no después de la forma en que él la había abrazado después, como si hubiera estado tan cerca de perderla y nunca más pudiera correr el riesgo de volver a hacerlo. Pero hubo momentos en los que sintió el peso de lo que él había hecho, de lo que quería hacer si alguien tanto como pensamiento de tocarla. Era un tipo de amor oscuro, pero era suyo.

Su padre había intentado acercarse en los meses siguientes. La primera vez, había sido bajo la apariencia de un negocio: una oferta para discutir la dirección de DeWitt e hijos, como si el poder todavía le perteneciera. Pero ella había dejado claro, en términos muy claros, que ya no necesitaba su aprobación. Lo había perdido todo en el momento en que eligió la codicia sobre la familia, en el momento en que dejó que ella se convirtiera en colateral en un mundo que no entendía.

Desde entonces, sus conversaciones habían sido breves y tensas. Él había tratado de hacer las paces, pero ella no estaba segura de que quedara algo que salvar. Nunca la había visto capaz hasta que no tuvo otra opción. Para entonces, ya era demasiado tarde. Ella había construido algo más fuerte sin él.

Levantó la vista cuando Grigory la alcanzó y sus manos se deslizaron alrededor de su cintura, cálidas y familiares. El calor de su toque se filtró a través de la seda de su vestido, anclándola en el presente, en a él.

“Profundo en sus pensamientos, printsessa?” Su voz era un murmullo bajo, sus labios rozaron su sien.

"Solo estoy pensando en el año pasado", admitió, inclinando ligeramente la cabeza para mirarlo a los ojos. "Aproximadamente cuánto ha cambiado".

Su sonrisa fue lenta, consciente. “Y sin embargo, aquí estás. Sigues siendo exactamente donde perteneces”.

Ella soltó una risa suave, pero él no se equivocaba. Aquí era donde ella pertenecía. Consigo. En este mundo que habían construido juntos, equilibrado entre oscuridad y poder, amor y control.

Tarareó, un sonido de diversión, pero no presionó. En cambio, sus manos se deslizaron hacia abajo, y una palma se posó sobre la hinchazón de su estómago.

La respiración de Nina se entrecortó levemente y su corazón latía con fuerza contra sus costillas. No era la primera vez que hacía esto, no era la primera vez que la tocaba así. Y, sin embargo, cada vez, enviaba una ráfaga de algo profundo y abrumador a través de ella.

Su hijo se movió bajo su tacto, un movimiento lento y ondulante, como si reconociera a su padre. Los dedos de Grigory se tensaron ligeramente y su cuerpo se inmovilizó detrás de ella, como si estuviera atrapado en el peso del momento.

Nunca había sido un hombre dado al sentimentalismo, pero cuando se trataba de esto (de a ellos—había algo de reverencia en su silencio.

Sus labios rozaron su sien y, cuando habló, su voz era más suave de lo habitual. "Será fuerte". Sus dedos se extendieron sobre su vientre, como si sintiera más movimiento. “Él será Volkov.”

Algo en la forma en que lo dijo le provocó un escalofrío por la espalda, pero no de

miedo.

De la certeza.

Grigory había construido un imperio a partir de sangre y lealtad, se había labrado su lugar en el mundo con despiadada eficiencia. Y ahora, su hijo, su hijo, heredaría todo lo que habían construido.

Nina colocó su mano sobre la de él y entrelazó sus dedos. “Él será nuestro”, corrigió en voz baja.

Una exhalación profunda. Una risa baja, áspera y de aprobación. “Sí”, asintió Grigori. "Nuestro."

Entonces la giró entre sus brazos y le levantó la barbilla para que pudiera mirarlo a los ojos. Sus ojos, oscuros e intensos, buscaron los de ella, como si memorizaran cada expresión, cada pensamiento no expresado. Había algo ilegible en ellos, algo que todavía le aceleraba el pulso.

Había guerras por delante; siempre las habría. El mundo en el que vivían nunca sería blando, nunca sería fácil. Pero de pie allí, envuelta en sus brazos, con su futuro presionando entre ellos en la forma de su hijo no nacido, ella sabía una cosa con certeza.

Ella pertenecía aquí.

Consigo.

El agarre de Grigory se apretó ligeramente, sus dedos rozaron su mandíbula antes de inclinarse, capturando sus labios en un beso lento y consumidor.

No se trataba de dominio. No se trataba de control.

Se trataba de devoción. Sobre el tipo de amor que se forjó en la oscuridad pero que ardía más que cualquier otra cosa.

Un amor que nunca moriría.

Un tipo de amor para siempre.

**Espero que hayas disfrutado Chantajeado por el Bratva. ¡Escanea el código QR a continuación y comparte tu amor con una reseña!**



# Sobre el autor

**Ellie Daniels** es una autora de Colorado que enciende la pasión y el deseo a través de sus cautivadoras novelas románticas eróticas y sus apasionantes cuentos. Cuando no está creando mundos de deseo e intimidad, Ellie disfruta de momentos tranquilos en casa con su amado esposo, su devoto chihuahua y cuatro gatos juguetones. Sensualista de corazón, cree en el poder transformador de la pasión y la conexión. Apreciando las relaciones cercanas, Ellie encuentra inspiración en las complejidades del amor.